

Ahora que ya no estás

MARGA MONTES AGUILERA



MARGA MONTES AGUILERA



Marga Montes Aguilera (Madrid,1959). La ciencia y la literatura son sus pasiones, aunque, a menudo, se ha distraído con otras cosas. Estudió Ciencias Químicas en la Universidad Complutense y enseñó Física y Química como profesora de secundaria. Después de todo, en el aula cada día se construye un relato. La Universidad Internacional Menéndez Pelayo la sedujo y coordinó sus Cursos de Verano en el Palacio de la Magdalena de Santander durante diez años. En esa época ya cuenta con un puñado de relatos en el disco duro de su ordenador, pero ese ambiente norteno forja su primera novela: *Ahora que ya no estás*.

Algunos de sus relatos han sido publicados en distintas antologías: *Recuperar el fuego y no ponerle nombre*, *Un día antes de que perdiéramos la luz*, *Como un Dios perezoso*, *Bocas que gritan en un bosque de escarcha* o *Han venido a incendiar la edad del sueño*. Ha quedado finalista en diversos concursos de relatos, entre ellos el concurso organizado por RNE y Fundación La Caixa, y ha obtenido el primer premio en la XXXVII edición del Concurso de Cuento de Vicálvaro. Su segunda novela ya está en proceso.

Ahora que ya no estás

La noche en que deberían celebrar la fiesta de inauguración de su casa, Silvia desaparece. A la mañana siguiente, su marido, Pablo, recibirá desolado la noticia de que el mar ha devuelto su cuerpo ahogado.

¿Qué ha podido suceder? Nada tiene explicación para él, que no comprende por qué Silvia pudo acudir a aquella playa e ignora con quién debía verse allí. A medida que las investigaciones avanzan, Pablo descubre más detalles de su vida que ignoraba y, en el intento de entender quién era la Silvia real, pide ayuda a Raúl, su mejor amigo, que también atesora con ella un pasado cargado de secretos y silencios. Juntos intentarán componer el retrato de quién fue y de cuánto de sí misma les reveló.

Marga Montes debuta con una novela intensa y emocional, sutil, evocadora, poblada de personajes que, de tan reales, parecen respirar a nuestro lado y cuyo recuerdo nos acompañará mucho tiempo después de llegar a la última página.

Ahora que ya no estás

,

Ahora que ya no estás

MARGA MONTES AGUILERA

ALREVÉS
BARCELONA-2026

Primera edición: febrero de 2026

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ de la Perla, 22
08012 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2026, Margarita Montes Aguilera
© de la presente edición, 2026, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-58-0
DL B 21772-2025
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Quien quiera enseñarnos una verdad,
que no nos la diga: que nos sitúe
de tal modo que la podamos
descubrir nosotros mismos.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Si tu luz te la has llevado toda,
¿Cómo voy a esperar nada del alba?

CLAUDIO RODRÍGUEZ

PARTE 1

El cadáver en la playa

El cadáver aparece en la playa mecido por las olas como un muñeco de trapo. La marea está baja y las rocas retienen el cuerpo antes de que pueda alcanzar la orilla. Una melena oscura de mujer compite con las algas. El paseante madrugador lo descubre mientras el sol se eleva por las montañas azules de la bahía. El cielo está cubierto, pero aguanta sin llover. El mar, en tensa calma, se funde con el gris metálico del cielo que presagia tormenta.

Más tarde, en el Anatómico Forense, Pablo reconoce la mariposa de colores tatuada en la cadera y antes de ser capaz de mirar su rostro sabe que es ella.

El día anterior, hacia las dos de la tarde, Silvia lo había llamado al estudio.

—¡Voy a la carrera! —dijo—. Recojo la carne, paso por la frutería y me voy a casa.

—Tranquila, hay tiempo de sobra —contestó él. En su voz, esa inflexión infantil con la que creía mimarla, que a menudo no podía evitar cuando hablaba a su mujer—. Es solo una barbacoa entre amigos, no te enredes que te conozco.

—¿Has hecho lo que te dije?, ¿has puesto el vino blanco y el champán en la nevera?

—¡Que sí!

—Que no se me olvide recoger las flores —dijo para sí misma—. Está nublado, no sé si no acabará lloviendo. Eso sí que sería un desastre.

—No dan lluvia para hoy. —Pablo volvió a compro-

bar la información del tiempo en su móvil, era la misma que la última vez—. Quizá llueva algo mañana, pero esta noche no —la tranquilizó.

Oyó su respiración al otro lado del teléfono; de fondo, la megafonía del supermercado. Sostuvo el silencio durante unos largos segundos.

—¿Has llamado a Raúl? —preguntó ella finalmente—. ¿Vendrá?

—No lo sé. No he tenido tiempo, llevo todo el día ocupado entre el trabajo y tus encargos. Tengo un proyecto por entregar, ¿te acuerdas?

—Pero quedaste en llamarlo.

—Ya se lo dijiste tú, ¿no?, pues eso, que haga lo que quiera, él sabrá si viene o no.

—Pablo, no seas así, es tu amigo, estaría bien que tú se lo recordases.

—Ya. Venga, que tengo mucho lío y quiero terminar pronto. Nos vemos en casa.

—¿A qué hora llegas?

—No sé, sobre las siete o siete y media.

—Vale, no te retrases, y..., por favor..., llámale.

La luz tan blanca y el brillo de acero de las cámaras frigoríficas le ciegan. De una de ellas, marcada con el número 456/18, el funcionario extrae una camilla que desliza arrancando ecos metálicos en las paredes y el techo. Dentro de un saco, también blanco, se intuye la forma del cuerpo. El sonido de la cremallera corta el aire y la mariposa, a la que apenas se estaba acostumbrando, parece agitar las alas. Todo es irreal: estar allí es irreal, mirarla es irreal. Después de unos segundos en los que deja de sentir, oye una voz extraña que es la suya.

—Es ella, es Silvia, es mi mujer —dice.

* * *

Según su reloj, eran las nueve menos veinte cuando llegó a casa. Se retrasó. A primera hora de la tarde, después de hablar con Silvia, encontró algo que no estaba bien en el plan de encofrado del edificio en el que trabajaba. Lo revisó. Parecía correcto, pero, aun así, lo hizo una vez más. Federico, que había pasado un momento por el estudio y que parecía tener prisa por marcharse, se impacientó.

—¡No lo mires más, joder, que está bien!

No lo estaba y su socio tuvo que reconocerlo; Pablo era meticuloso hasta la obsesión. Tenían que ser perfectos si querían sobrevivir en un mercado tan voluble como era la arquitectura en una ciudad de provincia. Había que solucionarlo esa misma tarde, aunque le llevase horas; todo lo demás, la fiesta incluida, ya no contaba. No se podían permitir incumplir con el plazo de entrega, la construcción del hotel era vital para la supervivencia del estudio y Federico lo sabía.

Por suerte, solo se trataba de un dato mal copiado que había arrastrado el error, algo fácil de solventar, pero que llevó su tiempo. Salió del estudio casi a las ocho y media; le preocupaba que Silvia no lo hubiese llamado cien veces. Intentó relajarse. Tenía tiempo de sobra para darse una ducha y hasta para ayudar en los últimos preparativos antes de que llegasen los invitados.

Abrió con su llave. ¡Estoy en casa!, dijo en voz alta. Nadie contestó. El coche de su mujer no estaba en el garaje, tampoco aparcado fuera donde a veces lo dejaba por pereza. Había puesto la carne para la barbacoa en la nevera, pero el resto de la compra, incluidas algunas bebidas, seguían en las bolsas del supermercado sobre el suelo de la cocina. Dos ramos de flores frescas empezaban a languidecer sobre la mesa. Encontró una nota de Yeni en la encimera, junto a unas fuentes de comida

cubiertas con plástico transparente:

señora silvia aquí dejo lo que me a pedido. si quiere que benga mañana a recoger pues me llama.

Sonrió. Las misivas de su asistenta le provocaban ternura y unas ganas reales de enseñarle ortografía. Una vez se lo propuso, pero la mujer se sonrojó, dio las gracias y se apresuró a cambiarse de ropa. Iba con el tiempo justo para llegar a la otra casa donde echaba las horas de la tarde.

En el jardín, los farolillos de papel, rojos, verdes y azules colgaban de las vigas de la pérgola y de los árboles todavía inmaduros, a la espera de ser encendidos e iluminar la noche.

Llamó a Silvia varias veces al móvil, pero no respondió. Puso las bebidas que pudo en el congelador para que se enfriasen a tiempo, vació las bolsas y decidió esperar. Empezaba a ponerse nervioso. Se dio una ducha y se vistió con unos vaqueros y un polo negro. A Silvia le habría parecido una indumentaria aburrida y se lo habría hecho saber. La ropa que ella se había quitado estaba tirada en la cama. Pablo dobló sus pantalones, los colgó en una percha y los guardó en el armario. Puso el resto de su ropa en el cesto del baño; no tocó la de su mujer. El tiempo pasaba y Silvia seguía sin dar señales de vida. Incapaz de pensar ni de actuar, se limitó a dar vueltas por la casa y el jardín como un gato enjaulado. A las nueve y media en punto sonó el timbre. ¡Por fin!, exclamó. Corrió hasta la puerta aliviado, luchando por controlar el disgusto y no reconvenir a su mujer, pero fue Raúl y no Silvia quien levantó en el aire las dos botellas de champán que traía en las manos.

* * *

Con el cuerpo inerte aún sobre la arena, las nubes terminaron por ceder y deshacerse en una lluvia paciente de la que empapa la tierra. Los agentes de la Guardia Civil Costera rastrearon la zona y no tardaron en dar con las cosas de Silvia junto al pequeño embarcadero de la Caleta. El *short* y las deportivas estaban envueltos en su camiseta y todo el paquete escondido en una grieta entre las rocas. Dentro de una de las zapatillas encontraron las llaves de su Audi 3.

Sobre las doce de ese sábado, 18 de agosto, un coche patrulla se detuvo delante de la casa y, solo con verlo, el suelo perdió consistencia bajo los pies de Pablo. No había sido difícil dar con el vehículo de la mujer en el aparcamiento de la playa e identificar a su propietaria. Raúl, que se había quedado toda la noche con Pablo, insistió en acompañarlo, pero no se lo permitió.

No sabe por qué, pero agradece que tras reconocer el cadáver sea una mujer quien lo atienda. Lo llevan hasta su despacho. Es bastante joven. Identifica el rango de sargento en las tres franjas amarillas de la divisa de su uniforme; una de tantas cosas inútiles que le enseñó su padre. Le tiende la mano y se presenta como sargento Elena Medina. Su pelo, aclarado por el sol de verano y recogido en una cola de caballo, contrasta con la seriedad del uniforme. Quizá por eso o por su sonrisa plácida, las paredes desnudas de la habitación, el tumulto de voces de fondo o el documento que ella lee sin énfasis y Pablo firma sin mirar, le resultan más tolerables. Identifica, uno a uno, los objetos que le muestra y, como antes con el cuerpo, oyendo su propia voz en un eco lejano, responde que sí, que esto y lo otro es de ella y que sí, que echa en falta algo, su bolso, uno pequeño de rayas rojas y negras que llevaba siempre a la playa, donde metía el móvil, las llaves y esas cosas imprescindibles de las mujeres, ya sabe, le dice. Busca complicidad y cree encontrarla en esos ojos de mar.

—Silvia es una buena nadadora, no entiendo por qué se metió

en el agua por ahí. —Calla. Cae en la cuenta de que no puede usar el pasado—. Ella conoce ese lugar como la palma de su mano y sabe muy bien que desde la Caleta no es seguro ir nadando hasta el Islote con el mar así, sabe que las corrientes te lanzan contra las rocas. —Se cubre la cara con las manos. Se restriega los ojos. Continúa sin poder evitar que la voz se le quiebre—. Con el mar así —repite mientras busca respuestas en el rostro de la agente—, no entiendo que hacía en la playa, no entiendo por qué fue.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que su mujer pudiese querer quitarse la vida? —pregunta ella.

—¿Suicidio? —Niega con la cabeza—. No, no puede ser. Tendría que ver nuestro jardín y se olvidaría de esa idea. No, ¿por qué iba a querer suicidarse alguien que acaba de comprar cinco kilos de carne para una barbacoa?

La mujer sonríe.

—Créame —dice—, nada se puede descartar. Hay algo en la mente de las personas que contradice a sus actos, algo que desconocemos, que no podemos comprender.

—Lo mira fijamente y añade con suavidad—: No se puede prever. Nadie puede. Por muy cerca que esté.

Pablo se relaja sin querer, aunque, de repente, la mujer muda el gesto y siente que rastrea en su interior. Sus ojos han perdido la ingenuidad anterior y le obligan a llevar la mirada hacia abajo, hacia los bordes renegridos de las baldosas del suelo.

—De momento —añade, y suena a despedida—, todo nos lleva a un accidente, pero aún es pronto para asegurar nada.

Una vez en la calle necesita aire. Se apoya en la pared y respira lentamente una y otra vez, coge el aire y lo suelta hasta que consigue aquietar el pulso. La tensión y la noche en blanco le pasan factura, pero no puede parar, no todavía. En movimiento piensa mejor y eso, pensar, es lo que necesita: ordenar las ideas

antes de enfrentarse a lo que sea que haya que hacer a continuación. No quiere que Raúl lo vea así. No quiere que nadie lo vea así. No quiere estar así. Es un hombre, los hombres se hacen cargo de las cosas, no tiemblan, no lloran. Es cuestión de control, de no doblegarse ante las emociones. Sabe hacerlo. De hecho, lo hace tan bien que ha llegado a pensar que no las tiene.

Deambula hasta la playa Chica. Una pareja solitaria pasea por la arena bajo un paraguas. En la orilla, las olas rompen suaves. Más allá, en los peñascos del Islote, saltan y se deshacen en espuma blanca. Contra el viento y la lluvia que le moja la cara como lágrimas, grita en silencio, le pregunta al mar por el lugar donde se lleva a los muertos.

* * *

La fiesta había sido idea de Silvia. Se lo propuso una mañana mientras desayunaban. Ella estaba de vacaciones y solía acostarse tarde. A menudo, permanecía horas sentada en el jardín mirando el cielo y el mar nocturnos. Cuando Pablo se levantaba para ir a trabajar, se estiraba en la cama hasta ocupar todo el espacio y seguía durmiendo. Por eso esa mañana le extrañó verla en pie tan temprano, dijo que le apetecía desayunar con él y aprovechar el día.

—Este palacio merece una inauguración a su altura, ¿no te parece? —dijo mientras saboreaba el mordisco que acababa de dar a un cruasán.

Pablo se sorprendió gratamente. Temía que la casa y su nueva vida en común no la llenasen como él deseaba.

—Me parece una idea estupenda.

—Pues entonces, ¿qué tal en un par de semanas?, antes de que empiece a refrescar demasiado por las noches. —Dio otro bocado y masticó despacio; después, añadió—: Haremos una barbacoa en el

jardín.

—Será un buen motivo para que quites todas esas cajas de en medio —se atrevió a sugerir Pablo—, llevas más de un mes aquí y ni las has abierto. ¿Es que no piensas desembalar tus cosas nunca?

—Ya habrá tiempo —dijo ella con desgana.

—A veces, parece que estás de paso.

—¡Ay, no seas pesado! Ni sé lo que hay dentro de esas cajas. ¿Sabes lo que creo? —se acercó y lo abrazó por la espalda—, podría tirarlas todas sin abrirlas, así que mejor... —Deslizó una mano por debajo de la camisa de él y murmuró a su oído—: ¿Qué tal una siesta antes de irte? O mucho mejor, ¿por qué no te tomas el día libre y nos vamos a la playa y dejamos las cajas tranquilas?

Pablo se dejó hacer. Le costaba desprenderse de ella, pero en la oficina le esperaba un día intenso de trabajo, así que se volvió, la besó en la mejilla y dijo:

—Sí, por mí las cajas pueden quedarse ahí. Tu propuesta es tentadora, pero me temo que tendrá que esperar. —Se desprendió del abrazo—. Prometo compensarte esta noche.

* * *

Desde el primer boceto que dibujó en su bloc de ideas, supo que esa casa sería su mejor obra. Los Lirios, una colina desde donde se podía ver el mar, era un buen sitio para vivir. Quería una casa diseñada para ser eterna, la herencia de sus hijos, de sus nietos, de los nietos de sus nietos. Aunque sabía que para eso faltaba vencer la resistencia de Silvia. A pesar de que ella evitaba el tema y de que ambos habían cumplido ya los cuarenta, Pablo no perdía la esperanza de ser padre. Entre unas cosas y otras, la construcción se alargó más de dos años, pero una vez terminada era un sueño cumplido. El edificio se proyectaba hacia el mar

desde la colina como si fuese en su busca. La orientación era adecuada para que la luz entrase por los ventanales y claraboyas estratégicamente situados. En el interior, había elegido colores y texturas a conciencia para crear un espacio acogedor. En el jardín, que algún día sería frondoso, empezaban a florecer las primeras hortensias azules.

Se mudó a la casa a principios del otoño. Dispuso solo lo imprescindible, a la espera de que Silvia se decidiese a venir y decorarla juntos. Sin embargo, durante el invierno, no se pudo resistir a comprar muebles que encontraba por ahí. El frío fue suavizando el olor a obra nueva y a madera fresca y ella seguía en Madrid. El año que ya llevaban separados pesaba en el ánimo de Pablo. Le costaba cada vez más relacionarse con una pantalla de por medio y, sobre todo por las noches, añorar su cuerpo.

—Tendrías que venir más a menudo —le reprochó en una de tantas conversaciones nocturnas durante las obras—, si no lo ves, ¿cómo vas a opinar? Lo tengo que decidir yo todo solo.

—Ahora no puedo, Pablo. No me voy a pasar la vida yendo y viniendo. —A veces, le parecía notar tedio en su voz—. Te lo advertí, no me gusta vivir a caballo entre dos sitios, simplemente no me gusta, te lo dije. —Calló. Pablo temía más a los silencios de Silvia que a sus palabras. Cuando volvió a hablar, añadió—: Necesito un poco de tranquilidad. Además, tú eres el que sabe, lo que tu decidas me parecerá bien.

—Yo lo hago.

—¿El qué?

—Vivir a caballo entre dos sitios si quiero verte por lo menos el fin de semana.

—Fue tu decisión.

—Creí que estábamos de acuerdo.

—Te lo dije, si ese estudio es lo que quieres, adelante, vuelve a Oldache. —La voz de ella sonaba con eco, había activado el

altavoz, ¡no podía estarse quieta ni siquiera mientras hablaban! Andaría trajinando en otras cosas y eso le molestaba porque le hacía pensar que repartía su atención, que ni ese momento íntimo de charla entre los dos se lo podía dedicar al completo—. Yo iré cuando pueda, ahora no es momento de pedir traslado. Te lo dije, Pablo, lo que no voy a hacer es sacrificar mi trabajo por el tuyo. A eso no estoy dispuesta, no me lo puedes pedir.

—Sabes que no quiero que renuncies a nada. No me quedaba otra, Silvia, estaba casi en el paro. Ahora tampoco es fácil, pero al menos estoy haciendo proyectos que me gustan. No sé, creo que necesito este paisaje, aquí todo encaja. —Sintió que sonaba a disculpa—. Pero estoy conforme, solo que te echo de menos y no entiendo por qué no te gusta venir más.

—Lo hago por ti —dijo burlona. Pablo pensó que quería rebajar la tensión o dar el tema por zanjado—, para que vengas y salgas de allí antes de que termines criando moho.

Ambos rieron.

—Dime, ¿qué llevas puesto? —preguntó él.

—¿Y si te digo que nada?

Pablo se acercó a la ventana y miró al exterior, las nubes se habían cerrado por completo. No tardaría en llover.

* * *

El tiempo vuelve a detenerse. Suena el teléfono, pero Pablo no responde a las llamadas ni a los mensajes que le entran sin cesar. Camina hasta el límite de la playa, donde la arena da paso al asfalto para continuar enseguida hasta el Puerto Deportivo. La calle Maldonado, arteria principal del antiguo barrio de pescadores, cae en cuesta hasta los muelles. Ahora los bares y restaurantes que ocupan sus aceras dan resguardo a los turistas en esta tarde lluviosa. Hace tiempo que las embarcaciones de

recreo expulsaron a los pesqueros, llevándose el tufo a pescado y los aparejos. En Oldache ya apenas se pesca; todavía algo en lo que fue el pequeño Puerto Pesquero de Oeste, más allá de la Estación Marítima, aunque también allí va ganando terreno la hostelería. El viento mece los veleros con pereza, arrancando de los mástiles desnudos una melodía triste. Pablo se pega al muro de la bocana buscando el calor de la piedra. Querría que fuese un sábado cualquiera, uno de tantos en los que sale a pasear solo. A Silvia no le gusta la lluvia. Cuando vuelva la encontrará adormilada en el sofá frente al televisor. Los impermeables de colores ponen la única nota alegre a esta tarde tan gris. Son solo las cinco y ya parece que estuviera anocheciendo.

Silvia adora el sol. La mitad de sus genes son del sur, los que gobiernan la parte más vehemente de su ser, caprichosa, a veces. Y esa tristeza que le brota de dentro, de los intestinos, dice ella, después de varios días sin sol. Pablo, en cambio, no soporta el verano de Madrid. Ese asfalto echando fuego y ese cielo siempre azul que lo asfixia de tanta claridad. Su esencia natural está en el agua que reverdece la tierra, en la niebla que se abraza a las montañas. Esta mañana, Silvia se habría levantado con resaca, la resaca siempre la pone de mal humor.

Cuando vuelve a la casa, Raúl sigue allí. Va a su encuentro y lo abraza. No disimula el llanto. A Pablo, incapaz de responder, le turba el arranque del otro.

Un simple abrazo es suficiente para confundirlo.

—¡Pablo, no sabes abrazar!

Estaban de luna de miel. Paseaban por la Habana Vieja sin rumbo. No les importaba recorrer las mismas calles, dejándose llevar por el sabor de la ciudad. Silvia lo decía y la palabra *sabor* le llenaba la boca. Aspiraba hondo exagerando el gesto y se reía a carcajadas. Llegaron hasta el Malecón cogidos de la mano. Estaba espléndida, la piel bronceada bajo un ligero vestido veraniego. De

cuando en cuando, se abalanzaba hacia él y lo besaba y conseguía que se sintiese desnudo ante la efusividad de ella.

—Y tú eres la más guapa de la isla y yo no digo nada —intentó bromear mientras se deshacía del abrazo.

Ella frunció los labios.

—No cambies de tema, es la verdad. Me abrazas como si no fuese contigo, ¿te da vergüenza? ¡Pégate y aprieta, coño, aprieta!

—¡Que corra el aire, señorita!, ¡claro que me da vergüenza, estamos en medio de la calle! ¿No te parece que te pones demasiado fogosa?

La broma era su estrategia, la usaba como pantalla en la que esconder la confusión que le provocaban las muestras de afecto. El sexo era otra cosa. Silvia lo volvía loco, le encantaban las formas discretas y equilibradas de su cuerpo. Acariciarla, disfrutarla. Tenía sensaciones que no podía explicar, distintas a las que hubiera podido sentir antes, incluso con ella. Al besarla, al mirarla, le parecía estar con una mujer diferente. No podía imaginarse lejos de ella, pero era incapaz de decirlo.

Pone distancia con Raúl. Sabe que está esperando a que diga algo, pero a Pablo no le salen las palabras.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Raúl al fin.

Se encoge de hombros. Las lágrimas de Raúl lo incapacitan aún más. Siente rabia del dolor del otro porque cree que le roba algo de ella. Repudia su forma de sentir la tristeza, su llanto visible y sonoro.

—Es que no me lo puedo creer, por más que lo pienso no me lo puedo creer —se lamenta Raúl—. No me puedo creer que no vaya a volver, que no pueda verla, ni tocarla. No puedo creerlo. No quiero.

Lo ve como un niño enrabiado. A Pablo le abrasan los párpados y niega con un gesto de la cabeza para asentir a las palabras del otro o para retener las lágrimas.

—Estoy mojado, me voy a cambiar. —Es todo lo que acierta a decir antes de escapar por la escalera hacia su dormitorio.

Raúl se queda de pie en medio del salón, con todo el peso de sus brazos sobre los costados. Ojalá no estuviese allí, piensa Pablo, ojalá lo dejase solo y tranquilo.

En el dormitorio, la cama está sin deshacer; Raúl y él han pasado la noche en el salón. No ha vuelto a entrar allí desde la tarde anterior. La ropa de Silvia sobre la colcha le da una sensación cotidiana de bienestar. No puede evitar tocarla, sentir entre los dedos el tacto sedoso de su blusa, llevarla a los labios, aspirar profundo el olor a ella.

Ese perfume suyo que hacía que la presintiese antes de verla y que sigue sutilmente disperso por la casa, mezclado con el oxígeno que, ahora, también respira Raúl sentado en la penumbra. Salvo la noche anterior y la tarde en que coincidieron en el centro pocos días antes, no había vuelto a verlo desde aquella noche en Madrid, cuando ambos se comprometieron a olvidar lo que pasó porque Silvia se lo pidió. Está cambiado. Quizá sea el corte de pelo, las patillas largas le sientan bien, aunque ya no puede disimular las entradas ni algunas canas en las sienes. Se le han endurecido las facciones, o eso le parece a Pablo. A pesar de los ojos enrojecidos y las ojeras sigue siendo seductor. Sí, es el mismo, la misma tozudez en la barbilla de cuando eran niños y se enfadaba por cualquier cosa, y se iba, y se llevaba el balón y los dejaba a todos sin partido en la playa.

—¿Quieres una cerveza? —dice Pablo—, tenemos la casa llena de alcohol y habrá que bebérselo.

Raúl lo sigue hasta la cocina.

—¿Has comido algo? —pregunta cogiendo la botella que le ofrece.

—No, pero no tengo hambre.

Raúl saca una fuente de la nevera, abre y cierra varios cajones

hasta que da con el de los cubiertos y lo pone todo sobre la mesa.

—Tienes que comer —insiste.

—Me han preguntado que si tenía razones para matarse. Tú que la conocías tan bien, vosotros dos que os lo contabais todo, dime: ¿le pasaba algo?

Sabe que sus palabras suenan a reproche, pero no le importa. Raúl niega con la cabeza.

—Ha llamado una tal Yeni —dice cambiando de tema—, que si puedes la llames esta noche.

—He dejado a Silvia en una cámara frigorífica y no sé por qué. —Raúl mira al suelo y no dice nada—. No sé por qué fue a la playa. No me dijo que fuese a ir a la playa. Estaba preparando la fiesta, ¿qué coño hacía allí?

—Ya sabes cómo era Silvia, si se le ocurría algo, lo hacía.

—Sí, eso ya lo sé, en eso sois iguales, eso decíais, ¿no? —sonríe, pega un trago largo a su cerveza y siente cómo el alcohol le va embotando la cabeza—, tal para cual. Yo, sin embargo, siempre ahí, a por uvas, sin enterarme de nada. —Se agarra a la botella con las dos manos y hace una pausa—. Dime, porque tú seguro que lo sabes, ¿estaba bien aquí?, ¿te dijo algo?, ¿era feliz?

—¿Por qué preguntas eso? Apenas tuvimos tiempo de hablar desde que llegué a Oldache, pero me pareció que estaba contenta.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho esto? ¿Por qué ahora?

—No sabemos lo que ha pasado, Pablo, no saques conclusiones, entiendo que estés enfadado con ella, es lo normal...

—No digas tonterías, hazme el favor de no hacer de psicólogo conmigo.

La primera vez que Silvia desapareció, también le costó admitir que estaba enfadado. Habían terminado COU. Era ese momento mágico que los ponía en la casilla de salida: la universidad, la independencia. Pablo y Raúl irían juntos a Madrid, a la Escuela de Arquitectura, solos, lejos de Oldache y de

la familia. Silvia dudaba, tan pronto la biología era su verdadera vocación como quería ser artista. Los tres llevaban tiempo en el María Zambrano sin coincidir en la misma clase; se conocían de alguna excursión y de las semanas culturales comunes a todos, pero apenas habían hablado. A Pablo le gustaba esa chica, aunque no se atrevía a acercarse a ella. Sin embargo, durante ese último curso, los tres se hicieron inseparables. Raúl y Silvia parecían entenderse especialmente bien. A veces, Pablo se sentía desplazado porque los otros dos, solo con mirarse, rompían a carcajadas que él no siempre entendía. Con el tiempo se acostumbró, se convenció de que lo único que había en esa complicidad era amistad. Cuando Silvia desapareció, estaba a punto de pedirle que saliera con él. Nunca supo por qué se fue, se esfumó sin más, sin despedirse. No volvió a verla hasta unos años después en Madrid y con Raúl.

Da el último trago a la cerveza y deja la botella en la encimera.

—Me voy a tomar otra —dice—, ¿tú quieres?

—¿Por qué no? —Raúl calla un momento y parece dudar. Busca en el bolsillo trasero del pantalón, saca un paquete de tabaco y enciende un cigarrillo. Se ha calmado, pero de cuando en cuando, algún espasmo le estremece la garganta, lo nota porque calla para tragar saliva—. Pablo, ayer no te dije toda la verdad, Silvia me llamó sobre las cuatro, me dijo que necesitaba verme y quedamos, tomamos un café y a las cinco y media la dejé en el coche, suponía que de vuelta a casa.

—¿Qué quería? ¿Por qué te llamó?

—Nada importante —vuelve a callar mientras expulsa el humo—, dijo que quería asegurarse de que iba a ir a la fiesta, que estaba nerviosa y le apetecía un café.

Dentro de la casa hace calor, Pablo sale al jardín. Los barcos fondeados en la bahía, iluminados como para una fiesta, esperan

su entrada al puerto. En contraste, los farolillos de Silvia languidecen deslucidos por el agua.

* * *

Las palabras de tranquilidad y reproche se desvanecieron en los labios de Pablo.

—Ah, eres tú —dijo en su lugar.

Raúl bajó los brazos y las botellas de champán pasaron a un segundo plano. Quedaron uno frente al otro. A lo lejos, una orquesta que sonaba a lata evocaba lo mejor del verano. Raúl se mordió el labio inferior en un gesto muy suyo que no pasó desapercibido a Pablo, después sonrió.

—Las fiestas de Herreros —dijo.

El tono de complicidad obligó al otro a afirmar, a retirarse del quicio de la puerta y dejar el paso libre.

—¿Qué tal? —preguntó.

—No me puedo quejar. —Raúl le sostuvo la mirada un instante, después la desvió hacia las botellas—. Venían frías, pero con el calor del coche..., no sé.

Era un champán francés de calidad, Raúl seguía haciendo bien esas cosas. Cogió las botellas de las manos de su amigo y se dirigió hacia la cocina dejando al otro la decisión de seguirlo o no. Era su invitado, el invitado de Silvia, ella le reprocharía que lo tratase así, pero no podía evitarlo. El otro, en cambio, actuó como si el tiempo no hubiese pasado y, aunque era la primera vez que pisaba aquella casa, entró y se movió por ella con naturalidad. No siguió a Pablo a la cocina, las luces encendidas lo guiaron hasta el salón y el jardín.

—¿Es que no hay nadie? Silvita, ¿dónde te metes? —alzó la voz—, ¿todavía emperifollándote?

—No está —dijo Pablo a su espalda—. No ha llegado, justo iba

a preguntarte si sabías algo de ella.

—No, no sé nada, ¿cómo que no ha llegado?

—He vuelto del estudio y no había nadie, no tengo ni idea de dónde se ha metido.

Sonó el timbre. Pablo miró el reloj y torció el gesto. Raúl lo retuvo:

—Espera, ya voy yo.

El taconeo precedió a Tina.

—Pablo, eres un artista —dijo la mujer, marcando una de sus estudiadas poses—, estoy deseando ver esta maravilla. En cuanto llegue Ramón, que está aparcando, nos lo enseñáis todo.

El timbre sonó otra vez, eran Federico y María. Luego llamó Ramón, que había aparcado lejos porque parecía que toda la ciudad estaba en Los Lirios esa noche, y también llegaron Curro y Ana, y después, Esteban y, casi al tiempo, Lula. Pablo no sabía a cuánta gente había invitado su mujer, ni los que faltaban por llegar, ni qué hacer con ellos si Silvia seguía sin aparecer.

La llamó al móvil, el mensaje insistió en que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Ya eran las diez.

—Si en media hora no ha aparecido deberíamos hacer algo —dijo Raúl.

—No sé, déjame pensar.

* * *

Pasaron doce años desde que Silvia se marchó hasta que Pablo la volvió a encontrar en otra fiesta: la inauguración del Sirius, el primer bar que Raúl abrió en Madrid. Un local con pretensiones de ambiente neobohehio en el barrio de Chueca. Decorado con poca fortuna, según la opinión de Pablo, pero con buena música. Su música: Eric Clapton, U2, Police..., la de ellos dos. Acababa de volver de Montreal y escuchar esos temas junto a su amigo era

como estar otra vez en casa. Al finalizar la beca de postgrado que lo llevó a Canadá, el estudio de arquitectura donde había hecho las prácticas lo contrató. Una cosa llevó a la otra, pero ahora que había vuelto, no acababa de encontrar su lugar.

Silvia estaba muy cambiada, llevaba el pelo corto y unos pendientes largos que enmarcaban el óvalo de su cara. Demasiado delgada. Algunas incipientes arruguitas se le marcaban alrededor de los ojos. Tenía treinta años. Algo en la forma de maquillarse, o de moverse, le daban un aire sofisticado muy diferente al de aquella muchacha de melena larga, vaqueros ajustados y redondeces infantiles que recordaba. Sin embargo, a pesar de que hablaba y se movía con desenfado, de que aparentaba estar animada, algo en ella resultaba triste. La conocía bien, había estudiado sus gestos mil veces, no los había olvidado. Por eso creyó ver miedo en esa mirada.

Raúl lo había llamado unos días antes para invitarlo a la inauguración.

—Tengo una sorpresa —le había dicho.

La sorpresa era Silvia y el anuncio de que habían decidido casarse.

* * *

Un rayo de sol se cuela por las rendijas de la persiana, se pega a los párpados de Pablo y lo despierta. Lucha, quiere apartarlo con la mano y seguir durmiendo. La noche anterior cayó rendido, pero ha tenido sueños agitados, tan vívidos, tan reales, que no sabe si lo eran o se trataba de sus propios pensamientos. Imágenes imprecisas cuyo recuerdo provoca alivio e inquietud a la vez. Hace calor en el cuarto. Se destapa, se estira, alarga la mano hacia el hueco que deja el cuerpo de Silvia en la cama y el vacío lo paraliza.

Está solo, Raúl se marchó por la noche. Estuvieron hablando hasta tarde y el malestar entre los dos fue en aumento.

—Creo que necesito ropa limpia y los dos deberíamos descansar —dijo Raúl cuando el sueño ya los vencía—. Mañana te llamo, procura dormir.

Todavía les da un tiempo a sus músculos antes de levantarse. Luego, sale al jardín y la brisa lo espabila. Esa sensación de bienestar le sorprende, como le sorprende que haya amanecido, o que en el alero del tejado unos polluelos sigan piando en su nido, o que los ruidos amansados de domingo sean los de siempre, o que las tripas le gruñan de hambre, o que los coches circulen y hasta que el mundo gire.

Raúl estuvo con Silvia hasta las cinco y media. Tina la había visto en el centro comercial hacia las dos y cuarto, eso dijo. Charlaron cinco minutos, aunque conociendo a Tina ya sería alguno más. Silvia se iba a casa, Tina le propuso que tomaran algo, pero no aceptó, insistió en que tenía prisa. A la casa había llegado: la compra estaba en la cocina y se había cambiado de ropa. Después, todo indicaba que había vuelto a salir, supuestamente, para reunirse con Raúl. Desde el centro comercial hasta Los Lirios hay unos diez minutos en coche. Si tenía tanta prisa cuando habló con Pablo, ¿qué pasó para que lo dejase todo medio tirado, llamase a Raúl y fuese en su busca? No podía creer que solo le apeteciese un café. Raúl no decía toda la verdad. Ocultó que la hubiese visto y lo soltó después, cuando estaban solos, ¿por qué iba a fiarse entonces? A falta de la autopsia, prevista para el día siguiente, el informe preliminar del forense fijaba la hora de la muerte entre las siete y las nueve. Cuando habló con ella ni siquiera le preguntó en qué había ocupado la mañana, pensó hacerlo, pero se le fue de la cabeza. Salió sobre las diez, él se quedó trabajando en casa hasta pasadas las doce cuando se fue al estudio. Si a las dos todavía iba con prisas para

terminar las compras, ¿qué había hecho todo ese tiempo? Los movimientos de Silvia cuando no estaban juntos eran a menudo una incógnita para Pablo. Como tantas cosas suyas, como el tatuaje que descubrió en su cadera mientras le quitaba la ropa en una de sus visitas a Madrid, cuando solo llevaban unos meses separados.

—¡Ay!, Pablo, ¡no seas controlador!

—Pero, mujer, si es que me ha sorprendido, no sabía que te gustasen los tatuajes.

—Este sí —dijo secamente.

La mariposa de colores en tonos azules y rosas revoloteaba en la cadera de Silvia sobre un fondo de florecillas, también coloreadas, que se iban difuminando hasta envolver sus formas redondeadas. Parecía que fuese a escapar entre las puntillas de su ropa interior. A Pablo tampoco le gustaban los tatuajes, pero esa mariposa le pareció tan seductora que no pudo soportar la idea de que no estuviese allí solo para él.

—No está mal —dijo tratando de quitarle importancia.

* * *

Los invitados se instalaron en el jardín ajenos a la preocupación de Pablo por la ausencia de la anfitriona. Admitieron las explicaciones de Tina sin darle demasiada importancia y se centraron en la charla. Nadie tenía prisa, se habían arreglado para la ocasión, hacía una noche agradable, Raúl y Tina les proveían de cerveza, podían esperar tranquilamente. A las diez y media, Raúl insistió en que deberían hacer algo por localizar a Silvia.

Tina fue la primera que decidió que había que actuar sin más demora. Siempre estaba pendiente de Silvia; en el grupo se había reservado el papel de protectora. Silvia era la mujer de Pablo, por

eso estaba allí, no era uno de ellos, solo por Pablo la admitían y la toleraban. Por detrás comentaban que esa relación era un error, aunque callaban en su presencia. Pablo sabía que si conseguía que las mujeres la aceptasen, el resto estaría hecho. Por eso le agradecía a Tina que no mostrase con su mujer las mismas reservas que el resto, las propias de la gente de Oldache hacia los desconocidos. Tina marcaba opinión y Pablo creía que era el único camino para que Silvia se integrase. Ella nunca había pertenecido a ese ambiente, tampoco tenía amigos propios en Oldache, salvo Raúl. Sin embargo, desde el principio, Tina la trató con confianza, como si fuesen viejas amigas que se reencuentran. Era una mujer alegre, algo alocada; según su marido, su único defecto era que hablaba demasiado. A primera vista, ofrecía sus confidencias a cualquiera que quisiese escucharla, no parecía tener secretos que guardar. Según Silvia, gran parte de lo que decía eran mentiras o medias verdades que contaba para crear intimidad y hacer que los demás hablasen. Tina estaba al tanto de todo lo que se movía en Oldache y que tuviese algún interés. Pablo creía que Silvia era un enigma

para ella y que por eso le interesaba.

—Pablo, me vas a decir ahora mismo qué es lo que pasa, ¿dónde está Silvia?

—No pasa nada, qué va a pasar —contestó poniéndose a la defensiva—. No seáis exagerados, se habrá retrasado por algo, estará al llegar.

—Vamos, Pablo, sabes que esto no es normal —dijo Raúl—. No tiene sentido que ninguno sepamos nada de ella.

—Cariño, Raúl tiene razón, algo le ha tenido que pasar.

Las cajas de la mudanza sin abrir y cada una de las veces que Silvia se había ido sin despedirse ocupaban los pensamientos de Pablo desde hacía rato.

* * *

El sonido del teléfono lo acompaña, por eso deja que suene. No le apetece hablar. Sabe que es su madre quien llama porque aguanta hasta que se le agota el tiempo y, de inmediato, vuelve a marcar. No parará hasta que conteste, lo sabe. Mamá, estoy bien, tranquila. Claro, todo lo bien que puedo estar. Perdona, es que no tengo muchas ganas de hablar ahora. Mira, si no te importa, díselo tú a todos. Sí, sí, a la familia, a los vecinos, a quien quieras. La noticia ha salido esta mañana en *El Provincial*, así que todo Oldache estará ya enterado. No, mamá, todavía no sé nada más que lo que te estoy diciendo. Cierra los párpados. Es que no te puedo decir mucho más. No, no vengáis. No, es mejor que os quedéis ahí las dos. Dale las gracias a la tía. Sí, sí, díselo a quien quieras, a quien se te ocurra. Suspira. A mí me cuesta pensar, pero, por favor, que no me llame nadie. No, tú tampoco, necesito el teléfono desocupado. Miente. Yo te llamaré, lo prometo. Que sí, que me estoy cuidando, tranquilas.

La conversación es corta, pero lo deja exhausto. Se hunde en la hamaca, se aferra a los tibios rayos de sol. Sí, la noticia estará ya en boca de todos, también, supone, en ese otro mundo desconocido de Silvia, ese que solo a ella le pertenecía.

Nunca hablaba de su familia, era como si no la tuviese. El padre había muerto siendo ella muy pequeña. En una ocasión, dijo que recordaba cómo la hacía volar por los aires, pero no su rostro. La madre había vuelto a casarse. Hubo un hermano que también estaba muerto. Eso era todo lo que Pablo sabía.

Cuando se conocieron en el instituto, Silvia vivía con una mujer que no era su madre. No le resultó extraño, para Pablo era natural, supuso que sería algún familiar que la acogía mientras estudiaba, como a él mismo. Le gustaba pensar que los dos compartían esa vivencia y que eso los unía.

Pablo había pasado los inviernos en Oldache y los veranos en el pueblo desde que tenía diez años. La hermana de su madre y su marido lo habían acogido. Al principio, echaba de menos el pueblo y, sobre todo, a su madre, pero recordaba la infancia y la adolescencia con los tíos como un tiempo feliz.

Durante los preparativos de la boda supo también que la madre de Silvia vivía en Oldache, en un lugar llamado el Barrio Alto, una zona deprimida y peligrosa que nadie en su entorno se atrevía a pisar. Silvia quiso casarse en Madrid con una ceremonia civil discreta y una celebración sencilla con los más íntimos. Excepto un par de compañeras del instituto de secundaria donde trabajaba y Raúl, el resto de los invitados eran de Pablo.

—¿No va a venir nadie de tu familia a la boda? —preguntó.

—¿Para qué? —respondió ella por toda explicación—, no les gusta viajar.

—Pero ¿no me los piensas presentar nunca?

—¿Y a ti qué más te da? Tú no te vas a casar con ellos.

* * *

A pesar del tiempo transcurrido, encontrarse con Silvia en la inauguración del Sirius no fue algo inocuo para Pablo. Habían pasado doce años desde la tarde que, juntos, vieron entrar en el puerto el ferri de Plymouth, se besaron, él tocó su piel por debajo de la camiseta y ella respondió a sus caricias. Pasó la noche en vela pensando en eso y al día siguiente no estaba. No acudió a la cita, no respondió a sus llamadas y, como si se la hubiese tragado la tierra, desapareció.

Fingió que todo le parecía normal, que Raúl la hubiese encontrado, que llevasen casi dos años compartiendo piso y se lo hubiese ocultado. Dijo todas las trivialidades que se le ocurrieron, aunque cada palabra le quemase por dentro y se asombrase de

que, después de tanto tiempo, siguiese siendo así.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¡Mira que eres cabronazo!

Raúl se encogió de hombros en un gesto impreciso que Pablo no acertó a interpretar.

—No será porque no has tenido ocasión —insistió Pablo—. ¿Cuántas veces hemos hablado por teléfono?, espera que recuerde, ¿una vez por semana?, pero, claro, también se te olvidó comentarlo durante los quince días que estuviste en Montreal.

Raúl aceptó la bronca sin buscar argumentos en su defensa.

—No es fácil de explicar, Pablo, es complicado. Silvia no tenía dónde quedarse, al principio solo se trataba de compartir el piso un tiempo, mientras se organizaba, después..., me pidió que no te lo dijese, que prefería verte antes... —Meditó unos segundos—. Ya hablaremos en otro momento más despacio.

—Pero ahora sois pareja, quiero decir, si os vais a casar...

—Sí, más o menos, se puede decir que somos pareja. Ya te digo, es complicado. Nos casamos, ya está. Ninguno de los dos damos mayor importancia a eso del matrimonio, ya sabes, pero creemos que en este momento es lo mejor.

Tenerla delante lo confundía y, a la vez, se alegraba, como si no hubiese pasado el tiempo.

—Te veo muy bien —dijo ella. En sus ojos, la misma impaciencia que Pablo recordaba—. Estoy al tanto de que terminaste la carrera y de que has estado en Canadá. Ya ves, lo sé todo de ti. ¡Cuánto me alegro!, Pablo, ¡no sabes lo orgullosa que estoy!

Durante los años de universidad no había podido sacársela de la cabeza. Se refugió en las clases y en los libros con desesperación. Si llegaba la noche sin haberla invocado se obligaba a hacerlo; era una costumbre, una más de sus rutinas. El primer año, sobre todo, lo pasó mal. A pesar de que Raúl estaba con él, se sentía solo. El estómago se le revolvía y le dolía cada

noche lo mismo que el primer invierno que pasó en Oldache con sus tíos. Antes de las Navidades, Raúl dejó las clases.

—Pintar planos no me va, tío —le confesó a Pablo, una madrugada, cuando llegó al piso que compartían. Pablo dormía y lo despertó para decírselo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No tengo ni idea.

Desde entonces, apenas coincidían, sus horarios se volvieron incompatibles. Pablo, centrado en los estudios y Raúl inmerso en otro tipo de vida en Madrid muy diferente. Dormía de día y salía de noche, así pasó casi los dos primeros trimestres del curso. Durante las vacaciones de Semana Santa, sus padres se enteraron y no lo dejaron regresar a Madrid.

—Nosotros matándonos a trabajar en el bar para que este sinvergüenza tire su tiempo y nuestro dinero por la ventana —se lamentó el padre—, pero va a aprender, ya lo creo que este va a aprender lo que vale un peine.

Pablo volvió a Madrid solo. Al contrario de lo que le suele ocurrir a la mayoría de la gente, la universidad no fue una etapa especial. Es verdad que conoció a Fede, que hizo lo que cualquier estudiante: salir, beber, emborracharse, pero si volvía la vista atrás, veía un tiempo oscu-

ro y solitario. Por eso, cuando se marchó a Montreal pensó que empezaba a vivir. Tuvo éxito en la profesión, conoció a Ingrid, se casaron enseguida, viajaron y se divirtieron. Ingrid era una mujer nada convencional que se declaraba a sí misma como no apta para la vida en familia. En pocos años sus intereses dejaron de coincidir y se divorciaron sin peleas ni rencores, sin los excesos propios de las rupturas. Después murió su padre y la responsabilidad con la madre que se impuso a sí mismo lo hicieron volver.

—¿Y qué ha sido de ti? —preguntó sin poder evitar algo de

resentimiento en la voz—, ¿dónde has estado metida?, si mal no recuerdo la última vez que nos vimos no dijiste que te fueses a ir a ningún sitio.

Ella cargó la sonrisa de nostalgia y esquivó la pregunta.

—Ahora estoy estudiando. Voy a la facultad por las mañanas y trabajo en el bar por las tardes. Con un poco de suerte, en tres años tengo el título. —En sus ojos vio una súplica, que competía con la lucha por mantener intacta la soberbia como si fuese su única posesión—. ¿Sabes?, tengo la intención de opositar para profesora de inglés, no vayas a creer que pretendo vivir de Raúl toda la vida.

—Me conformaría con saber que al menos pretendes vivir con él —dijo sonriendo, aunque sin poder ocultar la intención de sus palabras.

—Vamos, Pablo, no seas rencoroso, anda, dame otra oportunidad para ser amigos.

Silvia y Raúl no se casaron. La boda se fue posponiendo hasta que, poco a poco, simplemente, dejaron de hablar de ello.

Que le diese otra oportunidad fue lo que le pidió pocos años después, cuando se volvieron a besar en medio de la calle, esta vez con frío primaveral y el ruido del tráfico de Madrid de fondo.

También le había pedido otra oportunidad la noche anterior a la fiesta, mientras cenaban. Pablo le hablaba de las novedades en el proyecto del hotel en el que trabajaba, nombró al promotor, había repetido su nombre varias veces, pero ella no lo recordaba.

—Espera, dame otra oportunidad —reclamó—, lo tengo en la punta de la lengua.

—Se te acabaron las oportunidades —dijo medio en broma, pero con algo de rencor—. No me escuchas nunca cuando te hablo.

—Bueno, pues entonces dame un beso.

Y Pablo, a pesar de los juegos de ella, se lo negó, porque le contrariaba el desinterés por sus cosas. Su imagen y el recuerdo

de esa estúpida conversación le vienen en esta mañana de domingo con la única realidad de que ya no podrá conceder a Silvia ninguna otra oportunidad.

* * *

El lunes amanece lloviendo. Pablo se achica de nuevo en su refugio entre las sábanas. ¿Por qué no quedarse ahí para siempre?, dejarse mecer con el repicar del agua en los cristales y el temblor del viento en las copas de los árboles. Si escucha con atención, hasta puede oír el rumor lejano y ronco de las olas. La tarde anterior dieron aviso de temporal en la costa, advirtieron de que podría llegar a ser una galerna. Había encendido el televisor para acallar el silencio y se entretuvo mirándolo. El viento de noroeste siempre trae lluvia, dicen que, cuando sopla, el verano se acaba. Silvia hubiera maldecido esa noticia.

No quiere dejarse vencer por la quietud. Los hombres aguantan. Tiene que pensar en el trabajo; en lo que falta por hacer hasta la fecha de entrega del proyecto. El viernes se trajo a casa los planos del hotel con la intención de adelantar tarea durante el fin de semana. Eso es lo que hay que hacer: ponerse en pie y trabajar. Oye la llave en la cerradura. Mira el reloj. Yeni siempre puntual.

A Silvia no le gustaba Yeni. Por más que la pobre mujer se esforzase no conseguía su aprobación. Es algo lenta, pero no se la puede acusar de no cumplir, la defendía Pablo. Empezó a trabajar para él cuando se mudó a la casa, mientras Silvia estaba en Madrid. Lo había cuidado, luego a los dos, como una madre solícita que se adelanta a sus necesidades: la casa en orden, la nevera llena, la ropa limpia en el armario. Pablo le ha cogido cariño a esa mujer que balancea las caderas pesadamente por la casa y, sin embargo, demuestra una agilidad insospechada para

llegar a cualquier rincón donde haya suciedad.

Yeni había llegado de la mano de Tina, quien después aseguró a Silvia que ella nunca se equivocaba en esas cosas.

—Es una buena mujer —le dijo—, limpia y discreta. Te aseguro que no vas a encontrar una mejor, hazme caso.

—Ya, pero cualquier día se cae de esa escalera y tenemos un disgusto. Le sobran kilos para este trabajo —había protestado Silvia, que consideraba que Tina se entrometía demasiado en su casa y en sus cosas.

—No es para tanto. Te darás cuenta de las ventajas —intentó convencerla—. A estas mujeres, con un poco de tutela las terminas moldeando, te lo digo yo, y cuando tengáis niños, ya verás, te alegrarás de tener a alguien de confianza cerca.

Tina desconocía que tocaba una cuerda sensible, o quizá no. ¿Qué le importaba a esa metomentodo? Aunque Pablo no perdía la esperanza, para Silvia lo de los hijos era un asunto zanjado. Sin embargo, más allá de los comentarios poco afortunados de Tina, Pablo intuía que había algo más que hacía sentir incómoda a su mujer. Por lo que decía, creía que tenía que ver con que ambas procedieran del Barrio Alto, el lugar donde Silvia había nacido y crecido y al que Yeni había llegado desde su país de origen.

—Es que me mira con una suficiencia que no me gusta. No sé qué se cree esa mujer —se quejaba.

—Son figuraciones tuyas, no seas injusta.

A Pablo, ese Barrio Alto se le va metiendo en la cabeza. Por encima de todo, necesita entender a su mujer y puede que sea allí donde la encuentre. Raúl sabe más de lo que dice, está seguro, pero no se fía de él. Por eso decide indagar por su cuenta en el pasado que Silvia le ha negado. Eso incluye a su familia y al Barrio Alto. Yeni conoce muy bien ese lugar y puede servirle de ayuda y de guía.

La observa mientras le prepara el desayuno. Con Yeni cerca se siente más en calma. Nada más llegar lo ha abrazado, lo ha pillado desprevenido y, entonces, ya no ha podido evitar las lágrimas contenidas durante tantas horas.

—No conozco a nadie en el barrio con el mismo apellido de la señora Silvia —reflexiona Yeni entre hipos ahogados—, pero no se preocupe, que haré preguntas por ahí y le digo. Si siguen allá, porque a lo mejor es que ya no están, vaya usted a saber, pero si esa familia sigue allá, los vamos a encontrar, ya verá.

—Te lo agradezco de verdad, Yeni. Te agradezco que estés hoy aquí.

—¡Qué va!, dónde quiere que estuviera, este es mi trabajo. Dígame, ¿qué más tenemos que hacer ahora?, porque sabe que puede contar conmigo para lo que sea, ¿me oye?, para lo que sea.

—No lo sé, Yeni, ahora hay que esperar a la autopsia.

Con la presencia de la mujer trajinando por la casa, es capaz de detener la espiral de sus pensamientos y concentrarse en los planos del hotel. Las dos horas siguientes pasan casi sin sentir hasta que a las doce suena el teléfono.

—Buenos días, ¿Pablo Soler? —Cree reconocer la voz de la mujer con la que habló en el juzgado de guardia—. Soy la sargento Medina, necesito que se pase por aquí en cuanto le sea posible. —No añade preámbulos, habla con la diligencia de quien está acostumbrado a ir al grano—. Tenemos novedades. Hemos encontrado el bolso de su mujer.

* * *

Está encima de una mesa. Es el bolso de Silvia. Tiene los bordes gastados y está cubierto de ronchones pardos y, aunque apenas se reconoce el kílím de vivos colores que Silvia compró en el zoco de Fez, es el mismo, no hay duda. A su lado, las llaves de la casa, un

paquete de clínexechados a perder, una barra de labios y el teléfono. Cada objeto en una bolsa de plástico etiquetada.

Le duele recordarla regateando por ese bolso. Las mejillas encendidas, el pelo revuelto. Puede sentir el calor húmedo, el tacto pegajoso, el olor ácido de su piel. Recuerda que no podía dejar de mirarla mientras se despedía del vendedor y se alejaba de la tienda con un gesto victorioso; se lo he sacado por tres euritos, alardeó mostrando el bolso como un trofeo. Entonces, aquel mendigo se acercó a ella. Pablo no lo vio llegar, la abordó de repente y, eso nadie lo negaría, la acorraló entre la multitud. Pablo reaccionó, retiró al indigente de su lado con una fuerza involuntaria, la rodeó con los brazos y la sintió a salvo. El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo. Silvia se desprendió con violencia de su abrazo y fue a socorrer al mendigo. Lo ayudó a levantarse, le pidió disculpas y le dio unas monedas, demasiadas, según la opinión de Pablo.

—Delante de mí, no vuelvas a tratar a nadie de esa manera —le increpó. Estaba furiosa—. Nunca, ¿me oyes?, nunca.

La sargento lleva el pelo recogido en la nuca. El peinado le da seriedad. Sin embargo, esta vez no es ella quien dirige la entrevista, lo hace un oficial de más edad; lleva estrellas de teniente en la divisa.

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunta Pablo.

—Verá —el hombre se inclina sobre la mesa y apoya los codos en ella. La mujer permanece de pie detrás de él—, ha aparecido otro cadáver, lo encontraron ayer entre las rocas del Islote. —Pablo se remueve en el asiento—. Es de un hombre y, según el forense, pudo morir el mismo día y a la misma hora que su mujer. En el mismo lugar, también entre las rocas, ha aparecido el bolso.

—¿Quiere decir que mató a Silvia para robarle? —pregunta Pablo en un susurro.

—Podría ser.

—Y luego, se ahogó... ¿Ya saben quién era?

—Está muy golpeado. Por los cortes en el cuerpo, probablemente, el mar lo baqueteó contra las rocas. —El agente mantiene la mirada fija en Pablo—. También parece que su mujer luchó con él. —Se detiene y da un trago al café que tiene sobre la mesa—. Era un delincuente habitual, pero hay algo extraño. —Calla y vuelve la cabeza hacia la chica.

—Su identidad es confusa —continúa ella, recogiendo el testigo que le pasa su jefe.

—¿Qué significa eso?

—Como ha dicho el teniente Cortés —la mujer da unos pasos hasta ponerse a la altura de la mesa—, la señora Romero luchó con alguien y, antes, o ya en el agua, ambos se golpearon contra las rocas, hay rasguños y marcas en los cuerpos que lo sugieren. —Retira un mechón rebelde que escapa del recogido y cruza los brazos—. Había restos de piel en las uñas de su mujer que están analizando. —Parece meditar lo que va a decir a continuación. Se adelanta un poco más y apoya las manos en la mesa—. En el Islote hemos encontrado uno de esos recipientes estancos que la gente usa para los barcos, dentro había un teléfono, algo de dinero bien protegido en una bolsa de plástico y varias bolsas vacías más que, interpretamos, debían de pertenecer a ese individuo. También analizamos los restos de un cigarrillo a medio consumir que hemos encontrado por allí. Lo extraño es que todos los indicios apuntan a que la identidad del dueño de ese teléfono corresponde a otra persona. Sus huellas no coinciden con las del hombre que dice ser —la chica mira a Pablo más intensamente—, sino con las de otro delincuente, Ladislao Zárate, al que dieron por muerto. Supuestamente, el dueño de ese teléfono y él iban juntos cuando el vehículo de ambos se incendió hace algo más de tres años. Acababan de atracar una joyería, quizá lo recuerde, salió en la prensa. Uno huyó y Zárate murió en el accidente.

PARTE 2

El Barrio Alto

La antigua fábrica abandonada domina desde arriba. Bajo su tutela, la gente camina encorvada, vencida por un lastre invisible. El Barrio Alto es asfalto cuarteado, basura y barro. Dicen que el aire pesa porque nunca se limpió del todo el hollín de las chimeneas de la fábrica. El Barrio Alto sobrevive de espaldas al mar, la mole gris lo aísla en la fealdad y en la miseria.

Pablo nunca ha estado allí antes. Rechaza la visión de este lugar que, a la vez, le atrae con la misma fuerza. Intenta imaginar a Silvia entre esas calles trazadas cuesta arriba en busca del sol. Aquí creció. ¿Por qué se la llevaron? Es comprensible que su madre buscara alejarla de un sitio como aquel y que por eso confiase su hija a esa mujer con la que vivía, probablemente, un familiar suyo o de su marido. En el barrio hay dos colegios, incluso un instituto de secundaria, que ya existían cuando Silvia vivía aquí. Eso le hace pensar que no sea la única razón. Como él, que podría haber asistido al instituto de Valbuena, apenas a treinta minutos en coche del pueblo, otros lo hicieron, y, sin embargo, su madre eligió mandarlo a Oldache, lejos de ella. Quizá, la familia de Silvia buscaba lo mismo, un sitio mejor para su hija.

Ha quedado con Yeni en encontrarse en la plaza de Los Carros, el centro neurálgico del Barrio Alto. Esta mañana se siente más ligero, libre de la desidia que ya le entumecía los músculos. El día anterior había trabajado durante un par de horas, lo justo para cerrar algunos detalles que no precisaban excesiva concentración, más de la estética del edificio que de la

estructura. A Pablo le gusta construir sus propias maquetas, tocarlas es como sentir su obra entra las manos. La tecnología es práctica, pero carece de la carga romántica de esas construcciones en miniatura. Un edificio en pie es un milagro, casi un misterio, el asombro, la admiración que siente al contemplarlo, solo la puede explicar desde la emoción, desde el espacio artístico de la creatividad que es para él la arquitectura. Por eso le apasiona.

Cuando salió de la comandancia, volvió a perderse en las calles. La lluvia había deshecho la espesa capa de nubes y el sol empezaba a colarse entre los huecos. Mira, es Dios que se asoma, solía decir su madre cuando un cielo así se dejaba ver en las tardes de verano tras una tormenta.

Busca un sitio donde aparcar. Por un momento, lamenta no haber cogido un taxi: No le gusta la idea de dejar su coche en cualquier parte. Da algunas vueltas eligiendo las calles más transitadas, hasta que al final, con un golpe de suerte, encuentra un hueco libre cerca de la plaza. En uno de los costados, en una pequeña zona ajardinada, un empleado del ayuntamiento limpia las hojas secas con una ruidosa sopladora. El hombre se aísla en unos cascos, ajeno a las protestas de un tipo que lanza insultos a gritos desde una ventana.

Según el teniente Cortés, el presunto atacante de Silvia, Ladislao Zárate, también era de aquí. Es absurdo, un tipo que no es quien parece ser, la esperaba en el Islote, un peñasco apartado al que no va nadie, para robarle. ¿Para robarle qué?, ¿cómo iba a suponer que llevaba algo de valor? No puede ser casualidad. Silvia era especialista en buscar coincidencias azarosas para todo, pero Pablo no creía en el azar.

El teniente también dijo que la falsa identidad no era lo más importante. Sabían que se trataba de un delincuente común del Barrio Alto adicto a las drogas al que se había dado por muerto. La sargento Medina fue difusa en sus conclusiones, Silvia podía

haber tenido la mala suerte de toparse con él, o el tipo podría haber salido a su encuentro, ambas cosas eran igual de probables según su opinión. Esa mujer a veces lo confundía. Preguntó si Silvia lo conocía, que cómo había llegado hasta allí, pero solo añadió que no había nada seguro, que seguían investigando. Insistió sobre el bolso de su mujer, si ella había llegado a nado al Islote y sus cosas quedaron en la Caleta, estaba claro que no lo había llevado consigo. La investigación está abierta, solo son conjeturas, reiteró la sargento. Luego, nada más. Las manos que buscan estrechar la suya. Le mantendremos informado. Una despedida. Hasta pronto. Unas pupilas azules bajo un parpadeo lamentando no poder descartar un accidente. Él, agarrándose a ellas.

La costumbre lo llevó de vuelta a la playa. Allí se sentía más cerca de Silvia. Cuando se lo permitiesen, llevaría sus cenizas para mezclarlas con la arena y con las olas. Sus átomos, la materia del cuerpo de Silvia, serían arena y olas.

La primera vez que fueron los tres juntos a la Caleta faltaron a la clase de Filosofía. Silvia lo propuso y Raúl enseguida estuvo de acuerdo. Hacía demasiado calor para ser abril, una de esas tardes raras que regala la primavera en las que es fácil dejarse llevar. A Pablo le preocupaba saltarse clases teniendo la selectividad tan cerca, pero no quería que se fuesen sin él.

—Estáis locos, el agua debe de estar congelada —dijo en un intento inútil de hacerles desistir.

—Venga, Pablo, no seas cagueta. —Silvia lo cogió de la mano y tiró de él.

—Además —volvió a la carga—, no tenemos bañador.

—¿Y qué? —le afrentó la chica.

Aceptó. Empezaba a creer que lo miraba de otra manera y no podía estropearlo. La marea estaba baja y apenas había oleaje, el mar era un espejo azul. Silvia se desnudó nada más llegar, se

quedó con la ropa interior. Los chicos la imitaron.

—Después te pones los pantalones sin gayumbos y listo —dijo Raúl, entusiasmado con la idea.

Silvia corrió hasta la orilla, la palidez invernal satinaba su piel; sin pensarlo, se zambulló en el agua, nadó por debajo durante unos segundos y salió a la superficie.

—¡Está buena! —gritó—, ¡venga, venid, no lo penséis más!

Nadaron los tres hasta el Islote, ella conocía bien el camino para evitar las corrientes.

—Poneos detrás de mí y no os separéis —les advirtió.

Se movía con soltura, como un pez, pensó Pablo. Una vez allí, treparon por las rocas. El agua estaba helada y los tres, con la piel de gallina, empezaron a dar saltos paraentraren calor.

—En el agua es donde mejor se está —aseguró Silvia, y, decidida, saltó desde uno de los riscos. Se zambullía y salía, movía los brazos y las piernas con rapidez durante un momento y volvía a saltar. Así siguió durante un buen rato mientras los chicos la contemplaban.

Volvieron a la Caleta y se tiraron en la arena. Había una brisa ligera, pero al resguardo de las rocas, al sol, se estaba bien. Al rato, Raúl dijo que sus padres lo esperaban en el bar y que tenía que irse. Era su obligación atender la barra mientras ellos comían, siempre a deshora. El Lagar no cerraba nunca, desde el desayuno hasta la cena. Pablo se alegró, aunque enseguida se sintiese un poco traidor. Se quedaron solos, tumbados uno al lado del otro, tan juntos que se rozaban al más mínimo movimiento. Silvia acariciaba la arena con las manos, la cogía a puñados y la dejaba caer con lentitud, una y otra vez.

—¿Tú tienes algún lugar que sea especial? —preguntó.

—No sé —dijo Pablo todavía cohibido por la proximidad de la chica—. Sí —rectificó—, pero está en la montaña, en mi pueblo. Si quieres, algún día te puedo llevar —se lanzó.

—El mío es este. —Hablaban como si no hubiese escuchado la respuesta de Pablo, como si, en cualquier caso, fuese a decir lo mismo—. Veníamos todas las tardes de verano, desde los ocho años. Desde allí no veíamos el mar. Bañarnos, saltar al agua, nadar, bucear era lo que más nos gustaba. —Calló. A Pablo le pareció que se agarraba a la arena.

—¿Venías con tus padres?

—No. Solo mi amigo y yo. A veces con más.

—¿Y os dejaban venir solos? —Pablo lo dijo sorprendido de verdad y Silvia sonrió.

—Ni se enteraban.

—Ya —titubeó un instante—. Por eso lo conoces tan bien. Pero, aun así, me parece que tirarse de esa manera desde las rocas es un poco peligroso.

—¿Eso?, lo hemos hecho siempre. No es peligroso si sabes por dónde. —Se incorporó y se sentó en la arena—. Veníamos hasta en invierno o, como ahora, en primavera. Estos primeros chapuzones son los mejores. Pasábamos el tiempo deseando que saliese el sol para venir, si había sol el frío no importaba.

—A mí —dijo Pablo, acoplando su cuerpo a la arena—, lo que no me gusta es el agua tan fría.

—Si hay sol... Pero por eso me voy a ir de aquí en cuanto pueda —dijo soñadora—. Ya verás, cuando esté en el sur tendré una casa enorme, con un porche enorme bien soleado y muchas plantas.

Pablo rio.

—Enormes —recalcó.

—Sí, enormes. Podrás venir cuando quieras, estás invitado.

Ambos rieron.

—Y tu amigo, ¿sigues viniendo con él?

—No, ya no. —Silvia dejó de sonreír—. ¿Nos vamos?, se hace tarde.

Se inclinó hacia adelante para recoger su ropa; con el movimiento, el sujetador se infló y dejó a la vista uno de sus senos, más pálido que el resto de la piel. Pablo guardó esa imagen para siempre. Aún ahora, su recuerdo le vuelve a estremecer.

Yeni ya lo espera en el único bar de la plaza. Las mesas y las sillas de la terraza, que en algún momento fueron verdes, están dispersas por la acera como si sus ocupantes las hubiesen abandonado con prisa. Yeni, siempre cuidadosa, saca un clínex de su bolso y se lo tiende a Pablo para que seque el agua del asiento.

—¿Y qué quiere que hagamos aquí? —pregunta solícita.

—No sé, Yeni, la verdad es que no sé por dónde empezar.

El camarero sale con calma del bar y se acerca a ellos. Es un hombre de mediana edad, algo chaparro, con la misma tez oscura y el pelo negro y liso de Yeni. Ella lo saluda con afecto y se lo presenta a Pablo.

—Le he citado aquí porque el Telmo conoce a mucha gente en el barrio y, pensé, pues, a lo mejor él sabe.

Telmo lleva algunos años a cargo del bar, pero no tantos como para haber sido testigo de la infancia de Silvia.

—Yo ya lo encontré así —explica refiriéndose al barrio—, pero he oído decir que con la fundición en marcha era muy distinto, había chamba y buen billete, dicen; aquí todos se creían pitucos, eso platican, pero vino la crisis y ya, ¡todo se fue pa'l carajo!, como en tos laos pues, les digo yo.

La fábrica había cerrado a finales de los ochenta, durante la reconversión industrial, la crisis a la que se refiere Telmo. Pablo lo sabe, todo el mundo sabe eso en Oldache. Su familia vivía de la ganadería y esa crisis no afectó tanto en la montaña como en la ciudad, donde mucha gente perdió el trabajo. El Barrio Alto pasó de ser un lugar de trabajadores prósperos al sitio marginal que tenía ante sus ojos. Los edificios más antiguos, ahora sucios y destartalados, pero con cierta clase, son aún muestra de ese

pasado.

—De la mujer no sé, ni sabía que fuese de acá —se ve que a Telmo le gusta hablar—, pero del otro tipo sí. —Cambió el peso de una pierna a otra y se cogió la cinta del mandil atado a su cintura con los pulgares—. Esta mañana no había otro tema, a lo visto, ayer ya estuvieron los pacos preguntando por ahí. Los parroquianos lo conocían, un tal Ladis, al que llamaban *el Loco*. Uno de acá que estuvo entre rejas y que dicen que se murió. ¡Vaya usted y Dios a saber cómo ha resucitado para volver a morirse el muy cabrón! En fin, miren cómo quedó todo esto ayer con el chaparrón, ni pude recoger, ¿qué se les ofrece para tomar?

Piden dos cafés. Varios hombres que apuntalan la puerta del bar con quintos de cerveza en las manos los observan. En la plaza, una niña pisa los charcos despacio, como para evitar que salpiquen, y después, con los brazos muy abiertos, corre para espantar a las palomas.

* * *

En el pueblo, los inviernos eran largos y los madrugones fríos. Había que vencer la pereza de salir bajo las mantas, correr al baño y, enseguida, a la cocina. El hogar ya estaba encendido y le esperaba el tazón de leche con ColaCao que su madre preparaba con tiempo para que se enfriase un poco, porque el olor de la leche caliente y las telillas de nata le daban arcadas.

—¡Valiente vaquero estás tú hecho! —le afeaba el padre mientras las retiraba con asco.

Después, tenía que esperar el coche del ayuntamiento en el que los niños del pueblo bajaban hasta el colegio de Carlón. La niebla siempre prendida en las montañas y esa humedad que se metía por las costuras del abrigo y uno no se la sacaba de dentro en todo el día.

El verano era distinto. Se pasaba al aire libre de acá para allá, en el río, en los pastos o en la plaza dando patadas a un balón contra el muro de la iglesia. Llegaban los veraneantes y había más gente en el pueblo. Muchas tardes, su madre y él iban al huerto y ayudaba a regar las hortalizas y a retirar las malas hierbas. Sabía distinguir los tomates y los calabacines que estaban a punto, los cogía y los ponía en un cesto. Una vez en casa, su madre hacía limonada con mucha azúcar y, aunque estuviese lloviendo, la bebían sentados en el patio, a cubierto bajo el tejadillo del corral. En verano, su madre reía.

—¡Ay, Pablo, eres el colmo, ¡pero, hijo, qué cosas se te ocurren!

Estaba muy delgada y al reír se le marcaban las arrugas alrededor de los ojos, pero no le hacían mal, al contrario, a Pablo le parecía que cuando su madre reía se le iluminaba la cara y se ponía más guapa.

En verano, cuando el padre pasaba la mayor parte del tiempo en los pastos altos con el ganado, los dos reían. A menudo, la acompañaba hasta las Cabañas por el sendero empinado de la Braña para llevarle comida o cualquier cosa que necesitase. A Pablo le gustaba tumbarse en la hierba y escuchar el sonido de los cencerros. Todos eran diferentes. Aseguraba que los podía distinguir. Así es como hablan las vacas, le explicaba a su madre mientras bajaban la cuesta de regreso al pueblo sujetando las piernas, esas son como sus voces. ¿Y qué dicen?, preguntaba ella divertida. Pablo se inventaba historias y parloteaba sin parar durante todo el camino.

La mayor parte del tiempo estaba contento y por eso le supo mal que lo mandasen a Oldache tan pronto. Su madre le había advertido que para el BUP se iría *abajo* con los tíos, pero él pensaba que todavía faltaba mucho para eso, porque la tarde que se lo llevaron a traición todavía estaba por empezar quinto.

Su padre ya había vuelto del monte y esa era la señal de que el

verano se terminaba y que volvía al colegio. Durante el invierno, el padre, un hombre poco hablador, marcaba el ritmo. Si su madre al abrir la puerta se ponía un dedo en los labios, Pablo sabía que estaba en casa y que tocaba callar. Era corpulento, de hombros anchos y musculatura fuerte; a su lado, su mujer parecía aún más menuda. Cada noche se sentaba en la cocina, siempre lejos de la chimenea. Si estaba de buen humor preguntaba a Pablo por el colegio o le pedía que leyese en un periódico, y si el resultado le parecía satisfactorio, revolvía el pelo del niño entre sus dedos de cuero. Lo más habitual era que al volver *de con las vacas* se mostrase taciturno y con mal genio. Se aseaba, bebía dos o tres vasos de tinto y dormitaba en la cocina, o miraba el fuego como quien mira al vacío y solo abría la boca para pedir la cena.

—Trabaja mucho —justificaba la madre—, los animales dan tarea y está cansado.

Su tía le aseguró que iría a su casa solo unos días, mientras su madre se recuperaba. Todavía hace buen tiempo, le dijo para convencerlo, podrás ir a la playa antes de que empiece el colegio. La madre había amanecido enferma. Pablo pensó que ya se sentiría mal la tarde anterior y que por eso lo mandó al corral a por troncos y astillas para encender la lumbre y templar un poco la cocina. Cuando llegó el marido, no le gustó:

—Cómo se nota que tú no acarreas ni partes la leña —gruñó—, la marquesa tiene frío, no sé qué cojones dejas para el invierno.

Los reproches derivaron en amenazas y, en un momento, Pablo se encaró con él y le gritó:

—¡Déjala en paz!

—Tú lárgate. Vete ahora mismo a la cama si no quieres... —lo amenazó, levantando la mano.

—Pero ¿por qué? —se envalentonó el muchacho aún más—, no tengo que madrugar, todavía estoy de vacaciones, ¿por qué me

tengo que ir a la cama? Además, si me acuesto tan pronto no me viene el sueño y luego no puedo dormir.

El padre lo empujó hacia la puerta, Pablo se tambaleó y se golpeó en la cabeza con el marco de madera. Se echó a llorar.

—Llora, eso es lo que te enseña tu madre, a llorar como las mujeres.

—Por favor —imploró la madre—, basta ya.

Se llevó al niño a su cuarto y le pidió que se quedase allí. Más tarde, mientras estaba en la cama, incapaz de conciliar el sueño, oyó la voz áspera del padre por encima de la de ella. Luego, una puerta se abrió y se cerró. Unos pasos resonaron en el piso de arriba. Las voces se acallaron. Un portazo sordo. El jadeo irregular que le recordaba al gruñido de las vacas. Después, el silencio.

Desde la cama, su madre le dijo que no se preocupase, que solo había cogido un poco de frío. Le pidió que no entrase para no contagiarlo. A media mañana llegaron sus tíos. Su madre se resfriaba pocas veces, pero Pablo no recordaba que se quedase nunca en la cama y mucho menos que llamase a su hermana por tan poco.

Excepto durante las vacaciones y algunos fines de semana, Pablo no volvió a vivir de continuo en el pueblo. No se despidió de su padre, no estaba en la casa cuando su tía se lo llevó.

* * *

Los ojos de Silvia son marrones, aunque a veces, según la luz, parezcan verdes. No tienen las pestañas espesas, ni son especialmente llamativos, pero cuando le brillan se le escapan de la cara, sobre todo al reír. Si se nublan, asustan.

Pablo repasa mentalmente el rostro que conoce de memoria, como su cuerpo, como todo lo de ella. Quien quiera puede decir lo

contrario. ¿Qué sabe Raúl de eso? Han pasado solo cuatro días sin Silvia, aún no se atreve a mirar sus fotografías repartidas por la casa. No las necesita para recordar el lunar, casi invisible, en su mejilla, para describir el óvalo de su cara, su nariz, el rictus descarado o mohíno de sus labios, su forma de mover las caderas al andar, o esa pose no estudiada de estar ausente. La de Silvia es una belleza solo suya, nada en común con esos rostros clonados que tanto admiran los círculos sociales de Oldache.

Mientras conduce de vuelta al centro, piensa en Raúl y decide llamarlo en cuanto llegue a casa. Silvia le pidió que lo hiciera la última vez que habló con ella, pero el mundo se ha dado la vuelta y va a cumplir con su deseo por un motivo muy distinto. Está seguro de que Raúl oculta cosas, lo siente en las tripas, pero es su amigo. Se han distanciado, es verdad, y aunque Pablo no cree ser el único responsable, ni siquiera el más culpable de los dos, ya no tiene sentido seguir peleando por ella.

La casa está a oscuras cuando llega. Yeni deja las persianas bajadas para que los cristales no se ensucien si llueve. Las abre y entra la luz. No ha averiguado demasiado, pero está satisfecho con la visita al Barrio Alto. Es extraño que haya ido allí para seguirle la pista a Silvia y se haya encontrado también con el rastro de ese tal Loco, el tipo que supuestamente la atacó. ¿Qué relación tenían? Se conocían, Pablo lo intuye, no puede ser que el azar lo pusiese en su camino.

En el jardín corre el aire y huele a hierba húmeda. Marca el número de Raúl. Enseguida se arrepiente y desea que no conteste; sin embargo, lo hace, y el otro dice que se alegra de oírle. No se hace esperar, en poco menos de una hora se presenta en la casa.

Vuelven a beber cerveza juntos, en apariencia relajados, vuelven a ser incondicionales, compañeros. A Pablo el alcohol enseguida le llena la cabeza de niebla. Hoy tampoco ha comido a

su hora, el tiempo pasa sin dejar lugar a costumbres. No siente hambre, el letargo que le produce la cerveza le hace bien. Se disculpa con Raúl, lo hace sinceramente, aunque calle las dudas, por vergüenza, y también porque le gustaría deshacerse de ellas.

—No sé —le cuesta encontrar las palabras que necesita—, ¿qué nos ha pasado?, las cosas no deberían estar así entre nosotros. Tenemos que hablar, pero no ahora, más adelante, cuando los dos estemos más tranquilos.

—No hace falta que te disculpes. —El tono de Raúl le suena cargado de razón—. Creía que nunca me ibas a decir esto. Si no fuese por lo de Silvia..., pero sigo ahí, Pablo, siempre, ya lo sabes, cuando quieras.

No es momento de reproches, en eso están de acuerdo. Se limitan a recordarla, a ella, y, sobre todo, a ellos mismos antes de Silvia. Repiten anécdotas de su infancia mil veces contadas. ¿Te acuerdas del Pacón? Por un momento vuelven a ser niños quitándose la palabra el uno al otro y rompiendo a carcajadas por cualquier cosa. Cada uno se reencuentra en los ojos del otro, junto a los setos de hortensias azules construyen para ellos un oasis de recuerdos gratos.

De pronto, no sabe cómo, las palabras pierden suavidad y se perfilan de aristas. Hace rato que Pablo escucha desde lejos, con los ojos cerrados, medio aletargado, dejando que la brisa le limpie la cara, y tarda en coger el sentido del giro que introduce Raúl.

—Pablo, no te cabrees por lo que voy a decir, no te lo tomes a mal, pero todo esto..., Silvia..., quiero decir, nos ataña a los dos, es la misma puta mierda para los dos.

Y tú no me puedes apartar, aunque lo intentes, también es cosa mía.

Se revuelve en la butaca.

—Bueno —restriega su cara con las manos y mira hacia arriba; el cielo está oscuro, sin una sola estrella—, Silvia era mi

mujer. Tú lo sentirás, Raúl, lo sé, no lo niego. Sé que era tu amiga, que la querías, pero te aseguro que no tiene nada que ver con lo que tengo aquí. —Aprieta un puño contra su pecho, el alcohol le suelta la lengua, las palabras ya se le enganchan—. Yo lo he perdido todo, así de simple, me he quedado sin nada.

—Es que no quieres comprender. —Raúl, de repente, habla con desprecio. Se levanta y le da la espalda—. Qué sabes tú lo que yo siento o dejo de sentir, Silvia no nos pertenecía, ni a ti ni a mí ni a nadie, eso está claro. Pero, en cierto modo, era de los dos, de diferente manera, pero era tan mía como tuya.

—¿Qué quieres decir?

—Pablo...

—No, no, quiero que me lo expliques.

Él también se levanta, tan rápido que el mareo le obliga a agarrarse al borde de la butaca.

—Porque —continúa hablando descompuesto por dentro— si esto que intentas decirme es lo que pienso, no tengo nada que hablar contigo; te marchas ahora mismo por donde has venido o igual antes tengo que darte una hostia.

—¡No me jodas, Pablo! Silvia se casó contigo porque estaba enamorada, eso dijo —se aleja hacia los árboles, donde no llega la luz y su silueta se oscurece—, pero, entiéndelo, conmigo era otra cosa, a mí me necesitaba.

Se habían distanciado desde aquella noche en el Gasby, casi un año antes. Era sábado. Pablo pasaba el fin de semana en Madrid, Fede había viajado con él porque ese lunes tenían una entrevista con un posible cliente. María lo acompañó, aunque ella volvería a Oldache el domingo y ellos regresarían juntos el lunes después de la reunión. Silvia no había desperdiciado la ocasión para burlarse: no te estaría mal empleado que ahora que te has ido a Oldache los proyectos te salieran aquí. Pablo sonrió. Hubiera preferido pasar la noche a solas con su mujer. Pasear por

el paseo del Prado disfrutando del todavía cálido otoño de Madrid, cenar en algún restaurante agradable de Chueca o Malasaña y regresar a casa temprano. Pero con su socio allí eso no era posible.

—A mí me apetece divertirme —protestó Silvia—, Fede y María no se pueden ir sin conocer el Gasby. Picamos algo y luego nos vamos para allá —propuso.

El nuevo local de Raúl, Gasby, su segundo bar, estaba cerca de la Glorieta de Bilbao y, a juzgar por la multitud que esperaba en la puerta, era uno de tantos locales de moda en la zona. Raúl ya no estaba atado a la barra, era el jefe y se limitaba a controlar el negocio, que, por lo que Pablo observaba, no le iba mal.

—Espero no tener que volver a tirar cerveza —declaró—, aunque en este mundo nunca se sabe, hoy estás arriba y mañana en la mierda. Este trabajo no es tan duro, en lo físico, me refiero, pero sí más aburrido y estresante, creedme.

El ambiente en la noche de Madrid bullía como de costumbre. Bebieron y bailaron hasta las tantas, Silvia estaba eufórica, feliz. Ya era muy tarde cuando Raúl y ella desaparecieron por segunda vez durante la velada. Volvieron al rato y, por la forma de tocarse la nariz, Pablo sospechó de dónde venían. Raúl tenía un despacho, ya no necesitaban esconderse en los lavabos para esas cosas. Pablo se lo reprochó a Silvia y ella se limitó a mirarlo con indiferencia. Discutieron. Él se enfadó y amenazó con marcharse.

—Se suponía que no seguías en esas, tenía tu palabra.

—Y así es —intentó rebajar el tono—. Es solo una noche, te juro que no lo había vuelto a probar desde que lo hablamos. Vamos, Pablo —echó los brazos al cuello de su marido—, no te enfades, cariño, lo pasamos bien, por una vez no pasa nada.

No insistió más, lo dejó en la barra y se fue hacia la zona donde la gente bailaba. Pablo sabía que, en ese momento, aunque se lo pidiese, ella no se iría con él, así que intentó tragarse el

malestar y esperar un poco. Pidió otra copa y se quedó con Federico y María. Después, otra chica, que según dijo era *colega* de Raúl, se les unió.

Sonaba «November Rain», la balada de Guns N'Roses, una de sus canciones. Raúl y Silvia bailaban muy juntos. A esas horas solo quedaban en el bar los más noctámbulos. Una pareja besándose con el ansia de lo efímero, un par de chicas bailando y sonrisas alcohólicas que las contemplaban acodadas en la barra. Silvia se movía entre los brazos de Raúl concentrada en el ritmo de la música. Pablo lo vio claramente, también lo vieron los otros, Fede, María, la chica que hablaba sin parar y que calló de golpe. Y eso fue lo peor, el filtro de los ojos ajenos con los que Pablo vio a Raúl acariciar la nuca de Silvia, levantarle la melena con sus dedos y dejar que cayese como una cortina para quedarse dentro. La ira lo golpeó como un latigazo y, sin pensarlo, se fue a por él. Lo desprendió a la fuerza de ella. La embestida lo pilló por sorpresa y la inercia lo hizo caer al suelo.

—¡Pero qué hijo de puta eres! —gritó Pablo desde arriba.

—¡Estás loco o qué! —replicó el otro.

Pablo miró a su mujer, que lo miraba con sorpresa, se dio la vuelta y se marchó. Silvia salió tras él. No esperaba que lo hiciera. Lo convenció para que regresara, siempre conseguía convencerlo de lo que fuese. Raúl no se disculpó, solo guardó silencio y, cuando ella les hizo prometer a los dos que se iban a olvidar de aquella tontería, asintió con la cabeza.

La mano de Silvia es pequeña. A Pablo le gusta cogerla mientras caminan y sentir sus dedos delgados. La mano de Silvia que gobierna su mundo, aunque él la pueda replegar y abarcar toda entera con una sola de las suyas.

No habían vuelto a hablar desde entonces y puede que este sea el momento, por eso, aunque suena con insistencia, Pablo, obcecado en la conversación, no atiende al teléfono. La noche se

va imponiendo en la bahía, las luces de la ciudad platean el agua. Valora la conveniencia de tomarse otra cerveza y la desecha.

—¿Estabais liados? ¿Os acostabais? —Exige una respuesta con las palabras y también con la urgencia de sus ojos—. No me engañes, ¡joder!, te lo pido por favor, habla claro.

—No. —Raúl calla unos largos segundos, a Pablo le irrita su aparente tranquilidad—. Antes sí, de vez en cuando. No lo podíamos evitar, era un juego entre amigos, la forma de demostrarnos... eso, la amistad... No te rayes, no tenía que ver contigo. Lo dejamos porque fue ella quien dijo que ya no más.

—¿Cómo eres capaz de decirme eso así, con toda la calma, con toda la insolencia? ¿Qué crees que tengo que hacer yo ahora?

Raúl se vuelve hacia el mar de espaldas a Pablo y, entonces, lo dice:

—Nada. No tienes que hacer nada. Hay muchas cosas que tú no sabes de Silvia. Era tu mujer, sí, pero, no te ofendas, no sabes nada de ella, apenas la conocías.

Las palabras de Raúl lo dejan desvalido mientras el faro de Santa Lucía barre la oscuridad.

—¡No digas tonterías! —reacciona—. Por lo visto, tú crees que eres el único que lo sabe todo.

—Pues mira, te voy a decir algo que no sabes, mañana me han citado a declarar y tendrá que salir, así que es mejor que te enteres cuanto antes: Silvia se iba. Tenía un billete de avión a no sé dónde, no me lo quiso decir. Por eso había dejado el trabajo, por eso había venido tan de repente, solo estaba aquí para despedirse de ti y de mí, de los dos.

La reunión en Madrid no salió bien, no hubo proyecto. El resto de aquel fin de semana fue extraño. Silvia quería aparentar normalidad, como si no hubiese pasado nada, y él le siguió la corriente. Con Fede en el piso como invitado no era pertinente discutir. El lunes volvió a Oldache y la dejó allí.

—El fin de semana próximo no creo que pueda venir, tengo trabajo, ¿por qué no subes tú?

—No sé, ya veremos.

En el camino de vuelta, Pablo conducía en silencio y Fede, que parecía dormitar, sin siquiera abrir los ojos, dijo:

—Pablo, si no te lo digo reviento, pero es que me da tanta rabia... Esa chica no es para ti, amigo, no es para ti —acentuó cada sílaba.

Qué no va a saber él de Silvia, de su vientre cálido. Por más que se empeñe, nunca puede deshacerse del todo de sus redondeces. Si acerca el oído y se queda quieto y callado, su sonido le arrulla desde dentro. Es todo lo que necesita saber.

* * *

Amanece. La bruma se pega a los pastos inclinados en el valle mientras el coche fúnebre sale del Anatómico Forense hacia el nuevo tanatorio de Oldache.

Solo cuando Raúl se marchó, Pablo escuchó el mensaje del juzgado que le habían dejado en el móvil. Una voz neutra le informaba de que el juez instructor había autorizado la entrega del cuerpo de Silvia. Habían contactado con la empresa funeraria y acordado el traslado para las ocho de la mañana del día siguiente. Necesitaban que fuese a firmar la autorización. La maquinaria se pone en marcha, pero lejos de aliviar el vacío, como esperaba, lo hace más profundo.

El tanatorio nuevo se ubica en la zona alta de la ciudad, junto a las urbanizaciones diseñadas al gusto de la nueva clase media que, al amparo del comercio y el turismo, ha florecido en Oldache. Es una construcción de hormigón y cristal muy distinta a la antigua, que ahora yace abandonada a la humedad y al salitre. Unos meses antes, Pablo había publicado un artículo en la revista

del Colegio de Arquitectos de la región en el que hablaba de eso. Enumeraba varias ruinas locales que, como cadáveres, se pudrían ante la inacción de los responsables políticos.

La sala 5, donde llevan a Silvia, se abre a una amplia y luminosa galería con vistas a las montañas. Desde allí, el sol se va imponiendo a la niebla dibujando claroscuros en los pastos y los bosques del valle.

Silvia siempre esperaba un golpe de suerte. En la cartera de Pablo todavía está el último boleto de lotería que compró.

—Dime un número, no lo pienses, el primero que se te ocurra.
—Se había parado frente al quiosco de lotería de la plaza del Ayuntamiento.

—El cinco —dijo él.

—Venga, pues que sea.

Puso unos labios de carmín sobre el boleto para sellar la suerte y se lo dio a Pablo.

—Toma, guárdalo tú.

Aunque la conversación con Raúl no había terminado bien, lo llamó para darle la noticia. También escribió un mensaje a su madre. Raúl acude enseguida a la morgue y lo acompaña al tanatorio durante el traslado del cuerpo. La sala está fría. Cuando entran, hay un olor fuerte a desinfectante químico y el ataúd ya está al otro lado del cristal. La contemplan. Parece dormida, dice Raúl. Le tiemblan las manos y no lo disimula. Un rato después se marcha, a las diez tiene su cita en el juzgado. Pablo se queda a solas con ella.

No puede seguir mirándola así, por eso da la orden de que cierren el féretro y coloquen sobre él la fotografía, enmarcada en plata, que, a última hora, según salía de la casa, ha cogido del salón y en la que Silvia sonríe con el mar de fondo. Se sienta frente a ella y le cuenta su conversación con Raúl. Se esfuerza por ordenar las ideas y exponerlas con claridad, lo mismo que hacía

cada vez que tenían una discusión. Pero no es el caso, porque no quiere discutir, no hace reproches, solo necesita entender. Busca razones que ofrecerle, argumenta, presupone las preguntas de ella y las responde según su propia lógica, según su propia interpretación de la realidad. Ella intentaría hacerle entrar en razón, dar un giro a los hechos para llevarlo a su terreno; vale, le da una ventaja, admite que comprende que Raúl también esté desgarrado, pero eso no es excusa para echarle la zarpa encima como un animal herido. Sé lo que estás pensando, le dice, prometo que lo arreglaré, si está en mi mano, ten por seguro que lo arreglaré.

Mientras cumplía con los trámites, antes de salir del Anatómico Forense, se presentó la sargento Medina. La sede de la Policía Judicial está en el mismo edificio que el juzgado, enfrente de la morgue.

—Buenos días, Pablo, salía de guardia y he creído conveniente acercarme —dijo señalando hacia la puerta del juzgado—. Imagino cómo se siente.

Pablo bajó la cabeza.

—Mire, he estado pensando en usted —continuó ella—. Entiendo que tenga muchas preguntas, pero quiero que sepa que seguimos investigando. El teléfono de su mujer está bastante deteriorado por el agua y la sal que lo corroe todo muy rápido, ya sabe, pero espero recuperar algo, lo necesario para saber dónde estuvo y con quién habló.

—Raúl, mi amigo —dijo Pablo—, hoy está citado a declarar. Anoche estuvimos hablando y me aseguró que Silvia se iba a marchar, que tenía un billete de avión no sabía adónde. Si ese billete existe, tiene que estar en su móvil.

—Pierda cuidado, si ese billete existe, no necesito el teléfono para encontrarlo.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó Pablo.

—Nada. Despida a su mujer y descanse, le hace falta. —Entabló otra de sus peleas con sus cabellos cuya suavidad escapaba al control de cualquier sujeción. Pablo observó todos sus movimientos, pero bajó los ojos cuando se encontró con los de ella —. Sin embargo, déjeme decirle que, si se iba a marchar, es posible que no tenga nada que ver con esta investigación. — Pareció pensar unos segundos y después añadió—: O puede que sí... quién sabe...

—O puede que sí —repitió Pablo como en una plegaria—. ¿Y si le pasaba algo?, ¿y si huía de algo o de alguien? —Extendió las manos hacia la sargento, pero las retiró cuando estaba a punto de tocarla—. Voy a buscar a su familia. Sé que hay algo que se me escapa y lo voy a encontrar.

La sargento suspiró. Llevaba de guardia toda la noche, tenía ojeras, parecía cansada.

—Hay una mujer —dijo casi en un murmullo—. Adoptó a Silvia cuando tenía doce años. Desde entonces, era su madre legal, aunque nunca cambiaron el apellido del padre. No puedo decirle nada más, esa mujer ha requerido al juez para que clasifique todo el asunto como confidencial, quiere preservar la intimidad de la familia.

—Pero ¿qué está diciendo? —Pablo se alteró. Avanzó un paso hacia ella—. Silvia es mi mujer, la familia de Silvia soy yo, nada de ella puede ser confidencial para mí.

—Lo siento, pero esto sí. Si hubiese querido que lo supiese, se lo habría contado ella misma, ¿no cree? —lo miró de frente—, pero no lo hizo.

—¿La mujer con la que vivía era su madre adoptiva? —insistió Pablo.

La sargento asintió.

Silvia le había anunciado su intención de mudarse a Oldache solo un mes antes de hacerlo. Se lo dijo por teléfono:

—En cuanto terminen las clases, a finales de junio, me voy para allá. Ya he avisado a la casera. —Estaba contenta—. Eso es lo que más pena me da, más que el trabajo, más que esta ciudad que me gusta, lo peor es tener que dejar esta joya de piso.

Pablo deseaba que nada la retuviese allí ni le hiciese pensar en volver. Habría querido poder arrancarla de cuajo de Madrid y, sin embargo, dijo:

—Si quieres podemos mirar la posibilidad de conservarlo al menos durante un tiempo. Por si nos apetece ir de vez en cuando.

—No —respondió ella con decisión—, para qué mantener gastos innecesarios.

—Bueno, tú sabrás. Yo ya te lo he dicho. —La noticia le sorprendió, pero era un regalo y no tenía intención de rechazarlo—. Supongo que habrás arreglado lo del traslado, entonces..., ¿dónde vas a trabajar el curso próximo?

—No, no lo sé. —El silencio que vino a continuación lo puso alerta—. No me han dado ningún traslado porque no lo he pedido. —Volvió a callar. Pablo le sostuvo el silencio—. He pedido una excedencia —dijo al fin—. Lo dejo, Pablo, de momento, lo dejo.

—¿Y por qué? —preguntó extrañado—. No me habías dicho nada.

—Es que lo he decidido sobre la marcha. ¿Te parece mal? Creía que lo que querías es que me fuese para allá cuanto antes, ¿no?, pues ya está. Un traslado no lo hubiera conseguido en mucho tiempo, pero no te preocupes, una vez allí ya veré, buscaré algo, seguro que trabajo no va a faltar.

Había estado pendiente de ella durante todo el mes de julio; la había visto tranquila, o eso al menos quería creer. Silvia nunca sacaba el tema, pero no parecía que estuviese buscando trabajo. Pablo sabía que las plazas de docente, si es que eso era lo que quería, se decidían en su mayoría antes del verano, para septiembre solo quedaban los restos; la misma Silvia se lo había

explicado muchas veces. No le importaba demasiado, le parecía bien que descansase y se tomase su tiempo. Quizá estaba harta de las clases y necesitaba un cambio, a muchos profesores les pasaba después de un tiempo en las aulas. En el estudio necesitaban ayuda, alguien que se ocupase del papeleo y del trato con los clientes. Pablo pensaba que, al menos en principio, podía ser una solución. ¿Era una mala idea que trabajasen juntos? Silvia sería un buen fichaje, inteligente, despierta, hablaba inglés, solo tenía que esperar a proponérselo en el momento oportuno, como si se le acabase de ocurrir.

Mientras tanto, disfrutaba de las vacaciones. Si amanecía despejado, iba a la playa o pasaba las horas muertas en el jardín tirada en una hamaca leyendo o tomando el sol. Si llovía, cogía el coche y desaparecía, luego decía que había estado por ahí sin dar muchas explicaciones. A veces, cuando Pablo volvía del estudio aún no había regresado. Con el proyecto del hotel tenía demasiado trabajo y sufría por no poder ocuparse más de ella, pero ya habría tiempo.

—No te preocupes —lo tranquilizaba—, estoy bien, no necesito que nadie me entretenga.

—Cuando entregue el proyecto podemos hacer un viaje, ¿qué te parece? Piensa en algún sitio al que te apetezca ir.

Silvia acogió la idea con entusiasmo y él se alegró de poder seguir cumpliendo con su promesa de hacerla reír, también a ella se le marcaban las arruguitas alrededor de los ojos cuando reía, lo mismo que a su madre.

La promesa había surgido durante la luna de miel. Silvia había elegido un hotel en el centro de La Habana Vieja que le pareció *muy coqueto*, pero con algunos fallos, como por ejemplo que el aire acondicionado no funcionaba la mayor parte del tiempo. Tenían la ventana de la habitación abierta de par en par, el aroma a comida especiada que entraba de la calle se mezclaba

con el del sudor de sus cuerpos.

—¿En qué momento he cedido a que eligieses el hotel?

—¿No te parece romántico? —Estaba sentada en la cama abanicándose con un folleto turístico y se echó a reír.

—¿Y tú de qué te ríes si se puede saber?

—De ti, me haces gracia así de sudoroso y despeinado. Que sepas, querido, que en este momento no tienes nada de tu glamur de niño pijo.

Ella volvió a reír con ganas y Pablo la abrazó.

—Si así te hago reír, me alegro. Nunca voy a permitir que dejes de reír, te lo prometo.

—¿Lo firmarías?

—Lo firmaría, y si no es así, tienes derecho a reclamar.

Su madre, su tía y dos vecinas del pueblo son las primeras en llegar al tanatorio. Pablo se alegra de que estén allí. Ve llegar al grupo caminando por la galería, cogidas del brazo, de dos en dos. Su madre se abraza a él; todas lloran. Las cuatro se sientan frente al cristal y se quedan muy quietas, suspirando de cuando en cuando. Ninguna dice nada del ataúd cerrado. La mañana pasa lenta. A partir del mediodía, la sala y la galería se llenan de gente: familiares, amigos, conocidos, clientes del estudio, vecinos del barrio, gente del pueblo. La curiosidad atrae a muchos. Raúl ha regresado acompañado por sus padres después del interrogatorio. No comenta nada. Los corrillos se forman y se deshacen sin que el runrún de las conversaciones cese. A veces sube el volumen, otras solo es un susurro que da tiempo a los secretos compartidos. Tina reparte café y pastas entre los asistentes, siempre pendiente de cualquier gesto de Pablo. Él agradece que haya venido tanta gente, de alguna forma, el acto social del duelo lo anestesia. El sol ya ha descendido, se acerca la hora prevista para la incineración cuando la desconocida entra en

la sala.

* * *

Raúl tenía el balón de reglamento del Mundial. Desde la ventana de su cuarto, Pablo le envidiaba. No tenía amigos en Oldache y su entretenimiento cada tarde era ver como ese chico lanzaba el balón para batir a un portero imaginario en el muro. La casa entera temblaba con cada balonazo. Alzaba los brazos para celebrar los supuestos goles; entonces, la araña que se le había metido a Pablo en el estómago desde que estaba en la ciudad se removía. Ese balón volaba y, lo hubiese jurado, veía su estela roja, azul y amarilla, como un arcoíris. Hasta que la vecina del segundo se asomaba gritando y la otra mujer, su madre, salía del bar.

—¡Entra pa dentro y deja de molestar! —le reconvenía.

Si llovía y el chico del balón no jugaba fuera, Pablo se limitaba a mirar por la ventana. Inventaba juegos, tales como contar coches negros o rojos o que tuviesen baca o que la matrícula empezase por cinco o por siete, daba igual. Otras veces, jugaba a identificar en el asfalto las figuras geométricas que delineaba el agua.

Los padres de Raúl eran los dueños de El Lagar, el bar de abajo. Sus tíos lo frecuentaban porque, según decían, se comía bien y barato. El niño estaba allí desde que salía del colegio hasta que cerraban ya entrada la noche. La madre procuraba que no molestase a los vecinos con sus juegos, porque, al fin y al cabo, eran sus clientes.

—Si te aburres te compras un mono, pero no me des problemas.

Los dos niños tenían la misma edad e iban al mismo colegio, aunque a clases diferentes: el apellido de Raúl, Abades, estaba en

la primera mitad del abecedario y Soler, el de Pablo, en la segunda. En la M se separaban las dos clases. El carácter un poco retraído de Pablo y su adaptación a la vida en la ciudad, natural por otra parte, como le había dicho la maestra a su tía, no favorecían que se relacionase con soltura. Eso preocupaba a la mujer. Su marido y ella no habían tenido hijos, hubieron de acostumbrarse a toda prisa a convivir con su sobrino y, sobre todo, a comprender las cosas de un chico de esa edad que a veces les venían grandes. Durante uno de sus habituales cafés matutinos, la tía llegó a un acuerdo con la dueña de El Lagar. Desde entonces, espoleado por la mujer, Pablo empezó a bajar a la calle.

Raúl lo admitió en sus juegos, aunque no de buen grado. En el colegio lo siguió evitando. Si quería estar a buenas con los que marcaban las pautas no le convenía que lo vieses demasiado con el nuevo, ese chico raro que bajaba la cabeza hasta cuando le hablaba la señorita Paula, que no daba miedo ni a una mosca.

Pero, bien porque la madre apeló a su bondad con algún chantaje, o bien porque, realmente, el chico terminó por caerle bien, Raúl empezó a aceptar su compañía durante las caminatas de ida y vuelta al colegio. Pablo sabía muchas cosas, hablaba sin parar mientras el otro daba pataditas a un balón que, eternamente, colgaba de su muñeca dentro de una malla. Pablo parecía saber el nombre de todos los campos de fútbol del mundo, recitaba de memoria muchas más alineaciones de equipos que Raúl. También le contaba cosas raras que había aprendido leyendo por ahí y, así, Raúl oyó por primera vez la palabra *bosquimano* o *farallón*, que sonaban misteriosas y lejanas y que sabían a aventura. Al principio, se justificaba ante los otros con la excusa de que su madre le obligaba. Hasta que una mañana, era febrero, recién pasado el carnaval, mientras organizaban en el patio del colegio los equipos para el partido del recreo, tuvo que

decidir. Nunca había un número de jugadores fijo, podían ser cinco o catorce en cada equipo, según los que hubiese por allí. Pepón, que tenía fama de bruto, dirigía el juego a pesar de que nadie lo quería en su equipo. A sus espaldas, decían que le pesaban las carnes y que no era capaz de llegar desde una portería a la otra corriendo, pero a la cara nadie se atrevía a llevarle la contraria.

—Tú no —dijo, y empujó a Pablo para que se alejase.

—¿Por qué no puedo jugar? —protestó el niño, envalentonándose aunque luchando con las lágrimas.

—Porque no, porque yo no quiero, porque a mí no me da la gana —contestó el otro.

El resto de los chicos los rodearon en silencio. Raúl se abrió paso entre el grupo y se enfrentó con él. Pablo nunca olvidaría ese momento.

—Pues si él no juega, no jugamos ninguno. —Miró desafiante al bravucón con el balón, que era suyo, bajo el brazo.

Sin mediar palabra, Pepón hizo por quitárselo de un manotazo y, al no conseguirlo, se fue a por él. Raúl no eludió la pelea, el balón rodó por el suelo y los dos se enzarzaron tirándose de la ropa e intentando obligar al otro a caer. La diferencia de envergadura entre los dos chicos hacía la lucha desigual, pero Raúl no se amilanó. Una de las maestras que vigilaban el patio los separó. Llamaron a sus padres. Ambos estuvieron castigados sin recreo durante toda una semana, pero nadie volvió a rechazar a Pablo en los juegos. En aquella época, las peleas eran frecuentes entre los niños, era la forma de solucionar diferencias. Los profesores no indagaban demasiado sobre el motivo o sobre quién la había iniciado, se limitaban a separar a los contendientes y a imponer el castigo que marcaban las normas del colegio.

Poco a poco, los dos chicos se hicieron inseparables. La madre de Raúl celebraba su amistad porque Pablo era más disciplinado

con los estudios que su hijo.

—¡A ver si centra a esta cabeza hueca!

Para la tía, en cambio, Raúl tenía la alegría y la decisión ante las cosas que le faltaban a su sobrino, lo espabilaba, que era lo que le hacía buena falta.

A menudo, sobre todo si hacía mal tiempo, subían a la casa de sus tíos y pasaban la tarde viendo *Cajón desastre* o los dibujos animados de *Garfield* en la televisión, o bien cambiando cromos repetidos de la colección de la liga de fútbol.

Sin embargo, Pablo prefería las tardes que pasaban en el bar. Se sentaban en una de las mesas de formica marrón lo más lejos posible de los clientes y comían magdalenas con chocolate o bocadillos de mortadela con aceitunas para merendar. Después, la madre de Raúl limpiaba las migas de la mesa y les mandaba que hiciesen los deberes. En el bar, nadie los controlaba, hacían lo que les venía en gana. Los padres de Raúl estaban demasiado ocupados, él en la barra y ella en la cocina, para impedirselo. Esa falta de control estimulaba a Pablo, que seguía a su amigo en sus incursiones a la cueva para coger botellas de Coca-Cola y bolsas de patatas fritas que después comían y bebían a escondidas.

A pesar de las precauciones de la madre, lo más excitante era escuchar las conversaciones de los *borrachos*, como los niños llamaban a los que pasaban la tarde acodados en la barra. No era difícil, sobre todo a partir de cierta hora cuando en el bar quedaban solo los más asiduos, poner la oreja y aprender de todo hasta que su tía lo llamaba para cenar. Las conversaciones subían de tono y, entonces, sí que lo pasaban bien.

—Hombre, Fermín, no seas bruto, ¡están los muchachos ahí!
—le reconvenía el padre al tal Fermín cuando caía en la cuenta de que estaban escuchando.

Después, camino del colegio, rememoraban lo oído y lo repetían quitándose la palabra el uno al otro:

—Se pone el Fermín: esa es una pu... y lo que sigue...

Y los dos reían a carcajadas mientras el rostro se les llenaba de calor.

—... Y el tío ese de las barbas que va y dice: a tu jefe que le den por cu...

Y se tapaban la boca con las manos y la palabra contenida en la garganta les encendía aún más la cara.

A medida que pasaba el tiempo se iban espaciando los fines de semana que pasaba en el pueblo. Siempre había algo, un partido de fútbol del equipo del colegio, una película que ponían en el cine o un exceso de deberes por hacer que servía como excusa para no ir. Hasta que la madre se quejaba de su ausencia y él se sentía mal. Le dio por observar a las parejas. Empezó por las que conocía: los padres de Raúl, sus tíos o sus propios padres. Cuando iba al pueblo, hacía comparaciones. Estaba claro que su padre no le hablaba a su madre de la misma forma que su tío a su mujer. Buscaba en los gestos de ambos los guiños de afecto que veía en la casa de sus tíos, pero solo encontraba los rostros contraídos de siempre. Esa ansia de normalidad le incluía a él. A veces, y eso le perturbaba, deseaba con todas sus fuerzas que su padre de verdad fuese su tío. Otras veces, la mayoría, se dejaba llevar por la ilusión de que, si vivía con él, se sentía cuidado por él y lo veía reír con las cosas que a él se le ocurrían; a efectos prácticos, era como si lo fuese.

Era frecuente que su madre invitase a Raúl a ir al pueblo durante el verano porque, según decía para convencerla, no podían estar separados tanto tiempo. Ella lo aceptaba de buen grado y Raúl se incorporaba con facilidad a su intimidad veraniega. En una ocasión, los chicos tendrían unos doce años, el padre tuvo un accidente, se cortó en una mano con un machete de desbroce que se le escapó y tuvo que bajar urgentemente de los pastos de las Cabañas. Cuando Pablo vio la herida envuelta en un

pañó ensangrentado, se asustó y se puso a llorar.

—¿Qué pasa, no puedes ver la sangre? ¿Es que eres una mujer, o peor, un mariquita? —gruñó el padre—. ¡Los hombres no lloran, joder!

Pablo había visto llorar a su madre, aunque a escondidas, pero también había visto llorar al tío. No hacía mucho, uno de sus amigos había muerto de repente y lloró con lágrimas de verdad, con una pena que hacía ruido mientras su mujer lo consolaba, lo mismo que hacía con él cuando tenía algún disgusto. Pero no, a su padre nunca lo había visto llorar.

Raúl asistió a la escena con los ojos perplejos y sin decir palabra.

—Tu padre sí que da miedo —le dijo esa noche cuando ya estaban en la cama—. ¿Has visto la raja?! No sé cómo ha podido venir solo desde allá arriba sin marearse. Tiene que ser muy fuerte, ¡nadie se tiene que atrever a meterse con él!

No sabía si estaba de acuerdo, pero que su amigo dijese aquello le hizo sentir, por primera y quizá única vez, algo parecido al orgullo.

* * *

La desconocida se queda en la puerta. Nadie repara en el brillo de tela gastada en su vestido negro, en la fragilidad de sus piernas curvadas, en la indecisión de su postura, en sus ojos enrojecidos. Nada ni nadie en la sala se inmuta con su presencia. Las conversaciones siguen compitiendo con el aire espeso de gladiolos y humedad. La desconocida no es nadie. Hasta que Pablo repara en ella, es invisible. Al principio, tampoco él la reconoce, pero cuando lo hace pasa a ser la única persona en la sala.

Se acerca a ella, que al verlo se decide a traspasar el umbral.

—Soy Pablo —la voz le tiembla—, el marido de Silvia, ¿se acuerda de mí?

La mujer coge su mano y la estrecha entre las suyas.

—Sí, claro que me acuerdo. —Su voz, sin embargo, suena firme—. No has cambiado nada.

Era Concepción Ramírez, la madre adoptiva de Silvia.

La primera vez que Silvia desapareció, Pablo la estuvo esperando más de una hora. Era un día importante, les daban las notas de selectividad, la llave de su porvenir. Estaba nervioso, había pasado media noche en vela, excitado con el recuerdo de la tarde anterior. Hasta las notas habían perdido importancia. Raúl lo llamó temprano para ir juntos al instituto, él puso una excusa que, rápidamente, le remordió en la conciencia. No quería dar esquinazo a su amigo, pero necesitaba ese tiempo a solas con Silvia. Más tarde se lo explicaría y seguro que comprendería.

Pero no apareció.

Pablo la estuvo esperando, llegó tarde al instituto, todos sus compañeros tenían ya las papeletas. Raúl estaba intranquilo, le preguntó que dónde se había metido mientras hacía revolotear la suya en el aire: había sacado un siete y estaba radiante; Pablo obtuvo un nueve con cinco y el rostro abatido. Los dos esperaron a Silvia hasta que todos se fueron. La llamaron por teléfono desde una cabina, la mujer con la que vivía dijo que había salido hacía mucho para ir al instituto. No había rastro de ella, nadie la había visto, nadie sabía nada.

Insistieron con el teléfono durante la tarde, Silvia no había llegado a casa, la mujer parecía preocupada. Al día siguiente, sin embargo, cuando volvieron a llamar, contestó de malas formas, dijo que Silvia estaba bien, que estaría un tiempo fuera y que no volvieran a llamar.

Al principio, sintieron desconcierto. Durante unos días, los dos chicos espionaron la casa de Silvia, convencidos de que algo raro

pasaba. Vieron a esa mujer actuar con naturalidad, entraba y salía con un orden lógico de vida cotidiana. Dos días después, supieron que había ido al instituto a recoger las notas de la chica y, entonces, Raúl desistió de las guardias.

—Ya aparecerá —dijo—. No vamos a pasar aquí todo el verano. Ya sabes cómo es, andará por ahí de vacaciones.

Pablo no sabía cómo era, ni siquiera lo podía imaginar.

—Pero ¿no te parece extraño que no haya dicho nada?

Raúl se encogió de hombros.

—Sí, claro que es raro, pero Silvia es Silvia, parece mentira que no la vayas conociendo.

Pablo le confesó lo que había pasado entre ellos. Su amigo sonrió, ¡guau!, exclamó, le echó el brazo por los hombros y dijo:

—Lo imaginaba. Antes de que vuelva se te habrá pasado.

Él insistió un poco más en la vigilancia con la esperanza de verla llegar, insistió hasta que el desconcierto se convirtió en desencanto, y luego en desolación, y no tuvo más remedio que admitir que lo había abandonado apenas en el comienzo. No estaba preparado para encajar esa clase de dolor y, como solía hacer, simuló que no existía. Se marchó al pueblo y se encerró en sí mismo durante todo el verano.

Las manos de la mujer le transmiten calor. La acompaña hasta el féretro. Se quedan juntos frente a Silvia, en silencio, hasta que Tina lo toca en el hombro.

—Es tarde, Pablo, están esperando.

Un operario aparece al otro lado del cristal y procede a recoger los ramos de flores, la corona con la cinta dorada, *tus amigos que no te olvidan*, y otras que han ido llegando a lo largo del día. Pablo, con un gesto de la mano, le pide al hombre que espere.

Ha pasado el día recibiendo instrucciones como un autómatas: firma aquí, siéntate un rato, relájate, come algo, saluda. Necesita ese tiempo junto a Concepción. La recuerda menuda, aunque

ahora parece tan frágil que se conmueve. Parece seguir viéndola asomada a la ventana apremiando a Silvia para que subiese a casa. ¿Por qué nunca había dicho nada sobre ella? Algunas veces, muy pocas, Silvia se había referido a su madre biológica sin cariño, pero de Concepción nunca hablaba. ¿Por qué ocultó la adopción? ¿Por qué a él? Ahora la tiene ahí, sus manos entrelazadas, y solo tiene que preguntárselo.

* * *

Resulta extraño deambular por la casa propia como si fuese ajena. Recorrer las habitaciones jugando a adivinar la intención en cada mueble, en cada objeto que las habita. Olfatear. Sentir que quien tomó esas decisiones fue otra persona que ya no es él. Y a la vez, la presencia de Silvia, tan efímera, tan resistente, en un libro abandonado de cualquier manera encima de una mesa, en un visillo que mueve la corriente de una ventana olvidada, en los cojines descolgados del sofá que ni Yeni se atreve a tocar, en las fibras de la alfombra aplastadas por la presión de sus pies. Toda la casa existía solo por ella y para ella y, ahora que ya no está, también va dejando de pertenecerle a él.

Se lo dice atropelladamente a Tina cuando llama por teléfono el jueves, su primer día de verdadera soledad. Esa misma tarde, a partir de las seis, le entregarán sus cenizas, pero hasta ese momento no tiene nada, salvo su ausencia. Es lo único tangible, el resto no importa, resulta absurdo y provisional.

—Me voy a deshacer de todo. Venderé la casa y me iré de Oldache.

—No es el momento de tomar decisiones. —La voz cálida de Tina le conforta—. ¿Qué tontería es esa de vender la casa?

Pablo piensa y habla a la vez. Sabe que improvisa, pero siente que es lo acertado. Tina insiste:

—Mira, lo de irte a cualquier sitio en cuanto puedas me parece una buena idea. Pero, hombre, por un tiempo, para relajarte. Ya iremos viendo —suspira—. Estoy libre, no tengo nada que hacer, voy a tu casa, así te acompaño y hablamos más tranquilos.

—No te preocupes, yo sí tengo cosas que hacer. —Resopla—. El proyecto del hotel está por entregar y debería ponerme con ello. —Guarda unos segundos de silencio—. No te preocupes, Yeni llegará enseguida y con ella estoy acompañado. Te lo agradezco, Tina, pero no es necesario que vengas.

El mismo argumento que ha utilizado con su madre y con su tía para conseguir que se volviesen al pueblo.

Solo ocho días antes, Silvia y él desayunaban en esa misma mesa que ya no siente como suya. Ella le pedía opinión sobre los preparativos de la fiesta.

—Lo que tú decidas me parece bien.

—Joder, Pablo, así no ayudas nada.

—Perdona, es que tengo mucho lío. —Por la forma de dar vueltas a la cucharilla en el café, intuyó que algo la perturbaba. Le cogió la mano—. Creo que tres cajas de cerveza serán más que suficientes —dijo con suavidad.

—Bueno, da igual —se despegó de su contacto—, tú a lo tuyo, termina ese hotel de una vez. Ya me las apaño yo con esto. Pero luego no vengas poniendo pegas.

Esa mañana, Silvia parecía tener uno de sus días oscuros. La conocía bien, a veces estaba eufórica y, de repente, sin motivo, la mirada se le empañaba. Reconocía esa melancolía porque era la misma que encontraba a menudo en los ojos de su madre. Ansiaba sus días neutros, esos en los que Silvia era una mujer alegre, optimista, algo burlona, pero sobre todo vital.

Desde que estaba en Oldache, las oscilaciones en su estado de ánimo eran frecuentes. Pablo lo interpretaba como parte del proceso de adaptación. Por la noche, cuando volvió del estudio, ya

había recuperado el buen humor. Aunque después terminasen discutiendo otra vez por aquella tontería de las oportunidades.

—Hazme una lista de lo que quieres que haga mañana y me la dejas ahí —le dijo para intentar rebajar la tensión mientras se metían en la cama.

Ella no contestó.

La buscó en la oscuridad, quiso ceñirse a su cuerpo, le susurró palabras de perdón y de deseo. Pero ella lo rechazó. Dijo que estaba cansada, se deshizo de su abrazo, le dio la espalda y se retiró al otro lado de la cama.

A la mañana siguiente, dejó la lista encima de la mesa.

La cafetera burbujea y el aroma a café se esparce por la cocina anunciando la llegada de Yeni. No sabe lo que haría sin esa mujer cerca. En el jardín, el viento castiga los árboles todavía inmaduros. La tarde anterior, durante el velatorio, Fede se había ofrecido para encargarse de lo que hiciese falta. El plazo de entrega se acercaba y comprendía, dijo, que no tuviese cabeza para el trabajo. Pablo lo rechazó: era su proyecto y no lo iba a dejar en manos de nadie, ni siquiera en las suyas. Intentó tranquilizarlo, no te preocupes, estoy bien, lo terminaré a tiempo. Fede no parecía conforme, pero él no cedió. Hasta las seis de la tarde tiene todo el día por delante para trabajar y quitarse de encima a Fede.

Desayuna con poco apetito mientras comenta con Yeni el velatorio.

—Fue tan bonito, señor Pablo —dice la mujer, emocionada—, con tanta gente, ¡si debía de estar ahí todo Oldache!

No es capaz de recordar a todos los que acudieron, seguro que Tina sí lo hará. Yeni también se había fijado en Concepción. Apenas había tenido tiempo de hablar con ella cuando aquel hombre de gris vino a recordarle que era necesario respetar el horario. Lo siento, dijo con una expresión protocolaria de pena,

comprenda que, si no respetamos lo marcado, el resto de los servicios se nos retrasan. La mujer alargó el brazo y posó la mano en el cristal, como buscando tocar a Silvia. Pablo le pidió que lo acompañase en el coche fúnebre: era la única familia que conocía de su mujer y la quería a su lado.

La ceremonia fue corta. Raúl dijo unas palabras. Pablo prefirió no hablar. La mujer se deshizo en llanto cuando el ataúd de madera, las flores y la cinta dorada, *tus amigos que no te olvidan*, desaparecían tras las cortinas de terciopelo rojo.

Tenía tantas preguntas que hacerle, pero Concepción dijo que no era el momento.

—Hay cosas que es mejor que se queden como están —añadió antes de marcharse—. Los dos quisimos cuidar de ella, lo intentamos, pero no fue suficiente.

Pablo hizo lo posible por retenerla, aquel era un momento como otro cualquiera, el mejor, insistió, le suplicó. Ella le acarició la mejilla, sonrió tristemente y negó con la cabeza. Prometió llamarlo pronto.

Yeni parece nerviosa. Cuando se acerca a recoger el plato y la taza del desayuno, Pablo la detiene.

—Para un poco, ¿qué es lo que te pasa que vienes tan acelerada?

Vuelve a dejar los cacharros sobre la mesa y lo mira. Frunce el entrecejo.

—¡Ay, señor! —se lamenta—. Es que yo creo que hoy tiene que descansar y no andar ahí preocupándose más, pero... —Se seca las manos con rabia en su delantal.

—Pero... ¿qué?, ¡habla de una vez!

—¡Ay, señor Pablo!, es que esta mañana, cuando pasaba por la plaza, el Telmo me llamó, ¿se acuerda de él? —Pablo asiente; ella también—, pues resulta que un hombre de allá, del barrio, dice que la señora Silvia estuvo el viernes por la mañana, antes de...

—frunce las cejas en un gesto de dolor y se santigua—, dice que habló con él, que conocía a la señora muy bien.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta—, ¿tú lo conoces?, ¿sabes dónde encontrarlo?

—Sí, sí. Bueno, yo no, el Telmo es el que sabe. —Sopla con fuerza mientras cruza los brazos alrededor de la cintura—. Pero eso no es todo —Pablo la apremia a hablar—, es que ese hombre también ha dicho en el bar que la señora Silvia y el delincuente, el que se ha muerto con ella, el que dicen que la ha... —vuelve a santiguarse—, se conocían muy bien, de niños andaban siempre juntos.

—Vamos para allá. Ahora mismo, Yeni. Me visto y nos vamos.

Yeni asiente y suspira.

Mientras se pone el mismo vaquero que llevaba el día anterior y la primera camisa que coge del armario, un coche de la Guardia Civil vuelve a detenerse en la puerta.

* * *

La sala de interrogatorios se parece a las de las series policiacas que tanto le gustan. Observa a su alrededor con algo de aprensión. La silla en la que está sentado, otras dos y una mesa de melamina gris entre ellas, constituye todo el mobiliario de la estancia. A su espalda, un reloj de pared marca las diez y veinte. No hay ventanas, el único contacto con el exterior es un espejo oscuro en uno de los laterales. Alguien a quien no puede ver lo observa desde el otro lado. Le incomoda la idea. Intenta reducir sus movimientos. La luz eléctrica que cae del techo contribuye a aumentar su malestar.

Se disponía a salir con Yeni hacia el Barrio Alto cuando sonó el timbre. Un guardia civil que se identificó como cabo, no recuerda el nombre, le pidió que lo acompañase. La sargento

Medina solicita su presencia, dijo, ese *solicita* le sonó pretencioso. El lugar es inhóspito. Da igual el uso que se le vaya a dar a un espacio, para Pablo lo importante es crear un ambiente confortable, esa es su marca de estilo. Aunque es posible que en este caso se pretenda lo contrario para quien ocupa la silla donde ahora está sentado.

El espejo le perturba hasta sentirlo en el estómago. La idea le lleva al cuerpo de Silvia exhibido tras un cristal el día anterior. Estaba muerta, los muertos no pueden sentir nada. Pero ¿y el alma? Es la primera vez que se enfrenta directamente a esa palabra e intenta que tenga significado. ¿Seguiría perturbándose el alma de Silvia? Su propio cuerpo reacciona con movimientos incontrolados, abre y cierra los puños, encoge y estira los dedos de los pies dentro de los zapatos. Sabe que su nerviosismo no le pasará desapercibido a quien sea que lo observa e intenta controlarse. Sobre la mesa hay dos botellas de agua mineral y una pila de vasos de plástico transparente. Tiene sed, pero no se decide a alargar la mano para alcanzar alguna.

La sargento Medina entra en la sala. Es la primera vez que la ve sin uniforme. Viste unos pantalones vaqueros y una camiseta negra ajustada al cuerpo que le sientan bien. El pelo, como siempre, recogido a la nuca. Su físico es muy distinto al de Silvia, todo en ella, sus facciones, sus ademanes, resulta sosegado, invita a la quietud. Sin embargo, cuando habla, el escueto *buenos días* que le dirige, vacío de la cordialidad de otras veces, lo intimida.

—¿Hay alguien detrás? —pregunta Pablo, abriendo una sonrisa forzada.

—Claro —responde ella.

Se sienta frente a él y guarda silencio durante unos segundos sin dejar de mirarlo.

—¿Cómo está? —dice al fin. Sus ojos parecen contradecir la seriedad de su gesto.

—¿Que cómo estoy? —La pregunta le coge por sorpresa—. No sé, ¿qué quiere que le diga? Ya no sé qué pensar. Tengo la sensación de que siempre digo lo mismo. —Baja la cabeza y, cuando vuelve, la mirada de ella sigue allí—. Raúl, mi amigo, dice que nunca he sabido nada de nada y puede que tenga razón. Desde que éramos niños, él era quien actuaba y yo le seguía. No dudaba, si Raúl decía que se tiraba a un pozo, yo detrás. —Sonríe con tristeza. Hace una pausa. Vuelve a bajar la vista—. Parece que estaban liados, ¿sabe?, pero solo de vez en cuando, eso ha dicho, aunque no sé lo que, exactamente, significa *de vez en cuando*. —Suspira—. Debe de ser cierto que no tengo ni idea de con quién he estado casado. Tampoco sé por qué se casó conmigo y no con él... Pero lo voy a averiguar..., tengo intención de hacerlo..., al menos..., para saber cómo recordarla. —Inspira una bocanada de aire que suelta con fuerza por la boca. Mira hacia el cristal—. Vaya sitio para hacer confidencias. Dígame: ¿por qué estoy aquí?

Había deseado ser la causa de que Silvia y Raúl no se casasen. Dos semanas después de aquella fiesta de inauguración del Sirius, Silvia lo llamó por teléfono porque, dijo, quería verle. Se citaron en el parque del Retiro. El mes de septiembre avanzaba, pero el calor resistía y los senderos arbolados del parque, todavía cargados de hojas, estaban muy concurridos. Habían pasado doce años, demasiado tiempo para insistir en pedir explicaciones, así que no lo hizo. Contestó a las preguntas de ella sobre su estancia en Canadá. Quería saberlo todo sobre su trabajo, cómo había sido su vida allí, su matrimonio y, por supuesto, el divorcio. Le escuchaba atenta cuando, de repente, dijo que lo sentía, que lo sentía todo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pablo, confundido.

—Pues a todo, ya sabes. La vida, que a veces no es como la queremos imaginar.

Sus razones eran difusas y Pablo fue consciente de que, hasta ese momento, no había contado nada sobre sí misma.

—Y ahora, ¿cómo estás?

—Bien. —Ella suspiró profundo y abrió una sonrisa—. Muy bien. En parte, o en mucho, gracias a Raúl. —Lo dijo de una forma que ensombreció a Pablo—. Ha cuidado de mí. No puedo sino estarle agradecida.

Quiso saber más, también él quería saberlo todo. Le preguntó, pero ella se mantuvo hermética, se limitó a vaguedades, insistió en que era pasado y que el pasado era mejor dejarlo atrás.

—Problemas, malas decisiones —dijo—, a veces la vida te obliga, tira de uno y las cosas, cuando vienen, vienen, y no queda otra que apechugar. No queda otra... —pareció meditar—. Seguir adelante. Ya está. Es agua pasada, mejor hablamos de otra cosa.

La sintió incómoda. No insistió. No le costaba mucho obviar lo que le molestaba, estaba en su naturaleza, aunque él lo llamase discreción. Solo se atrevió a preguntar si estaba enamorada de Raúl y ella respondió que lo quería mucho.

Los tres volvieron a pasar tiempo juntos, en las noches compartidas en el Sirius construyeron una nueva rutina en la que se acomodaron. A veces, Pablo y Silvia se veían a solas, paseaban y charlaban como viejos amigos. Asumieron el acuerdo tácito que nunca llegaron a verbali-

zar de olvidar el pasado y, así, empezaron a tejer una trama de nuevas confidencias que, poco a poco, les devolvió la confianza. Entre las clases en la facultad y el bar, a Silvia apenas le quedaba tiempo libre.

Cada día la deseaba más, pero era la novia de su amigo y esa era una línea que no iba a traspasar. Así pasó un año, hasta que Silvia volvió a marcharse. Estuvo ausente durante todo un verano. Cuando regresó, estaba triste y desmejorada. Raúl rompió con ella. No pasa nada, todo está bien, dijeron, pero Silvia

abandonó, definitivamente, el piso de Raúl.

La sargento Medina se levanta y se apoya en el borde de la mesa. Pablo tiene la certeza de que le comprende y espera que, tarde o temprano, diga alguna frase amable que rebaje la tensión. Sin embargo, su tono no cambia cuando dice:

—Verá, señor Soler, ayer hablamos con su amigo, el señor Abades, y, en efecto, nos dijo muchas cosas interesantes, pero eso lo dejamos para otra ocasión. Antes quiero que sepa que su mujer y Ladislao Zárate, al que llamaban *el Loco*, se conocían muy bien.

—Pablo asintió, eso era precisamente lo que él se proponía indagar cuando ella le había interrumpido, nada nuevo—. Hay indicios que nos llevan a pensar que no hubo lucha entre ellos, que Silvia no tuvo necesidad de defenderse. Muy al contrario, es posible que el hombre cayese al agua y ella, incluso, intentase ayudarlo. El oleaje lo lanzaría contra las rocas, que en ese lugar son bastante afiladas, de ahí los cortes en el cuerpo de ambos. Las marcas en las muñecas de su mujer pueden deberse a la fuerza con la que él se agarró a ella y lo mismo para los restos de piel entre sus uñas.

—Sí, algo sé de ese tal Loco y de su relación con Silvia, pero ¿eso quiere decir que no la mataron?

—No, no he dicho eso.

Pablo se remueve en el asiento. Hace calor y siente una humedad molesta en las axilas. Se estira el cuello de la camisa como si le faltase el aire.

La mujer abre una de las botellas, llena un vaso y se lo acerca a Pablo; antes de soltarlo del todo, continúa:

—Quiero decir que creemos que podría haber una tercera persona en el Islote cuando ambos, su mujer y el Loco, cayeron al agua. —Entonces, suelta el vaso.

—¿Quién? —pregunta sin decidirse aún a cogerlo, a pesar de que tiene la garganta seca.

—Pablo —vuelve a sentarse, se inclina sobre la mesa y aproxima su cuerpo hacia él, puede distinguir los poros de su piel y el hoyuelo que se le forma junto a la comisura de los labios—, aparte de usted, ¿quién más tiene acceso a la zódiac que guarda en el club náutico?

—Alguno de mis amigos tiene la llave. No me importa que la usen con la única condición de que repongan el combustible que gasten. Me da coraje encontrarme con el depósito vacío.

Coge el vaso de la mesa y pega un largo trago. El agua está templada y no le refresca.

—¿Quién, exactamente?

—Pues Fede, mi socio, y Tina. Ella y su marido salen a menudo con la motora, les gusta, es más cómoda para dar una vuelta por la bahía que el velero.

—¿Alguien más?

Pablo sigue bebiendo hasta que el vaso se vacía. Lo vuelve a llenar.

—No, nadie más.

—Su mujer podía coger la lancha, supongo.

—No, no, a ella no le gustaba la zódiac, nunca la cogía. — Pablo se detuvo un instante para pensar—. Ni siquiera creo que supiera dónde estaba, la compré mientras ella estaba fuera y todavía no la habíamos usado juntos. Pero ¿qué pasa con la lancha?

—El viernes, varios testigos la sitúan en los alrededores del Islote.

Ella no se mueve, pero Pablo se siente acorralado.

—No pensará que fuese yo —dice subiendo la voz más de lo que desea—, estuve en el estudio trabajando, ¿cómo iba a largarme a navegar con la que tenía encima? Ya se lo dije, ¿no se acuerda? Cuando llegué a casa eran casi las nueve y Silvia no estaba. ¿Está segura de que era mi lancha?

—No se altere. —Se levanta y se dirige a la puerta—. Cuando consiga la orden la registraré a fondo, quiero que esté al tanto. Sí, estoy segura de que era la suya.

—Un momento —él se levanta también—, ¿no pensará que yo...?

Ella lo mira y frunce los labios.

—Mejor no se aleje de Oldache.

* * *

Yeni se revuelve en el asiento, enseguida se queda muy quieta, con la vista fija en el parabrisas. Junta las rodillas y pone las manos tensas sobre los muslos en una postura forzada. De vez en cuando, suspira y se remueve. Pablo retira un instante la atención del tráfico para mirarla. La mujer lo nota y reacciona atusando los volantes de las mangas de su blusa y comprobando que su melena esté bien recogida.

—Pero ¿qué te pasa que estás tan inquieta? —le dice con dulzura—. ¡Para de resoplar, mujer, que me pones a mí también nervioso!

La avenida de la playa va cargada de tráfico. Después de la Virgen de agosto, el turismo empieza a bajar, pero con un buen día de playa como este el paseo Marítimo no se libra de atascos. A Pablo le desespera conducir a base de frenazos y acelerones. ¡Imbécil, dónde crees que vas!, exclama. Yeni suspira. Intenta abrir la ventanilla. Pablo le recuerda que lleva el aire acondicionado puesto y ella pide perdón. Como el coche de Berto, su novio, no tiene aire, se justifica, está acostumbrada a bajar el cristal. Regresa a su mutismo.

—Es que me tenía que haber dejado terminar el guiso —se queja de pronto—. Allá lo dejé todo empantanado, y cuando vuelva ni habrá nada que comer.

—No importa, no te preocupes. No quería que se hiciese más tarde.

—Pero es que aún me faltaban dos horas de trabajo en la casa y ni siquiera terminé de recoger. —Tornó unos ojos apenados hacia él—. ¡Ay, señor Pablo, qué más daba un ratito, si el barrio va a seguir ahí! No me gusta dejar las cosas a medias.

Pablo se impacienta.

—Vamos, Yeni, déjalo ya. Hazte a la cuenta de que sigues trabajando. Eso es lo que estás haciendo, acompañarme a mí también es trabajo.

—Eso es lo malo, señor Pablo, que no sé si volver a ese lugar y hablar con ese hombre es lo que más le conviene, justo hoy, después de lo que me ha contado que dijo esa policía. ¡Ay, Virgen Santísima!, ¿será posible que crean que usted tuvo algo que ver? No tenía que haberle dicho nada de que la señora Silvia había estado en el barrio. Hay cosas que..., mejor dejar descansar a los muertos, eso es lo que tiene que hacer. Y si hay algo, ya se lo dirá la Policía, ¿no?, que para eso están, vamos, digo yo, para resolver, y no para ir señalando a la gente buena. Que bastante tiene usted. ¿Qué necesidad de meterse ahí y preguntar tanto?

Pablo toca el claxon, ¡vamos, joder!, vocea dirigiéndose a nadie.

—Dejar descansar a los muertos, dices.

Lo repite en voz alta y se le hace extrañamente incomprensible.

Volar desde Montreal, el cambio de hora, el dolor de cabeza que no se le fue en dos días. Eso es lo que Pablo recuerda de la muerte de su padre, la única cercana hasta aquel momento. Después también murió su tío. Su madre lo llamó por teléfono cuando estaba a punto de salir hacia Vancouver para asistir a unas jornadas de arquitectura que llevaba tiempo preparando. Los diseños que iba a presentar, edificios en los que dominaba la funcionalidad de las líneas rectas y la luz, abrían nuevas

expectativas en su carrera. Estuvo a punto de poner una excusa para no cambiar sus planes. A más de seis mil kilómetros, el pueblo y hasta la certeza de la muerte inminente de su padre le parecían tan lejanos que los podía ignorar. Sin embargo, aunque balbuceó pretextos, como que estaba demasiado lejos y no sabía si podría encontrar un vuelo a tiempo, no fue capaz de soportar la respiración lenta de su madre al otro lado del océano, ni oírla decir: bueno hijo, si no se puede, no se puede... Compró un billete en el primer vuelo a Madrid, hizo una maleta ligera, pensada para un viaje corto, y, sin voluntad, después de varios años, volvió al pueblo. Lo hizo por su madre, no podía dejarla sola, aunque en su interior acariciase la idea de no llegar a tiempo y que todo pasase en su ausencia.

Tardan casi una hora en llegar al Barrio Alto. Ya conoce el camino, así que va directo al sitio donde aparcó la otra vez. A pesar del sol, o quizá por el contraste que ofrece la luz, las calles le parecen más grises. La plaza está animada. Es la hora de comer y la terraza está llena. Telmo va y viene a toda prisa. Los mismos parroquianos sostienen el muro del edificio como si no se hubiesen movido de ahí. Yeni le pide que espere y va en busca de Telmo. Un grupo de niños juega al balón en la plaza, se entretiene observándolos. Otros, ya adolescentes, fuman y dejan correr una litrona de mano en mano apiñados alrededor de un banco. Exhiben sus cuerpos musculados y sus tatuajes bajo camisetas de tirantes dadas de sí. Se dedican a molestar a los niños, regatean con el balón y les hacen correr a lo tonto de un lado a otro. Largo de aquí, hijos de puta, iros a la mierda, les increpa un chaval flacucho con la voz aguda de los niños, pero con rabia adulta en los ojos.

Yeni sigue a Telmo mientras le habla.

—Mira cómo tengo todo, comadrita, ¿no pueden volver ustedes más tarde?

—¿Dime solo si el hombre del otro día está hoy aquí?

Decide ayudarlo, lo acompaña en sus idas y venidas buscando un momento de atención mientras deja platos con restos de comida en la barra y espera a los que salen humeando.

—No, no está. Hoy no ha venido por aquí todavía.

Yeni lo ayuda con los platos en un par de viajes. Telmo se detiene un instante. El sudor le cae por la frente y se hace notar en sus axilas. Resopla. Da las gracias a la mujer y sugiere que vayan a buscarlo a su casa. No tiene pérdida, pasada la fábrica, en la colonia, la primera de la segunda línea.

* * *

—¿Está lejos?

La cuesta le hace resoplar.

—No, ahí arriba, un paseo nomás.

Yeni, acostumbrada a caminar a pesar de su volumen.

—Entonces, ¿tú crees que no merece la pena mover el coche?

—No, no merece la pena.

Terminan de remontar la pendiente en silencio hasta que encuentran el esqueleto de la fábrica. Detrás, tal como ha indicado Telmo, está el grupo de casas blancas, todas iguales, dispuestas en líneas paralelas bien trazadas.

—Es la antigua colonia de los trabajadores de la fábrica, tuvo que ser un sitio chévere, ¿no? —dice Yeni mientras eleva unos ojos soñadores hasta el cielo por encima de los tejados.

El hombre al que buscan abre la puerta y los saluda. Lleva una barba de varios días, parece bastante mayor. Mira a Pablo de abajo arriba con los ojos medio cerrados, una línea de pupila azul bajo los párpados. No se sorprende, como si lo estuviese esperando.

—Así que tú eres el marido de la Silvia, ¡mecagüen! No puedo

dejar de pensarlo, esa niña no se me va de la cabeza.

Entorna la puerta y se apoya en ella sujetando la manilla que en algún momento fue dorada. Niega con la cabeza. No los invita a entrar, pero se interesa por saber cómo han llegado y si les ha resultado difícil encontrar la casa.

—Han quitado todas las señales —continúa diciendo—, antes estaban por todos lados. Tenían que haber visto esto con la fábrica funcionando. ¡La gloria!, los chiquillos correteando por la calle, los había a puñados. —Se quita la gorra y se alisa el escaso pelo gris—. Ahora..., ya ve, cuatro viejos quedamos. Las casas cerradas, todo esto —señala con el bastón marcando el aire— es de la empresa. Si no nos echan es porque no pueden, estamos los que nos quedamos hasta el final, los que aguantamos y lo ganamos en las negociaciones. —Sonríe como si siguiese celebrando el mérito—. Fueron sonadas, salieron en las noticias, esto se llenó de periodistas con cámaras y micrófonos. A los que habían despedido antes, a esos los echaron enseguida de la casa. —Se repliega sobre su bastón y parece cavilar—. Era mandar la carta y ya los estaban empujando para que hiciesen la mudanza. Ya ve..., no nos pueden echar de aquí hasta que nos vayamos al otro barrio. —Se ríe, esta vez a carcajadas, dejando a la vista una boca plagada de huecos.

—Entonces —le corta Pablo—, ¿usted conocía bien a Silvia, a mi mujer?

—¿A la Silvi?, ¡hombre, claro!, desde que nació. Apenas tenía unas horas cuando la cargué en estos brazos. —Tuerce la boca con nostalgia—. ¡Qué demonio de chiquilla!, tan viva, nunca se cansaba, ¡menuda pieza era!

Y mira tú... —Los ojos se le humedecen, se los limpia con la manga de la camisa y vuelve a negar—. Pero era de esperar, nada bueno podía salir de las amistades con ese gandul. He oído decir que él la mató, ¿es así?, ¡cabrón! Yo lo sabía, ata más corto a esa

chiquilla, pero la madre andaba a lo suyo y solo veía lo que quería ver.

Un coche que circula con las ventanillas bajadas y la música de reguetón a todo trapo se detiene junto a una de las casas de la última fila.

—Esos son los que se meten en las casas cerradas.

—Mira a Yeni con desconfianza—. Los echan, las tapian y vuelven en dos días. —Vuelve a mirar a Yeni y rebaja el tono—. No digo que todos los de fuera sean iguales, eso no, que yo tampoco soy de aquí. De bien lejos me vine para trabajar en la fábrica, yo y el Tomás, el padre de la Silvi —aclara—, los dos nos vinimos juntos, del sur, del mismo pueblo. —Suspira—. Bueno, ahí tenemos al Telmo, sin ir más lejos, un hombre honesto, sí señor, trabajador donde los haya. Nosotros estudiamos, nos preparamos..., estos se meten en las casas... —Aprieta los labios.

Yeni parece molesta, pero Pablo no da importancia a los comentarios y solo quiere que el viejo no se vaya por las ramas.

—Dígame —intenta conducir la conversación—, Yeni me ha dicho que usted vio a Silvia el viernes por la mañana, ¿habló con ella?, ¿le dijo a qué había venido?

—Hablé con ella, sí. —El viejo saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se vuelve a secar los ojos, después lo dobla con cuidado y lo guarda en el mismo sitio—. Pero los tengo aquí en la calle, ni siquiera los he invitado a entrar... —Empuja la puerta y se hace a un lado—. Adelante, por favor, pasen, pasen adentro, están en su casa.

En el interior hay una mezcla de olor a comida rancia, ropa vieja y humedad que desagrada. La casa está casi en penumbra. El viejo corre las cortinas. Se trata de una única estancia en la que conviven la cocina y la sala de estar. Cerca de la puerta, una escalera de caracol conecta con el piso de arriba. Pablo se da cuenta de que el hombre tiene una fuerte cojera que le obliga a

apoyarse en el bastón para andar y, aun así, se mueve con dificultad. Comprende la razón de que haya una cama de esas que llaman turcas en la habitación. El viejo los invita a sentarse en dos butacas cerca de la ventana y arrastra hasta allí una silla para él. La casa está ordenada, aunque no limpia. Las paredes se ven renegridas, jalonadas de manchones amarillentos de humedad.

—Esto es todo —dice el viejo, abarcando con los brazos la habitación—, arriba hay dos dormitorios, pero ya no los uso. —Va hasta la cocina—. Les puedo ofrecer café, lo tengo recién hecho.

Yeni lo rechaza.

—Gracias, pero es que no hemos comido todavía —dice.

Pablo, ajeno a sus palabras, lo acepta. Yeni se levanta de la butaca para ir a echar una mano al viejo.

—Todas las casas son iguales, aunque algunas tienen una habitación más —continúa el hombre—, como la de mi compadre, el Tomás, tres más allá. Lo que mató a ese hombre es que lo despidieran y se quedara en la calle con la Andrea y los críos.

Yeni ayuda al viejo con las tazas de café, huele bien y también ella se decide a aceptar una.

—¿Y qué pasó con el padre de Silvia? —Pablo cae en la cuenta de que no sabe cómo se llama el viejo—. Pero ni siquiera nos hemos presentado —dice—, yo soy Pablo, ella, Yeni. ¿Cuál es su nombre?

—Joaquín Cortés, para servir a usted —dice muy ceremonioso.

El viejo le explica que al padre de Silvia le sangró la cabeza y se murió unos meses después de que lo despidieran de la fábrica.

—Él cayó en el primer reajuste de plantilla, yo no sé cómo me libré, no sé cómo me libré.

Joaquín habla en un tono monocorde sin apenas cambiar la intensidad de la voz. De cuando en cuando, saca el pañuelo para secarse los ojos; a veces, alguna lágrima se le escapa por la

mejilla.

—La niña solo tenía cinco años y el mayor diez, se quedaron con la Andrea en los pisos baratos, los que están por detrás de la plaza. Podía haber encontrado algo mejor, vamos, creo yo, pero ella dijo que no podía pagar otra cosa. No sé qué hacía con el dinero. No es mala, pero nunca supo apañarse con los niños ni con nada. Ya ve, así terminó el mayor... y, ahora, la pobre Silvia...

El relato de Joaquín va envolviendo a Pablo y deja de importarle el aire denso que respiran. El viejo tiende a irse por las ramas; Pablo se impacienta.

—¿Qué le pasó al chico?

—La droga hizo estragos en el barrio en esa época. Sobredosis. Quince años tenía.

—¿Y Silvia?

—Dos años después de quedarse viuda —continuó al margen de la pregunta de Pablo—, la Andrea se juntó con ese cabrón que el demonio ya tenga en el infierno. Los chicos nunca se llevaron con él, porque el tipo, mucho me temo, no se portaba bien, ni con ella ni con los muchachos. Pero la Andrea no sé qué le veía, le había meado en la cabeza, decían las vecinas —el viejo da un golpe con el bastón en el suelo—, mi mujer, que en paz descansa, también lo decía. Ya ve, aquí solo quedamos los viejos y los muertos.

Pablo mira a Yeni en busca de ayuda y no encuentra nada más que inquietud en sus ojos.

—Joaquín, mire —la mujer entra al juego, se acerca al viejo y le habla con suavidad—, pero lo que el señor quiere saber es lo que pasó con la niña, la señora Silvia. ¿Qué pasó con ella?, se fue del barrio, ¿no?, una mujer se la llevó de aquí, ¿no es así?, ¿por qué se la llevó?

—¿La niña? —sonríe—, ¡qué criatura! El Tomás iba con ella a todos lados subida a sus hombros. Le pedía a la Andrea que se la

llevase a la fábrica a la hora del almuerzo, solo para verla un momento. ¿Qué?, decía, ¿es guapa o no mi chica? Era lista, un no parar era esa criatura. La Conce trabajaba en la fábrica, también la echaron. Ella y el Tomás se llevaban bien, nunca quise saber cuánto. Después de que muriese, ella se desesperó. Estaba siempre al quite con la Andrea para que llevase al colegio a los niños, porque muchos días se quedaba dormida y los niños en casa. Me venía a buscar. Joaquín, dile tú algo, que a ti te hace más caso, mira que se lo debes al Tomás.

Se levanta, se dirige a la cocina y regresa con los mismos pasos cortos y con una botella de coñac en la mano. Apenas se entrevé la etiqueta entre los churretes de grasa. Dos moscas lo acompañan zumbando en el aire. Se sirve un buen chorro en la misma taza del café y hace una seña invitándolos a hacer lo mismo. Yeni lo rechaza. Pablo alarga la taza hacia el viejo mientras da las gracias.

—Y me hacía caso —continúa—, al principio me hacía caso, hasta que se juntó con ese cabrón. Entonces, ya no hacía caso a nadie. Todo el santo día en el bar y luego a broncas. La Conce los amenazó con ir a servicios sociales; lo mismo que los maestros del colegio, eso era lo único que le hacía mella. Por lo de las ayudas del comedor, ¿sabe?, porque si no se las quitaban. La Silvia era lista y la Conce consiguió sacarla de aquí, no pregunten cómo, pero se la llevó y la puso a estudiar. Para ella era como una hija. Yo creía que no había servido de nada, pero el otro día, cuando la vi tan guapa, tan mujerona, pensé: mira, pues parece que sí. Le pregunté que si usted se portaba bien con ella; aseguró que sí.

Pablo llegó a tiempo solo por unas horas. El vuelo y después el tren hasta Oldache lo dejaron agotado. No había podido dormir ni un minuto en todo el trayecto. Raúl lo estaba esperando en la estación y lo llevó al pueblo en su coche. Se lo agradeció. Estuvo con su madre y con él un par de horas y regresó a la ciudad. Se

quedaron a solas con el moribundo. La madre no se separaba de su cama. Pablo la veía serena, sin rastro de la inseguridad con la que habitualmente se enfrentaba al marido. Le hablaba, el médico le había dicho que lo hiciese para sosegarlo; le hacía beber agua con una pajita de plástico y le cambiaba de postura cada poco. El hombre ya no podía articular palabra, solo miraba y movía los ojos muy abiertos como si suplicase. Pablo no entró en la habitación, se limitó a mirar desde la puerta porque no soportaba el olor a cerrado, a enfermedad, a muerte, que había dentro. Amanecía cuando la madre lo avisó de que todo había terminado. Él no ayudó mucho, siguió observando desde la distancia hasta que llegaron sus tíos.

Ni a Yeni ni al viejo parece afectarles el calor que hace dentro de la casa; sin embargo, a Pablo el sudor le corre por la frente y siente la ropa pegada al cuerpo. La brisa del mar que en Oldache lo refresca todo no llega hasta aquí. Desde luego, el coñac, del que ya le ha servido el viejo tres tazas, tampoco ayuda. Joaquín debe caer en la cuenta, porque se levanta renqueando y abre la puerta de la calle.

—Así hace algo de corriente.

—¿Qué más dijo Silvia?, ¿vino por ese hombre? —pregunta Pablo, mirando el reloj.

Yeni también lo mira.

—Ya son las cinco y media, señor Pablo —dice—, ¿se acuerda de que a las seis...? —Pablo asiente molesto.

—¿Quién era ese Ladis, *el Loco*? —insiste con impaciencia—, cómo verá, Joaquín, quizá le extrañe, pero hay demasiadas cosas que no sé de mi mujer, por eso le pido que me ayude.

El viejo lo mira como si empezase a desconfiar.

—El Ladis era otro chaval del barrio algo mayor que Silvia. También vivía en las casas baratas. Siempre andaban juntos por ahí. Ese muchacho era malo como un dolor de muelas, enseguida

empezó a meterse en líos. Pero seguía a la Silvi como un corderito y eso que ella no levantaba dos palmos del suelo. Juntos eran ingobernables, hacían lo que les daba la real gana sin que nadie les pusiese freno. Con la fábrica murió el barrio. ¿Qué iba a haber aquí para los jóvenes? Nada, paro, droga, delincuencia... —El viejo se levanta de la silla y recoge las tazas—. Los que pudieron se marcharon y los demás... Algunos se quedaron y sacaron a los hijos adelante, los pusieron a estudiar, como hizo la Conce con la niña. —Fuera, la música suena cada vez más alta. El viejo cierra la ventana—. ¡Malditos majaderos! De esto se ha llenado el barrio.

Va a la cocina y enjuaga las tazas en la pila, se queda de pie apoyado en la encimera y, desde allí, se dirige a ellos:

—Bueno, que ya me canso de tanto palique..., en resumen, eran inseparables. La Conce se llevó a la niña y, al otro, al Ladis, lo metieron en un centro de no sé qué, algo como un correccional. Ella estuvo a punto de ir también, se lo digo, porque medió la Conce que conocía no sé a quién en el ayuntamiento, que si no... Yo no sé lo que pasó, la Andrea no soltó prenda, pero tuvo que ser algo gordo.

En un nuevo viaje, recoge la botella y la lleva a la cocina. Se ve que no le gusta dejar las cosas fuera de su sitio.

—Vuelvan cuando quieran y seguimos hablando, que hoy ya se me ha hecho la hora de la partida y hasta que llego abajo...

—Pero ¿qué más le dijo? —insiste Pablo.

El viejo lo mira, ya con irritación.

—Nada, ¿qué quiere usted que me dijera?, hablamos un rato en la calle, le pregunté lo que se le había perdido por aquí..., ella, que cómo estaba, que me veía bien..., yo, que ya ves, que tirando, que si a ver si otro día con más tiempo nos tomamos un café, o un chato, o lo que prefieras, viejo. Después de tanto tiempo y en

medio de la calle, ¿qué quiere usted que me dijese? Por ahí dicen que la vieron con el Ladis, pero ¿cómo lo iba a creer si ese estaba muerto?

El viejo se dirigió hacia la puerta.

—Espere —dijo Pablo—, tengo más cosas que preguntarle. Esa mujer, Conce, ¿por qué...?

—De eso yo no sé nada, pregúntele a ella —le interrumpió.

Joaquín salió a la calle y Pablo tuvo que salir tras él.

PARTE 3

La mariposa en la cadera

¿Qué la impulsaba a huir? ¿En qué momento y por qué se imponía esa necesidad? Pablo no lo sabe, solo sabe de su propio miedo, de estar alerta, de anticiparse para evitarlo.

Ya no hay nada más que hacer. Silvia reducida a polvo. Hizo lo posible por retenerla. La mimó. Intentó construir a su alrededor un espacio seguro. Confió en que, si ponía a su alcance todo lo que deseaba, se quedaría.

¿Y ahora qué? La tiene sobre la mesa, dentro de una vasija vulgar que parece salida de un bazar chino. A Silvia le gustaba comprar baratijas. Los mercadillos la obsesionaban. Conseguía objetos inútiles que para ella eran «preciosos», aunque según Pablo rompieran el equilibrio estético de cualquier lugar adonde fuesen a parar.

Se la han puesto en las manos y le ha sorprendido su ligereza: dos kilos escasos, le han aclarado. Algo paradójico si lo compara con el peso de Silvia sobre él. La densidad de los pensamientos ocupados por Silvia; Silvia en el aire que presiona sus pulmones; el vacío de Silvia en su estómago.

El coñac de mala calidad que ha bebido con el viejo le ha dejado la boca pastosa y el estómago deshecho, pero eso no ha impedido que al llegar a casa se haya tomado varias cervezas con avidez. Tiene sed. No ha comido nada sólido en todo el día. Solo tiene sed. Las cajas sin deshacer que siguen en el pasillo deberían haberle puesto sobre aviso de que no venía para quedarse. Lo temió. En esta calma, a solas con ella, no puede negar que en el fondo de su ser lo sabía. Por eso, durante el mes que había estado

en Oldache, la había seguido dos veces.

Al salir de la casa del viejo, Pablo le propuso a Yeni ir a comer algo, al menos un café, insistió. Ella no aceptó. Era tarde, le recordó que tenía que hacer lo que tenía que hacer, así lo dijo, hacer lo que tenía que hacer. No había prisa. A partir de las seis, no son las seis, replicó. Había tiempo, pero no logró convencerla. Le dio las gracias y dijo que cuanto antes mejor. Ella también iba retrasada con sus cosas, se despidió y se marchó. Estaba seguro de que se iba a ofrecer a acompañarlo, hubiera jurado que no lo dejaría solo, aunque, desde que salieron de la casa del viejo, la notó diferente. Él estaba muy aturdido, a lo tonto había bebido demasiado coñac: el viejo llenaba la copa y se lo tomaba como si fuese agua. Aunque supiese a rayos y le quemase la garganta. El coñac no es bebida para una tarde de verano. Mientras bajaban de regreso a la plaza, Yeni se refirió a Silvia con soberbia, como si le hubiese perdido el respeto. No eran tanto las palabras, siempre bien medidas de Yeni, como la actitud. Desdeñó sus actos, incluso se refirió a ella como Silvia, sin más, no dijo la señora Silvia, solo Silvia.

Pablo no se lo reprochó, ¿qué iba a decirle? Pero le duele, lo mismo que le duele que sus amigos la hiciesen de menos, Yeni era su criada, no podía pensar que fuesen iguales. Ese barrio, donde Silvia nació y al que Yeni ha ido a parar, las une, sí, pero Silvia no era como ella, ni como el viejo, ni como ninguno de los que se ha cruzado. Si alguna vez perteneció a ese mundo, fue en el pasado. Yeni no lo puede perder de vista, no lo va a permitir.

Sabe que se revuelve contra todo y contra todos para dejar de sentir su propio resentimiento. Ese que le quema por dentro, como el reflujo del coñac en el esófago.

Creía que a partir de aquí todo sería más fácil.

Su madre nunca tuvo dudas. Desde el principio, quiso a su marido en el cementerio del pueblo. Para tenerlo cerca, dijo. Cada

semana limpiaba la lápida. En otoño retiraba las hojas secas y en primavera plantaba flores frescas que cuidaba durante el verano. Todos pensaban que era un consuelo. Pablo también. Una mañana fue tras ella hasta allí y la observó sin ser visto. Barrió y fregó la lápida con agua y jabón con la misma indiferencia con que lo hacía cada día en el zaguán de la casa. No había pena ni resignación, solo rutina. Recogió los enseres de limpieza y, antes de marcharse, echó una última mirada a la tumba sin el temor que veía en sus ojos cuando estaba vivo y cada noche le ponía la cena a su marido.

En cambio, Pablo, más allá de contemplar la urna, no sabe qué hacer, excepto dejarla donde está.

Suena el teléfono. Cae en la cuenta de que ya ha anochecido, los días se acortan camino del otoño.

—Hola, Pablo, ¿cómo estás?

La voz de Tina lo decepciona. Por un momento, ha acariciado la esperanza de que fuese Concepción Ramírez.

—Bien, Tina, estoy bien —contesta sin entusiasmo.

—De verdad, ¿no necesitas nada? —La mujer calla unos segundos a la espera de que él diga algo—. He pensado que igual te apetece que me acerque. No sé..., para que no estés solo... Ramón no está..., y puedo quedarme..., si quieres.

Nota los músculos entumecidos, cae en la cuenta de que casi no ha cambiado de postura desde que ha llegado. Se levanta y va hacia la cocina. Necesita otra cerveza.

—Te lo agradezco —responde después de un silencio—, de verdad, te lo agradezco, pero estoy muy cansado y lo único que quiero es irme a la cama.

Las sombras de las cajas en la semioscuridad del pasillo le atraen con fuerza.

—¿Dónde está? —pregunta Tina—, ¿dónde... la tienes?

Ambos se acomodan en el silencio. De fondo oye ruido de

tráfico. Tina está en la calle. Le entra impaciencia por cortar la llamada porque esas cajas son como un imán. Tina tose al otro lado de la línea.

—Pablo...

—Me tomo una cerveza y me voy a dormir —dice al fin. Se mueve a tientas por la cocina—. ¿Dónde habré puesto el puto abridor?

—Pablo..., ¿la tienes ahí...? —insiste.

—Aquí está —se agacha—, el abridor..., digo, aquí está, en el suelo. —La chapa repica en la encimera al caer—. Ella también. En el suelo no, claro, encima de la mesa. —Intenta parecer sarcástico, aunque suena triste. Pega un traspiés y se apoya en la encimera—. ¡Joder! —exclama mientras la botella se le escapa y se estrella contra las baldosas.

—Pablo, ¿qué pasa?, ¿has bebido?

El líquido derramado y los diminutos cristales corren hacia todos los rincones de la cocina.

—Sí, Tina, he bebido. De hecho, creo que estoy bastante borracho. —Se apoya en el quicio de la puerta—. La verdad, no se me ocurre mejor forma de estar. —Suelta una risa forzada—. La tengo encima de la mesa del comedor. —Suspira.

—Pablo —la siente respirar fuerte—, creo que voy a ir.

—No te voy a abrir la puerta, te lo advierto, hoy no. Quédate donde estás. No es el momento. Ya no.

—Bien. Cómo quieras —dice contrariada—. Pero, por favor, guarda... eso... en algún lado y vete a la cama.

—Hasta mañana, Tina.

—Hasta mañana.

—Espera.

—¿Qué?

—El viernes, cuando... ¿Ramón o tú sacasteis la zódiac del marítimo?

Apenas la oye porque el ruido de fondo aumenta, percibe el paso de un autobús y tiene que pedirle que repita lo que ha dicho. Guarda silencio un instante muy largo antes de responder:

—No, no, pero ¿por qué lo preguntas?

—Por nada, por nada. Hasta mañana.

Empieza a decir algo, pero Pablo corta la llamada sin darle tiempo.

Saca otra cerveza de la nevera, la abre y pega un trago largo. Con la botella en la mano va hacia las cajas. La luna entra por una de las claraboyas del *hall* y crea sombras sobre las sombras.

Hay cinco cajas de cartón cuadradas, cada una de las caras con un globo terráqueo azul y verde rodeado de las palabras GLOBAL WORLD MUDANZAS. En la primera solo hay ropa: jerséis, pantalones, un abrigo, prendas de invierno que todavía no podía usar. En las dos siguientes, más ropa, bolsos, pañuelos, un neceser grande con cosméticos y una caja de madera muy decorada llena de pendientes, anillos y cosas así. Nada de interés. Pega otro trago a su cerveza. Se siente mareado. La siguiente cuesta más moverla. Contiene libros, carpetas de cartón, papeles de trabajo. Está cansado y no parece que vaya a sacar nada en claro salvo perder sueño. Coge una gramática inglesa y un ejemplar de *Wuthering Heights*, mira el resto por encima. Mañana le pedirá a Yeni que se quede con lo que quiera y se deshaga del resto. Devuelve la gramática a la caja e intenta levantarse, la novela se le cae de las manos. ¡Joder, estoy gilipollas esta noche! Una hoja de papel se desliza de entre las páginas y planea por la madera hasta el fondo del pasillo. Es una hoja de libreta cuadriculada en la que hay algo escrito:

Tienes ojos profundos donde la noche alea.

Frescos brazos de flor y regazo de rosa.

Se parecen tus senos a los caracoles blancos.

Ha venido a dormirse en tu vientre una mariposa de sombra.

Varias cuadrículas azules de separación y una frase casi garabateada:

Cumplo tus deseos, aunque ya nunca más despierte.

Tiene sed. La boca pegajosa y la lengua espesa. Tu deseo. Aunque ya nunca más despierte, aunque no despierte, repite como un mantra mientras regresa al salón, coge la urna, la acuna entre los brazos y cede al cansancio mientras las rodillas se le doblan hasta llevarle a quedar sentado en la alfombra.

* * *

Los invitados disfrutaban del preludio de fiesta a pesar de la ausencia de Silvia. Pablo se esforzaba por escapar al control de Raúl y de Tina, pero ya a las once tuvo que admitir que algo pasaba. Aunque no dijo que la duda había despertado dentro de él desde hacía rato como un parásito en estado latente. En realidad, había empezado a rascar esa misma tarde, cuando vio el coche de Silvia en la rampa hacia la playa. Lo que no se dice, no pasa, y, en ese momento, Pablo estaba dispuesto a retener dentro hasta el aire si era necesario.

—Las malas noticias no se hacen esperar, si le hubiese pasado algo ya lo sabríamos —dijo Tina—. Así que no des más vueltas y vamos a relajarnos todos.

Se lo llevó a la cocina para aislarlo de los invitados. Raúl fue con ellos. Pablo lo miraba a hurtadillas, estaba demasiado pensativo, había perdido todo el entusiasmo de su llegada.

—Vamos a centrarnos —insistió Tina—. A ver, ¿qué es lo

último que has sabido de ella?

Pablo suspiró.

—Lo único que sé es que ya debería estar aquí. No contesta al móvil. —Raúl se revolvió en la silla—. ¿Qué hacemos? —dijo como en una súplica.

—Dejar de acojonarte porque crees que se ha ido y reaccionar, eso es lo que deberías hacer tú. —Raúl sonó rotundo, casi agresivo. Pablo encajó el reproche y no respondió.

—Vamos —terció Tina—, dejaos de tonterías, que no es momento.

Las voces y las risas que llegaban desde el jardín le hacían daño. Había unas veinte personas, algunos solo conocidos de vista. Iba a ser una fiesta íntima, para los amigos, pero al parecer a Silvia se le había ido de las manos. Tina tomó la iniciativa, no le costaba hacerlo. Pablo no quería imaginar a su mujer viéndola disponer como si fuese la dueña de la casa, pero la dejó hacer.

—Será mejor que nos marchemos todos y dejemos a Pablo tranquilo —propuso Tina. Sin entrar en detalles, puso al tanto de la situación a los invitados.

Algunos se despidieron enseguida y se marcharon. Otros, remolonearon: la mujer del arquitecto se había esfumado cuando no había hecho más que llegar y no se lo querían perder. Disfrazaron la curiosidad de compasión y se ofrecieron para ayudar en lo que fuese necesario.

—Podemos organizarnos para buscarla —propuso Fede.

Pablo negó con la cabeza. Antes de que pudiese decir nada, Ana intervino.

—Me parece buena idea, seguro que ha tenido algún problema con el coche. Hace solo dos días, a mí me dejó tirada en la comarcal del Salto, por allí que no pasa ni el Tato, y el móvil sin batería.

—Tú siempre vas sin batería, Ana —bromeó Lula. Todos

rieron.

Sus risas chocaron con la noche que devolvió el eco. A lo lejos, si el viento era propicio, se oía la música que llegaba de Herreros.

—Quizá haya tenido un accidente —auguró María.

—¡María, tú siempre tan ceniza! —la censuró Fede.

Ella frunció el ceño, dirigió a su marido una fugaz mirada de desprecio e insistió en que llamar al hospital comarcal no estaría de más.

Todos salieron menos Tina. Desde fuera, Raúl sujetó la puerta antes de que ella pudiese cerrarla del todo.

—Yo también me quedo —dijo—, ahora entro.

Tina lo miró con fastidio, pero no dijo nada. Entró en la casa y se sentó frente a Pablo, que seguía en la cocina. Ramón también se había ido con los demás y le había dejado el coche a su mujer para que pudiese volver a casa. En la calle, seguían de charla. El ventanal estaba abierto y, aunque a veces, si el viento cambiaba, las voces llegaban entrecortadas, se les oía con claridad.

—Echamos un vistazo por ahí —sugirió alguien—. Total, no perdemos nada.

La voz grave e inconfundible de Fede recordó que el coche de Silvia era un Audi rojo. Raúl recitó la matrícula. Poco después, la puerta golpeó al cerrarse y Raúl se les unió dentro. Escucharon a Fede diciendo que era viernes y que no le apetecía recogerse tan temprano. Las risas sonaron distorsionadas. Después, alguien dijo que en un rato podían quedar en algún sitio del centro para tomar la última.

—Igual es allí donde nos la encontramos —apuntó con sorna una voz de mujer que Pablo no reconoció. Más risas.

Tina se levantó y cerró. Pablo se marchó al jardín. Raúl lo siguió.

Se entretuvo recogiendo vasos y botellas vacías en una bolsa; luego, se acercó a la baranda y miró hacia el mar. Raúl encendió

un cigarrillo y se quedó contemplando el cielo sentado en una hamaca. El tiempo se detuvo de nuevo. La lechuza de todas las noches lanzó un siseo metálico al aire, su melodía aligeraba el peso del silencio. La neblina ascendía desde el mar llenando de humedad la noche.

—¿Qué pasa, Pablo? —preguntó Tina, acercándose a él—. Dime la verdad, ¿es que habéis discutido?

Raúl miró al uno y a la otra y volvió a su sitio en las nubes.

—No, Tina, no. No hemos discutido. —Suspiró con impaciencia.

—Entonces, ¿qué pasa?, ¿por qué crees que se ha ido?

—Pero ¿qué estás diciendo? —Se volvió hacia ella con violencia—. Yo no creo que se haya ido.

Raúl se levantó y entró en la casa. Ella se arropó en el chal que llevaba sobre los hombros.

—Mira que a mí no me puedes engañar, Pablo —insistió—, Raúl tiene razón. Si de verdad piensas que le ha pasado algo, ¿qué haces ahí encogido como una vieja?

Pablo volvió con la vista al infinito y apretó los dientes. La mujer se acercó, lo cogió por la cintura y se pegó a él.

—¿Qué te pasa, Pablo? Dime, ¿en qué piensas?

Él se soltó de su abrazo.

A Tina la conoció en la universidad, Fede se la presentó. Cuando Raúl se fue, no solo dejó atrás sus estudios, también a Pablo. Al menos, así lo sintió. Se rompían sus sueños infantiles en los que iban a construir juntos el rascacielos más alto de Oldache y del mundo. Primero Silvia y ahora Raúl, las dos personas en quien más confiaba, lo dejaban solo.

Fede también era de Oldache y estudiaba Arquitectura en Madrid. Se conocían de vista, en Oldache todo el mundo se conoce, pero sus vidas nunca se habían cruzado. Pablo y Raúl no pertenecían a la clase social de Fede o de la gente con la que este

acostumbraba a tratar. Coincidieron en la misma clase y empezó a acercarse a Pablo al final del primer trimestre, cuando los exámenes estaban a punto de comenzar.

Muchas veces había pensado en una conversación con Raúl, en la cantina de la escuela, antes de que dejase la universidad. Comían un bocadillo de tortilla con un botellín de Mahou entre las clases de la mañana y de la tarde. Raúl se apoyó en la barra y señaló a una de las mesas en la zona del restaurante donde Fede tomaba el almuerzo con su grupo de amigos.

—Ese es de los de la piel fina de Buena Vista —dijo—, ten cuidado, no se junta con nadie si no busca algo.

A Pablo le molestó el comentario y replicó:

—Qué dices, ¿acaso nosotros somos menos que él? Tus padres tienen un negocio igual que los suyos. Además, estamos en la universidad, Raúl, aquí las clases sociales no importan, las aulas nos igualan.

Repetía lo que tantas veces había oído. Su madre se había empeñado en que fuese a la universidad, a pesar de tener que enfrentarse a las reticencias de su marido. Solo si estudia llegará donde se proponga y no tendrá que limpiar mierda de vaca.

—No te lo creas, Pablo —insistió Raúl con tenacidad—. Eso dicen, pero ni tu madre ni la mía saben una mierda de lo que pasa aquí. No te digo que no tengan razón, mejor estudiar que no hacerlo, supongo, pero a la hora de la verdad, los mismos siguen en los mismos sitios. Tú eres de pueblo y yo hijo de taberneros, lo queramos o no. Eres mejor que ellos y te exprimirán si pueden, pero nada más. Mira —volvió a señalar la mesa de Fede—, ellos comen con mantel cada día, mientras tú y yo —ahora señaló el bocadillo a medias y abrió una sonrisa amplia y burlona—, rascando las pelas en cada comida para sacar algo para vicios. Olvídate —recuperó la seriedad—, parecemos iguales, llevamos ropa parecida, ellos en su estilo y nosotros en el nuestro, pero,

Pablito —le puso la mano en el hombro—, no nos van a regalar nada, tendremos que pelear el doble para conseguir la mitad, y si acaso. Desconfía, si se te acerca es que algo quiere.

—Yo no soy menos que nadie por ser de pueblo —se defendió Pablo con obstinación—. Lo que pasa es que a ti te interesa más estar de farra que estudiar y te buscas excusas. —Dejó el bocadillo en el plato y se encaró con su amigo—: Tus padres se matan en el bar y tú aquí, tirando el dinero. Te estás equivocando, Raúl, te estás equivocando y te vas a arrepentir.

Raúl hizo un gesto de hastío.

—No me des la brasa, tío. —Intentó volver al ataque—. ¿El padre de ese no es arquitecto?, pues ya me dirás tú el problema que va a tener. —Pegó el último trago a su botellín y miró el reloj—. Tengo que irme —dijo—, luego nos vemos.

Pablo entró en el círculo de Fede esperando poder demostrar a Raúl que se trataban de tú a tú. Él era buen estudiante, brillante en ocasiones, y era verdad que su ayuda le venía a Fede de perlas. Estudiar juntos podía ser más provechoso para el otro que para él, no lo negaba, pero en eso consistía la amistad. A cambio, Fede lo integró en su ambiente y le presentó a Tina mientras Raúl lo abandonaba.

Era guapa, quizá más llamativa que guapa. A Pablo le descolocaba la libertad con la que actuaba. Le sorprendía que una chica así se fijase en él. Al principio, sus encuentros eran juegos sin importancia, magreos, besuqueos rápidos en algún rincón del campus a escondidas. Tina tenía novio, uno de los nuevos empresarios de Oldache bastante mayor que ella y no había necesidad de que se enterase. Pablo lo aceptaba, la clandestinidad que imponía la chica le resultaba estimulante. Años más tarde, cuando volvió de Canadá, ella lo buscó. Había pensado mucho en él, le dijo, y, si estaba dispuesto a seguirla, lo dejaría todo. Eso fue después, en la época de la universidad solo se divertían.

En ese, su primer verano universitario, Pablo demoró algún tiempo en Oldache con sus tíos antes de ir al pueblo. Quería divertirse con sus nuevos amigos, ir a la playa, disfrutar de la noche veraniega y, sobre todo, seguir viendo a Tina, aunque fuese a salto de mata, antes de enterrarse en el pueblo para el resto de las vacaciones.

Raúl también estaba en Oldache. Desde que sus padres le obligaron a dejar Madrid, trabajaba en el bar y tenía poco tiempo libre.

—Ya ves, tío, aquí estoy como un esclavo —se lamentó desde el lugar que ahora ocupaba al otro lado de la barra—, de sol a sol y por dos duros. Son una especie de tiranos que no pagan ni un sueldo digno. —Se apretó el mandil a rayas verdes y negras, que era la marca de la casa, y añadió—: Estoy ahorrando, en cuanto pueda me largo. Ya verás, tengo cosas en la cabeza.

—¿Cuáles?

—Ya te enterarás, no tengas prisa.

—¡Joder, Raúl, cuéntame!

Sonrió y subió las cejas en una mueca que pretendía mantener la tensión. Por primera vez desde que se conocían, Pablo tuvo la amarga intuición de que su amigo se alejaba.

A pesar de la seguridad que quería aparentar, no podía dejar de sentir que se movía entre dos realidades contradictorias. Por un lado, sus padres, el pueblo, los tíos, los amigos del instituto y del barrio, Raúl, Silvia...Pero en el otro, había todo un mundo por descubrir. Aunque le tocase ir siempre a la zaga, aunque con el dinero que le mandaba su madre solo le diese para quedarse con los restos de los otros, lo que vivía le gustaba: jóvenes despreocupados que desdeñaban de todo porque todo les sobraba. Eso era lo que quería para él, dejar atrás el pringue a establo, la humedad y el frío que lo llevaban hasta su casa y hasta su padre. Sabía que estaba en el lugar adecuado, aunque en ocasiones ese

otro mundo del que no se atrevía a renegar del todo tirase de él y le hiciese bracear en la nostalgia.

La niebla trajo al jardín los fantasmas de los que Pablo se quería deshacer. Entró en el salón y se sentó junto a Raúl. Tina lo siguió.

—Esta humedad se le mete a una en los huesos, ¡mierda de tiempo! —protestó—. Pensaba que te habías ido —añadió dirigiéndose a Raúl—. Si quieres puedes hacerlo, no es necesario que estemos aquí los dos.

Raúl la miró, luego se volvió hacia Pablo.

—¿Y tú qué tal vas? —preguntó.

Fue Tina quien respondió por él:

—Tenemos que sopesar la conveniencia de llamar a la Policía o esperar un poco más. No sé, lo que Pablo diga. —Suspiró—. Pero para qué esperar, ¿no?

—¿Y si vuelve? —dijo Pablo.

—Pues nada. Seguimos con la fiesta y aquí no ha pasado nada, ¡no te jode!

—Vamos, Raúl, relájate, que no creo que aportes nada con ese tonito. Pablo ya tiene bastante, ¿no te parece?

Raúl se levantó y se acercó a la ventana.

—No deja de subir la niebla —dijo.

—Si estamos aquí es para ayudar —insistió Tina en provocarle—. Así que tú sabrás de qué vas.

—Quieres decir que me vaya, que ya estás tú de amiga estupenda.

—Mira —Tina se puso a la defensiva—, ya sabemos, todos estamos al tanto de tu idea de la lealtad.

—¡Ah!, este es otro de tus chismorreos de portera. Pues...

Pablo se enderezó en el sofá y le interrumpió:

—¡Bueno, ya está bien! Tina, se hace tarde, será mejor que vuelvas a tu casa, antes de que el tiempo empeore. Tienes que

conducir. Raúl y yo nos ocupamos.

Tina bajó la cabeza, contuvo la respiración y soltó despacio el aire.

—Bien, si eso es lo que quieres, me voy. Mañana te llamo. Te dejo en buenas manos —añadió mirando a Raúl con toda su carga de rencor—. Sugiero que llaméis a la Policía o al Hospital Comarcal o a los dos sitios.

—Gracias por todo, Tina, de verdad.

Raúl la miró victorioso y se despidió de ella con un gesto de la cabeza. Pablo se levantó, la acompañó hasta el coche, esperó a que arrancase y se perdiese en la neblina que ya casi tocaba el asfalto en esta zona alta de la ciudad. Apreciaba a Tina, pero no la quería allí en ese momento, porque sabía que, a pesar de sus intentos por acercarse a Silvia y ser su amiga, Tina la envidiaba demasiado.

* * *

Los gritos lo despiertan primero, luego siente el dolor. Se lleva la mano al lugar donde el cráneo le palpita, nota la piel entumecida y el amasijo viscoso de pelo. Unos restos pardos de sangre se le quedan entre los dedos.

La voz desfigurada de Yeni acrecienta la sensación de dolor.

—¡Dios mío, señor Pablo, creí que estaba muerto! ¡Por Dios, por Dios! ¿Está usted bien?

Se incorpora sobreponiéndose al mareo e intenta comprender qué hace tirado en el suelo. Estuvo bebiendo, abrió las cajas; luego, cierra los ojos y aprieta los párpados; luego, nada. Las pupilas de Yeni lo guían hasta el otro extremo de la alfombra, donde está la urna tirada y algo de su contenido vertido sobre ella.

—¡Válgame, Dios! ¡Válgame, Dios! —repite Yeni como si fuese

lo único que es capaz de decir, mientras se santigua de forma compulsiva.

—No grites más, por favor, que me estalla la cabeza —le pide Pablo—. Anda, prepárame un café, después recogemos todo esto.

—Pero, señor Pablo, ¿cómo vamos a recogerlo?

¿Por qué insiste en hablar a gritos? Intenta ponerse en pie, pero las piernas se le resisten. La mujer se apresura a sostenerlo.

—Yo qué sé. —Recoge la vasija del suelo, la pone sobre la mesa y mira con aprensión la mancha gris de la alfombra—. Con una aspiradora, supongo.

Yeni se echa a llorar.

—Digo... —la voz sale a golpes, entre hipos— que no deberíamos limpiar nada hasta que llegue la Policía.

—¿La Policía?, ¿es que has llamado a la Policía?

Yeni lo mira con sorpresa, el llanto, aunque más pausado, le provoca temblores en la mandíbula.

—¡Y qué quiere que hiciese! Señor, mírese, está herido... ¡Ay, Dios mío!, cuando lo vi tirado en el suelo, ¡creí que estaba muerto! ¡Ay, mi Dios!, me asusté, ¿cómo no iba a llamar a la Policía?

Le golpearon. O lo había soñado. En la alfombra también hay una estela líquida que una botella de cerveza ha ido dejando mientras rodaba. Bebió demasiado, debió de caerse y golpearse. Recoge la botella y la coloca encima de la mesa junto a la urna. Enseguida se arrepiente, Yeni tiene razón, no deberían tocar nada.

Con la vejiga a reventar, sube las escaleras hasta el baño de su dormitorio para aliviarse y, a la vez, aislarse de los lamentos de la mujer. Se moja la cara y el cuello, el agua fría lo vivifica. Intenta limpiar la herida con un disco de algodón de los que Silvia usaba para desmaquillarse y que siguen sobre la repisa. No sangra, apenas deja un rastro rojizo ya reseco. La sangre se ha deslizado por el cuello dejando una marca en la camisa. Le duele

la cabeza, pero también podría ser por la resaca. En el espejo, se descubre un moratón en la mejilla. Le duele todo el cuerpo como si le hubiesen dado una paliza.

El olor a café lo devuelve a la cocina.

—Tómese esto —junto con la taza, Yeni le ofrece una pastilla.

La ambulancia llega unos minutos antes que el coche de la Policía sin sonido de sirenas.

—No es grave —dice el médico que lo examina—, apenas un corte. He puesto un par de puntos adhesivos para que cicatrice mejor. Lo que me preocupa es el golpe en sí.

Explora en el interior de sus pupilas, le pide que siga el movimiento de su dedo índice por delante de sus ojos, que se mantenga de pie en equilibrio y que camine derecho de un lado a otro de la habitación.

—Parece estar bien, aunque hay que vigilarlo —le dice a Yeni, levantando un momento la cabeza del papel en el que escribe—. No le deje solo, si nota algo en las próximas horas, si se muestra confuso o habla con dificultad, vayan al hospital. Tiene una leve conmoción, lo normal es que se pase en unas horas, pero mejor estar atento. Quizá le requiera el médico forense, puede que venga o que le cite en algún momento —le dice a Pablo mientras dobla el papel y lo deja sobre la mesa.

Dos agentes de uniforme esperan a que termine el examen para intervenir.

—¿Recuerda lo que pasó aquí anoche? —El que habla se ha presentado como oficial de Policía—. ¿Había alguien más con usted?

—No, estaba solo. —Calla un instante, la mirada del agente sigue a la suya hasta la mancha gris en la alfombra—. Puede que bebiese demasiado. No recuerdo nada.

—Lo tendrá que confirmar el forense, pero el doctor piensa que le golpearon en la cabeza con algo. No parece una caída

accidental.

—¿Se refiere a que alguien entró en mi casa?

—Sí. ¿Fue usted quien registró esas cajas del pasillo?

Las cajas, el libro, la hoja con el poema.

—Estuve mirando entre las cosas de mi mujer. Se había mudado hacía poco, ni siquiera había tenido tiempo de abrirlas.

—¿Mirando? —El hombre cruza los brazos sobre el pecho y se estira hacia atrás—. ¿Buscaba algo en concreto?, porque quien registró esas cajas no lo hizo con cuidado.

—¿A qué se refiere?

—Eche un vistazo, ¿fue usted quien provocó ese lío?

El pasillo y el vestíbulo parecen un campo de batalla: libros, ropa, papeles mezclados en el suelo. Se inclina para recoger algo, un fular rojo que él mismo había comprado para Silvia. No recuerda haberlo visto la noche anterior. Se lo lleva a los labios. Lo vio en un escaparate en París el otoño anterior, durante un congreso de arquitectura. Estaba solo y la extrañaba, enseguida supo que era para ella.

—No toque nada. Deje todo donde está.

Suelta el fular y lo sigue con la vista en su camino hasta el suelo.

—Yo no hice esto. Estoy seguro —dice en un susurro. Después sube el tono de voz—. Estuve mirando en las cajas, sí, pero volví a poner las cosas dentro, eso seguro. Después seguí bebiendo, no sé, una cerveza o dos más y ya no recuerdo nada.

Yeni no se aleja de su lado. Parece más tranquila, como si la responsabilidad de cuidarlo la serenase. Pablo sabe que va a ser difícil quitársela de encima y le gustaría quedarse solo. Le duele la cabeza a rabiar, el golpe o esa porquería que le dio el viejo. Intenta concentrarse; habló con Tina, encontró el poema y luego debió de quedarse dormido. Recuerda claramente que Silvia le habló en sus sueños.

* * *

Solían sentarse en el muro de la playa Grande, frente al Casino, junto al camión de helados de La Mundial. Entonces, eran los dos, Silvia no existía en sus vidas. Pasaban las tardes charlando. Solo ellos y los turistas miraban hacia el mar. Los oriundos preferían ver pasar gente desde las terrazas de los cafés de cara al paseo Marítimo. Así podían comentar lo que llevaba puesto cada cual, con quién paseaba o con quién se detenía a charlar, más interesante que las olas o el devenir de las mareas. En el paseo Marítimo pasaban las cosas importantes. Así era y así sigue siendo, en Oldache todo cambia despacio.

Les gustaba fantasear con el futuro. Pablo iba a ser arquitecto, lo había sabido desde siempre. Se lo dijo a su padre cuando solo tenía cinco años. El hombre se sorprendió de que el niño conociese esa palabra y soltó una carcajada. Nadie en su familia había pisado la universidad. ¿Y eso por qué?, le preguntó, ¿es que no te gustan las vacas? Pablo contestó que las vacas le gustaban, pero que prefería construir castillos. Su padre nunca lo tomó en serio.

El mejor plan de Raúl era ser Maradona, aunque también quería ser arquitecto como Pablo para construir rascacielos juntos. Más tarde, contagiado por algunas conversaciones de un grupo de sindicalistas que se reunían en El Lagar, quiso ser abogado laboralista. Ya soñaba con irse cuando Silvia se unió al grupo, daba igual dónde, viajar, trabajar en lo que cayese, lo más lejos posible de Oldache. El mundo era muy grande y esa ciudad demasiado pequeña. No quería ser tabernero. Silvia le seguía la corriente y aseguraba que se iría con él, que juntos recorrerían todos los países que existían. Eso era solo a veces, otras, las más, si le preguntaban, la chica se entristecía, se encogía de hombros y callaba. Raúl se matriculó en la Escuela de Arquitectura con Pablo, y Silvia desapareció.

Pablo se ha convertido en uno de los arquitectos para tener en cuenta de su generación, el mejor en Oldache, sin duda. Es posible que parte de su éxito se deba al amparo del estudio de arquitectura más antiguo y con mayor renombre de la comarca: Soluciones de Arquitectura, S.L., antes, Montasaz Arquitectos, fundado por el abuelo de Federico y del que ahora es socio. Cuando Fede se lo propuso, el estudio no estaba en su mejor momento. La burbuja inmobiliaria se llevó a muchos por delante y Federico Montasaz podía haber sido uno de ellos. Pablo aceptó. No estaba contento con lo que hacía, no le faltaba trabajo, pero siempre iba a salto de mata y con la sensación de no consolidar nada. Dejó Madrid y a Silvia y volvió al norte. Han sido dos años duros de mucho trabajo y algo de suerte, ha pagado el precio de estar lejos de su mujer, pero ha salido bien, lo ha conseguido, proyectos como el del hotel lo demuestran. A pesar de tener solo el treinta por ciento de las acciones, todo el mundo sabe que él maneja los hilos de Soluciones. A Fede lo habrían sacado a flote de cualquier manera, pero para Pablo, una vez que dejó Canadá, era su oportunidad y la ha aprovechado: el hijo del vaquero, uno más dentro de la élite de Oldache con casa en Los Lirios, la mejor zona de la ciudad. Una vida perfecta que le ofreció a Silvia y que, ahora que ya no está, pierde su razón de ser.

Han acordonado el salón y el pasillo con una cinta a rayas amarillas y negras. Les han pedido que no salgan de la cocina. Hace rato que nadie les hace caso. Yeni se entretiene cocinando. Pablo, sentado a la mesa, recupera el papel con el poema que guarda en el bolsillo del pantalón y lo vuelve a leer. Es la letra de Silvia, no hay duda. La reconoce en cómo se alargan las es y se enlazan con las es en un único signo. *Cumplo tus deseos*. Sus trazos redondeados, su estilo algo desmañado. Lo ha escrito ella, pero ¿para quién? Quizá la muerte impidió que la nota llegase a su destinatario. El poema habla de la mariposa, la misma que ha

acariciado y que, esto es la certeza que le trastorna, estaba allí para cumplir los deseos de alguien que no es él. Arruga el papel en el puño. Le cuesta admitir las cosas que le duelen. Por eso, la tarde del viernes, cuando vio el coche de Silvia bajar hacia la playa, la siguió. Podía haberla llamado, podía haberle preguntado, pero en vez de eso la siguió. No era la primera vez. Empezó a preocuparse por sus salidas cuando supo que Raúl estaba en Oldache. Entonces, una tarde fue tras ella hasta el barrio de San Quirce, junto a la estación del ferri. La vio entrar en un portal, la esperó más de una hora parapetado en un bar. Cuando salió, la dejó ir y se quedó esperando porque lo que más le interesaba era comprobar quién salía tras ella. No pasó nada, nadie más cruzó aquella puerta en un buen rato y cuando lo hizo fue una desconocida. Sabía con certeza que Raúl se quedaba en la casa de sus padres y, aunque eso no lo descartaba del todo, pensó que si estuviese allí ya se habría marchado. Vigiló las ventanas. Era un edificio gris, sucio, con la fachada cubierta de oscuros churretones. No podía imaginar qué hacía su mujer en un lugar como aquel. Quizá estuviese por medio ese Ladis, *el Loco*, piensa, y, ¡maldita sea!, quizá sea el destinatario del poema.

Intenta estirar el papel con los dedos, preservarlo. Quizá en el libro del que salió encuentre algo más, una dedicatoria, un nombre. El que entró en su casa y le golpeó, puede que lo buscase. *Wuthering Heights*, ¿por qué ese libro? Si le han atacado tiene que ser por algo más que un estúpido mensaje romántico. Decide que lo mejor será guardarlo para él, al menos de momento.

Raúl dejó la universidad y terminó trabajando en El Lagar, aunque pronto se hartó y siguió su instinto. Viajó durante un tiempo como había deseado. Cuando volvió a Oldache se hizo con un local casi en ruinas, una especie de chiringuito cerca de la playa que había sido frecuentado por falsos hippies trasnochados y camellos. Lo reformó, lo puso en marcha y lo mantuvo abierto

hasta que se fue a Madrid. Así empezó su carrera como hostelero. Desde entonces, ha tenido varios negocios y ahora es dueño de uno de los locales de culto de la noche madrileña. A su manera, también Raúl lo ha conseguido.

Yeni, concentrada en el guiso, remueve el contenido de la cazuela. A veces levanta los ojos y mira a Pablo.

El poema podría ser para Raúl y no tener nada que ver con el ataque de la noche anterior. Silvia los tenía a los dos, podía haber elegido. Pablo quiere pensar que lo hizo, por eso la quería junto a él en lo más alto. Por eso le había regalado esa casa para que reinase en ella. ¿Qué más podían desear? Eran jóvenes, les iba bien, tenían dinero y la vida por delante. Pero no fue suficiente. La conocía bien, sabía de sus contradicciones, empezaba a intuir que quizá, de los tres, Silvia era la que había jugado con las peores cartas.

Cuando Pablo supo que Silvia y Raúl habían roto, la llamó por teléfono para interesarse por ella.

—No me hace falta que nadie cuide de mí, ¿entiendes? —estaba alterada—, así que dedícate a tus cosas y déjame en paz. ¡Dejadme en paz los dos de una vez! —le gritó.

Raúl también estaba furioso contra ella y poco dispuesto a hablar. Solo dijo que se había marchado, que lo había vuelto a hacer. Silvia estuvo ausente todo el verano y, lo mismo que se había ido, regresó como si tal cosa.

—Mira —le dijo Raúl—, estoy más que harto de ella, no aguanto más. Estoy harto de andar tras ella. Que haga lo que le dé la gana, ya es mayorcita.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió Pablo—, ¿dónde ha estado todo el tiempo?

—¡Ah!, eso pregúntaselo a la señora. Ni lo sé ni me importa. Encima se ha puesto digna y se ha marchado de casa. Me ha dejado a mí y ha dejado el bar. ¡Pues ale, viento fresco!

A Pablo, el trabajo le había mantenido al margen del conflicto que vivían sus amigos, ausente de Madrid varios meses en la construcción de una urbanización en la costa de Levante. Desde que había vuelto de Canadá, trabajaba en lo que le iba saliendo, fuese donde fuese, sin nada fijo. A veces maldecía, no había sido consciente de la realidad de su país, desde Canadá era difícil verlo. Lamentaba haber dejado atrás un futuro prometedor como arquitecto, una experiencia que una vez aquí no parecía tener valor. Por otro lado, sus visitas al pueblo eran tan escasas que tampoco encontraba alivio en la excusa de acompañar a su madre. Poco tiempo después, cuando su tío murió y su mujer decidió trasladarse al pueblo con su hermana, se quedó más tranquilo.

Cuando al final de aquel verano regresó a Madrid, Silvia ya se había instalado sola en un piso en el barrio de Aluche y tenía un trabajo en un bar de la zona. Enseguida retomó sus estudios y su vida. En cierto modo, Pablo se sintió cómodo con la nueva situación.

—Lo siento, Pablo, no debería haberte hablado como lo hice — se disculpó ella la primera vez que se vieron—. Tú no tenías la culpa de nada. —Estaban en la barra de una cervecería de la calle Galileo cerca de donde vivía Pablo. Notó que le temblaban los labios y temió que se echase a llorar porque no habría sabido cómo reaccionar—. Raúl tampoco, él quiere ayudarme, pero casarnos no es la solución.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Pablo.

Ella sonrió y se atusó la melena con los dedos.

—¿Problema?, ninguno. —Hizo por animar la mirada y se encogió de hombros—. ¿Otra cerveza?

Pablo asintió y apuró la que tenía en la copa. Estaba allí con ella y podían beber juntos, mirarla y olvidarse por un rato de todo. Había cumplido treinta y un años y su vida no parecía terminar de encarrilarse.

Entre las voces que se oyen en el salón, Pablo cree reconocer a la sargento Medina, quien, en efecto, unos minutos después aparece. Le extraña. El agente con el que ha hablado y el resto de los que hay en la casa son de la Policía Nacional, no de la Guardia Civil. No sabe hasta dónde llega la jurisdicción de unos y de otros; quién entiende ese lío. El hombre no llevaba uniforme, pero se identificó como subinspector de Policía. Elena Medina tampoco lo lleva, viste unos vaqueros estrechos que le dan un aire adolescente. Como una antítesis de su físico da órdenes con frialdad, casi con dureza y escasa concesión a la expresividad. El subinspector parece cederle el terreno. Le pide a Yeni que salga, la mujer contrae los labios, apaga el fuego y obedece. Pablo se queda a solas con ella.

—Pablo, ¿se encuentra bien? —pregunta suavizando el tono. Pablo asiente. Es la primera vez que lo llama por su nombre. Elena, piensa, pero el nombre se le queda en los labios y no se atreve a pronunciarlo en alto—. ¿Qué cree que podían estar buscando en su casa? —añade.

—Ya he dicho que no lo sé. —Se toca la barba demasiado crecida. Siempre se esfuerza para que no pase del medio centímetro y el desarreglo que presiente le incomoda—. Ya no sé con quién tengo que hablar, ¿qué lío tienen ustedes aquí? —pregunta.

Ella sonríe.

—Es posible que a su mujer la mataran y todavía desconocemos la razón, pero que le atacaran a usted anoche y rebuscaran en esas cajas..., sería bueno saber por qué. —Elena, repite Pablo para sí mismo, la observa, cómo desprenderse de esos ojos de agua profunda—. Piense en algo, cualquier cosa que hubiese en esas cajas, cualquier cosa que ella hiciese o dijese. —De esos labios—. Piense, Pablo, algo tiene que haber que nos dé alguna pista.

—¿Eso significa que ya no soy sospechoso?

Es consciente de que balbucea las palabras. Se calla lo del poema. Ella vuelve a sonreír.

—Dígame, usted declaró que la tarde del viernes, cuando su mujer se ahogó en el Islote, estuvo en el estudio todo el tiempo, que no salió hasta que volvió a su casa, ¿no es así? —Antes de que Pablo diga nada, continúa—. Sin embargo, su socio, el señor Montasaz, sostiene que lo vio a usted a media tarde en el paseo Marítimo y que le extrañó porque poco antes le había dejado resolviendo algo urgente en su despacho.

Se desconcierta. Frunce el ceño. Finge que hace esfuerzos por recordar.

—Sí, es verdad, salí un rato a pasear —admite—, lo hago habitualmente cuando necesito pensar. —Se levanta. Se coge al respaldo de la silla antes de atreverse a mirarla de frente—. No lo dije porque no me di cuenta, para mí eso es lo mismo que estar en la oficina. Camino y sigo trabajando, lo hago a menudo, es una costumbre, pienso mejor mientras me muevo. —La mira y sus ojos se han vuelto de acero—. Se me olvidó.

—Se le olvidó —repite ella—. Entonces, ¿no cogió la lancha? —sus pupilas que interrogan a las suyas—, ¿no fue al Islote?

—¡No! —grita—, no, no, ya le he dicho que no. No fui a ningún sitio, solo paseé un rato y volví al estudio.

Ella no pierde la calma. Guarda silencio sin dejar de mirarlo. Parece estar pensando.

—Bien. ¿Qué pasó anoche?

Uno de los guardias civiles de uniforme se asoma a la puerta y reclama la atención de la sargento. Ella se disculpa y lo sigue. Pablo se queda solo. Afuera se oye el llanto de Yeni.

Esa mujer lo descoloca, consigue que dude, le hace parecer culpable. Recuerda la oscuridad del salón y, sí, quizá sintió unos pasos y el golpe.

La oscuridad era igual a peligro. Pablo lo sabía bien cuando, por capricho, su padre lo mandaba a que comprobase si el portón de las vacas estaba bien cerrado. Elegía las noches sin luna. Pablo sabía de sobra que el pestillo estaría echado y que, aun así, le hacía salir de casa e ir hasta el sendero de la Braña por las calles desiertas. Luego, caminar despacio, casi a tientas, dejándose guiar por los mugidos de las vacas que sonaban como lamentos y le daban miedo. También le daban miedo los ladridos de los perros, o el ulular de los búhos, o la idea, que a veces se le pasaba por la cabeza, de engañar al padre y quedarse un rato agazapado junto a la casa en vez de ir hasta la cerca. Nunca se atrevió a hacerlo. Sabía que al llegar tocaría el cerrojo, lo desplazaría a un lado y a otro, y por el chirrido metálico deduciría que estaba en su sitio. Después tendría que desandar el camino y, ya de regreso en la casa, a veces con las rodillas desolladas, porque a la vuelta siempre le entraban las prisas, encontrarse con la sonrisa de triunfo del padre, que lo estaría esperando. Pondría una de sus manazas sobre la cabeza del chico y, mirando a la madre de esa forma que él la miraba, diría: ¿ves?, aun a tu pesar, lo voy a hacer un hombre.

La sargento regresa. Se vuelve a disculpar.

—¿Está más tranquilo?

Detecta un cambio de tono y se sorprende de nuevo. No acierta a interpretarla, sabe que si se deja llevar por la dulzura de sus gestos y por esa nueva pose de amabilidad, pronto lo volverá a sacudir con algo.

—Sí —miente.

Ella se mueve como si estuviese en su propia casa. Se toma su tiempo. Sin pedir permiso, se sirve una taza del café que ha preparado Yeni y le ofrece otra a él.

—Le voy a contar algo que quizá le ayude a hilar cosas. Piense. —Se sienta frente a él—. Ya sabe que su mujer y ese

hombre que se ahogó junto a ella, el Loco, eran amigos desde niños. Él era un delincuente que había estado en la cárcel varias veces. Siendo menor, un juez lo mandó a un reformatorio, en esa época todavía llamaban así a esos sitios. Acuchilló a un hombre con una navaja y lo dejó herido.

Se detiene, coge el café entre las manos como si buscase su calor. Lo mira.

—Ese hombre era el padrastro de Silvia. —Pablo hace un gesto de extrañeza, ella asiente y vuelve a callar. Estudia su reacción. Él no dice nada—. En el barrio le quitan importancia, dicen que fue una pelea, una de tantas, que ese tipo también era de cuidado. Pero ¿una pelea? Un niño y un hombre hecho y derecho se pelean a navajazos y el adulto, supuestamente más fuerte, es el que resulta herido. El Loco tenía catorce años. Silvia, diez. Nadie me ha sabido aclarar el motivo de la disputa, pero yo tengo mis sospechas de que la niña estaba en medio. Quizá al hombre no le gustaba su amistad con el chico, quizá, a pesar de que fuese un borracho y un pendenciero, se tomaba en serio lo de ejercer de padrastro; al fin y al cabo, era la hija de su mujer. —Ahora sí, remueve el líquido con la cucharilla y pega un sorbo—. ¡Vaya, sí que está bueno este café! —exclama.

Pablo asiente, aunque él ni siquiera ha tocado la taza. La mujer deja la suya sobre la mesa y continúa:

—Todo podría quedar ahí si no fuese porque a ese mismo hombre, el padrastro de Silvia, unos años después lo encontraron muerto. La causa: un accidente debido a su estado de embriaguez, o que se encontró con la horma de su zapato, hay opiniones. Por entonces, la niña ya no vivía en el barrio.

—Un momento. En ese tiempo Silvia vivía con la mujer que vino al funeral, con la que estaba cuando ella, Raúl y yo nos conocimos, ¿no es así?

—Sí, eso es, Concepción Ramírez, su madre adoptiva.

Pablo se restriega los ojos, pero la niebla no se deshace.

—No me ha llamado. Quedó en hacerlo, pero no me ha llamado —medita en alto. No ha olvidado la última conversación con la sargento sobre eso, pero prueba de nuevo y dice—: Entonces, si sus padres vivían, bueno, la madre y ese padrastro, ¿por qué la adoptaron?

—Ya se lo dije, eso es confidencial.

Se levanta de golpe, el ímpetu del movimiento hace que la silla trastabilie y caiga al suelo.

—¡Joder!, otra vez me vuelve a salir con eso de que es confidencial..., ¿por qué nadie quiere hablar de ese asunto?

Ella no se inmuta.

—Escuche, no me interrumpa todavía. —Su tono vuelve a ser autoritario—. Unos años después, Silvia volvió al Barrio Alto con ese tipo, el Loco. Él acababa de salir de la cárcel y estaba enganchado a la heroína. La gente dice que eran novios. Concepción fue a buscarla, pero la chica ya tenía dieciocho años y se negó a volver con ella. Luego, los dos desaparecieron. Casi se habían olvidado de ellos cuando Silvia regresó sola y en muy malas condiciones. El Loco volvía a estar preso. La ayudó un tal Joaquín, que se hizo cargo de ella; la madre seguía en el barrio, pero no quiso saber nada. Estuvo con ese hombre hasta que una tipa elegante, según palabras del propio Joaquín, vino y se la llevó de allí.

Pablo busca el tacto del papel en el bolsillo y ya, sin voluntad, se abandona a la niebla. La cabeza le duele a rabiar.

—Una cosa más. —Se acerca a él y le pone una mano en el hombro, él se estremece al contacto—. Pablo, hemos accedido a la cuenta de correo de su mujer. —La presión aumenta en su hombro—. Su amigo, Raúl, estaba en lo cierto: parece que tenía intención de marcharse.

Se separa unos centímetros y Pablo nota el vacío que se crea

entre el brazo que se alarga y su cuerpo. Desdobla el papel que le entrega y lo observa antes de leerlo. Es el texto de un correo electrónico, dentro de una cadena de mensajes entre Silvia y un tal R. Harbor que escribe desde Londres. Allí está todo, las fechas y las horas en que fueron enviados. Lee:

Dear Madam

It'll be a pleasure to receive you for a personal interview. We appreciate your availability to travel to London. In the next few days, I'll send you the rest of the meeting details.

Sincerely,

R. Harbor ¹

Se limpia los ojos con la mano para evitar que la tinta se diluya y emborrone el saludo. ¡Mierda!, los hombres se hacen cargo de las cosas. Los hombres no lloran.

* * *

Vivir con Silvia era, cómo decirlo, diferente, estimulante, difícil a veces. A Pablo le costaba entender su forma de sentir las cosas, el asombro, la desmesura propia de los niños o de los locos. Daba igual una bronca que una buena noticia; le provocaba la misma excitación una prenda de ropa que le gustase o un mal día en el instituto. No importaba si era un éxito o un fracaso, daba igual, bastaba con que el día estuviese soleado o que lloviese para estar eufórica o venirse abajo con la misma vehemencia. Después se alejaba: exprimía las emociones y las soltaba. No lo hacía con el desdén del que se aburre de todo, al contrario, a Pablo le parecía que de súbito se asustaba de su propia euforia. Se acostumbró a los cambios en el ánimo de su mujer, como a su cuerpo, como a su aroma, y, aunque a veces se lo reprochase, ese carácter caprichoso

y profundo era lo que lo seducía. Más que sus arranques de alegría o de tristeza, lo que desconcertaba a Pablo era verla sumida en la indiferencia.

Llevaban poco tiempo casados cuando una tarde llegó a casa preocupada. Le contó que venía observando un comportamiento extraño en una de sus alumnas, Sara. Pablo conocía a todos los alumnos de Silvia por sus nombres. No sé, intentó explicarle, es su mirada, su silencio, no me gusta. Está triste, la conozco, algo le pasa. Indagó, muy pocas veces le fallaba el instinto. Intentó que el director del centro se implicase.

Tiene miedo de algo en su casa, se atrevió a vaticinar. Le pidió que hablase con los padres. Se indignaron contra ella, ¿esa profesora se atrevía a juzgarlos? ¿De qué los acusaba? Se quejaron a la inspección. El inspector de zona le exigió que presentase pruebas de inmediato o que se disculpase con los padres y con el centro.

El inspector, el director y la psicóloga la presionaron para que olvidase el asunto. Cada tarde más alterada, repetía para Pablo las conversaciones que había tenido con ellos durante la jornada, sus argumentos, las amenazas de los otros. Les gritó que la niña no estaba bien, ¡es nuestra alumna, somos nosotros quienes tenemos que encontrar las pruebas, hagan su trabajo! Gritaba como si los tuviese delante. ¡Les aseguro que conozco a mis alumnos, sé de lo que hablo y les digo que esa niña está sufriendo!

El inspector llegó a acusarla de violencia verbal, amenazó con abrirle un expediente si se empeñaba en seguir hostigando a la familia. Pero ella no se acobardó, apeló a los servicios sociales y consiguió que el caso llegase a un juzgado. Sara estaba sufriendo abusos, se demostró. Tanto el director como el inspector tuvieron que disculparse. Ella pidió un cambio de destino, se marchó de allí. No había necesidad, pero se marchó. No volvió a hablar de la niña. Pablo quería interesarse, pero si le preguntaba, cambiaba

de tema. Da igual, olvídalo, siempre es lo mismo, pase lo que pase en ese juzgado, ya no se puede hacer más.

La misma carga de emoción no destinada a él que presentía en el poema y en las palabras que Silvia había escrito debajo. Por eso Pablo necesitaba saber, aunque le acobardase. Se sentía como el enfermo que espera un mal diagnóstico. Daría cualquier cosa por que el médico no hablase, aunque es consciente de que está obligado a escuchar, a decidir si seguir luchando o rendirse a tiempo. Si fuese capaz de encontrar una lógica, el patrón que hiciese encajar las piezas, todo volvería a estar bien. Razonar, seguir adelante, negar el dolor para poder soportarlo.

A mediodía, por fin termina la inspección y todos se van. Casi a la fuerza, ha conseguido que Yeni también lo haga. Come deprisa lo que ha dejado preparado y se sienta otra vez frente a Silvia. Necesita charlar con ella sobre ese viaje a Londres. ¿Por qué?, dice en voz alta. Luego se queda callado, encogido en la silla. Las horas ya no le sirven de medida para contar el tiempo, no sabe el que ha pasado cuando se siente, inesperadamente, agotado y le dice que se va a dormir. Le pide que no tarde, que la espera. Sube al dormitorio, se quita la ropa y se mete en la cama. Afuera, sopla el viento y las hojas del tilo que crece junto a la ventana golpean el cristal. Permanece en la cama mirando las sombras fractales sobre el techo. El viento arrecia y un relámpago ilumina la habitación; después, el sonido se toma su tiempo para cruzar el aire hasta que el cielo estalla. La lluvia lo acuna mientras se duerme.

Todos parecían tener algo que decir sobre su boda. Nadie, al recibir la invitación, se ahorra el gesto o el comentario. Ni siquiera su madre y su tía, aunque estuviesen de acuerdo en que ya era hora de que sentase la cabeza.

—No, si parece una buena chica —dijo la madre—, pero es que ni siquiera sabemos nada de su familia. Ya sé que vosotros os

conocéis desde hace mucho, pero... En fin, hijo, si a ti te hace feliz, no se hable más.

—La chica es del barrio —quiso apoyar la tía—, vivía con una vecina que iba por el bar de abajo, una buena mujer.

Con lo que no contaba era con la reacción de Raúl.

—Espero que sepas lo que haces —le dijo en un tono que no dejó duda de que hablaba en serio—. Silvia es..., bueno, ya sabes, yo la quiero mucho, los dos la queremos... Pero somos amigos, por eso te advierto, no creo que esté hecha para el matrimonio. —Aflojó un poco el gesto y se permitió una leve sonrisa—. Te diría lo mismo si fuese a casarse con otro, incluso conmigo.

Estaban en el Sirius. Era temprano, acababa de abrir. No había música y casi todas las luces, excepto las de la barra donde se encontraban, estaban apagadas. Sin gente, las palabras resonaban a hueco. Raúl suspiró, puso la mano sobre el hombro de Pablo y añadió:

—Te lo digo yo, estar con Silvia es como andar por arenas movedizas.

Pensó que Raúl todavía le guardaba rencor y lo comprendía, aunque no le parecía el mejor momento para sacarlo. Esperaba que su amigo estuviese a su lado y le disgustaron sus palabras.

—No sé lo que pasó entre vosotros, Raúl —quiso ser afectuoso—, ni lo sé ni lo quiero saber. Te pregunté y me dijiste que era agua pasada, me dijiste que no te importaba que estuviese con ella. Ya sé que parece que siempre te sigo los pasos con Silvia, pero por eso te pregunté. —Buscó en las pupilas de su amigo el brillo de siempre—. Me dijiste que todo estaba bien, que te alegrabas por mí, ¿no es verdad?

Raúl volvió a mover la cabeza para asentir, pero contrajo los labios en un gesto que a Pablo no le pasó desapercibido, sin embargo, insistió:

—Espero que no hayas cambiado de opinión y, si es así, que

me lo digas claramente.

—No he cambiado de opinión, Pablo, solo te aviso.

Llegó una de sus empleadas y callaron. No volvieron a sacar el tema.

También Fede lo llamó desde Oldache para advertirle en nombre de la amistad que los unía. Pablo empezaba a hartarse de la cantinela.

—Yo no sé nada de esa Silvia, apenas la conozco —admitió—. Me dirás que me meto en lo que no me llaman, pero si te puedo dar un consejo, te diré que esa chica no es para ti. —Pablo pensó en colgar y negarse a seguir escuchando. Disculparse, poner una excusa y cortar la llamada, pero no lo hizo—. Tú podrías tener a quien quisieras... —Calló un instante. Oyó su respiración y un murmullo de fondo—. La misma Tina se divorciaría de Ramón si se lo pidieses... —Otro silencio. El aire entrando y saliendo de sus pulmones—. Lo sabes.

—¡Venga, Fede!

—Escucha lo que te digo, una cosa es salir con alguien de vez en cuando y otra muy distinta casarse. —Escuchó un *hasta luego, nos vemos* que no iba dirigido a él, y continuó—: En una boda hay algo más, Pablo. —Chasqueó la lengua—. Mira, tú estás en lo alto de la ola y necesitas a alguien que te acompañe ahí arriba, que te ayude a seguir subiendo. Una boda, amigo, va más allá de un calentón de adolescente.

Tina no opinó. Desapareció y no volvió a verla ni a saber nada de ella hasta el día de la ceremonia. Llegó al juzgado del brazo de Ramón, imponente, brillando en toda su elegancia como si se hubiese propuesto eclipsar a la novia.

Todos se equivocaban. Estar con Silvia era perfecto, aunque, como en todas las fiestas, hubiera momentos de subida y de bajada. Silvia era su amuleto, todo le iba mejor desde que estaban juntos. Vivían al día, sus proyectos no iban más allá del tiempo

necesario para preparar un viaje, elegir una película o hacer una reserva para cenar en un buen restaurante. Eran jóvenes, tenían la vida por delante y ganas de divertirse. Un tiempo que recuerda como *de vino y rosas* con ella.

—¿Me quieres? —Se lo preguntó una sola vez.

Él sonrió y desvió la mirada.

—Si ya lo sabes, ¿para qué necesitas que te lo diga?

—Pues porque las cosas que se saben también hay que decirlas —insistió—. Lo que no se dice no existe.

Él bajó la cabeza y ella, mohína, se desprendió de él, y Pablo se lo dijo en silencio, se lo dijo con los ojos, con las manos que ella esquivó, anhelando que lo entendiese, porque las palabras que esperaba no le salían.

* * *

Había olvidado cómo eran los veranos en Madrid, pero nada más salir de la estación de Atocha el infierno del mediodía se lo recuerda. Agosto a punto de terminar y el calor sin dar tregua.

En Oldache lloviznaba cuando subió al tren. Desde la tormenta del viernes no había parado de caer un monótono sirimiri. El sábado, despertó todavía aturdido, pero más fresco después de haber dormido toda la noche. Salió de la cama con ganas por primera vez en mucho tiempo. Antes, incluso, de tomarse un café llamó a Raúl. No contestó. Quizá era demasiado temprano para él. Insistió varias veces sin éxito durante la mañana. Decidió llamar a El Lagar, tenía prisa por encontrarlo. Como esperaba, fue su padre quien contestó al teléfono, dijo que Raúl se había marchado. Se extrañó de que Pablo no lo supiese. Lo decidió tan de repente que su madre se preocupó. Contestó de malas ganas a sus preguntas, solo dijo que tenía un negocio que atender. Oyó como el hombre chasqueaba la lengua y repitió que

lo raro era que no le hubiese dicho que se iba. Pablo creía que iba a quedarse en Oldache todo el mes de agosto y pensó que si había precipitado la marcha era porque quería alejarse de allí y, sobre todo, de él. Era importante hablar con Raúl, la urgencia se impuso a su carácter, a su orgullo, a todo: Raúl sabía cosas que él necesitaba saber. Si no estaba en Oldache, iría a buscarlo donde fuese. Supuso que habría vuelto a Madrid.

No tenía ánimos para conducir y quería salir lo antes posible. Compró un billete de tren para la mañana siguiente, reservó un hotel cerca de donde vivía su amigo y dedicó el resto del día a trabajar. No sabía cuánto tiempo iba a estar fuera, el que fuese necesario. Nada más le importaba, excepto el proyecto del hotel. Unas horas de concentración fueron suficientes. En otras circunstancias, no habría permitido que Fede presentase su trabajo, no le gustaba que nadie defendiese sus proyectos, pero en esta ocasión no quedaba otra. Mandó un correo electrónico con la documentación que necesitaba a su socio y otro al cliente. Le informó de que todo estaba dispuesto para la entrega en el plazo señalado. Tenía varios mensajes de Fede en su bandeja de entrada apremiándolo a buscar una solución. Se sintió molesto, a Fede se le daba mejor apretar a los demás que trabajar.

Cogió el tren de las diez. Disfrutó del viaje. Era agradable no tener que concentrarse en la carretera y poder contemplar el paisaje que, casi de súbito, cambiaba del verde al amarillo con solo atravesar el túnel que daba paso a la Meseta. De pronto, todo era sol, cielo azul y tierra llana. Frente a él se extendía un lienzo cosido a retales rojizos, pardos y amarillos. En el horizonte, a lo lejos, las montañas se reflejaban en el espejismo de agua que crea el calor.

El sudor de Madrid es diferente al de Oldache, más seco, nada refrescante. Pablo tiene sed, por más que bebe nunca está saciado; hasta la saliva le rasca en la garganta. Entra en el

primer bar que encuentra y busca una mesa. No es fácil siendo domingo en plena hora del aperitivo. La consigue junto a una cristalera desde la que ve la estación: el edificio portentoso que Pablo admira. Pide una cerveza bien fría, se obliga a incluir un bocadillo.

—¿Un bocadillo de qué? —pregunta el camarero con desgana.

—No sé, de cualquier cosa —dice como si le molestase la pregunta.

El camarero se encoge de hombros y levanta las cejas por encima de la montura de sus gafas. Pablo lo mira como si descubriera su presencia y añade.

—De tortilla, da igual. La cerveza bien fría.

El camarero pone la expresión de quien lo ha visto y oído todo.

—Por supuesto, caballero —dice mientras se aleja—, una cerveza bien fría y un bocadillo de tortilla.

El aire acondicionado del local lo alivia. Tras la cristalera, el ruido del tráfico llega como un rumor. Vuelve a llamar a Raúl, de nuevo sin fortuna. Es probable que ignore sus llamadas o, más sencillo, que aún duerma. Está seguro de que ya se ha enterado de que lo está buscando.

Ha traído su portátil por si surge algún cambio de última hora en la presentación que se ha fijado para el lunes. Aprovecha la espera para comprobar que no hay nada en la bandeja de entrada de su *e-mail*: Fede ni siquiera se ha molestado en contestar. No han vuelto a hablar desde el día del velatorio, pero supone que Tina le tiene al tanto de todo. De este viaje no ha dicho nada a nadie, ni siquiera a su madre. A ella, porque no quiere preocuparla, y al resto, porque ya no sabe en quién puede confiar. Fede, por ejemplo, ¿por qué le dijo a la sargento que lo había visto en el paseo Marítimo antes de preguntarle a él? Le parece feo, una mala jugada.

El bar está cada vez más lleno: voces, choques de vidrio y loza;

lejos de molestarle, el ruido le hace compañía. Mientras come, se obliga a dejar de lado cualquier cosa que no sea recapitular lo que necesita preguntar a Raúl: no quiere olvidar nada. Silvia iba a marcharse, lo preparaba desde hacía tiempo mientras Pablo la esperaba en Oldache como un tonto. Raúl lo tenía que saber, hasta puede que estuviera en esos planes. Si es así, tendrá que decírselo.

Apura la cerveza. El bocadillo está a medias cuando pide la cuenta y el camarero lo retira. El teléfono suena mientras sale del bar, el corazón se le acelera hasta que descubre que es Tina quien llama. No contesta. A veces, cuando echaba de menos a Silvia, cuando no podía evitar sentir rencor por su ausencia, entonces estaba Tina, siempre Tina, paciente, disponible..., tampoco sabe si puede seguir confiando en ella.

Coge un taxi, el aire acondicionado le vuelve a dar una tregua. Frente al portal de Raúl pierde toda la seguridad que lo ha llevado hasta allí. Llama al timbre del portero automático. Nadie contesta. Alarga los timbrazos sin resultado. Empieza a temer que no esté. Se separa un poco de la puerta para coger perspectiva sobre la fachada y ve que las persianas del piso están cerradas; es normal con el sol apretando de este modo. No lo puede haber visto, no puede saber que está aquí.

Con el aire recalentado cuesta respirar. La carga que siente sobre los hombros le parece real, solo tirar de la maleta es un esfuerzo imposible. Busca cobijo en una sombra en el jardín de la plaza. Se sienta en el suelo para aprovechar al máximo el frescor del césped bajo las ramas de un castaño de indias. Desde allí, puede ver la fachada del edificio y los dos balcones del piso de Raúl. Está solo. Esta ciudad es demasiado grande para estar solo. El mundo a su alrededor se vuelve difuso y mudo, como si el calor desvaneciese los contornos de todo. Cualquier ruido, hasta el propio silencio, le estremece.

Sin darse cuenta, se queda dormido. Cuando despierta, las sombras de los edificios se han alargado. Busca el móvil para mirar la hora, pero antes de poder verla se da cuenta de que han subido una de las persianas en el piso de Raúl. Respira con fuerza hasta deshacerse de todo el aire. ¡Joder!, ha bajado la guardia y no lo ha visto llegar, incluso puede haber vuelto a salir y no se ha enterado. No es momento de lamentos por algo que no sabe si ha sucedido. Presiente que está ahí. Raúl, que siempre le prestaba las palabras que le faltaban, que sabía poner voz a sus pensamientos. Dónde buscarla ahora para que él, su amigo, al que añora desde hace tanto, le escuche.

Por un momento, se le cruza la idea de echarse atrás, volverse por donde ha venido y olvidarlo. ¿Qué va a arreglar el pasado? Sería más fácil dejar las cosas en manos de la sargento Medina. Ella averiguará lo que tenga que averiguar y se lo hará saber y, sea lo que sea, tendrá que aceptarlo y olvidar. Pero no, tiene que ir por delante, a ganar. Así que cruza la calle despacio. El portal está abierto. El ascensor no funciona. Son cuatro pisos a pie y el bochorno en la escalera aumenta a medida que asciende. El peso de la maleta le hace jadear y le obliga a descansar en cada planta. Por fin llega, se detiene un momento frente a la puerta para enjugar el sudor que le empapa la frente y las axilas. Después de un solo timbrazo, oye pasos al otro lado. Raúl abre. Está descalzo, solo lleva puesto un pantalón corto ligero. Los ojos todavía hinchados y el pelo revuelto hacen pensar que acaba de salir de la cama. Al ver a Pablo se extraña, enseguida su rostro se pliega en una media sonrisa.

—Lo siento —dice—, el ascensor está averiado.

* * *

Afuera se oía el llanto de Yeni. Pablo se enfrentaba a los ojos

inflexibles de Elena Medina, que lo arrinconaban mientras exhibía de forma impúdica la vida de Silvia. Junto al *e-mail* del inglés, había soltado sobre la mesa las piezas de un puzle imposible de componer. Para Pablo eran fragmentos de una vida que trascurría paralela a la de ellos. Lo que la sargento narraba pertenecía a otros que tenían sus nombres, que se colaban en su casa, se instalaban en su salón y los suplantaban. Esos días que pasaban lentos y, a la vez, a toda velocidad eran parte de un mal sueño del que tarde o temprano iba a despertar. La sargento tomaba su café mientras desgajaba la intimidad de Silvia como algo natural y eso también tenía que formar parte de la pesadilla. Al otro lado de la puerta, Yeni no dejaba de llorar.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo, señalando hacia el pasillo—, es solo mi asistente, ¿por qué la están volviendo loca? Vamos, dejen ya que se marche. No sabe nada más de lo que ha contado y es evidente que está agotada.

—Su asistente tiene llaves de la casa, supongo —afirmó la sargento, impasible.

—Claro. —Pablo le dio la espalda para descansar de sus ojos—. Entra y sale cada día. ¿Cómo no iba a tener llaves?

—¿Tiene plena confianza en ella?

—Sí, toda la confianza. —La encaró intentando sobreponerse—. ¿Me puede explicar qué está pasando exactamente con mi asistente?

La sargento se llevó los brazos por encima de la cabeza y estiró todo el cuerpo, parecía cansada. Luego, buscó la cafetera y rellenó su taza. A Pablo no le pasaron desapercibidos los músculos bien marcados de sus hombros y de sus brazos. Se movía despacio, se tomaba su tiempo para todo. Pablo fantaseó con lo que haría a continuación, la había visto repetirlo: pondría una cucharada de azúcar, removería el líquido lentamente varias veces y soplaría hasta dar el primer sorbo, y enseguida otro antes de hablar.

—Verá —dijo—, tanto mis agentes como antes la Policía han registrado a fondo la casa, han buscado algún resquicio por donde pudiera haber entrado el intruso. Su casa es muy segura, Pablo —sonrió sin despegar los labios—, aunque si hubiese tenido la alarma conectada y las cámaras encendidas nos lo habría puesto más fácil. Creemos que entró por la puerta. —Se detuvo mientras su mirada buscaba algo en las paredes—. La cerradura tampoco está forzada. Por eso me inclino a pensar que usó una llave. Podrían haber sido las de su asistente, pero algo me dice que no, que el que entrase ya las tenía cuando ella salió de aquí. Comprobaremos las huellas en las llaves de Yeni, pero ¿ha echado algunas otras de menos?

—No —respondió Pablo de inmediato—, yo tengo las mías, las de Silvia estaban en su bolso, ustedes las encontraron. En el cajetín de la entrada guardamos copias de las llaves de la casa, del estudio y de los coches, luego están las de Yeni, otras más que tiene mi madre y eso es todo, no hay más llaves. —Guardó un breve silencio y añadió—: A Silvia no le gustaban las cámaras.

Le vino de repente a la memoria.

—Espere. —Se restregó con fuerza los ojos—. La otra mañana, antes de salir, Silvia preguntó por las llaves del cajetín. No sé por qué las buscaba, pero dijo que no estaban. Yo andaba ocupado y no le presté atención, estuvo refunfuñando algo que no entendí, seguro que contra Yeni, a veces la tomaba con la pobre mujer, luego se marchó. No me volví a acordar de aquello hasta el lunes, entonces revisé el cajetín y todas las llaves estaban allí.

* * *

Raúl lo mira expectante mientras intenta recobrar el aliento. No sabe si se alegra o es solo la sorpresa de verlo en su casa lo que hay en su cara. Al fin, Raúl es quien rompe el hielo:

—¿Qué haces tú aquí?

Pablo se encoge de hombros. La pregunta, tan obvia, lo pilla desprevenido.

—Anda, pasa, no te quedes en la puerta.

Acceden directamente al salón del apartamento, que queda entero a la vista.

—Disculpa el desorden —se excusa Raúl mientras retira una maleta abierta y sin deshacer que dificulta el paso—, es que acabo de llegar y no me ha dado tiempo de nada.

—No te preocupes —acierta a decir, por fin, Pablo.

—Siéntate. —Raúl lo invita con las palabras y con un gesto de su mano, pero el sofá que señala está ocupado por un ordenador portátil totalmente desplegado, cables y papeles. Se apresura a recogerlo todo y a echarlo sobre la butaca que hay junto al sofá—. ¡Uf! —resopla—, ¿quieres beber algo?

Pablo suelta su maleta intentando pegarla a la pared para que no estorbe y se sienta.

—Solo un poco de agua, gracias. ¡Menudo calor, no sé cómo lo aguantáis!

El otro hace una mueca de resignación mientras se acerca a la nevera. La cocina, el salón, la mesa de comedor y una zona de estudio comparten el mismo espacio. El apartamento apenas ha cambiado desde la última vez que Pablo estuvo allí. Quizá entonces no tenía plantas y puede que algún cuadro menos en las paredes. Las cuatro sillas alrededor de la mesa alta están ocupadas por ropa u otros objetos. En el aire se respira un leve olor a cerrado y a tabaco quemado. El desorden de la habitación le hace pensar en su propio aspecto, en su ropa, con toda seguridad arrugada y maloliente.

Raúl le ofrece el agua y se queda de pie contemplándolo mientras bebe. Pablo apura el contenido del vaso de un solo trago y lo deja encima de la mesita que tiene delante, junto a un plato

con restos de comida. Raúl se lo vuelve a llenar.

—He venido para hablar contigo —dice Pablo.

Su amigo mira a su alrededor en busca de algo, al fin coge una camiseta de una silla y se la pone. Tiene el logo del Gasby impreso en la pechera.

—Con el aire termina uno quedándose frío.

A Pablo ese apartamento le gustó desde la primera vez que lo vio. Le gusta el edificio, la fachada neobarroca, discreta y elegante. Le gusta la ubicación en la plaza de Olavide, tan céntrica y, sin embargo, con gusto a barrio. Le gusta la luz y sobre todo los árboles que se ven desde el balcón. La reforma que hizo le pareció acertada. Raúl lo acababa de comprar cuando Silvia apareció y se fue a vivir con él. Durante una de sus primeras visitas, recién llegado de Canadá, Pablo se ofreció a darles consejos para aprovechar el espacio al máximo, en el caso, banalizó, de que se les quedara pequeño después de la boda. Cuando supo lo que había entre ellos, intentó esforzarse por aparentar que no le importaba. Recordaba cada una de las visitas que había hecho a ese apartamento. Había algo en la relación entre esos dos que no acababa de ver natural. Habían perdido su antigua complicidad, ya no parecían reír con las mismas cosas o entenderse con solo mirarse. En esa época, nunca les sorprendió una caricia furtiva, nunca los vio besarse. No había entre ellos, o por lo menos no ante Pablo, ese lenguaje mudo, íntimo e inalcanzable para el mundo que cabía esperar en una pareja que se suponía enamorada a punto de casarse. Más bien se comportaban ya como uno de esos matrimonios acomodados que no precisan ni de las palabras. Más que preocuparle, eso alimentaba sus esperanzas y el deseo por Silvia.

Raúl despeja la butaca desplazando ahora todo su contenido al suelo. Una vez sentado, Pablo solo puede ver el perfil de su rostro.

—¿Qué quieres de mí? —El perfil de unos labios que se

mueven—. No quiero volver a discutir contigo. —De unos ojos que pestañean—. Pablo, déjalo estar ya. —De un cuerpo que se bambolea adelante y atrás.

—No he venido a discutir. Solo quiero seguir viviendo, pero necesito ayuda. Por favor, Raúl, te lo pido, por nuestra amistad —titubea—, por lo que queda de ella, ayúdame.

—Joder, Pablo, ¡deja de mirarme así!

Son demasiadas cosas, tantas que le cuesta ordenar un relato coherente. Pero cuando empieza a hablar ya no es posible dar marcha atrás. Raúl le escucha. De vez en cuando, interrumpe para dirigir hacia algún lado el discurso atolondrado de Pablo en el que mezcla el poema, el tatuaje, el ataque en su casa, las cenizas de Silvia sobre la mesa, la conversación con el viejo, la sargento Medina, su desconcierto, las cenizas de Silvia derramadas por la alfombra, el llanto de Yeni, la ausencia..., sin una línea temporal lógica de acontecimientos, enredado en una espiral sin fin.

Cuando termina, está exhausto. Bebe un trago de agua y, con el vaso entre las manos, se pierde por la habitación. Espera la reacción del otro, que, inmóvil, se limita a mirar al suelo sin dar reposo al movimiento de su cuerpo mientras respira pausadamente. Aún le parece ver la huella de Silvia en esa casa, casi más que en la suya propia. La tela multicolor de las cortinas, sin ir más lejos, podría haber sido elegida por ella. A Pablo nunca se le ocurrió tener un piso propio en Madrid, siempre vivieron de alquiler en el de Silvia. Aquel fue un tiempo de espera, a ella nunca se lo dijo claramente, pero en sus planes a largo plazo el mar era el telón de fondo. Madrid es demasiada ciudad para Pablo, su ideal urbanístico y vital se adapta mejor a un sitio como Oldache. No es una ciudad pequeña, por mucho que Raúl lo defina como un lugar provinciano donde se practica el culto al falso refinamiento y la mediocridad. En el piso de Aluche también

había más de ella que en su nuevo hogar. Es curioso, pero si cierra los ojos y piensa en su mujer, la imagina en cualquier sitio menos en su casa de Oldache.

El sol ya no pega de lleno en el cristal del balcón. Raúl se levanta y mira hacia afuera.

—¿Dónde vas a pasar la noche? —pregunta mirando hacia fuera.

—Tengo reservada una habitación cerca de aquí.

Raúl asiente con un movimiento de cabeza.

—Mira —dice, se vuelve y se planta frente a él—, yo no sé nada de ese tatuaje, te lo juro, supe que se lo iba a hacer, bueno..., me enseñó el dibujo. No es que no fuese normal, todo el mundo se hace tatuajes ahora, lo que pasa es que me extrañó en ella. Hasta me cachondeé, le dije que si iba de hípster y no sabes cómo se puso, se lo tomó a mal. Pensé que me seguiría la broma, pero ¡se molestó!, ¡no sabes cómo se molestó! A mí que más me daba, oye tía, le dije, a mí como si te tatúas el coño... —Se detiene. Suspira. Se acerca de nuevo al balcón y lo abre. Suelta una tímida carcajada—. Perdona, Silvia y yo a veces nos hablábamos así. —Vuelve a cerrar el balcón—. Todavía no corre ni una gota de aire —dice de espaldas a Pablo—. No, no se tatuó para mí. Yo más bien creo que era algo entre ella y ese tío, el Loco. Cuando él estaba por medio, siempre se ponía a la defensiva.

—Entonces, ¿había algo entre ellos?

—Bueno, algo había. Había mucho, en realidad. Ella decía que el Ladis ese era toda su familia.

—Quiero decir una relación, ¿fueron novios o algo así?

—No lo sé, Pablo. Silvia decía que no. Cuando lo insinué, se puso como una fiera. Es que no entiendes nada, me gritó. Los tíos sois así. Esa era su cantinela preferida. Todo lo arregláis así. Bueno, ya lo sabrás, no había quién la hiciese entrar en razón si

se cabreaba. Las cosas no son blancas o negras, no hay gente buena o mala, tú qué sabrás si en el fondo eres un niño mimado que siempre lo ha tenido todo. Con una u otra razón acababa contra mí. —A medida que habla, se altera y sube el tono de voz—. Llegó a decirme que mi problema, y también el tuyo, no creas que estabas fuera de esto, se limitaba a pretender que nadie se metiese en nuestro territorio, que habíamos decidido que nuestro territorio era ella y que el resto nos importaba una mierda.

Va hasta la cocina y vuelve con dos cervezas.

—No debería beber, apenas he comido y creo que estoy un poco mareado.

Raúl no parece escucharle, deja una botella sobre la mesa y continúa hablando mientras pasea por la habitación manteniendo la otra en la mano.

—No era verdad —insiste—. Me ofendía con eso, por más que se lo decía, ¡joder, tía, eso no es verdad! ¿Acaso no estuve ahí cada vez que me necesitó? Y no quieras saber de dónde la saqué, Pablo, cómo estaba cuando vino a mí. Cómo la había dejado ese hijo de puta que ella decía que era su familia.

Pablo se revuelve en el sofá, traga saliva y carraspea antes de hablar.

—Raúl, quiero que me lo digas. Quiero saber todo lo que pasó con Silvia, quiero entender porque no me lo contó.

—¿Así que no has comido? —Raúl entra en el dormitorio y le habla desde dentro—. Pues eso es lo primero, el bar de abajo está abierto y algo nos darán. —Regresa vestido con unos pantalones cortos y otra camiseta—. Anda, vamos. —Rebusca en sus bolsillos—. Mejor anula la reserva de ese hotel, aquí tienes sitio para quedarte. ¿Dónde has aparcado?, ya sabes que a partir de las nueve se paga.

* * *

Se besaron en la calle. Esta vez rodeados de la gente. Salían del cine, Pablo no recuerda la sala en concreto, pero sí la película: *Cisne negro*. Caminaban por la calle Luchana hacia la Glorieta de Bilbao, el mismo recorrido que sigue ahora. Era un sábado de abril y llovía. Desde que Silvia había roto sus planes de boda con Raúl, casi un año antes, se veían a menudo. Como amigos, ese era el trato. Aunque, conscientes o no, un paso adelante, otro atrás, día a día la distancia se acortaba entre ellos. La tarde estaba desapacible. Silvia se había cogido de su brazo para poder caminar juntos bajo el paraguas. A pesar de la lluvia, siempre rara y esperada en Madrid, la calle estaba animada y el tráfico era intenso. Los cines y las compras atraían a mucha gente a la zona. Decidieron buscar un sitio agradable donde guarecerse de la lluvia y tomar algo. Silvia propuso un bar en la calle Trafalgar. No tenían prisa. Pablo le mostraba las fachadas de algunos edificios e inclinaba el paraguas hacia atrás para que pudiese observarlas. En el cuarto curso de Arquitectura había hecho un trabajo de urbanismo sobre eso: *Los bulevares de la capital en el inicio del siglo xx*, por el que obtuvo la mejor nota de la clase. Señaló hacia una línea de miradores verticales enmarcados en volutas de piedra que, según dijo, rompían la simetría de la fachada y le daban un carácter especial. También quiso que se fijase en la rejería de hierro forjado de los balcones que, afirmó, eran marca de estilo. Ella le escuchaba con incierto interés, no tenía nada que aportar al discurso de Pablo y enseguida desvió la conversación hacia la película que acababan de ver y que ella había elegido.

—No te ha gustado —se lamentó—. Lo siento, no ha sido una buena elección.

—No, no es eso, no es que no me haya gustado —respondió Pablo con algo de condescendencia—. Lo que pasa es que no me sorprende. Es una historia, cómo te diría, demasiado vista, un

cuento infantil, sofisticado, sí, pero previsible desde el principio.

—Bueno, puede que un poco sí —admitió ella de mala gana—, es verdad que la historia es conocida. Pero lo importante, a mí me parece, es la forma de contarlo. No sé, esa visión de las emociones, algunas tan dañinas si no se controlan. La tristeza, la rabia, el miedo, las apartamos de nosotros porque nos parecen incómodas y nos asustan. —Se detuvo de golpe en medio de la acera. Alguien se topó con ella y protestó. Pablo le echó un brazo por los hombros para protegerla—. Todas esas cosas, ¿sabes? —añadió.

Sí, Pablo sabía, claro que sabía, pero no respondió.

—No me negarás —siguió ella—, que al menos Natalie está impresionante.

—Eso es verdad, no te lo niego.

La distancia entre ellos se acortó del todo. Apenas reconoció en sus labios aquellos otros temblorosos que recordaba. Esta vez su boca buscó la de él con avidez, sin titubeo, casi con furia. De aquel primer beso que

Pablo había guardado celosamente solo quedaban sensaciones veladas, dulces y amargas, a menudo dolorosas, aunque sabía que la memoria no siempre juega limpio. De esa tarde de abril, en cambio, recordaba que, por un espacio de tiempo sin medida, la gente, los paraguas, el claxon de los coches, todo, se desvaneció a su alrededor.

Los edificios son los mismos, sin embargo, la calle es otra. La ciudad evoluciona, se adapta a los tiempos. Todavía está tranquila a esas horas, despertando a la actividad ralentizada de agosto. Empleados de oficina, repartidores, paseantes, aprovechan, como Pablo, ese frescor efímero de la mañana. Descubre una pequeña repostería que reconoce. Se sienta en la terraza. Se ha levantado temprano, Raúl aún dormía, y ha salido de inmediato sin desayunar. Le atiende un camarero joven con el pelo revuelto y el sueño aún pegado a los párpados. Pide café con

leche y bizcocho de zanahoria. Mientras come, repasa el plan que trazó el día anterior.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pablo todavía con un hilo de voz.

Sus labios se habían separado, pero no sus ojos. A su alrededor, la calle era una maraña de luces. Silvia carraspeó antes de hablar.

—Ahora, nada.

Temblaba. Los dos temblaban. Se cogieron de la mano y continuaron caminando en silencio, ya sin destino definido.

Convoca de nuevo esa imagen, repasa cada detalle, buscando en ella a la Silvia que tanto extraña, la que fue suya, tan ajena a esta desconocida cuya vida se le va desgranando. Sin embargo, cuanto más empeño pone, más cosas se le escapan del recuerdo y le entra pánico de acoger la imagen de la Silvia real y poco a poco olvidar a la otra, a la que él tanto quiso.

La última noche, la segunda que ha pasado en el piso de Raúl, ha dormido de un tirón a pesar del calor. Está seguro de que su sistema inmunitario le impone el sueño. La anterior, en cambio, estuvo inquieto, la cena o quizá la conversación lo desvelaron. Tiene la intención de encontrar a quien le tatuó la mariposa a Silvia, aunque tenga que recorrer toda la ciudad. No sabe bien lo que busca, es posible que alguien la recuerde, que sepa si estaba sola o no, si dijo o hizo algo, cualquier cosa que llamase su atención. A veces, la gente se queda con detalles inesperados de otras personas sin saber por qué.

Pasó el lunes encerrado en el apartamento de Raúl. Se sentía indispuesto y agotado. Se entretuvo buscando en internet y confeccionando una lista, bastante completa, cree, de tatuadores en la ciudad. Empezaría por los más próximos al radio de acción de Silvia. El descanso del día anterior lo mantiene enérgico y dispuesto. Un mendigo pide entre las mesas, Pablo desconfía, es joven y lleva la heroína marcada en la cara. Otro individuo,

también con mala pinta, observa a cierta distancia. Sospecha que pudieran estar compinchados y toma precauciones con la mochila que ha dejado en una silla libre junto a él.

Salieron a cenar. A Pablo le hubiese gustado darse una ducha y cambiarse de ropa, una vez que aceptó la hospitalidad de su amigo y anuló la reserva en el hotel, pero Raúl no se lo ofreció y él no se atrevió a proponerlo. El bar estaba en el costado opuesto de la plaza. La atravesaron charlando de banalidades. Raúl se quejó de que el barrio estaba cambiando.

—El bar al que vamos —dijo— es el único que queda de los de toda la vida. El resto, ya ves, son franquicias sin personalidad. Lo mismo está pasando por toda la ciudad.

Eligieron una mesa en la terraza junto a la zona ajardinada. Antes de sentarse, Raúl fue a saludar a un grupo de gente que ocupaba otra de las mesas. Una de las chicas se levantó y salió a su encuentro. Se besaron en los labios, Raúl no perdía el tiempo, pensó Pablo. Lo vio negar con la cabeza, volverse hacia él y señalar. Más tarde, bromeó con el camarero acerca de esa chica, que según le dijo había preguntado por él varias veces durante su ausencia.

—¿Qué tienes por ahí? —preguntó al camarero—. Tenemos hambre, lo que tú veas nos parece bien.

Pablo quiso decir que él no tenía tanta hambre, pero nadie pareció escuchar.

Mientras esperaban la comida, Raúl le puso al día sobre el Gasby, estaba preocupado, cada vez era más difícil mantenerse con tanta competencia como había. No me va mal, dijo, pero, por ejemplo, ya no me puedo permitir el lujo de cerrar muchos días seguidos. Pablo estaba impaciente por abordar el tema que lo había traído hasta Madrid, pero también temeroso de hacerlo, así que le escuchó con paciencia y aceptó la tregua que el otro imponía. Por fin, algo de aire se movía entre los árboles. Raúl se

recostó en el respaldo de la silla, echó la cabeza hacia atrás y ambos se quedaron callados.

—Mira, la primera estrella de la noche —dijo Raúl cuando volvió a hablar.

Pablo se fue con él hacia el cielo raso sin un asomo de nubes y, sin embargo, tan falto de estrellas.

—No es una estrella —dijo—, es Venus, ¡cuántas veces te lo habré dicho!

Raúl le sonrió de esa forma que hacía que Pablo se sintiese de vuelta en casa.

El olor a gambas a la plancha les hizo regresar al suelo.

—Venga, come antes de que se enfríen.

—Comer y rascar, todo es empezar —parafraseó Pablo a la madre de Raúl. Los dos rieron.

De repente, tenía un hambre atroz. Comió con voracidad las gambas, los boquerones y la ensalada que el camarero fue poniendo sobre la mesa.

Raúl pidió su tercera cerveza mientras observaba comer a su amigo. Entonces, como si tal cosa, dijo:

—Era a ti a quien buscaba.

—¿Silvia? —preguntó Pablo, abandonando el trozo de pan con el que apuraba la salsa de la ensalada.

—Sí. Bueno, ella no, el hombre que mandó a El Lagar. Te buscó en la casa de tus tíos, pero no había nadie y preguntó en el bar.

—¿Cuándo fue eso? —Pablo llevó las nalgas hasta el borde de la silla y se quedó casi en el aire.

—Yo ya estaba trabajando aquí, en Madrid, y tú en Canadá, casado con Ingrid.

—¿Qué más?

Todo en Pablo era impaciencia, sus piernas, sus manos sobre la mesa, el movimiento de sus pupilas. Raúl relató que un hombre

se había presentado en El Lagar. No tenía buena pinta, la barba a medio crecer, medio sucia, así lo describió su padre, que era de la opinión de que nadie mal afeitado podía ser de fiar. Les ponía de beber, pero no confiaba en ellos. Pablo pensó en Joaquín; necesariamente, el viejo tuvo que ser ese hombre. El padre de Raúl le interrogó, le preguntó que quién era, que qué quería de Pablo. El hombre explicó que alguien que conocía muy bien lo buscaba porque necesitaba hablar con él. El tabernero le exigió que concretase, pero el otro insistió en que tenía que hablar con Pablo. Entonces, lo echó sin contemplaciones. A quien sea, le advirtió, le dices que no está, y a ti no quiero verte más por aquí, así que ya sabes, aire. Raúl lo relataba como si él mismo hubiese estado allí.

Lo volvieron a ver merodeando por el bar durante algunos días. Vigilaba escondido la casa de sus tíos y esperaba.

Por entonces, Tina era asidua de El Lagar. Las tabernas tradicionales se pusieron de moda en Oldache entre la gente bien, habían descubierto que se comía abundante, de calidad y barato.

—Ese postureo que llevó a muchas a la ruina —sentenció Raúl—. Subieron los precios, perdieron sus clientes habituales y esos otros no duraron mucho. En fin, parece ser que la tarde que ese tipo entró en el bar ella estaba allí y debió de escuchar la conversación.

El viejo desapareció de pronto y, después, se enteraron de que había estado hablando con Tina.

—El asunto —explicó Raúl— era que Silvia estaba en la casa de ese hombre y necesitaba ayuda.

Raúl se quejó de que Tina estuviese al tanto de la vida de los tres y reprochó a Pablo que le hubiera dado tantos detalles. Pablo se encogió de hombros y quiso dar una explicación, pero calló.

—Tina —continuó Raúl— decidió por su cuenta ir hasta el Barrio Alto. Después me llamó. Lo organizó todo ella. Yo estaba

muy liado con el trabajo y me quedé algo bloqueado con la noticia. Quedamos de acuerdo en que se encargaría de recoger a Silvia y traerla a mi casa. Unos días después, lo hizo.

Pablo pestañeó lentamente y asintió con la cabeza. En la otra mesa subió el tono de la conversación y de las risas. Raúl los miró. Llamó la atención del camarero y le pidió un café. Pablo pidió otro.

—Así que Tina sabe todo esto y nunca ha dicho nada —dijo Pablo.

Raúl encendió un cigarrillo, el humo debió de llegar hasta la mesa más próxima, porque protestaron. Raúl retiró el cigarro e hizo un gesto de disculpa.

—Cuando la trajo —dijo—, Silvia estaba muy mal, no era ni la sombra de ella misma, no te lo puedes imaginar.

—¿Qué le había pasado?, ¿le habían hecho algo?, ¿estaba drogada? —preguntó mientras se quebraba a pedazos.

—Algo había de eso. Fumaba, ella decía que a veces, yo creo que quizá más de la cuenta. Siempre le gustó tontear con la maría y la coca —miró a Pablo y sonrió—; pero no, no estaba enganchada; entonces, tampoco lo estaba. Estaba enferma, exhausta, consumida, no sé explicarte, era como un espectro, daba pena, daba miedo verla. Me costó meses sacarla adelante.

Bajó la vista. El grupo se levantó para marcharse, alguien silbó. Raúl levantó la cabeza y se despidió con la mano. La chica se quedó rezagada, pero Raúl no se movió y ella se fue tras el resto.

—Al principio —continuó; su voz se volvió contenida y monótona—, ni siquiera hablaba, tardó un tiempo en contar que había estado con el Loco hasta que lo encerraron. Ese tipo era un delincuente y ella estaba con él. No quiso admitir que la maltrataba, pero a mí no me queda duda. Le justificaba: no sabes la vida que ha llevado, decía, él no es así porque quiera. Yo le

debo mucho. Pero ¿qué cojones le debes a ese tío? Me volvía loco, me desesperaba, pero ella no reaccionaba. Si le gritaba, porque a veces no podía controlarme y le gritaba, se echaba a llorar y callaba.

—¿Por qué nadie me dijo nada de todo eso?

—Tina la persuadió para que te dejase en paz y Silvia pensó que era lo mejor. Yo también. Creíamos que no volverías de Canadá.

La terraza se había quedado vacía y el camarero recogía las mesas. Raúl lo llamó, le pidió una copa y preguntó que si tenía tabaco.

—Vamos a cerrar —dijo—, pero todavía no he apagado la máquina.

—¿Tú no habías dejado de fumar? —preguntó. Raúl se encogió de hombros. Pablo guardó silencio un instante—. Y luego, cuando volví, ¿por qué seguiste callando?

—Silvia lo quiso así. Me pidió que todo eso quedase entre nosotros. Tenía miedo, era muy vulnerable, por eso le pedí que se casase conmigo, para alejarla de ese tipo.

Raúl se levantó y entró en el bar. La luna apenas empezaba a crecer y, sin embargo, Pablo buscó en vano las estrellas. Después de un rato, Raúl volvió con un cigarrillo encendido en la mano.

—Vamos a buscar otro sitio donde nos den una copa —dijo.

* * *

Ya es mediodía y aún no ha visitado ni la mitad de los locales que había planeado. En esta ciudad se pierde demasiado tiempo en ir de un lado a otro. Además, es agosto y muchos están cerrados. Por lo menos, el aire no quema: según su móvil, la temperatura ha bajado seis grados desde ayer.

Le han enseñado muchos catálogos de tatuajes con mariposas.

Parece un tema bastante recurrente, pero ninguna parecida a la de Silvia. Nadie la ha reconocido, todos los profesionales han asegurado que esa mariposa no era suya.

Se toma un descanso mientras bebe una cerveza en la barra de un bar. Le entra el impulso de llamar a Tina. Le gustaría pedirle explicaciones, pero no sabe por dónde empezar. Su falta de lealtad lo deja aún más solo. Le escribirá un mensaje, eso es, así puede pensar bien las palabras. La mente de Pablo es rápida, capaz de tomar las decisiones más adecuadas sobre la marcha y, sin embargo, en este momento es incapaz de hilar una sola frase coherente. Sabe que Tina intentará imponer su lógica, a eso no hay quien la gane. Se decide y escribe: *Tina, acabo de enterarme de todo lo que me has ocultado sobre Silvia y no lo puedo creer. No esperaba esto de ti.* Lo borra. Mejor llamar. El teléfono vibra mientras lo sostiene en la mano. Se sobresalta. Es Fede.

—Pablo, ¿se puede saber dónde andas? —dice sin siquiera saludar.

—Hola, Fede, ¿qué pasa?

—Pasa que tienes que venir enseguida, ¿dónde estás?

—Te mandé un correo, ¿no lo has leído? Tengo cosas que hacer...

—¡No me jodas, Pablo!, pues las dejas y vienes —le interrumpe. Pablo escucha el ruido del motor del coche, reconoce el sonido de un acelerón brusco seguido del claxon—. ¡Mierda! —exclama. Supone que va dirigido al tráfico y no a él—. El cliente te quiere en la presentación, tienes que estar. Ayer suspendió la reunión porque tú no estabas, no ha habido manera de convencerle, ¿dónde puñetas te has metido?

—No puedo ir ahora, Fede, lo siento, tendrás que arreglártelas solo, ya te he dicho que tengo cosas que hacer.

—Y eso que tienes que hacer es más importante que el estudio —le vuelve a interrumpir levantando la voz—, porque te recuerdo

que nos la jugamos.

Fede está alterado, Pablo le imagina tenso, los antebrazos rígidos en el volante, el ceño fruncido bajo sus Ray-Ban. Así es como reacciona Fede cuando algo se le tuerce. Intenta que se calme.

—Vamos a ver, te mandé la documentación y la presentación completa, ¿cuál es el problema? Si falta algo, lo solucionamos, pero tranquilo.

—El problema es que quiere que estés aquí —grita impaciente—. ¡El gilipollas dice que es contigo con quien ha tratado y con quien quiere seguir haciéndolo! Pablo, ¡joder!, ¿cómo quieres que me calme? Ayer canceló la reunión, se levantó y se fue.

—Pero ¿tú le has explicado?

—Le he explicado todo, tío, lo ha escuchado como si fuese ruido de fondo, ha dicho que lo sentía, pero ha insistido en verte. ¡Vamos, que se la sopla que tu mujer se haya ahogado! ¡¿Me puedes decir dónde estás metido?!

—Estoy en Madrid. —Fede busca herirlo y ya no encuentra motivo para ocultarlo—. Fede, hay muchas cosas que tengo que averiguar; ahora esto es lo más importante.

Le ha entrado flojera en las piernas, ha salido del bar para hablar y se toma unos segundos en silencio apoyado en el muro. La calle es estrecha, sin apenas tráfico. Dos mujeres se acercan, escucha el taconeo sobre el pavimento y sus voces. Lo miran, pasan de largo. Entonces, ve a ese tipo en la acera de enfrente, el mismo desarrapado que lo observaba en la terraza de la repostería, está seguro de que es el mismo.

—Pablo —la voz de Fede suena más suave—, deja eso, olvídalos, vuelve al trabajo y sigue adelante. Hazme caso, la rutina ayudará a curar.

—Oye —dice Pablo, cambiando el tema—, ¿Tina te ha contado a ti cosas de Silvia que yo no sé?

Se hace un silencio al otro lado.

—¿Cosas como cuáles? —pregunta Fede después de unos segundos.

—Lo que pasó cuando yo estaba en Canadá.

—Sí, algo me ha contado. Hemos hablado de ello varias veces, sobre todo cuando Silvia le pedía algo.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, ya charlaremos más tranquilos. Por favor, Pablo, vuelve a Oldache.

—No, dime, ¿qué le ha pedido Silvia a Tina?

—Bueno, ya que insistes..., por ejemplo, lo último, antes de..., le pidió dinero —Pablo lo oye respirar fuerte—, dijo que lo necesitaba. —Se endereza—. Cogimos tu zódiac para ir al Islote a llevar el dinero. No había nadie, lo dejamos escondido en el lugar que Silvia le había dicho y nos marchamos. Tina me pidió que la acompañase. Suponía que lo quería porque se iba con ese tipo. Dos días después, yo volví al Islote, Tina estaba muy nerviosa y yo volví sin decirle nada. La bolsa con los billetes seguía allí, en el mismo sitio, nadie lo había tocado, así que me lo llevé.

Pablo espera que el muro le sostenga.

—Gracias, Fede —dice como hipnotizado—, procuraré estar en esa reunión. —Después, corta la llamada.

Tiene que moverse. El individuo de la acera de enfrente también lo hace. Lo sigue. Si aprieta el paso, el otro también acelera. Se desvía por la primera bocacalle que encuentra y cuando vuelve la vista ya no está. Respira. Se obliga a sosegar o acabará por volverse loco. Fueron ellos los que usaron la zódiac: Tina y Fede, la sargento tenía razón. Supone que también sabrá lo que le acaba de contar Federico. Ahora, más que nunca, va a seguir su plan paso a paso. Si Silvia tenía problemas, ¿por qué no recurrió a él?, ¿para qué necesitaba el dinero? Intuye que hay algo más grave que una simple infidelidad. La idea de que nadie, ni

siquiera Raúl, sabe mucho más de lo que cuenta se le engarza en el cerebro. Silvia es un misterio para todos, cada uno tiene una parcela de experiencia con ella, pero nadie, se teme, llega al fondo de la verdad.

En el caótico caminar que emprende, se desvía de su ruta sin querer y tiene que desandar parte de lo andado. Todavía es capaz de orientarse por Madrid. El sol ha sobrepasado el cenit y aprieta más fuerte. Muy cerca del local que está buscando, vuelve a sonar el móvil, esta vez con un mensaje de Raúl en el que lo cita para comer. Acepta. Aún queda más de una hora.

El centro de tatuajes, Iris Tatoo, es un sitio elegante, estilo industrial, mucho hierro y ladrillo visto. Es espacioso y limpio. A Pablo le sorprende, reconoce que a menudo se muestra prejuicioso con lo que desconoce. Un joven sin un milímetro de piel a la vista sin tatuar lo recibe. Mira con atención la fotografía de Silvia en la que luce la mariposa. La mira de una forma que hace que Pablo sienta pudor, o rabia, o ambas cosas. El joven manosea el pirsin que lleva en la nariz mientras piensa. Al cabo de un rato, dice:

—Esto es de JT, estoy seguro. Solo él usa los colores así. Busca allí.

Anota una dirección en un trozo de papel y se la entrega a Pablo.

—Gracias.

—No hay de qué. —Lo acompaña hasta la puerta—. Es un *tatoo* muy bueno, pero si decides hacerte algo, yo también soy de lo mejor. Ya sabes dónde estoy.

Pablo sonríe.

—Lo tendré en cuenta.

El estudio del tal JT no está en su lista. La dirección es del barrio de Moratalaz, un lugar que Pablo no relaciona con Silvia. Está lejos, así que, a pesar de la ansiedad, decide dejarlo para después de la comida. Otra vez su perseguidor. Es el mismo tipo,

no hay duda, está claro que va tras él. No le parece muy hábil, o quizá es que no pone demasiado empeño en ocultarse. Está empezando a preocuparse en serio. Entra en el metro, baja las escaleras deprisa saltando los peldaños de dos en dos. Cuando llega al andén, el tren está entrando en la estación, respira aliviado, sube al vagón antes de que el tipo aparezca.

Raúl lo ha citado en el parque del Retiro. Lleva bocadillos y cervezas y le propone comerlos sobre el césped bajo una buena sombra. Recorren un camino jalonado de acacias hasta un lugar que parece conocer muy bien.

—La acacia es un árbol especial —dice mientras se acomodan. La voz de su amigo suena apagada—, el único que es capaz de pensar y defenderse.

—¿Desde cuándo sabes tú de árboles? —bromea Pablo.

Raúl se ríe. Después se concentra en el bocadillo.

—¡Cuántos bocadillos nos habremos comido juntos! —dice con nostalgia. Pablo asiente.

Después se lanza a hablar de la infancia, de cuando no estaba Silvia.

—Éramos un par de mirones tú y yo, ¿eh, Pablo?!

—Más que mirones, escuchones, diría yo.

Ríen.

—Es verdad. —Una mueca en los labios de Raúl oculta algún pensamiento—. Te acuerdas de cuando decías: no sé lo que dicen porque estoy ciego, y estirabas los brazos y andabas con los ojos cerrados.

—Hasta que tú te ponías delante para que me tropezase.

Vuelven a reír.

Pablo le pone al tanto de lo del tal JT, Raúl se disculpa por no poder acompañarlo, pero tiene que ir cuanto antes al Gasby. No obstante, le da algunas indicaciones para llegar.

—¿Ya se te ha olvidado cómo moverte en esta ciudad? —

bromea.

Se detienen junto a la boca del metro. Raúl le dice que esa noche no dormirá en su casa, Pablo piensa en la chica de la terraza. Se despiden, ha decidido marcharse al día siguiente y es probable que ya no se vean.

—Pablo —dice Raúl cuando están uno frente al otro—, tú y yo tenemos mucho de qué hablar. Te echo de menos, ¿sabes? Iré a Oldache en cuanto pueda.

Pablo aprieta los labios y baja los ojos. Por un momento, cree que Raúl va a abrazarlo, lo desea y lo teme, pero el otro solo le ofrece la mano para que se la estreche.

Durante el viaje en el metro piensa en Raúl y en él. Recuerda un instante concreto, los dos chicos, cuerpo contra cuerpo, escuchando pegados a la puerta cerrada del salón de sus tíos. La tía había subido al pueblo por la mañana y acababa de regresar. Nunca cerraba las puertas, aunque Pablo estuviese en la casa, pero ese día sí lo hizo. Solo pudo oír palabras sueltas. Las escuchó con los ojos cerrados y los párpados apretados porque, así, haciéndose el ciego, era como si no las oyese. Cuando abrió los ojos, se encontró con los de su amigo, extremadamente abiertos.

El estudio de JT es el más extraño de todos los que ha visitado. Un pequeño escaparate con fotografías de gente tatuada y una modesta puerta de acero inoxidable son su presentación al exterior. Encima de la puerta, en un cartel vulgar, está escrito: JT TATOO&PIERCING en letras doradas.

Al entrar, suena una campanilla y un hombre de mediana edad sale de detrás de una cortina. Ese lugar se parece más a la idea de Pablo sobre esos sitios. En una de las paredes, cubierta de arriba abajo con papel pintado «piel de leopardo», cuelga un cuadro con la imagen de un ser asexuado que podría ser el diablo. Los candelabros sobre el mostrador y el resto del mobiliario también parecen salidos de una película de terror. El hombre

mismo, a pesar de su sonrisa, tiene el aspecto de un sacerdote demoníaco.

Entonces, en la pared opuesta, descubre a Silvia, el vientre tatuado de Silvia. Hay muchas fotografías, pero la suya impone. Se acerca, debajo de la imagen está escrito el poema.

—La chica me dio permiso para mostrarla —dice el tatuador, poniéndose a la defensiva—, pero, por más que insistí, no aceptó en venderme los derechos, a pesar de que le prometí que ninguna mariposa que hiciese sería exactamente igual a la suya. —Se aproxima y toca la fotografía como si la acariciase. Pablo siente una punzada en el estómago—. Me quedó perfecta —añade—, todavía guardo su teléfono, quizá insista.

Pablo le relata la historia y lo apremia para saber de dónde sacó el poema. El hombre queda conmovido.

—Traía un dibujo —explica—, un dibujo perfecto. Dijo que alguien lo había hecho para ella. La recuerdo perfectamente: parecía triste. Me dio el poema porque creía que me ayudaría a interpretar el tatuaje y era verdad. No venía sola, la acompañaba un hombre que la esperó aquí fuera mientras se lo hacía. No, no nos conocíamos, alguien le había hablado de mí. —Lo dice tan deprisa que a Pablo le suena a excusa—. Me gustó la historia sobre una promesa. No quiso decir más. Era un secreto, algo privado entre dos.

—¿Podrías reconocer a ese hombre? —pregunta Pablo.

—Puede.

Le muestra una imagen del Loco que ha sacado de la prensa. El hombre niega. Le entra una corazonada y busca otra imagen entre sus archivos en la que Silvia posa entre Raúl y él. El hombre mira a Pablo, luego otra vez la foto, se demora unos instantes y vuelve a negar.

1 * Estimada Sra.

Será un placer recibirla para una entrevista personal. Agradecemos su disponibilidad para viajar a Londres. En breve, le enviaré los detalles de la reunión.

Afectuosamente,

R. Harbor

PARTE 4

El Islote

El tren llega a la estación de Oldache a la una en punto. El olor a mar y la humedad le reconfortan. Esa misma tarde, a las cuatro, está convocada de nuevo la reunión que el cliente canceló el lunes. Coge un taxi hasta su casa. No hay comida preparada en la nevera. Se ducha, se cambia de ropa, pica algo y vuelve a salir. Llega temprano al estudio con la esperanza de estar un rato a solas con Fede antes de la reunión. Le informó sobre la hora y no ha vuelto a contestar a ninguno de sus mensajes, pero confía en que esté allí con tiempo como le ha pedido. Sin embargo, el gerente de Costa Norte se presenta antes que él. Una cosa detrás de la otra. Ahora toca cambiar el interruptor, centrarse en la reunión, luego habrá tiempo para todo lo demás. Aparcar en su cerebro lo que ha pasado en Madrid y, sobre todo, la llamada de la sargento cuando estaba en el tren con la noticia de la detención de Yeni. Una cosa detrás de la otra. Esa es la clave para mantener la cordura.

El gerente parece un hombre amable; se interesa por la situación de Pablo y no ahorra en palabras de consuelo. Lo acompaña una mujer a la que presenta como jefa de proyectos de la empresa. A las cuatro en punto, mira el reloj y pide que comiencen. La puntualidad es una virtud, aduce, y a él no le gusta perder el tiempo ni que nadie lo pierda por su causa. Sus ojos color avellana le recuerdan a los de un lobo que se aventuró hasta la entrada del pueblo un invierno. Su padre le encañonó con la escopeta y el animal se quedó quieto, observando. Está asustado, dijo su padre, se lo noto. Pero para el niño había más

soberbia que miedo en ellos. Su padre disparó y erró el tiro: se alegró. La mirada de ese hombre es profunda y dura como la del animal, pero al tiempo, su rostro exhibe una sonrisa permanente y afable. La reunión ya está en marcha cuando Fede entra en la sala.

—Usted ganó el concurso y se hizo con el proyecto. —El gerente guarda silencio mientras Fede se acomoda, después continúa con el mismo tono—: Tiene toda mi confianza, por eso considero imprescindible que esté hoy aquí. —Se dirige a Pablo en singular—. El hotel se va a construir tal como usted lo concibió, sin cambios sustanciales. —Hace una pausa durante la cual estudia a sus interlocutores—. Pero hay algo más, hemos pensado ofrecerle a usted, Pablo —enfatisa su nombre; la mujer asiente cuando se lo pide con la mirada—, que sea quien dirija la obra. —Un nuevo silencio durante el cual Fede se remueve en su sillón—. Sin embargo, dadas las circunstancias, necesito asegurarme de que está preparado.

Pablo sonríe algo azorado. La mujer le responde con una sonrisa bondadosa. Solo una semana antes esa noticia habría sido como un regalo. Ahora también, pero no poder compartirlo con Silvia ensombrece su éxito. Se contiene para esforzarse en componer una buena defensa del estudio y de él mismo. Su cabeza funciona con rapidez, habla a la vez que planifica los cambios que necesitarán. Nada nuevo, cosas mil veces habladas y siempre pospuestas para modernizar el modelo empresarial de Soluciones de Arquitectura, S.L. El hotel trae de la mano la posibilidad de ampliar el espectro de trabajo más allá del ámbito de Oldache y la provincia. No deberían desperdiciar la ocasión.

La excitación le dura el resto de la tarde y ve pasar las horas de la noche entre cavilaciones. El trabajo recaerá en él, tendrá que dedicarse a fondo. Por un lado, es lo que necesita, si es que puede con ello. Por otro, está Silvia y todo lo que le queda por

averiguar. Su tío tenía una receta: céntrate en lo que estés haciendo, los exámenes, pues a los exámenes, deja lo demás a un lado. Una cosa detrás de otra, hijo, una cosa detrás de otra. ¿Y eso cómo se hace? Una sonrisa paternal, una mano en su hombro. Una caricia. Es fácil, coloca las cosas en tu cerebro donde no se toquen, ya irás a buscar al sitio adecuado cuando sea su tiempo. No era fácil, pero funcionaba si uno se lo proponía. Esta noche, sin embargo, no lo consigue. Sus pensamientos son un amasijo en el que se mezclan el hotel y el trabajo con ese tatuador, con Yeni..., le cuesta creer que Yeni le oculte algo. ¿Cómo puede ser?, ella tiene libertad de movimiento, no tenía necesidad de permitir la entrada de nadie en la casa. Por eso, cuando la sargento Medina le dijo que la habían detenido no pudo creerlo. Tiene que ser un error, contestó: Yeni puede buscar lo que quiera, registrar a fondo con toda tranquilidad y nadie se enteraría.

Sale de la cama cuando el cielo todavía está negro. Antes de las ocho llega al estudio. La sargento lo ha citado en la playa a media mañana, no sabe para qué, pero antes tiene tiempo de organizar cosas en el trabajo. Le cuesta tanto... Había prometido a Silvia que se irían de viaje. El ruido del tráfico que nunca siente, hoy le irrita los nervios. Que se tomarían unas vacaciones. El lunes habló con Yeni desde Madrid y todo estaba en orden. Le había reprochado que ni siquiera hubiese pensado en el destino. El lunes todo estaba en orden. Le gustaban los sitios cálidos. En orden. Necesitaba el sol. ¿Por qué Silvia no se fiaba de Yeni? Una cosa detrás de otra, un día detrás de otro.

Cierra la ventana y una vez en silencio oye voces en el despacho de al lado. ¿Fede ahí tan temprano? Es viernes. Era viernes cuando los labios de Silvia rozaron los suyos en un beso apresurado y le dijo hasta luego desde la puerta. Se oyen risas en el despacho de Fede. Hasta luego. La vio subir al coche. Hasta luego. No había forma de convencerla para que lo metiera en el

garaje por las noches. Hasta luego. La vio bajar la cuesta hacia el mar. Era viernes.

Fede sale del despacho, dos hombres lo acompañan. Pablo reconoce a uno de ellos, un concejal de Oldache, al otro no lo ha visto nunca.

* * *

Solo un instante y lo perdió todo. O puede que lo fue-
se perdiendo poco a poco, qué más da. Se había sentido tan aliviado cuando al fin la tuvo en casa. Tenía preguntas que hacerle, cosas que le preocupaban, pero nada era más importante que pasar las horas mirándola, deseándola, percibiendo cómo sus manos iban puliendo la barandilla de la escalera, cómo la casa entera se acomodaba a su cuerpo. Habría tiempo para el resto. Ahora que ya no está, su tiempo ha concluido y no puede preguntarle nada.

Todo estaba por delante en el universo infinito que se creó para ellos cuando se besaron en Madrid. Cualquier cosa se podía posponer excepto estar juntos. La vida se redujo a trabajar, estudiar y quedar para verse. Todo lo demás pasaba a un segundo plano.

Aunque su madre lo reclamaba cada vez más a menudo, también quedó en un espacio relegado. Lo llamaba casi a diario, a veces ni le cogía el teléfono. Se lamentaba de que estaba sola, eternamente preocupada con *lo del dinero*, como ella decía, o con los arreglos que inventaba para la casa y de los que, se quejaba, ya nadie se encargaba. Cuando el padre murió vendieron las vacas y arrendaron las tierras y los pastos. Entre eso y algunas inversiones que hizo Pablo aconsejado por su tío, las necesidades de la mujer estaban cubiertas, pero seguía asustada. Pablo iba poco al pueblo, a menudo se sentía culpable. Silvia nunca le

reprochaba nada, aunque él se justificaba ante ella diciendo que su madre estaba mucho mejor que antes, solo que tenía que hacerse a estar sola. La primera vez que llevó a Silvia al pueblo un fin de semana, la madre se quejó más de lo habitual, tanto que le hizo perder la paciencia.

—Hijo, es que cada vez vienes menos y, ya ves, las cosas se deterioran. Los jóvenes siempre igual con dejarlo todo para luego. ¡El tiempo es eterno cuando uno es joven! —Buscó la complicidad en los ojos de Silvia, pero la chica no tomó partido—. Está visto que ahora tendré que aprender a hacerlo todo yo sola. —Esta vez su mirada cargaba algo de rencor.

—Tengo mucho trabajo, mamá, y esto está muy lejos de Madrid para venir todas las semanas. Tampoco está de más que aprendas a hacer las cosas. —Se arrepintió de la impaciencia en el tono que no era capaz de evitar. Se acercó a ella y la abrazó.

También él buscó el apoyo de Silvia sin palabras, pero, de nuevo, ella se mantuvo al margen.

—Todavía eres joven, estás a tiempo de aprender lo que sea —insistió Pablo—, y si no, pues se lo dices a alguno del pueblo, le pagas y listo.

—Ya, tú todo lo ves así de fácil, gastar y gastar, y no te das cuenta de que a este paso todavía tendré que ponerme a trabajar para vivir.

—¡Pero qué cosas dices!

—Mira —sacó un pañuelo de la manga de su chaqueta y se lo llevó a los ojos—, cada vez que lo pienso estoy más convencida de que no deberíamos haber vendido las vacas, porque a ver qué hago yo si se me acaba el dinero.

—Mamá, deja ya esas tonterías. No se te va a acabar el dinero. Anda, dime lo que quieres que arregle, que ya vamos teniendo hambre.

Volvió a la ciudad disgustado, quejoso de que su madre

hubiera acogido a su novia con indiferencia. No entendía lo que le pasaba para haberse vuelto así, solo preocupada por ella misma; nunca había percibido a su madre de esa manera. Hacía mucho tiempo que había dejado el pueblo y cada vez que volvía era más consciente de lo poco que le gustaba estar allí. No podía entenderla. Ahora estaba a sus anchas, libre del mal carácter del marido. Lo había aguantado demasiado, sola estaba mejor. Entonces, ¿de qué se quejaba? Nadie debería instalarse en la amargura. No era tan mayor, Pablo conocía a gente de su edad que hacían cosas, trabajaban, disfrutaban de la vida, ¿por qué no podía ser así ella también? Unos años después, cuando su tío murió de repente y su hermana decidió mudarse al pueblo para vivir con ella, Pablo descansó.

Ese tiempo de los dos, el tiempo de estar con Silvia que percibía como eterno, se había esfumado sin avisar.

* * *

Aunque ha amanecido nublado, la mañana ha ido permitiendo el paso del sol. Si septiembre comienza soleado dicen que el otoño será cálido, hoy la brisa viene del sur y eso significa buen tiempo. Pablo llega a la playa a la hora fijada, pero la sargento Medina ya está allí. Se demora observándola desde arriba, a resguardo de los tamarices que crecen inclinados por el viento. No sabe por qué lo ha citado; hacer algunas comprobaciones, ha dicho. Valora lo que está dispuesto a contar, con esa mujer hay que estar preparado. Ella mira hacia el Islote dándole la espalda mientras desciende el sendero arenoso que serpentea entre arbustos hasta la playa.

—¿Cómo es que no baja por la escalera como todo el mundo?, no le esperaba por ahí —dice por todo saludo. Le urge a seguirla sin esperar respuesta—. Vamos.

Atraviesan la zona rocosa que da a la pequeña ensenada de la

Caleta. La bajamar deja el paso accesible por la orilla.

—Aquí es donde encontraron las cosas de su mujer, ¿no?

Pablo asiente. Se mantiene a la expectativa.

—Entonces —continúa en ese tono de ella que le resulta imperativo—, tuvo que ir a nado por ahí hasta el Islote. —Piensa en alto antes de preguntar—: Dígame, ¿por dónde se aproximaría una zódiac, también por ahí?

—No —Pablo se acerca a ella, le envuelve un aroma a limpio —, por ahí rompen las olas que entran desde el canal, hay corrientes y es peligroso desembarcar: es mejor desde allí — señala con la mano el principio de la playa—, para recalar justo al otro lado, donde hay un refugio rocoso con un amarre que no se ve desde aquí. Ese tramo tampoco es seguro a nado, a menos que se conozca bien. Mire —mueve la mano para dirigirla hacia el lugar que ahora quiere mostrarle—, hay que desviarse a la derecha en el momento justo para evitar las corrientes y alcanzar la plataforma, ¿la ve? —Su mano sigue a sus palabras—. Esa zona está más protegida de las olas.

—Ya. —Lo mira fijamente como si estudiase sus reacciones—. Usted había ido con su mujer más de una vez, ¿no? —Hace un barrido panorámico con los ojos—. Entonces, sigue creyendo que, a pesar de que el oleaje era fuerte, Silvia fue nadando. ¿No podría haber llegado de otra manera?

—¿Cómo?

—No sé, a bordo de alguna embarcación. Quiero decir que alguien la llevase, que no hubiese ido al Islote solo porque le entraron ganas de darse un baño, que hubiese alguna otra razón.

—¿Cómo voy a saberlo? —Esa mujer siempre pone a prueba su paciencia—. ¿De verdad me ha hecho venir hasta aquí para esto? ¿No me va a explicar qué pasa con mi asistente?

—Todo a su tiempo. —Se cruza de brazos y sigue observando el mar—. ¿Cuánto tiempo tarda en llegar con la zódiac hasta el

Islote?

—Entre unas cosas y otras, unos diez minutos.

—Vamos.

La sargento vuelve sobre sus pasos. Él la sigue. El agua empieza a subir, enseguida cubrirá la arena y tendrían que regresar saltando entre las rocas. Abandonan la playa, esta vez por la escalinata.

—Necesito un café —dice una vez en el paseo Marítimo—, ¿me acompaña? Le invito.

Se sientan en una de las terrazas que miran hacia el paseo.

—Perdone, Pablo, ni siquiera le he preguntado cómo está.

—Voy tirando —dice. Se acomoda en la silla—. ¿Me va a explicar qué pasa con Yeni?

Ella hace una seña al camarero con la mano. Se toma su tiempo para todo.

—Hace seis años —dice al fin—, a Ladislao Zárate le dieron por muerto cuando, después de un atraco, el coche en el que huía se estrelló contra el muro de entrada al túnel de la autovía. Pertenecía a una banda de aluniceros, ya sabe, los que estrellan coches contra los comercios. —Pablo asiente—. Salió en los periódicos. En el vehículo iban dos tipos, pero solo encontraron un cadáver, el del conductor. Lo pudieron identificar por algo que llevaba encima, no conozco bien los detalles. No indagaron mucho, no se hicieron pruebas de ADN ni nada así. Una de las cámaras de seguridad de la joyería lo detectó al volante y lo dieron por bueno. El otro desapareció con el botín.

El camarero se acerca.

—¿Qué va a tomar?

La sargento pregunta a Pablo antes de que el hombre tenga tiempo de hablar. Siempre por delante. Pablo intenta imaginar su vida privada, si es que alcanza a tenerla. ¿Estará casada?, ¿vivirá sola?, le gustaría preguntarle a qué se dedica cuando no está

persiguiendo delitos. Está a punto de hacerlo, pero solo dice:

—No sé, ya no es hora de café, quizá una cerveza.

—Para mí —sonríe—, un café es bueno a cualquier hora.

—Claro, usted está...

—Yo nunca bebo alcohol. —Le corta en un tono tajante que no deja lugar a dudas, y que suaviza para el camarero—. Una cerveza y un café con leche, por favor.

Se recoloca el pelo sometiendo su melena al control del pasador. Se vuelve hacia Pablo y lo mira con cierta ternura. Otra vez lo mismo, le incomoda al tiempo que le fascina la inocencia de su rostro.

—Con el otro individuo voló el botín —continúa ella narrando—. El cadáver de Ladislao, *el Loco*, junto al de su mujer, ha reabierto el caso. Es evidente que no se ha podido morir dos veces, que hubo un error en la identificación o que alguien, el mismo Ladislao, lo provocó. Parece que esto no solo ha alertado a la Policía, sus compinches también lo daban por muerto. El que entró en su casa, un tal Berto Domínguez, es el novio de su asistente y está relacionado con gente que pudo participar en aquel atraco. Así que ya puede imaginar por dónde van los tiros de lo que buscan. —Mira el reloj y suspira—. Se me hace tarde, ¿le importa si le dejo en el centro y seguimos hablando de camino? Por cierto, ¿para qué fue a Madrid? Creo recordar que le dije que no se moviese de Oldache.

* * *

La sigue hasta el coche solo por ahorrarse el esfuerzo de hacer algo en lo que tuviese que mediar la voluntad. En realidad, no sabe si quiere ir al centro ni a ningún otro sitio. La sargento ha aparcado cerca, en el paseo Marítimo. Enseguida gira por la avenida de Bécquer hasta el túnel Norte y salen directamente al

Puerto Deportivo, el camino más corto para llegar al centro.

—Entonces, ¿dónde quiere que le deje?

—Da igual, en cualquier parte me va bien.

—Pero ¿dónde? —insiste ella—. De verdad, no me importa acercarle a donde vaya si no es muy lejos.

Circunvala la plaza del Ayuntamiento y se detiene en el cruce con la calle Mayor.

—¿Aquí está bien?

—Sí, muy bien.

Pablo empuja la manilla de la puerta despacio sin terminar de abrirla.

—Necesitaba hablar con Raúl —dice con la vista vuelta hacia la plaza—, solo eso.

A excepción de algún comentario sobre el tráfico, apenas han dicho nada durante todo el trayecto. La sargento lo mira con asombro, como si hubiese olvidado su advertencia y no esperase ninguna aclaración.

—Raúl y yo éramos muy amigos antes de conocer a Silvia —añade. Le suena a confidencia y se arrepiente de haberlo dicho.

Da las gracias. Ella sonríe y asiente. El mismo mechón rebelde insiste en escapar del pasador. Su pecho sube y baja al ritmo de la respiración y Pablo siente el deseo fugaz de reposar la cabeza en él. Ese pensamiento le agita, vuelve a dar las gracias y se baja del coche.

Es la hora de comer, aunque él no tiene hambre. Ya nunca tiene hambre. Es otra de las sensaciones perdidas. La temperatura suave y el sol invitan a pasear y a dejarse llevar. Media hora más tarde ha desandado el camino de vuelta al paseo Marítimo. Duda entre volver a casa o refugiarse en el trabajo, que es lo único sólido a lo que asirse. A estas horas, Fede estará en alguno de los restaurantes del puerto pesquero, esa tarde ya no volverá al estudio, eso es seguro.

Tendría que desviarse a la derecha por la calle Maura. En el mismo lugar donde vio el coche de Silvia pasar hacia la playa. En vez de eso, continúa recto por el paseo. Aunque no pudo ver la matrícula, supo que era ella por la pegatina del Gasby en la trasera. Eran casi las seis, le extrañó que no estuviese en casa con los preparativos de la fiesta. Por eso quiso saber dónde iba y, cuando vio que bajaba por la rampa que lleva al aparcamiento de la playa, la siguió. Aquel día, dos semanas antes, se detuvo para comprobar si el coche estaba en el aparcamiento; lo localizó enseguida, no había demasiados. Esta vez no se detiene, va directo hasta la playa Chica y se queda arriba, lo mismo que hace apenas dos horas, lo mismo que quince días antes cuando también estuvo vigilando a Silvia desde allí, sin sospechar que era la última vez que la veía con vida. Hay poca gente en la playa, casi todos tendidos en la arena al sol. Un par de bañistas nadan cerca de la orilla, otros pasean.

Le hace daño estar allí. Continúa caminando por el sendero que transcurre pegado al borde hasta la Caleta.

A partir de ahí, la costa cae en vertical y no hay acceso a la orilla. Alcanza el banco pintado de azul en el acantilado desde donde se abarca toda la bahía. Los troncos retorcidos de los pinos son testigos de la fuerza del viento. Un cartel advierte del peligro del paraje. Abajo, el mar se extiende en una llanura ondulada de azul y plata hasta la punta del faro de Santa Águeda, allí vuelve a exaltarse y golpear contra las rocas. El Islote es un punto de fuga del que no puede apartar la mirada.

Si Silvia tuvo algo que ver con ese alijo perdido, si esa era su relación con el Loco, si ella lo tenía o sabía dónde estaba escondido, es probable que siga en el mismo sitio. Entraron a buscarlo en su casa, pero ahí no está, la Policía registró a fondo. O puede que sí, a veces las cosas más escondidas están a la vista. Nada le parece ya imposible, ni siquiera que ella lo trajese

consigo en esas cajas o, al menos, que contuviesen las claves para encontrarlo. ¿El tatuaje?, ¿el poema? Es de locos. Por otro lado, si tenían ese botín, ¿para qué necesitaban pedirle dinero a Tina? Debería estar más preocupado, puede que lo esté, su ánimo ya no distingue entre la preocupación o el puro desconcierto.

* * *

Ese hombre estaba otra vez allí, esperando frente a la puerta del local de JT, mal camuflado entre dos vehículos voluminosos. A Pablo se le aceleró el corazón. Había sido ingenuo pensar que le había despistado. Los separaba una calle estrecha, podía distinguir hasta las marcas de acné en su rostro. Si ese fuese su propósito, se le podría echar encima en segundos. Estuvo a punto de gritarle. Se contuvo. Justo entonces, pasó un taxi y lo paró. Le dio al conductor el nombre de una calle cualquiera, la primera que se le ocurrió. El semáforo se puso en rojo, miró hacia atrás con aprensión, el tipo no se había movido. La luz cambió y se alejaron. Sabía que no era definitivo, que tarde o temprano lo volvería a encontrar.

No le gustaba la idea de volver al piso de Raúl y pasar la noche solo. No había terminado con el propósito que lo había llevado a Madrid, lo del tatuaje no era lo único, ni siquiera lo más importante. Ya sabía quién se lo había hecho, pero no cambiaba nada, no lo llevaba a ninguna parte. Rectificó y le pidió al conductor que fuese al Gasby.

Silvia se iba a marchar. La siguió hasta la playa sin sospecharlo. En San Quirce, la primera vez que fue tras ella, estaba seguro de que la sorprendería con Raúl; sin embargo, no fue así. La tarde de la fiesta, en cambio, había en la playa un hombre con ella que Pablo no conocía. Era posible que los engañase a los dos. El hombre era muy flaco, con mala pinta. Vio

cómo la abrazaba, ella no se resistió. Luego, se marchó y la dejó sola. Pablo controló su instinto de bajar a la playa, no sabía qué iba a decirle, permaneció unos minutos intentando calmarse y, después, se fue. No dijo nada a nadie de lo que había visto.

Cuando llegó al Gasby era temprano. En el bar solo un grupo de jóvenes conversaban alrededor de una de las mesas altas. El eco distorsionaba el sonido de la música que, sin obstáculos en el espacio vacío, rebotaba en las paredes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Raúl, alarmado—, ¿ha pasado algo?

—He encontrado el sitio donde Silvia se hizo el tatuaje —respondió Pablo. Raúl lo miró expectante.

—¿Y has averiguado algo?

Los de la mesa reclamaron la atención de Raúl, querían otra ronda. Pablo esperó. Su amigo sabía de la existencia del Loco, quizá también estaba al tanto de que Silvia se había visto en la playa con él. Cuando Raúl volvió, le soltó de golpe:

—Llevan siguiéndome todo el día.

—¿Qué dices?

Pablo se lo explicó con detalle.

—Pero ¿por qué no me has dicho nada antes? —dijo preocupado—. Es posible que estés en peligro, que los dos lo estemos. —Se mordisqueó la uña del dedo pulgar, lo hacía cuando estaba nervioso.

—¿En qué andaba Silvia?, ¿por qué han entrado en mi casa?, ¿tú sabes algo?

—No, no sé nada. —Sacó de su boca un dedo enrojecido—. Ese tío era un delincuente, Pablo, pero ella no estaba metida en nada, de eso estoy seguro.

—¿Qué pasó cuando os visteis antes de que Silvia fuese a la playa?

—Ya te lo dije, tomamos café.

—No —Pablo se inclinó sobre la barra buscando la proximidad del otro que en un gesto involuntario retrocedió—, dijiste que te había dicho que se iba, pero ¿qué es lo que hablasteis exactamente?

Otros clientes entraron en el bar y Raúl fue a atenderlos. Pablo pensó que era posible que los siguiese hasta el Islote. Volvió con una cerveza y la puso delante de Pablo.

—Uno de los camareros está a punto de llegar —dijo—, tómame esto, en cuanto me pueda desentender de la barra, vamos arriba y charlamos tranquilos.

—Yo creía que en Madrid todo el mundo se quedaba en las terrazas —intentó bromear Pablo—, ¿no es eso lo que decís que distingue a esta ciudad?

Raúl sonrió.

—Afortunadamente, no. ¿Dónde crees que se está mejor a estas horas con este calor?

El camarero llegó pocos minutos después. Raúl y él chocaron las manos a modo de saludo. Era un chico muy joven, parecía extranjero, sus rasgos llevaron a pensar a Pablo que podría ser el responsable de la fusión de ritmos orientales en la música electrónica que sonaba. Hablaron, el camarero asintió varias veces, se puso detrás de la barra y Raúl y él subieron al piso de arriba.

—¿A qué estás jugando? —dijo, una vez que estuvieron solos—. ¿Acaso pretendes que te maten también a ti? Tienes que decírselo a ese sargento.

El despacho era una estancia pequeña, un lugar de trabajo en el que apenas cabían una mesa, un par de sillas y una estantería. Las paredes estaban decoradas con fotografías bien enmarcadas, en algunas estaba Silvia.

—No puedo dejar de pensarlo —insistió Raúl—, yo también he visto a un desconocido merodear por la calle. Me lo he encontrado

varias veces, creo, esta mañana en el bar de la plaza mientras tomaba café. No se me había ocurrido hasta ahora, pero es posible que me vigilen también a mí.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. —Resopló con fuerza. Abrió el cajón de la mesa y sacó un paquete de tabaco—. Verás —dijo mientras buscaba el encendedor entre un montón de papeles. Hizo otra pausa para encender un cigarrillo—... Silvia y tu llevaríais poco más de un año juntos cuando una noche vino aquí. Tú no lo sabías, pero habíamos empezado a vernos a solas alguna vez. —Se detuvo, pegó una chupada, expulsó el humo y añadió casi en un susurro —: Entonces, solo para charlar. Estaba muy nerviosa. Le pregunté qué le pasaba y se echó a llorar. Alguien, no me dijo quién, había ido a verla y le había dicho que el tío ese, Ladis, *el Loco*, estaba muerto. Por lo visto, huyendo de un atraco, salió en los periódicos. Cuando nosotros rompimos, después de que desapareciese todo aquel verano, a Ladis lo habían metido en la cárcel, por eso volvió. —Jugueteaba con el cigarrillo entre los dedos mientras hablaba—. Aunque salió pronto. Después, ella aseguraba que no había vuelto a saber nada de él. No puedo decir que lo siento, le dije, es lo mejor que te podía pasar. Se enfadó, se puso furiosa y se marchó, pero ella sabía que tenía razón.

Pablo intentó decir algo.

—No me interrumpas, espera —le cortó. Dio una última chupada profunda al cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero—. Desde entonces, estuvo tranquila. Acordamos..., bueno, ella acordó, que todo eso quedase entre nosotros, que lo olvidásemos, no había necesidad de preocuparte con cosas que ya eran pasado.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Raúl.

El camarero entró.

—Abajo está ese tío de las cervezas danesas —dijo.

—Atiéndelo tú, hazme el favor, ya sabes lo que hemos hablado.
—El joven asintió y se marchó.

—Raúl...

—Espera. —Se le veía impaciente.

Encendió otro cigarrillo. La habitación se llenó de humo. Pablo tosió y Raúl abrió la única ventana que daba a un patio, aleteó la mano en el aire para despejar la niebla.

—Unos meses antes de irse a Oldache —continuó—, se presentó en mi casa y me dijo que el Loco había aparecido. Está vivo, me dijo. Yo no le pregunté los detalles, de ese individuo podía esperarse cualquier cosa. Le dije que eso era imposible y ella dijo que sí, que lo había visto. Me exalté. Vale, muy bien, pues mejor para él, pero ¿no pensarás dejar que se te acerque? Le dije que si estaba loca. Ahora se presenta con el cuento de que ha resucitado, ¿y qué?, Silvia, ¿qué quiere de ti? Mándalo a tomar por culo, hazlo ya, dile que te deje tranquila. Sois del mismo barrio, ¿y qué? Estaba muy alterada y se alteró aún más. ¡Es que no comprendes que no puedo!, me gritó. ¡Está vivo! Yo también le grité a ella, vienes aquí a contarme esto y ¿qué pretendes, que descorche champán? Aléjate de él, te lo repito, ¿qué cojones tienes con ese tío?, aléjate, porque si no lo haces ya sabes lo que va a pasar, y, en ese caso, yo no quiero saber nada, a mí no me llames. —Paseó de un lado a otro de la habitación—. Se lo advertí. —Se detuvo frente a la ventana y miró hacia el patio, luego se volvió hacia Pablo—. Se fue y no la volví a ver hasta el día que nos encontramos en Oldache, contigo. Por eso volvió a Oldache, Pablo, él estaba allí. Un par de días después me llamó, me dijo que tenía razón y que iba a hacerlo, que se iba a alejar de él. —Se quedó pensativo un momento antes de continuar—. La tarde de la fiesta quedamos para tomar café. Solo me dijo que se marchaba, que se tenía que ir porque no podía más. No quiero estar aquí, no puedo vivir así, mientras esté en Oldache nada se va a arreglar y no sé

cómo explicárselo a Pablo. Yo insistí en que tenía que hablar contigo, que ya estaba bien, que tenía que decírtelo todo, que si no se daba cuenta de lo que hacía. Se lamentó, pero me prometió que lo haría y me hizo prometer que, pasase lo que pasase, yo no diría nada. Esa noche, cuando no apareció en la fiesta, no sabía qué pensar, no me fiaba de ella, pero había también algo en ti que me hacía desconfiar, pensé que sabías más de lo que decías, reconozco que tenía mis prejuicios. También, lo confieso, pensé que ella nos la había vuelto a jugar. Después, es que no supe qué hacer, no encontré el momento, pasaba el tiempo y cada vez era más difícil hablar.

Desde el banco azul contempla el mar. Dudó de Raúl, aún no está seguro de él, pero necesita creerle. Unos metros más allá, un hombre contempla el paisaje, algo en su actitud incomoda a Pablo. Se levanta y regresa por el sendero, cada poco vuelve la cabeza hacia atrás para controlar al hombre del acantilado. En la Caleta, una mujer toma el sol. Durante el último invierno la borrasca se llevó la rampa de acceso, Silvia no pudo pasar desde la playa porque la marea estaba alta a esa hora, necesariamente tuvo que acceder entre los escombros de la rampa. Vuelve a mirar atrás y el hombre ya no está. Aprieta el paso hasta llegar al paseo Marítimo.

La calle Maura está demasiado tranquila, se apresura hasta su coche y conduce directo a su casa. Está seguro de que ese hombre lo sigue. Conectará la alarma y se quedará allí. ¿Y si Raúl fue al Islote tras ella? Había una tercera persona. Intenta tranquilizarse y piensa que es el momento de llamar a la sargento Medina. Se aferra al volante. ¡Mierda!, lo golpea con el puño. Si Silvia se iba a marchar sola, puede que ese hombre no lo consintiese. Puede que Raúl no lo consintiese. La duda y, sobre todo, ese sentimiento de culpa que lo aísla del mundo con un manto tupido. Deja el coche en la calle, no ve nada extraño en los

alrededores. Los Lirios es una de las urbanizaciones más tranquilas de Oldache, por eso eligió vivir aquí.

* * *

A Silvia le gustaban los niños. Disfrutaba con ellos. Los hijos de sus amigos la adoraban. Se entendían. Entraba en sus juegos, se convertía en uno más. Por eso Pablo no comprendía su tajante oposición a ser madre. La observaba jugando al fútbol en la playa, corriendo de portería en portería como si la vida le fuese en ello. Entonces, quería creer que no todo estaba perdido. La escuchaba discutir con vehemencia unas reglas que no conocía y celebraba con pasión cada uno de los goles de su equipo. Así, verla desaliñada, con el pelo revuelto y las mejillas encendidas le producía una ternura infinita. Luego, a menudo, Pablo perdía la paciencia porque el tiempo apremiaba para los dos; sin embargo, en esos momentos todo le parecía posible.

Silvia evitaba el tema. Nunca dio razones. Solo en una ocasión durante uno de sus viajes por Marruecos habló de ello abiertamente. Era la primera vez que visitaban el país y todo lo que veían les provocaba emociones intensas. Estaban en una etapa difícil de su relación, solo hacía un mes del incidente con Raúl en el Gasby y seguía incómodo. Le hacía sentir que la relación a distancia se sustentaba en un delicado pilar de calma tensa con la que le costaba bregar. La discusión le cayó mal y, encima, Fede estuvo calentándole la cabeza durante todo el viaje de regreso a Oldache. Apenas había tenido tiempo de cerrar la puerta de su casa cuando Silvia lo llamó. Nunca lo hacía, siempre esperaba a que llamase él. Hablaron de cosas banales, le preguntó que cómo se presentaba la semana y que si hacía buen tiempo. Sintió que ella daba más explicaciones que de costumbre, pero evitó discutir. Ya casi se habían despedido cuando Silvia dijo:

—¿Está todo bien?

Su voz se suavizó. Pensó en qué decirle, tenía muchas cosas en la cabeza, pero solo respondió:

—Sí, claro...

—Vale, pues eso..., nada..., que descansas..., y... un beso.

—Que descansas..., otro.

Pero no volvió a dormir bien. Su mundo se transformaba a grandes pasos en un espacio deshabitado e inhóspito que no reconocía. Ni siquiera para él mismo era capaz de admitir que estaba asustado. Organizaron las vacaciones por teléfono y se encontraron en el aeropuerto el día de la salida. Silvia parecía animada y él decidió dejarse llevar, como si nada hubiese pasado. Era posible que nada estuviese pasando más allá de su imaginación. Estaba con ella y quería olvidar la desafortunada escena en la que Raúl la abrazaba mientras bailaban.

Recorrían la región del Atlas. A Pablo le impresionó la aridez extrema del paisaje. Silvia lo comparó con el sur, la tierra de donde venía su padre, que ella había visitado varias veces y que siempre estaba en sus planes recorrer juntos. No se parecen en nada, dijo, los pueblos son blancos, en contraste con estas casas de tierra que apenas se distinguen de las montañas, pero de alguna manera son iguales. Pablo no sabía qué pensar, lo que veía le parecía desolador y se resistía a creer que, en su país, por mucho que Silvia insistiese, hubiese nada parecido. Se habían refugiado del calor y del polvo en el patio de un café. Aceptaron un té caliente que para su sorpresa les aplacó la sed. A la sombra del emparrado se estaba fresco. Lo sostenía una estructura de cañas, en apariencia endeble, que aguantaba bien la carga de los racimos casi maduros. Pablo calculó mentalmente el peso que soportaba.

—Con este clima, a la fuerza la gente tiene que ser muy

distinta —dijo reflexivo.

Silvia se dejó caer sobre el respaldo de la silla, cerró los párpados, suspiró profundo con la satisfacción del que descansa y respondió:

—¿Cómo, distinta? ¿Distinta a las de tu pueblo, quieres decir? Yo creo que, en el fondo, la gente es igual en todos lados. —Se incorporó y lo miró. Los ojos se le ensombrecieron—. Trabajan, viven como pueden, crían a sus hijos como pueden. Lo que pasa es que tú no estás acostumbrado a este tipo de miseria, eso es lo que te parece distinto.

Podía ser, Pablo no lo descartaba. Era verdad que si algo le desconcertaba, rápidamente renunciaba a catalogarlo. En los pueblos, los campesinos, la mayoría mujeres, parecían pertenecer a otra época. Las carreteras eran meras bandas de asfalto pintadas en la tierra rojiza, estrechas, sinuosas y llenas de baches. Mucha gente, trabajadores, pensó Pablo, se desplazaban hacinados en camiones, de pie, los unos contra los otros. Sus rostros curtidos por el sol, con los ojos entornados y enfocados al infinito. Todo le resultaba ajeno y extraordinario. Él también era de pueblo, su familia había vivido del campo, del ganado, pero nada parecido a esto. El agua y el verdor de sus montañas le hacían pensar en algo limpio y acogedor, en contraste con esa tierra quemada y polvorienta que, sin embargo, quizá por lo extremo, le parecía enigmática y bella.

Lo peor eran los niños. Había muchos, parecían producirse por generación espontánea. Algunos iban descalzos, otros vestidos con lo que para Pablo eran harapos. Perseguían a los turistas como un enjambre de moscas en busca de algunas monedas. Las niñas, demasiado pequeñas aún, a menudo cargaban a la espalda con bebés o tiraban de la mano de otros que parecían estar a su cargo. Se lo hizo ver a Silvia.

—Ningún niño debería vivir de esa manera —dijo—, alguien

debería evitarlo.

—Alguien, eso tiene gracia. —Soltó una risita sarcástica—. Pero, es verdad, nadie tendría que ver a sus hijos así. —Se puso seria, las ojeras se le marcaban en el rostro. Habían madrugado y parecía cansada—. Esos niños deberían estar en el colegio, no mendigando en la calle. Dices *alguien* como si se tratase de un ente abstracto ajeno a ti, a todos. Esta gente no siente diferente, Pablo, algunos intentan otra vida y, a poco que pienses, sabes lo que pasa. —Se dejó caer otra vez en el asiento—. Si no, acuérdate de lo que opinan muchos de tus amigos.

—Bueno —Pablo empezaba a sentirse incómodo con la conversación—, no quiero discutir eso ahora. Yo no pienso como ellos, hago lo que puedo —se justificó—, sabes que no soy insensible. —Se acomodó en la silla—. En fin, es posible que no sea para tanto, que estemos mirando las cosas desde nuestro prisma. Estamos de vacaciones, está bien que seamos receptivos con lo que vemos, para eso viajamos, ¿no? Seguro que esta experiencia en algo nos influye, algo siempre cambia.

—Claro —ella sonrió con tristeza—, tampoco hay que venir hasta aquí, la mala vida, mirada desde el prisma que se mire, está en todos lados, no hay que escarbar mucho. —Se sirvió un poco más de té—. No siempre los padres pueden proteger a sus hijos —dijo, mientras rellenaba también la taza de Pablo.

—¿Cómo no van a poder hacerlo? —reaccionó él—. Entonces, quizá no deberían tenerlos, al menos no tantos. —Algo que no entendía le conmocionaba por dentro y habló casi con violencia—. Cuanto peores condiciones de vida, más hijos tienen.

—No has pensado que puede ser porque los necesitan.

Pablo solo sabía que su padre se empeñaba en enseñarle el oficio de las vacas y que su madre se opuso; por eso lo mandó fuera del pueblo, para estudiar, aunque a él le pareciese que lo hizo demasiado pronto. Se esforzó por alejar esos pensamientos

que no le gustaban y que no venían a cuento. Sabía que no debía continuar por ahí, que sería mejor cambiar de tema, pero la oportunidad se impuso y se lanzó.

—Pues yo también lo necesito. Me gustaría ser padre, ya lo sabes. —Se detuvo para estudiar su reacción—. Un niño, o mejor una niña que se parezca a ti —dijo con voz melosa—. Nosotros sí podríamos cuidar de ella. A nuestra hija no le iba a faltar de nada.

Estaba seguro de lo que iba a pasar: ella sonreiría, diría cualquier cosa trivial y huiría con evasivas; él no insistiría, lo dejaría pasar y buscaría algún sitio donde comer en la guía turística que habían dejado sobre la mesa. Sin embargo, el rostro de Silvia se ensombreció, frunció el ceño y se mordisqueó el labio inferior con tozudez antes de contestar:

—No, Pablo, yo no podría. Yo no puedo proteger a nadie, por eso no quiero tener hijos, por eso nunca voy a tenerlos. —Después, levantó los ojos hacia el emparrado y parpadeó deprisa como quien controla las lágrimas—. Si para ti es tan importante, quizá tendrías que pensarlo en serio, estás a tiempo, yo lo entendería.

* * *

Es muy temprano cuando el teléfono vibra en la mesilla de noche. El aire mueve los visillos y la primera claridad los tiñe de un dorado suave y cálido. Pablo se da la vuelta en la cama, pero el zumbido no cesa. Un teléfono a deshoras lo lleva a pensar en su madre. Mira la pantalla. Es Raúl. La llamada se corta cuando ya tiene el teléfono en la mano. Se despereza incapaz de reaccionar todavía. El teléfono vuelve a vibrar y, esta vez, las vísceras le envían una señal de alerta. Contesta; la voz de su amigo no deja lugar a dudas.

—Pablo —casi grita—, ¿estás bien?, ¿por qué puñetas no coges el teléfono?

—Sí, estoy bien, ¿qué pasa? Estaba durmiendo, me has despertado.

—¿Estás en casa?

No puede evitar un marcado gesto de incredulidad, Raúl parece alterado y eso ya es una novedad.

—Quédate ahí, no atiendas a nadie —insiste—, llama enseguida a la sargento Medina. Por favor, hazlo y ten cuidado.

—Me estás asustando, Raúl, ¿me puedes explicar qué te pasa?

—Lo han matado. Al tatuador. Lo han matado.

—¿Qué estás diciendo?

Las piernas reaccionan antes que la mente y lo llevan hasta el mirador. El motor de un coche rompe el silencio. La luna sigue su camino hacia el oeste. Alborea. El resto es quietud.

—Ha aparecido muerto en su tienda —escucha a Raúl al otro lado de la línea—. ¿Has vuelto a ver a alguien?

Pablo niega con la cabeza mientras se mueve por la habitación. Cierra la ventana. Raúl le apremia a contestar. Se sienta en la cama. Se obliga a tranquilizarse.

—No lo sé —dice al fin en voz alta—, puede. ¿Cómo te has enterado? ¿Por qué crees que tiene algo que ver con Silvia o con nosotros?

Intuye, sabe, que tiene que ver con ellos.

—En el periódico —responde Raúl algo más sosegado—. Una noticia local, especulan con un ajuste de cuentas. Pero no es eso solo, Pablo, si lo he visto es porque alguien lo ha mandado a mi móvil. —Calla. Puede oír su respiración agitada. Le sobresalta el sonido del mensaje que entra. Raúl vuelve a hablar—: Ya estaba cerrando el Gasby cuando lo he recibido, te lo acabo de enviar, ¿lo tienes? Es un número oculto, no sé quién ha sido ni por qué.

En el archivo que abre hay una fotografía donde reconoce la

calle y la fachada del estudio de JT; debajo, el texto con la noticia. Es escueto, lo lee enseguida, coincide con lo que ha dicho Raúl. En otra línea del mensaje, escrito por quien sea que ha compartido la noticia, dice: *La mariposa ha volado, os conviene saber adónde.*

Pablo se frota la cara como si necesitase quitarse algo de encima. Vuelve a mirar hacia afuera. Todo sigue en calma excepto las hojas de los plátanos de sombra que el viento mueve, ahora, con violencia.

—¿Sigues ahí?

—Crees que se refiere a...

—¡Vamos, Pablo!, ¿a qué si no?

—Entonces, quieres decir que Silvia estaba metida en eso. La mariposa, el poema, el tatuaje... ¿eran algo así como un código entre ellos? Pero ¿por qué te lo han mandado a ti?

—Yo qué sé. ¿De qué poema hablas? —resopla—. Oye, quita el altavoz, ni siquiera deberíamos estar hablando de esto por teléfono. Nos han estado vigilando a los dos. Seguro que siguen haciéndolo. Va en serio, Pablo, yo no sé por dónde tirar, me estoy volviendo loco. Llama a la sargento. Voy a intentar descansar algo, llevo toda la noche en pie, y me voy para allá. La han matado, Pablo, la han matado a ella y ahora puede que vayan a por nosotros.

No ha salido a la calle en todo el fin de semana, ni siquiera al jardín. La idea de que el hombre del acantilado lo vigilaba había tomado fuerza. Se siente enjaulado en su propia casa, vulnerable. Es reflexivo, lo que se suele decir una persona cabal, muy poco dada a arrebatos. Analiza los problemas sin pasión, ese es su método: nunca actuar antes de controlar todas las variables. De niño era inseguro y asustadizo, esta seguridad suya de ahora es fruto de la voluntad. Silvia ha sido la excepción a la lógica. Por supuesto que desconfió de ella cuando sospechó que lo engañaba con Raúl, claro que sabía que se guardaba cosas, y, quién no, claro

que sufría porque, por más que quisiese, no podía acceder a todos los rincones de su mente. Ha tenido que esforzarse por dejar a cada uno en paz con sus reservas: él mismo reconoce las suyas. Aunque demasiado tarde, empieza a comprenderlo. Está aprendiendo a querer a Silvia de otra manera. También a Raúl. Pero ahora el tatuador está muerto y eso es otra cosa, eso no lo puede obviar.

El viernes llegó a casa preocupado. No entró por el garaje: aparcó el coche fuera para poder observar los alrededores. Antes de abrir la puerta, miró a un lado y a otro de la calle asegurándose de que no hubiese nadie. Por eso no sabe de dónde salió, se distrajo solo unos segundos mientras buscaba la llave y, cuando oyó los pasos y la voz ya la tenía encima, reaccionó deprisa, se lanzó sin mirar y descargó todo el peso de la mochila que llevaba en la mano sobre esa voz.

—Por favor, señor Pablo, por favor. —Yeni intentó protegerse de los golpes.

Pablo se separó. Jadeaba como un animal.

—¡Yeni, eres tú! —dijo con la voz aún entrecortada por el esfuerzo—. ¿Qué haces aquí?

La mujer se quedó de pie frente a él, prevenida, temiendo un nuevo ataque. Parecía triste o agotada. Su tez, normalmente de un lustroso tono acaramelado, se veía apagada. Una de sus mejillas estaba amoratada. Hipaba ruidosamente.

—Señor Pablo, quiero pedirle perdón —los gimoteos le apagaban la voz—. Por favor, señor, escúcheme, me obligaron, me amenazaron con hacerle algo a usted, tenía miedo por usted, por favor, créame... —Las lágrimas le anegaban los ojos y la cara—. Yo no sabía que mi novio estaba metido en esto; no quería que le pasase nada a usted. Me dijeron que solo entrarían un momento, que mejor que yo no estuviese, que si les daba una llave usted ni se enteraría.

Extendió los brazos hacia él, parecía inofensiva, desamparada, pero Pablo no iba a ablandarse, no iba a permitir que entrase en la casa. Le dijo que dijese lo que tuviese que decir y se marchase. La mujer retrocedió y se paró junto a los setos de hortensias sin dejar de sollozar. Pablo la apremió y, al fin, soltó, como si lo hubiese retenido a presión, que ese hombre que se había ahogado con Silvia tenía algo que el jefe de su novio quería. A veces, los espasmos del llanto la obligaban a interrumpir el relato. No sabía de las cosas del Berto, eso lo juraba. La señora, ese mismo día, el día..., ¡Ave María Purísima!, se santiguó con rapidez, había estado en el barrio preguntando por el jefe de Berto y, aunque no lo encontró, él lo supo. Pensó que ella sabía dónde estaba lo que buscaba. Arreció el llanto. Y, pues, quiso entrar en la casa. Yeni se lo había dicho muy clarito al Berto: el señor Pablo no está en ese negocio. Se ofreció para registrar la casa ella misma, rebuscó en los armarios, en todos los sitios y, después, lo dejó todo bien ordenado para que no se notase. No encontró nada, le dijo al Berto que solo quedaban unas cajas cerradas por mirar, las que había traído la señora, pero que eso no lo pensaba tocar hasta que el señor se lo mandase. Por eso insistió y le tuvo que dar las llaves del cajetín. Hizo una copia y se las devolvió enseguida. Le aseguró que entraría cuando no hubiese nadie, que a Pablo no le pasaría nada, se lo prometió.

—Yeni, te agradezco que hayas venido y me hayas contado todo esto, pero no quiero que vuelvas más.

Bajó la cabeza y asintió. Antes de marcharse, insistió en que tuviese cuidado.

—Son gente peligrosa —advirtió—, no van a parar hasta que consigan lo que buscan. Si sabe lo que quieren, dáselo, mejor no meta a la Policía, yo lo hice y no les gustó. —Llevó la mano a la mejilla—. Tenga cuidado. Yo..., por Diosito, le juro que lo siento.

Yeni se marchó y él se encerró en la casa. Había mandado

cambiar las cerraduras y, aun así, ya no la sentía como un refugio. Su casa: el lugar donde nada le podía pasar, eso también se lo han robado. Antes, solo había sentido algo parecido junto a sus tíos. Jamás echaba la llave por dentro, pero esta vez lo hizo y, antes de irse a dormir, se aseguró de que todas las ventanas quedasen cerradas. Dejó una rendija en la del dormitorio porque al entrar le faltó el aire y sintió que se ahogaba.

* * *

En el local de JT, mientras se perdía en el movimiento de esas manos cubiertas de tinta y anillos plateados, mientras sus palabras le sonaban impúdicas, Pablo empezó a intuir que la mariposa no era solo un adorno. La imagen de Silvia le hacía daño, su cuerpo, deseable, incitador, expuesto. Una fotografía bella, lo tenía que reconocer, aunque su deseo fuese arrancarla de aquella pared. A menudo, Silvia y él discutían por cosas sin sentido que, en realidad, no les importaban. Se enzarzaban solo por el gusto o la necesidad de lidiar y salir victoriosos. No pudo evitar la idea de que exhibirse había sido un acto más de rebeldía contra él, su forma de quedar por encima. Pablo se había mofado de esa absurda moda de tatuarse el cuerpo que se imponía. Ella lo defendió como un acto incuestionable de libertad y, con arrogancia, al menos así lo sintió él, dijo que no le apetecía discutir tonterías. Pablo se creció en lo que interpretaba como un abandono por falta de argumentos y alardeó ante ella de su triunfo. Silvia nunca se rendía, nunca dejaba una contienda sin resolver; esa fotografía, estaba seguro, era una respuesta. Lo hacía por divertirse, le gustaban esos juegos. Lo mismo que el poema, quiso convencerse de que lo había puesto ahí para que él lo encontrase. Eso era, un juego. Puede que hubiese alguna intención más, puede que buscase mostrarse, mandar el aviso de

que pasaban cosas a su alrededor mientras él permanecía ciego. Sin embargo, de golpe, la posibilidad que se le imponía era que él no estuviese invitado a participar en el juego.

La conversación con Raúl lo deja desorientado. Se ducha y se viste como si fuese a salir, aunque no va a ninguna parte. Recorre la casa para comprobar que las puertas y las ventanas están cerradas, que la alarma y la cámara exterior están conectadas. Termina la ronda en la cocina, toma un sorbo de café y, por inercia, vuelve a empezar la misma secuencia. A media mañana sale al jardín; el sol es solo una mancha luminosa velada de nubes. Se sienta, se levanta, se sienta, entra, sale, no se concentra en nada. Cualquier pensamiento le parece igual de impreciso que el anterior. Necesita un método con el que ordenarse. Recupera la lista que hizo durante el fin de semana.

Registrar la casa.

La primera línea, ya tachada, le llevó toda la tarde del viernes y parte de la mañana del sábado. No tenía por qué creer a Yeni. Hizo un registro sistemático. Dividió la casa en sectores. Rastreó las habitaciones, el garaje, los armarios. Retiró los libros de las estanterías, vació los cajones, no dejó ningún rincón libre al control, pero nada, ni siquiera algo de ella que pudiese haber desatado la añoranza. No había habitado la casa el tiempo suficiente como para guardar secretos, no le pertenecía hasta ese punto. Se sirve más café y echa a un lado platos y vasos usados para hacer un hueco en la mesa. La ausencia de Yeni se hace notar. Deja la lista y lleva la vajilla sucia al fregadero, no se para ante las salpicaduras de aceite en la pared y la encimera.

Silvia hacía listas para todo. La de la compra, por ejemplo, la escribía antes de ir al supermercado y luego siempre se la dejaba olvidada.

—¡Mierda, la lista!

Se cumplía el protocolo: Pablo se burlaba de ella.

—¡Bueno, bueno, la lista! ¿Y ahora qué hacemos?

—No me hace falta, me acuerdo.

Una vez de vuelta a casa, comparaba lo que traía con lo que había apuntado en la libreta que usaba para esas cosas y nunca faltaba nada.

—¿Ves? —decía triunfante—, para esto sirven las listas.

Pablo hizo la suya y puso en ella las cosas que no entiende, todo lo que tiene que hacer por su cuenta antes de hablar con la sargento Medina. Eso, hablar con la sargento, está en la penúltima línea. Pero la muerte del tatuador lo pone todo patas arriba. Registrar la casa le parece ahora inútil, si lo han matado es porque sabía algo, al menos los que lo han hecho creían que tenía lo que buscaban. Le intranquiliza aún más pensar que fue él quien los llevó hasta el tatuador. Sigue sin conocer la naturaleza de la relación entre Silvia y el Loco, pero quizá ella podría haber sido una mensajera, su enlace con ese tipo y la mariposa algo así como una consigna. Era su cómplice o la obligó a hacerlo, pero no entendía por qué. La mariposa cobra una nueva dimensión, es necesario averiguar por qué se la hizo y qué significan realmente ese tatuaje y el poema.

Suena el teléfono. Esta vez es su madre. Lo deja sonar sin cogerlo porque sabe lo que quiere y no tiene respuesta. La urna con las cenizas de Silvia se ha convertido en un objeto más de la casa, pero su madre no lo entiende, está obsesionada con la idea de que no debería tenerlas ahí. La madre y la tía querrían estar con él. Lo insinuaron durante el velatorio: hijo, lo natural es que no estés solo, que tu familia te acompañe. Las entiende, pero necesita esta soledad. No podría con su solícita vigilancia. Querrían anticiparse a sus deseos, actuar por él, sentir por él si fuese necesario. Le escribe un mensaje: *Mamá, estoy bien, liado, luego te llamo.*

En la segunda línea de la lista está escrito:

Volver al Barrio Alto. Hablar con el viejo.

Eso es lo que tiene que hacer de inmediato.

Entonces, apenas lo piensa, el timbre de la puerta suena como una advertencia. En vez de abrir, sube los peldaños de la escalera de dos en dos hasta el dormitorio. Desde allí puede ver la entrada sin ser visto. Se asoma de costado para ocultarse. Quien está abajo se ha pegado tanto a la puerta que queda fuera de su alcance. Se inclina un poco y acierta a descubrir el final de unas piernas y unos zapatos de tacón. Otro timbrazo. ¡Joder!, exclama cuando Tina retrocede para mirar hacia arriba.

Llamar a Fede y a Tina.

Es la tercera línea. No hay un orden de ejecución pensado de antemano, lo escribió a medida que se le ocurría. A Tina y a Fede los había llamado varias veces durante el fin de semana. El domingo, Fede le devolvió la llamada. Estaba fuera de Oldache, no volvería hasta el martes. Perdona que no te haya contestado antes, he estado liado. No sabía nada de Tina, salvo que también estaba de viaje. Parecía que se habían puesto de acuerdo. Quedó con él en que esa semana se verían en el estudio y hablarían con calma.

—Aunque sobre lo que creo que te interesa, te advierto de antemano que no tengo mucho más que decir.

Tina, en cambio, sí tiene cosas que decir.

Sugiere que se sienten en el jardín y que sea Pablo quien le pregunte lo que quiera. Su mirada está apagada, sin energía, aunque en la mandíbula mantiene la firmeza habitual.

—No sé ni por dónde empezar —dice Pablo—. ¿Por qué no me dijiste que Silvia te había pedido dinero?

—Eso no era yo quien tenía que contártelo. No iba a venirme con ese cuento, era algo entre nosotras. Después, no sé, me dio pena, pensé que, dadas las circunstancias, era mejor evitarte ciertas cosas.

—Pero eres mi amiga, ¿eres mi amiga o no eres mi amiga?

—Sí, claro, soy tu amiga..., por eso...

—Pues no sé qué pensar. Te llamo mil veces y no me contestas. Puede que esté en el peor momento de mi vida y lo único que veo es que pasas de mí.

—No, Pablo, eso no. —Durante unos segundos recoge sus manos y sus ojos en el regazo, pero enseguida se yergue, recarga de aire sus pulmones y lo mira de frente—. Estoy aquí, ¿no? Tuve que salir de viaje con Ramón, y..., bueno..., no era el momento. Pregúntame, voy a decirte todo lo que quieras, hasta donde yo sé.

—Quiero saberlo todo.

Le pide algo de beber. Un té, le apetece un té. Pablo se levanta, va a la cocina, lo prepara con prisa y lo sirve en la primera taza que encuentra. Le entrega el té y se queda de pie frente a ella. La taza tiene un desconchón que parece cortante en el borde, la mujer lo mira y la deja sobre la mesa.

—Me pidió dinero —dice. A veces levanta los ojos, que enseguida se concentran en el esmalte impecable de sus uñas para evitar mirarlo de frente—. Me llamó y me pidió que la ayudase. Parecía preocupada, o asustada..., no sé. —Hace el ademán de coger la taza, pero se arrepiente—. Yo le tenía cariño, lo sabes, no siempre nos entendíamos, pero le tenía cariño. Era valiente, por eso la respetaba. A veces la sentía próxima y, sin saber por qué, volvía a poner distancia entre nosotras, era como si me empujase lejos de ella. Estaba agradecida, también lo sé, pero se esforzaba en dejarme claro que amigas no éramos. —Hace una pausa, se retira el pelo hacia atrás y cierra los puños como buscando las palabras—. En verdad, tenía cosas que agradecerme, pero era orgullosa..., yo no quería su gratitud..., solo... ¡Siéntate, por favor, me estás poniendo nerviosa!

Pablo se sienta. De repente, necesita mirarla. Está guapa. Creía que nunca más la desearía, pero sus labios evocan el tacto

de ese aliento que conoce. La besaría. Sin embargo, se disculpa y le pide que siga. La taza de té sobre la mesa ha dejado de humear.

Silvia la llamó poco después de su llegada a Oldache. Quedaron en verse. No te lo pediría si no fuese importante, le dijo. Había conseguido convencer a Ladislao de que se quitase de en medio, que se marchase lejos, por eso necesitaba el dinero. Por un tiempo, aseguró, hasta que arregle unos asuntos, enseguida te lo podré devolver. En un principio, Tina se lo negó: mira, Silvia, es que no me lo creo, no me creo que se vaya a ir. Tina le aclaró a Pablo que, por razones que luego comprendería, estaba al tanto de todo lo que tenía que ver con ese tipo, bueno, no de todo, reconoció, había muchas lagunas en la historia. Negó con la cabeza. Perdona, Pablo, meditó, pero esa obsesión que tenía por ella, que tenían los dos, solo se puede explicar de una manera. Al final, después de pensarlo, Tina cedió con lo de los tres mil euros que pedía. El día de la fiesta, cuando se encontraron por casualidad en el aparcamiento del supermercado, Silvia dijo que era una suerte que se hubieran visto porque estaba a punto de llamarla, si podía ser necesitaba el dinero esa misma tarde. Tina se molestó, pero ¿qué te has creído?, le dijo, ¿que llevo fajos de billetes en el bolso? Es imposible. Se marchó. No sabe qué tenía esa mujer que siempre terminaba convenciéndola. Tengo mis recursos para conseguir dinero, le explicó a Pablo, así que, al final, un rato después la llamé y le dije que de acuerdo.

Le pidió que lo llevase al Islote. Prometió que era el último favor que le pedía. Puedes coger la motora de Pablo, le ofreció. Era muy loco, Tina no se decidía y ella insistió en que era lo mejor; añadió que él no la iba a usar y que, si se enteraba, se encargaría de explicárselo. A Tina no le gustó la idea, mucho menos ir sola. Silvia repitió varias veces que podía estar tranquila, que todo iba a salir bien. Pero estaba asustada y por eso le contó a Fede solo lo imprescindible y le pidió que la

acompañase. Él se resistió, no me fío de esa tía, gruñó, pero al final fue. Tina suponía que pensó que encontraría la manera de utilizarlo contra Silvia. Más allá de la antipatía, parecía tener algo contra ella, Tina no sabía lo que era, pero algo había pasado entre esos dos.

Cogieron la lancha y llegaron al Islote antes de la hora fijada. Había gente en las playas y tenían miedo de que los reconociesen. En el Islote no había nadie. Tina llevaba un sobre con el dinero envuelto en plástico, tal como le había indicado Silvia que hiciera. Lo dejó en el lugar acordado, un hueco entre rocas. Sin embargo, en el último momento se arrepintió, aquello era demasiado extraño, eran tres mil euros. Pensó en Ramón y le entró pánico de estarse metiendo en un lío. Cuando Fede ya estaba en la lancha esperándola y no la podía ver, cogió el dinero y se lo guardó de nuevo.

—¡Pero, Tina, Fede me aseguró que había vuelto al Islote, que el dinero seguía en el mismo sitio y que lo recogió! —exclama Pablo.

—No es verdad, no sé por qué te dijo eso.

—¿Lo que me has contado lo sabe la sargento Medina?

—Sí, cuando me interrogó tuve que decirlo —suspira.

—Pero ¿para qué se supone que necesitaba ese Ladis el dinero?

—No lo sé. Es todo muy extraño, Pablo, a veces creo que la muerte de Silvia nos ha cambiado a todos, no reconozco a nadie, ni a ti ni a mí misma. Tengo mucho miedo —le cogió las manos—, pienso que, si hubiese esperado un poco más en el Islote, quizá... Mira, es solo una intuición, pero me parece que deberías tener cuidado con Fede, últimamente se junta con gente poco fiable.

Durante el registro encontró una libreta en un cajón de la cocina, lo único que pertenecía a Silvia. En la espiral metálica había restos de hojas arrancadas; una de ellas quizá la del poema.

También estaba allí, tachada de lado a lado con una equis, la lista de la compra para la fiesta. Otras, tareas suyas, anuladas de la misma manera. Solo la última seguía intacta: *Revisar cisterna baño pequeño, llevar traje tintorería, llamar banco, comprar calcetines Pablo*. Él prefiere tachar su lista línea a línea, deshacerse poco a poco de lo escrito. La tinta azul de su bolígrafo Parkerse apelmaza con sincronía, siempre después del mismo número de trazos. Ya tiene sus años. Fue el regalo de graduación de su madre. Se lo dio muy ceremoniosa, acorde a como se había arreglado para la ocasión. ¡Qué menos para mi hijo, todo un arquitecto! Estaba orgullosa. ¿Qué sabía ella de bolígrafos? Le explicó que el alcalde del pueblo tenía uno igual, que lo había visto porque siempre lo usaba para firmar.

Fue esa libreta lo que le dio la idea de la lista. *Llamar a Fede y a Tina* es otra cosa que puede tachar. La contempla como hacía con los álbumes de cromos de su infancia, con el ansia de verlos completos, de que desapareciera de una vez el hueco en blanco de Milla que nunca salía en la colección de la liga del 88. Siempre había un cromo imposible.

Escribir un e-mail a R. Harbor.

Lo escribió el sábado, aún no tenía respuesta, no podía tacharlo.

Raúl había llegado cuando empezaba a anochecer y cortó las confidencias de Tina. No llegó a aclarar las insinuaciones sobre las amistades de Fede: el concejal que Pablo vio en el estudio el día anterior y un empresario que, aseguró, Ramón conocía muy bien. Tina dijo que tenía frío y que estaba hambrienta. Entraron en el salón. Raúl también venía cansado y con hambre. Después de mal dormir unas pocas horas, había hecho el viaje desde Madrid de un tirón. Se quejó de que la niebla lo había cogido a pocos kilómetros de Oldache.

—Donde siempre —dijo—. La verdad, este clima se me hace

cada vez más insoportable.

Desde la caída de la tarde, un halo de humedad coloreaba los contornos de la luna menguante. En la casa no quedaba nada para comer, solo cerveza con la que distraer el hambre. A Raúl no le pareció una buena idea salir a cenar como propuso Tina, así que encargaron unas pizzas por teléfono. Estaba obcecado, Pablo no lo reconocía. Raúl, el eterno imprudente, se empeñó en asegurarse de que el repartidor de pizzas no era sospechoso; para asombro del joven y de todos, le obligó a sacar su DNI e identificarse. El viento había cambiado y soplaba del norte, los últimos farolillos que resistían colgados de los árboles fueron arrastrados hasta el suelo y empujados colina abajo.

* * *

Pablo se levanta temprano para ir en busca del viejo. Tina sigue durmiendo, en apariencia indiferente a que Pablo haya abandonado la cama, y a ella, en medio de la noche. De cuando en cuando, los ronquidos suaves de Raúl sobrepasan los límites de la habitación de invitados. Se mueve con sigilo por la casa para evitar que alguno se despierte y quiera impedir que vaya solo. Antes de salir deja una nota sobre la mesa de la cocina.

Hasta que la mole gris de la fábrica le sale al encuentro y lo guía, sin Yeni le cuesta orientarse por el laberinto de calles del barrio. A veces nota que el pie se le relaja en el acelerador y el motor traquetea. No puede conducir, pensar y vigilar a la vez. Se detiene junto a la plaza y sale del coche para calmarse.

A pesar del tiempo que ha pasado, puede reconocer las sensaciones que le describió Tina la tarde anterior de su paso por el Barrio Alto, cuando fue a buscar a Silvia. La imagina: Tina, *la más pija de Oldache*, según sus propios amigos. La idea le obliga

a sonreír. Hay algo en el aire, lo nota, es un tufo indefinible que irrita la garganta y le provoca una tos pectoral. Es asco, un estremecimiento de las vísceras. Eso era lo que a Tina le costaba explicar: su desamparo ante esa grisura que le era tan ajena. En cada mujer, en cada niña que pasa, quiere reconocer a Silvia, a la Silvia de antes, a la de entonces, a la que Tina rescató porque él no estaba. Silvia lo buscó, pero no estaba. Delante del coche, junto a la puerta de lo que supone que es una iglesia, por la presencia de un crucifijo en la fachada, un hombre pide limosna. Los mendigos suelen ser invisibles en la ciudad, pero aquí un hombre de rodillas brindando su miseria a la miseria no puede pasar desapercibido. De alguna manera, Tina lo lleva de la mano, le da otra oportunidad, el tiempo retrocede y es él quien va en busca de Silvia para sacarla de allí.

El viejo lo recibe mal. No parece la misma persona con la que habló y bebió coñac hace solo unos días.

—Otra vez por aquí —murmura al abrir la puerta—. ¿Qué coño quieres?, yo no tengo nada más que decir, no sé nada. Se lo dije a la *picoleta* esa que vino, no sé *nada*.

Tiene los ojos achicados; es demasiado temprano para el alcohol que lleva encima.

—Buenos días, señor Joaquín —intenta parecer amistoso—, solo quiero charlar un poco más con usted. Si le parece bien, claro.

El hombre agudiza el mal gesto, pero le deja entrar.

—No sé por qué me da que la niña no te contó mucho o que tú no has andado muy espabilado con ella, vamos, eso me barrunto.

A Tina también le había costado llegar hasta la casa del viejo. Según su relato, tuvo que parar a preguntar varias veces. Su coche, un BMW casi nuevo, llamaba demasiado la atención. Dos jóvenes se ofrecieron a acompañarla, te llevamos donde quieras, guapa, si nos dejas subir a tu *buguita*, lo recordaba como si hubiese sido ayer. Al principio les dio cancha, pero enseguida se

asustó porque sus comentarios se volvieron obscenos e inquietantes. Por fortuna, el viejo, que entonces todavía no lo era, había salido en su busca, porque conocía el percal, le dijo. La encontró y la rescató a base de juramentos y amenazas. Con ella fue muy amable y a Silvia la trataba con cariño, con mimo, fue lo que Tina dijo. Le pidió que la cuidase y que sobre todo se asegurase de que nunca volviese por allí.

El viejo cojea más que la última vez. Ni el bastón es suficiente para mantener el equilibrio mientras va en busca del coñac y de las dos tazas desportilladas que Pablo ya conoce.

—Es muy pronto para mí, gracias —se disculpa Pablo. A su estómago todavía no se le ha ido el recuerdo de ese mejunje.

La casa está igual, pero esta mañana hay en el ambiente un olor a algo fermentado que potencia la sensación de abandono.

—A lo peor —dice el viejo, marcando las palabras mientras deja las tazas sobre la mesa—, es que no fuiste tan buen marido como la niña decía. —Las palabras se le enganchan en la lengua—. Ya ves, te la dejaste escapar y te la han matado.

Lo mira con saña. Pablo se estremece. El viejo entorna sus ojos enrojecidos y todo el rostro se le contrae en una mueca salvaje.

Pablo se fue a Canadá, hacia el norte, la tierra de las oportunidades. El avión devoraba kilómetros sobre el Atlántico y él dejaba atrás el caos que le enredaba la mente. Cuando pensaba en Silvia, a menudo, demasiado a menudo, la imaginaba satisfecha, ajena a él, feliz, y se le metía dentro una negrura que lo enturbiaba todo durante días. Un océano de por medio tenía que ser suficiente para olvidarla. El viejo tenía razón, no había sabido cuidarla. La tarde de la fiesta, cuando la siguió hasta la playa, tampoco fue capaz de protegerla.

—Por favor, no diga eso —suplica.

—Era lista la princesa, ¡maldita sea! —No habla para Pablo, ni siquiera lo mira. De espaldas a él, golpea la mesa con el puño y

las tazas se tambalean—. Tenía todas las papeletas para hundirse en esta puta ciénaga y salió porque era lista —se vuelve hacia Pablo, se le encara, ahora la fiereza resulta un poco cómica—, porque era lista... —repite—, pero ese hijo de puta no la dejó en paz... y tú —lo mira con desprecio—, tú no supiste cuidarla.

Lllaman a la puerta. El viejo masculla algo entre dientes y grita:

—¿Quién coño es ahora?!

Desde el otro lado alguien contesta:

—Abre, viejo.

Pablo se inquieta.

—No abra, Joaquín, por favor, no abra.

Pero es tarde, el viejo ya está junto a la puerta sin dejar de gruñir.

—Ese hijo de puta era listo también, pero loco, ya desde pequeño era loco. Nacer aquí..., si la fábrica no hubiese cerrado..., qué sé yo, qué sabe nadie...

Los que están fuera empujan al primer movimiento del pestillo. El viejo los mira: son dos hombres, ambos parecen extranjeros. El que ha hablado desde fuera no es muy alto, pero tiene buena musculatura. A Pablo, su acento y el color de la piel y del pelo le recuerdan a Yeni. El otro, en contraste, parece un gigante, lleva una sudadera con la capucha echada por encima a pesar del calor. Se queda junto a la puerta custodiando la salida.

—¿Y vosotros qué puñetas buscáis aquí? —dice el viejo—, si se puede saber.

—Ah, pues, de pronto hemos visto que tiene visita y hemos pensado que igual nos regalaba un trago —contesta el bajito mientras avanza por la habitación.

Pablo se sabe acorralado, pero reacciona encarándosele. Una vez a su lado, el tipo apenas le pasa del hombro.

—¿Qué queréis de mí?, ¿por qué me estáis siguiendo? Yo no

tengo nada de lo que buscáis.

—No sé...

Imagina que ese debe de ser Berto, el que es novio de Yeni. Se lo pregunta abiertamente. El otro sonríe, sus ojos despiertos chispean.

—¿Es que pretendéis matarme lo mismo que al tatuador? — Pablo se lanza. El miedo le vuelve audaz.

El viejo va de un lado a otro de la habitación con la botella en la mano sin dejar de mascullar entre dientes. A cada trago se le nota más borracho. A veces se vuelve y los mira reclamando atención.

—Él la enseñó a leer. —Sus palabras suenan a letanía—. Aprendió solo el muy cabrón, y enseñó a la niña. Esa maestra no se lo creía. Todos pensaban que era imbécil, pero no, no lo era. Era loco, pero no imbécil. Se le daban bien las letras al crío, y el dibujo lo hacía bien, la propia maestra que era amiga de Conce lo decía. Pero el padre se largó y la madre... ¿qué iba a hacer?, pasarse el día limpiando casas en el centro mientras tenía a los niños tirados en la calle... Hacían lo que se les ponía..., iban al colegio o no, según les daba, y la Silvi, lo mismo, desde que Tomás..., ¡Dios le tenga en su gloria! La niña se pegó a ese patán como un perrillo faldero.

El que cree que es Berto respeta con paciencia los discursos del viejo cada vez que habla. El otro tipo sigue sin abrir la boca, pegado a la puerta. A veces se hacen gestos, el gigantón consulta su teléfono de cuando en cuando. Pablo insiste:

—Así que tú eres Berto, el que entró en mi casa y me golpeó.

Ni lo confirma ni lo niega, se limita a sonreír.

—Ya, no sea malcriado, respete al viejo, carajo, ¿no ve que está hablando? —responde. Después dice con parsimonia, como si diese una explicación—: Lo del tatuador fue un accidente, ¿cierto? —Dirige la pregunta al de la puerta, que ni contesta ni se mueve

—. Lo que pasa es que mi jefe ha estado mucho tiempo buscando al tipo equivocado y está apurado. De repente, ¡boom!, va y aparece muerto en la playa el que ya estaba muerto... y la mujer de la mariposa con él, ¡hijoeputa!, quién lo iba a decir... A ese Loco le gustaban las mariposas, el tatuador recibió bien la señal. Fue listo el mamón marcando a su hembra.

—¡Tú sí que eres un hijo de puta! —grita Pablo mientras se lanza contra él. El viejo se interpone.

—Que la fábrica cerrase fue el drama... —dice levantando el bastón contra los dos.

Tiene la mirada errática. Descarga un golpe contra el bajito, que le sujeta la mano sin esfuerzo. El gigantón hace ademán de acercarse, su compañero lo detiene con su lenguaje de gestos.

—... O de que mi compadre y yo dejásemos el sur —el viejo escupe las palabras sin inmutarse—, ¡qué cojones se nos habría perdido aquí! Un poco que hubiésemos aguantado..., poco..., después con los plásticos muchos se hicieron ricos... —Empuja al hombre con una energía que Pablo no sabe de dónde saca y hasta consigue que se tambalee—. Encima, esta gentuza que vienen como plagas, buitres a la carroña, y terminan de desgraciar lo que queda en pie. No vienen a trabajar, no, ¿no los ves? —Escupe en el suelo—. ¡Escoria!

—¡Abuelo, déjese de pendejadas! Y usted tranquilo, que no quiero ofender. Mire que hasta le tengo estima por la Yeni y solo vengo a advertirlo.

El viejo vuelve a su peregrinaje.

El que ahora ya sabe que es Berto ha sacado un arma, primero la dirige hacia el viejo y, enseguida, la vuelve contra Pablo. No van en broma. Pablo respira aceleradamente. El otro tipo ha vuelto a ocupar su sitio de perro guardián.

—No proteja siquiera la memoria de esa mujer, señor —lo dice compasivo mientras usa el arma como un dedo acusador—, no era

buena, la Yeni lo decía. He oído que esos dos se iban juntos, qué sé yo, a Sudamérica, eso dicen. Él volvió para llevársela, a ella y a lo otro. Usted estaba bien jodido en eso, compadre. Nos hizo creer a todos que estaba difunto y el hijoeputa, ya ve, vivito y coleando vino a buscar a la novia. Si sabe algo, si ha visto algo, dígallo, que esto no va con usted y mire que mi jefe es bien rencoroso.

Pablo intenta calmarse, no quiere que Berto le huela el miedo. El viejo se ha quedado tranquilo, como si la visión de la pistola lo hubiese apaciguado. En el silencio se oye el zumbido de una mosca contra el cristal de la ventana. Es el viejo quien lo vuelve a romper.

—Pasó lo que tenía que pasar..., una desgracia.

—¿Qué pasó? —pregunta Pablo, tan ansioso que vuelve a centrar la atención en el viejo a pesar del arma.

Está seguro de que llora. Los ojos le brillan con las lágrimas.

—¡Eh! —dice Berto—, no se me despiste, ¿me está escuchando?

Pablo se vuelve hacia él.

—Ya te he dicho que no sé nada. Llegué hasta el tatuador por casualidad, no me importan vuestros asuntos.

El hombre abre una sonrisa torcida.

—La Yeni tiene razón en todo, carajo, esa pelada mía es sabia. —Se limpia la comisura de los labios con la misma mano con la que sujeta el arma y, dirigiéndose al viejo, dice—: Qué pasa, abuelo, ¿no hay un trago por ahí? —Después, de nuevo a Pablo—: Si quiere saber más, busque en otro sitio.

Coge una de las tazas de la mesa y se acerca al viejo. Sostiene la pistola con el brazo hacia el suelo pegado al cuerpo. El viejo le grita y lo amenaza de nuevo con el bastón.

—¡Fuera de aquí, a vagar a otro sitio! —El tipo de la puerta ahora sí se mueve y sujeta al viejo, que sigue bramando—. ¡Matones, indeseables!

—Bueno, bueno, no se me altere, abuelo, que le va a dar algo —dice Berto. Se vuelve hacia Pablo—: Haga memoria, usted es un tipo inteligente, bien formado, piense. Y cuando la cosa se calme un poco, mire de regresar a la Yeni, a esa chamaca, por lo que sea, le gusta trabajar pa usted. Nos vemos, compadrito.

Se marchan tan de repente y de forma tan inesperada como han llegado. ¿Qué pretendían? Ha exhibido el arma para marcar territorio, para que Pablo sepa que van en serio. Respira profundo durante unos segundos, luego le habla al viejo.

—¿Qué pasó, Joaquín?, ¿a qué desgracia se refería?

Tina relató cómo se llevó a Silvia. Apenas podía andar cuando la sacó de la casa de Joaquín. La tuvo con ella en Oldache hasta que se recuperó un poco. No hablaba, respondía con monosílabos a sus preguntas o la miraba en silencio como si no la entendiese y no contestaba.

A veces temblaba sin motivo. En sueños, lloraba. Después la llevó a Madrid y la dejó con Raúl.

El viejo no contesta a la pregunta, se vuelve a perder en un bucle de palabras inconexas. Concepción lo sabe, es lo único coherente que le entiende. Le pide que se vaya, dice que está cansado y se aísla definitivamente en un mutismo del que ya no sale.

En Canadá, Pablo construyó una vida perfecta. La beca cubría lo más básico: clases y manutención, y le dejaba una pequeña cantidad libre; insuficiente con el nivel de vida de Montreal, pero él estaba acostumbrado a gastar poco. La arquitectura llenaba todo su tiempo y si pensaba en Silvia era para convencerse de que la había olvidado. Le pesaba estar tan lejos de su madre, pero se agarró a la idea de que el principal motivo de disputa entre sus padres era él, quería pensar que con él lejos estaban mejor. A veces sucedía en las parejas. Antes incluso de terminar los estudios consiguió un contrato en un reconocido estudio de

arquitectura de Montreal, empezó a ganar dinero y conoció a Ingrid. Mientras, Tina rescataba a una Silvia deshecha y, en su ausencia, participaba en su reconstrucción.

—Dale recuerdos a la mujer elegante —dice el viejo mientras Pablo abre la puerta—. No sé en qué anda que ya no viene por aquí.

Supone que se refiere a Tina y que el viejo, en su desvarío, confunde el pasado y el presente.

La noche anterior, Tina se quedó a dormir en su casa. Decidieron que era peligroso que se fuese sola. Raúl se acostó enseguida, estaba agotado, dijo, y los dejó solos. Pablo se abandonó al cuerpo tibio de Tina y ella lo acogió, como otras veces, como tantas veces. Despertó a su lado en medio de la noche, sintió su respiración, su aroma entre las sábanas que aún deberían guardar el de Silvia y no lo pudo soportar. ¿Qué le pasaba? Se levantó y se acurrucó en el sofá del salón. Por primera vez no evitó las lágrimas, se enroscó sobre sí mismo, redujo su tamaño hasta que se quedó dormido.

* * *

Raúl se transformaba cuando hablaba de Silvia. Pablo lo comprendió esa tarde en el Gasby con el asombro de los grandes descubrimientos. Él pasó a un segundo plano rendido ante la narración de su amigo. Las líneas de expresión en torno a sus ojos se suavizaron; su mirada se tornó nítida, casi transparente. Todo en él, la nariz, los pómulos, los labios, se supeditó a un gesto que buscaba dar refugio a la juventud y a la nostalgia.

Era la primera vez que le escuchaba expresarse de esa manera. No solo eran Raúl y ella, también se trataba de una versión de su propia vida que Pablo desconocía, que había pasado ante sus ojos mientras él estaba ciego, pero que le pertenecía. La

historia de tres adolescentes jugando a vivir. A Pablo, el más retraído, le costaba seguir el ritmo de los otros dos, pero la chica le gustaba a rabiar y por eso se esforzaba para estar a la altura y, para ella, parecer más audaz. Tan pronto estaba seguro de que le correspondía como dudaba de todo. A menudo, ella buscaba la broma fácil para burlarse haciendo cómplice a Raúl. Entonces, los aborrecía, aborrecía su risa. Le hacía sufrir, pero no decía nada, replegaba velas y esperaba a que los vientos volviesen a ser favorables. Nunca, hasta esa tarde, había visto con tanta claridad que detrás de aquellos vaivenes se ocultaba una parte de ella que pertenecía a Raúl. Y eso fue lo más sorprendente: en boca de su amigo parecía natural.

Raúl admitió que ni siquiera cuando supuestamente fueron novios y estuvieron a punto de casarse había tenido la percepción de estar realmente con Silvia. Lo suyo nunca fue una verdadera relación al uso.

—Ni juntos ni separados —afirmó con cierta tristeza—, así siempre.

Y se quedó prendido en las fotografías de la pared. Durante unos instantes se aisló de Pablo y de todo.

—Todavía me acuerdo del día que *bautizamos* al Gasby —continuó con una sonrisa que sabía amarga—. El nombre se le ocurrió a ella. Llevaba días pensando y le pedí ayuda. Esa noche, mientras cenábamos con una gente, escribió el nombre en una servilleta de papel y me lo pasó por debajo de la mesa. Estaba sentada frente a mí. Eso está mal escrito, le dije, falta una te. Levantó las cejas, le costaba dar su brazo a torcer, ya sabes, no le gustaba que le sacasen faltas. Pero a mí me gusta así, replicó. Los que nos acompañaban no sabían de qué hablábamos. Al día siguiente encargué el rótulo para la fachada.

El año de COU también fue convulso para Raúl. Admitió que le costaba interpretar lo que le pasaba con la chica. A él, que no

era de quebrarse la cabeza, que salía con todas las que podía, que tenía éxito y fama de ir de flor en flor. Era consciente de que Silvia jugaba con ellos, con los dos, pero más que víctima se sentía partícipe del juego y, sin embargo, desorientado. A ella no parecía preocuparle mentir o manipular para hacer lo que le apetecía. Raúl la veía así, a veces sin escrúpulos, sin normas, lejos de lo que se suponía que estaba bien o mal, otras, sin embargo, su proceder era para él la expresión más pura de la libertad y, entonces, se rendía ante ella.

Antes de que terminase el curso le dijo a Silvia que tenían que parar. Pablo, más responsable, pasaba las tardes estudiando y ellos podían estar a solas sin tener que dar explicaciones. No pensaba que hiciesen nada malo y, sin embargo, algo se le removía por dentro. A menudo, subían hasta el faro de Poniente y seguían el sendero que descendía por el acantilado. Se sentaban frente al mar, en un abrigo de rocas que quedaba a media altura, aislados de los que cada tarde se convocaban alrededor del faro para asistir a la ceremonia de la puesta de sol. El tiempo se les iba sin sentirlo, aunque luego tuviesen que robárselo al sueño para ponerse al día con los libros. Empezaba la primavera, solo unos días antes habían estado los tres en la Caleta y se habían dado el primer baño. Antes de eso, ¿te acuerdas?, preguntó Raúl mirándolo de frente, tú me llamaste por teléfono y me preguntaste que si me gustaba Silvia. Nos veíamos cada día, si no me lo dijiste en persona fue porque no te atrevías. Te dije que no, que no de la forma que tú creías, pero sabía que no era del todo honesto.

Por eso la rechazó. Si estaban juntos, el malestar desaparecía como por encanto, nada importaba, nada le enturbiaba, solo verla reír y poder tocarla, pero volvía en cuanto pensaba en Pablo. Cuando le dijo a Silvia que tenían que parar, ella se revolvió contra él.

—Pero ¿por qué?, es que no lo entiendo.

—Porque a Pablo le gustas y él va en serio. No puedes seguir tonteando con los dos.

—¡Ah!, yo tonto.

—¿No es eso lo que hiciste el otro día en la Caleta?, ¡si me marché por no verlo!

—Creí que esto era algo entre nosotros, pero ya veo que no, ¿quieres que elija entre Pablo y tú?, ¿es eso?

—No, no quiero que elijas, quiero que vayas en serio con él.

—Y eso porque tú lo dices. Ya veo, yo no cuento, tú ya has decidido cederme en el reparto. El amigo leal. Pero ¿sabes?: a mí me importa una mierda lo que tú quieras.

El mar mordió al sol. La multitud de arriba aplaudió. Silvia se levantó, se recompuso la ropa y echó a andar por la cuesta.

—Adiós —dijo ya de espaldas sin volverse a mirarlo.

Su silueta se fue oscureciendo a medida que avanzaba por el sendero.

Podía ser una ilusión, pero durante el tiempo que estuvieron en ese despacho, en la penumbra, volvieron a ser los amigos de siempre, los que hacían suyos los conflictos del otro, los que podían mantener sus embustes más allá de lo prudente para encubrirse, los que discutían y se peleaban por cualquier cosa. Los mismos que dilataban el tiempo con una bolsa de pipas, una tableta de chocolate o, al crecer, una litrona compartida. Silvia los había separado, pero ahora que ya no estaba, era ella quien los volvía a unir.

Raúl insistió en que no sabía lo que había entre Silvia y Ladislao. Habían crecido juntos, aunque él era cinco años mayor que ella. A Silvia se la llevaron del barrio y el Loco terminó en la cárcel. Y eso era lo extraordinario: esa mujer le dio otra vida, Concepción la alejó de aquel lugar y de ese Ladislao y, sin embargo, parecía haber una razón muy poderosa que la devolvía

al Barrio Alto, y a él, una y otra vez.

Hacía calor en el despacho de Raúl, aunque se mantuvieran en penumbra en un intento vano de refrescarlo. Una ventana iluminada en el patio era la única fuente de luz en ese momento. Raúl encendió un cigarrillo, la llama del mechero iluminó su rostro ojeroso. Dio una chupada larga y sopló para expulsar el humo. Pablo quiso saber si sus planes de boda se habían roto por su culpa. Raúl lo negó. Se levantó y fue hasta la ventana lanzando al aire otra bocanada de humo blanco. Sin volverse, dijo:

—Voy a decir esto una vez y no quiero hablar de ello ni contigo ni con nadie, nunca más. —La música del bar llegaba a ráfagas desde abajo—. Aquel verano, cuando íbamos a casarnos y desapareció, fui a buscarla, habría matado a ese individuo con mis propias manos, me la hubiese llevado de vuelta a casa, aunque hubiera sido a la fuerza. Pero no la encontré. Cuando volvió y discutimos, es verdad que deseé que tú tampoco existieses; odié cada minuto de tu presencia. Pero no podía ni quería engañarme, yo no era lo que Silvia necesitaba, no hubiésemos aguantado juntos ni un año. —Suspiró—. Yo la quería así, la deseaba así, al filo, como fue lo nuestro, de cuando en cuando, yendo y viniendo. —Hizo una pausa para encender otro cigarrillo, la brasa describió una estela roja de camino a los labios. La luz se apagó en la ventana, apenas se veían las caras—. La tarde de la fiesta me dijo que se iba, que no le quedaba otra. —Se oyeron risas, la luz volvió a encenderse—. Le pedí que se quedase —continuó—, si es por Pablo, hablamos con él, le explicamos las cosas, yo te ayudo, tendrá que entender, le dije. Lo siento, pero pensé que era mi oportunidad y me atreví a proponérselo. Era la primera vez que le hablaba así y se sorprendió. También yo lo estaba. —Se volvió hacia Pablo y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. No es por Pablo, me dijo, es por mí.

—Raúl...

—Espera, déjame terminar. —Volvió a sentarse frente a Pablo—. Estaba rara, asustada, se lo dije y lo negó. La conocía bien, supe que algo grave le pasaba con solo mirarla: Silvia era transparente, al menos yo la veía así. Insistió en que tenía que irse y que no preguntase. Alcé la voz, me pidió que no gritase, me recordó que estábamos en Oldache, que allí hasta las paredes oían. No voy a dejar que te vayas con ese delincuente, ¿me oyes?, le grité. —En la oscuridad, Pablo notó cómo le temblaba la voz—. Entonces —continuó—, me abrazó y me dijo que me calmase, que no se iba con él. Me voy sola, te lo prometo, confía en mí, me pidió. Y yo insistí en que no, en que de ninguna manera, que si no podía retenerla me dejase ir con ella. Dame unos días, cierro el Gasby y nos vamos, le propuse. —Se restregó los ojos con ambas manos—. La idea de perderla me volvía loco. Le pregunté si me quería, era la primera vez que se lo preguntaba. Me dijo que eso ya lo sabía, pero que se tenía que ir sola, que ella no era normal, que no sabía hacer las cosas, que no sabía querer ni que la quisieran y que no podía seguir así. Dijo que tú habías sido su único punto de normalidad, que te quería, mucho, muchísimo, dijo, eso me jodió, pero que necesitaba tiempo. Quedamos en que nos veríamos en la fiesta. Tenía intención de convencerla. No te preocupes, no voy a desaparecer, me aseguró antes de marcharse.

Oscureció del todo. Raúl declaró que ya no tenía nada más que decir y Pablo lo aceptó. Bajaron al bar para tomar unas cervezas. Le presentó a varios clientes habituales y estuvieron bromeando. A Pablo le costaba mantener la calma y envidió la que parecía mostrar su amigo. Esperó a que cerrasen y salieron juntos del Gasby. Esas horas de la madrugada eran frescas. Caminaron por las calles nunca desiertas del todo en Madrid hasta la plaza de Olavide. La mayor parte del tiempo en silencio. Se les olvidó la alerta hacia los desconocidos, solo se cruzaron con

trasnochadores, nadie les pareció sospechoso.

—¿A qué hora sale tu tren? —preguntó Raúl.

—A las nueve.

—Tienes poco tiempo para dormir.

Pablo se encogió de hombros y sonrió.

—¿Tú no dormías hoy fuera? —preguntó.

—He cambiado de planes.

—Bien, pues nos despedimos aquí, no quiero despertarte cuando me vaya. Gracias por todo. Nos vemos pronto.

Raúl asintió.

Quedaron uno frente al otro en medio de la sala. Pablo hundió las manos en los bolsillos del pantalón y llevó los ojos al suelo, Raúl resopló y volvió los suyos hacia el techo. En la calle, un camión de riego nocturno llenó el silencio.

* * *

Fuera de la vista del viejo, le cae encima un cansancio insoportable. No es capaz de mandar la orden de moverse a sus piernas, se sienta en el escalón de la puerta a la espera de que reaccionen. La humedad de la piedra atraviesa la fina tela del pantalón hasta la piel. Al otro lado de la calle, un coche con la música a todo volumen se detiene. El viejo vocifera desde dentro:

—¡Gentuza! ¡Puto ruido! ¡Putos coches! ¡Así se estrellen todos y se maten!

¿Qué ha pasado ahí dentro? Joaquín parecía otra persona. Y Berto, la pistola... La única arma que Pablo había visto de cerca era la escopeta de caza de su padre, pero eso era otra cosa, la necesitaba, decía, para mantener a raya a los lobos arriba en las brañas. Una vez, le apuntó con ella. Entró en la casa, había estado en la plaza jugando al balón, volvía contento, su padre tenía la escopeta cogida, la acariciaba, su madre estaba de pie

frente a él. Entonces, se volvió hacia la puerta, dijo: ¡boom! y soltó una carcajada. Berto solo pretendía intimidarlo, eso está claro, pero no puede perder de vista que ese tipo lleva una pistola encima. No sabe si ha sacado algo en claro con la visita al viejo o ha sido peor. Solo desea dejar de oírlo y que el aire le limpie la cara. En el tiempo que ha estado dentro de la casa el cielo se ha cubierto de nubes.

El teléfono. De repente, le entra una ansiedad desproporcionada por no haber prestado atención al aparato durante tanto tiempo. Tiene cuatro llamadas perdidas de Raúl y dos de su madre, pero, sobre todo, ahí está, el *e-mail* del inglés. Suspira aliviado. Le espolea. Se levanta y apresura el paso hasta el coche. Todavía no es capaz de renunciar al aire fresco, así que se apoya en el capó para leerlo. No le cuesta seguir el texto en un idioma que conoce a la perfección. Mr. Harbor se muestra sobrecogido con la noticia y relata, con la brevedad de quien quiere terminar cuanto antes, que la señora Romero se había interesado por una oferta de empleo en Infinitus, la empresa de la que es *personnel manager*. Después de dos entrevistas por videoconferencia, les pareció una buena candidata. Sin embargo, como la política de la compañía obliga a mantener al menos una entrevista presencial antes de decidir, le pidieron que se desplazase a Londres. Si todo salía como esperaban, en breve se incorporaría al equipo en una de sus filiales en Brasil. Pero Silvia lo había telefoneado unos días antes y le dijo que necesitaba hablarle en confianza. Quería marcharse del país por un tiempo, cuanto antes, pero no a Brasil como habían previsto. Le rogó que le permitiese optar a cualquier otro puesto en cualquier otro lugar. Somos una multinacional con presencia en varios continentes, escribe Mr. Harbor, pero le contesté que eso no dependía solo de mí. Quedamos en hablar. Coincidió que en esos días uno de nuestros colaboradores en Nairobi dejó el puesto y

pensamos ofrecérselo a ella. Se lo iba a comunicar cuando recibió el mensaje de Pablo con la terrible noticia.

Se frota los párpados, respira lentamente y se pierde en los sonidos de la calle: la música que sale por una ventana abierta, un martillo neumático amortiguado por la distancia, voces, risas. Una pareja pasa junto a él, tan cerca que la chica le llega a rozar. Discuten entre ellos. A ella los huesos se le marcan en los pómulos como si no tuviese nada más que la piel. Grita a su compañero para que se detenga: mírame a los ojos si eres hombre, lo desafía. Él la aleja de un manotazo y aprieta el paso. La chica se recompone y sigue trotando tras él con su monólogo de quejas.

Silvia le confesó a Raúl que se iba sola. Hacía un momento, Berto pretendía estar al tanto de que el Loco se la llevaba a Sudamérica. El mensaje de Mr. Harbor da la razón a ambos: Silvia había cambiado de opinión. No podía vivir en Oldache, dijo Raúl; en definitiva, no podía vivir con él.

¿Por qué? Si eso era así, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué le había hecho creer que eran felices? Lee de nuevo el mensaje de Mr. Harbor línea por línea con el anhelo de encontrar algo que haya pasado por alto. Quizá no fuese por él, quizá hubiese alguna otra razón que le impedía vivir allí. ¿Por qué no es capaz de pensar de otra forma? Querría evitar esa costumbre que Silvia a menudo le reprochaba de echarse todo a la espalda para luego fingir que no pasaba nada. Esconderse detrás de la realidad y ponerse a salvo.

—Silvia, todavía no me has dicho si te gusta la casa. Si eres feliz aquí.

Estaban tendidos en la cama, abandonados a la dulzura perezosa que deja el placer. No le podía ver la cara, el pelo se la tapaba, pero la sentía respirar sobre su pecho.

—Es una casa preciosa, Pablo —ronroneó—, ¿cómo no me iba a gustar?

Después calló. Pablo pensó que se estaba quedando dormida. No dijo que fuese feliz.

Hablar con Concepción también está en su lista. Lo había intentado durante el fin de semana, pero no respondió. Puede que anotase un número equivocado, es una mujer mayor, puede que errase en alguna cifra al repetirla. O puede que no quiera verlo; prometió llamarlo, pero no lo ha hecho. Si al menos el viejo le hubiese dicho cómo encontrarla. Tachó la línea y escribió al lado: *Buscar a Concepción Ramírez*. Apoyado en el coche aumenta su impaciencia, el tiempo pasa y las cosas se suceden con demasiada lentitud.

—¡Ey, amigo!, qué gusto encontrarlo.

Se alarma cuando ve a Berto asomar la cabeza por la ventanilla de un coche cuyo motor sigue rugiendo bajo su pie.

—Mire que he vuelto a buscarlo porque mi jefe está hoy en el barrio y con gusto lo saludaría. Dele el chance de hablar con él. Ándele, suba.

No está solo. A su lado, Yeni le sonríe. En el asiento de atrás, también va el gigantón.

Pablo niega con la cabeza, está loco si piensa que va a subir a ese coche. Yeni pone la mano sobre el hombro de su novio para que la deje hablar.

—Señor Pablo, vamos a mi casa, puede estar tranquilo, se lo garantizo.

La curiosidad gana a la prevención y sube al coche. El grandón va todo repantingado en el asiento y apenas se mueve para dejarle sitio.

Berto conduce con rudeza, teme que en cualquier momento se deje la carrocería en la esquina de alguna calleja. Han dejado atrás la zona más abierta de las viviendas de la fábrica y descienden hasta la plaza. Allí, se detiene, se baja del coche y se acerca hasta la puerta del bar de Telmo, habla unos segundos con

un individuo, chocan las manos y regresa al coche. De nuevo en ascenso, penetran en el entramado de calles estrechas, la verdadera esencia del barrio. Pablo se siente como en casa ajena, en un terreno privado con reglas propias que desconoce. El de la capucha mira al frente sin mover ni un músculo. A veces, Yeni se vuelve hacia él y sonríe.

La casa de Yeni está en uno de tantos edificios envejecidos por la polución y la humedad. Afuera, la vida bulle en el espacio compartido de la calle: mujeres que conversan de vuelta de la compra, hombres afirmados al quicio de la puerta de algún bar, niños improvisando partidos en medio del asfalto. Escenas que para Pablo son de otro tiempo o de otro lugar. El piso es pequeño y limpio. Sobre el sofá y la cama, cojines y sobremantas de vivos colores restan fealdad a las paredes y a los muebles. Pablo alaba la calidez del lugar y Berto asegura que ese agujero tiene los días contados; en cuanto se arregle lo que tienen entre manos será otra cosa.

—Es guita para todos, compadre, ¿entiende?

Yeni lo invita a sentarse. Berto permanece de pie junto a ella mientras prepara café. La puerta está entornada hasta que el gigantón, que espera fuera, la abre de golpe para dejar paso al recién llegado; después, la cierra de un portazo.

El que acaba de entrar echa una mirada de reproche hacia atrás. No parece ningún delincuente. Viste ropa buena y lleva una barba bien esculpida que potencia sus rasgos angulosos. Se oculta detrás de unas gafas oscuras que no se quita ni siquiera en el interior.

—Un placer, señor Soler —tiende la mano hacia Pablo—, su fama le precede en Oldache. Queto Labián, soy empresario.

Pablo no responde al saludo de inmediato y el otro permanece con el brazo extendido durante unos largos segundos, hasta que se decide a aceptar la mano con desgana. Yeni sirve café para los

dos y vuelve al lado de Berto.

—No le conozco, no es usted de Oldache —dice Pablo.

—Sí, claro que sí, de este mismo barrio. Hace tiempo que salí de aquí: los negocios obligan. Pero regreso en cuanto puedo.

—¿Qué quiere de mí?, no lo puedo imaginar, a menos que esté pensando en construirse una casa.

—Bueno, quién sabe —ríe—, pero no en este momento. —Bebe el café de un solo trago y deja la taza en la mesa—.

Delicioso —dice mirando a Yeni—. Verá, no me andaré por las ramas, esto es una cuestión del pasado, de honor, digamos. Aunque también, sobre todo, de negocios. Ladis y yo éramos amigos. Confiaba en él. Lloré su muerte. Me engañó. He pasado mucho tiempo persiguiendo a un fantasma. Teníamos un negocio pendiente, ¿sabe?, el Loco tenía una deuda conmigo. —Se quita las gafas y lo mira de frente. Desprotegidos, sus ojos se vuelven vulgares, sin expresión—. Si pregunta por ahí, verá que todo el mundo me conoce y no me gustó que el Loco se pasease delante de mi gente alardeando de lo que me robó. Yo no tenía nada en contra de su mujer, siento lo que le ha pasado, pero solo ella y ese maldito JT sabían que no estaba muerto y ninguno tuvo a bien decírmelo. Ahora pienso que esos dos estaban al tanto de dónde guardaba lo que busco. Quizá querían sacar tajada.

—¿Silvia conocía al tatuador?

—Claro, ella lo sacó de aquí. Bueno, ella o esa mujer de la fundación.

—¿Qué fundación? —pregunta Pablo.

Queto Labián sonríe y los ojos se le animan.

—Soy yo quien ha venido a hacer las preguntas. —Se inclina sobre la mesa—. Su mujer sabía, lo único que quiero de usted es que abra los ojos, que indague en las cosas de ella, en algún sitio próximo a ella tiene que estar. Busque, le doy dos días. —Vuelve a ponerse las gafas—. Estoy pensando en entrar en negocios

inmobiliarios, es un buen momento, créame. Soy rápido y generoso en pagar favores.

El hombre se levanta y Berto se acerca a él.

—Espere. —Pablo también se pone en pie—. ¿Me está amenazando?

Queto Labián empuja sus gafas hasta colocarlas sobre el puente de la nariz y lo mira con una sonrisa incierta. Berto, a su lado, mantiene las piernas ligeramente separadas y las manos juntas sobre el vientre.

—¿Fui yo quien los llevó hasta el tatuador? —insiste Pablo.

—No, ¿por qué cree eso? —El gesto de extrañeza del hombre le parece sincero.

—Me seguían.

—Nadie le ha seguido. Créame, no necesito ir detrás de usted para saber lo que hace. El tatuador era un viejo conocido.

—¿Los mató usted?

Ahora ríe con ganas.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Lo hubiera hecho de buena gana si no hubiese creído que ya estaba muerto. —Vuelve a reír y después adopta un gesto grave—. Silvia hizo mal en volver por aquí. Se lo dije cuando todavía estaba a tiempo: no seas estúpida, quítate de en medio, vete, no vuelvas.

—¡Espere!, ¿cuándo ha hablado usted con mi mujer? ¿Qué es lo que sabe de ella?

Esta vez la sonrisa es indulgente.

—Verá, Ladis y yo éramos amigos, crecimos juntos en el barrio. Él vivía obsesionado con la chica. No seas majadero, déjala en paz, se lo dije muchas veces. Pero no se equivoque, si se le cruzaba el cable el Loco era peligroso, no sabía medir sus reacciones, demasiada coca, pero no era ningún imbécil. Al contrario, no lo va a creer, pero desde pequeño era bueno dibujando —mueve la cabeza lamentándose—, lo hacía bien el

muy cabrón. Tendría que haber nacido en otro lugar. Nadie debería nacer en un sitio así. —Expulsa el aire con fuerza—. Estábamos juntos..., qué más da dónde..., cuando él dibujó esa mariposa para ella. Yo le repetí que la dejase en paz porque sabía que la chica estaba ya en otras y que solo le seguía por lo que le seguía. En fin —tiende la mano a Pablo, que esta vez estrecha automáticamente—, estamos en contacto. Recuerde: dos días —dice antes de salir.

Berto lo sigue. Ya en la puerta se vuelve hacia Pablo:

—Aguarde aquí un momentico y le regreso al coche.

Yeni y él se quedan a solas. Ella lo envuelve con la ternura de siempre, pero esta vez no baja la mirada cuando siente la suya.

—Yeni, ¿qué es esto?, ¿quién es ese hombre?

—Un empresario, ya le dijo.

La mujer recoge las tazas y las lleva al fregadero. Se entretiene en limpiarlas con calma. Pablo se acerca a ella y la coge por los hombros para obligarla a volver la cara.

—Deja eso, por favor. Dime: ¿de qué fundación hablaba?

—Mire, señor Pablo, yo no sé. —Se deshace de su contacto y busca un trapo con que secarse las manos. Se sienta a la mesa, Pablo la sigue—. Yo fui porque me dijeron las vecinas que si no tenía trabajo lo dijese en la fundación. Enseñan a la gente a leer, a escribir... —Ahora sí baja la cabeza—. Ella fue quien me mandó a su casa a trabajar. Yo se lo agradezco, a la señora Tina y a usted, solo quiero ser una persona decente, se lo juro, señor —suspira—, se lo digo al Berto. Ese hombre, su jefe, tiene negocios de discotecas y cosas ahí, qué sé yo, de la noche, en eso se supone que trabaja. Pero no soy tonta, también sé que tiene otros líos..., por más que se lo digo no hay caso... Señor, haga lo que le dicen, no se meta en problemas.

—¿Y Silvia qué tenía que ver con la fundación?

—Que yo sepa, nada, o sí, de verdad, yo no sé; el jefe acaba de

decir que sacó a ese tatuador de aquí... Una vez las oí discutir, a la señora con la señora Tina. La señora Silvia le decía algo así como que era un pasatiempo de ricos para calmar la conciencia. Puede que sea verdad, qué sé yo, pero también lo es que la fundación ha ayudado a mucha gente, la señora Silvia no lo podía negar..., mire, ¿quiere otro café?

Pablo está dispuesto a aceptarlo y continuar con la conversación cuando Berto regresa.

—Pues en marcha, cuando guste —dice.

* * *

Por favor, Pablo, coge el teléfono. ¿Dónde te has metido?, Raúl ha salido a buscarte, si no te encuentra va a ir a la Guardia Civil. Coge el teléfono, ¡joder!, di algo. Llámame. Es importante.

El mensaje de Tina suena imperioso, pero no tiene ganas de hablar con ella. Ni con ella ni con nadie, solo quiere que lo dejen en paz. Está furioso. Por fin sabe precisar su estado de ánimo como de pura rabia. Rabia contra Tina, contra todos los que persisten en ocultarle la mitad de lo que dicen.

Queto Labián no es trigo limpio, no hay duda de que quiere intimidarlo, pero le cree cuando dice que no es él quien ha mandado que lo sigan. Resulta paradójico que la única persona a la que cree sea a él. Un mafioso: un indeseable que al menos dice la verdad. La droga, antes la cocaína y la heroína, ahora las nuevas drogas de diseño, sigue siendo un azote en Oldache. La mayoría de la gente ni siquiera lo ve como un problema, si no les toca de cerca, no existe, miran para otro lado. Las pequeñas enseñadas de poniente son testigo de lo que pasa en la costa. Siempre ha habido trapicheo y mucha gente ha vivido de eso. ¿Qué iban a hacer cuando se acabó el trabajo? La droga hace tiempo que no se queda en Oldache, entra por la costa y se la

llevan. Supuestos empresarios como ese Labián, pero también funcionarios, jueces y políticos, por qué no decirlo, sacan partido del negocio. Pablo también lo sabe, lo ha sabido siempre, todo el mundo lo sabe, se habla de ello en los bares, en las tertulias. Era más fácil darle la espalda cuando creía que no iba con él, pero, ahora, si Silvia tenía algo que ver con esa gente, es otra cosa.

Presiente que está en un peligro real que no debería ignorar, y sabe que lo lógico, lo sensato, sería ir de inmediato a ver a la sargento Medina, pero la urgencia por averiguar, por intentar que todo quede en la intimidad, puede más que el miedo, más que la prudencia. Antes de dar ese paso tiene que hacer un último intento por encontrar a Concepción. Mientras baja del Barrio Alto y a medida que las calles se ensanchan camino del mar, se le ocurre, ¿cómo no lo había visto antes?, El Lagar, allí se perdió la pista de Concepción, allí es donde tiene que volver para buscarla. Cuando Silvia se marchó, a menudo se encontraba con ella en el bar; la recuerda siempre en la misma mesa, dando vueltas a su cuchara dentro de una taza de café con leche. La madre de Raúl es la persona que necesita. Encuentra un sitio para aparcar en la misma calle donde vivía Silvia; el edificio ya no existe. Recorre a pie la manzana que lo separa de El Lagar. Cuánto ha cambiado, y, sin embargo, todo está igual. No había vuelto por allí desde que ayudó a su tía con la mudanza, después de la muerte de su marido, cuando se fue al pueblo. Nadie lo esperaba, el infarto fue fulminante. Sintió la ausencia de ese hombre mucho más que la de su propio padre. Le duele recorrer esas calles. El Lagar tampoco existe, los padres de Raúl lo traspasaron al jubilarse. Ahora es una de tantas tabernas impersonales que se han puesto de moda en Oldache. Se para frente a la puerta y mira hacia arriba, hacia la ventana del que era su cuarto. La fachada de la casa está recién remozada, se han borrado las marcas de los balonazos.

La madre de Raúl se sorprende al verlo.

—¿Tú aquí? —Enseguida reacciona y se sobrepone—. ¿Has comido?, seguro que no.

Parece nerviosa. No deja las manos quietas.

—Anda, siéntate, que todavía ni siquiera he quitado la mesa.

Está sola. Le extraña no ver al marido dormitando en su sillón. *El Provincial* sobre la mesa del salón es un indicio de que no anda muy lejos. La habitación ha cambiado poco, el mismo aparador, *Los girasoles* de Van Gogh en la pared, el aroma a puchero en el ambiente. No tiene hambre, pero tampoco fuerzas para negarse. Con el primer bocado, el guiso de patatas con carne le trasmite el calor de estar en casa.

Pues claro que se acuerda de Concepción, no se iba a acordar, exclama nada más escuchar las demandas de Pablo. Lo raro, ahora lo dice, porque antes no se ha atrevido, es que Silvia, después de haber vivido con ella tanto tiempo, nunca la nombrase. Pero punto en boca que no es de las que se meten en lo que no la llaman. Las cosas de familia son de cada uno. No, no sabe dónde vive, aunque si le da unos días puede preguntar a las vecinas y seguro que algo encuentra. Qué te voy a decir, aquí todo el mundo sabe lo que hace todo el mundo. Pero, hijo, come, que te estás quedando muy flaco.

El teléfono suena. Pablo hace un gesto de fastidio.

—Cógelo, hombre, que puede que alguien ande preocupado por ti —dice ella.

Pablo niega con la cabeza. Cesa el tono de llamada y, de inmediato, entra un mensaje de audio. La mujer lo anima con un gesto y se retira un poco para darle intimidad. La voz de Tina sale como en un grito.

¡Pero dónde estás!, ¡dónde puñetas estás! La Policía está registrando el estudio, están interrogando a Fede, te buscan a ti, ¡por favor, contesta!

—Anda, hijo, haz caso —dice ella.

* * *

Un día más. Han pasado siglos desde la tarde de la fiesta, así lo siente. O puede que estas últimas cuarenta y ocho horas, desde que Raúl llegó a la casa de su madre cuando él estaba a punto de marcharse, se hayan dilatado hacia la nada, hacia un espacio inexistente. Pablo se despierta sudando, son las cuatro de la madrugada. De una patada, echa hacia atrás la sábana, pero enseguida la humedad se evapora de golpe sobre la piel y siente frío. Estaba soñando, no recuerda qué, solo tiene la añoranza que le ha hecho despertar, nítida, real, del rostro de Silvia. Aprieta los párpados en un intento de recuperarla, pero ya no está. Se incorpora en la cama. Sabe que no va a volver a coger el sueño.

Fue su madre quien avisó a Raúl de que Pablo estaba con ella. ¡Por fin te encuentro!, dijo aliviado nada más entrar. Le puso al tanto de que la Guardia Civil estaba registrando el estudio. Querían hablar con Pablo, habían ido a su casa y Tina, que aún seguía allí, los había atendido.

—Fede está metido en algo gordo. —Raúl cogió el periódico de la mesa y se lo enseñó a Pablo. En la portada aparecía la fotografía del concejal que había visto con Fede en el estudio.

—Un pelotazo, recalificación de terrenos y cosas de esas —dijo la madre de Raúl. Pablo comprendió que ella lo había sabido todo el tiempo—, en *El Provincial* lo pone. ¿Tú sabías algo de esto, hijo?

Pablo negó con la cabeza mientras hacía una lectura rápida de la noticia. No dijo nada, ¿qué podía decir?

No se le va de la cabeza la amenaza de Queto Labián. La cuenta atrás que está a punto de concluir. Ha vuelto a registrar la casa, lo volverá a hacer si es necesario. No le tiene miedo, ha

perdido la capacidad para eso. Si lo que busca ese individuo está allí, lo encontrará y se lo entregará. Solo le interesa saber por qué Silvia lo trajo a su casa, el resto le da igual, no es asunto suyo. Ni la Policía ni la Guardia Civil lo protegen o le dan respuestas, ¿por qué les iba a facilitar nada? Está obligado a actuar por su cuenta. Es probable que Labián sea el único camino para averiguar lo que necesita. La escalera está a oscuras, apenas hay luna y nada de luz entra por la claraboya del vestíbulo. Hasta la madera, siempre cálida, se siente fría bajo los pies.

La casa está dejando de ser suya. Se despide de él. Lo expulsa. Mejor así. El estudio también será un recuerdo dentro de poco, no queda nada excepto deudas. Su abogado se lo ha explicado con toda claridad. No puede descartar la posibilidad de tener que vender la casa para afrontarlas.

Salió con Raúl de la casa de sus padres y fueron directos al estudio. Por el camino telefoneó a su madre. Sabía que su tía tenía la costumbre de leer el periódico cada mañana, ya se habrían enterado y estarían preocupadas. Así era. Además, la Policía había llamado preguntando por él. En el estudio, el registro seguía en marcha. Se habían llevado a Federico a la comandancia para interrogarlo. El abogado estaba allí, Tina lo había llamado. Uno de los agentes solicitó a Pablo las contraseñas de su ordenador y le hizo preguntas sobre los libros de contabilidad que no supo responder. Eso era cosa de su socio, él nunca se ocupaba de las cuentas.

A las nueve, ya ha puesto la casa patas arriba otra vez. Ha salido el sol. Está cansado y lo único que ha conseguido es aumentar el desorden que ya empieza a resultar insolente. Durante la siguiente hora se afana en recoger. El orden en tus cosas es orden en tu cabeza, ese era el conjuro de su tía cuando quería que limpiase su habitación. Tiene hambre. Busca algo que comer. La nevera está prácticamente vacía, excepto un par de

tomates mohosos y unas zanahorias arrugadas y ennegrecidas. Solo las botellas de champán puestas a enfriar para la fiesta resisten al declive. En la despensa encuentra un paquete de pasta y algunas conservas. Será suficiente. Pone a cocer la pasta. Sobre la mesa sigue su lista de tareas. La repasa. Duda si tachar lo de *Ir al Barrio Alto: hablar con el viejo*. Lo hace. No cree que sacase mucho más en claro con otra visita. Después decide ocuparse de la ropa sucia, que es otro de sus problemas. Camino del dormitorio, en el suelo del recibidor, descubre el trozo de papel que alguien ha metido por debajo de la puerta.

¿Tienes algo para nosotros?, lee. Nadie firma la nota.

Corre arriba y se asoma con sigilo por el mirador de su cuarto. La calle sigue en calma. Se ha vuelto a nublar. Dentro de su propia casa se siente en una trampa de la que no puede escapar. Irán a por él. Tendrá que decir que no tiene nada y entonces... ¡Dios, qué locura! Ni siquiera sabe lo que busca.

A Federico lo soltaron rápido. Alguien puso el dinero para la fianza. El abogado lo llamó para decírselo. También que a su socio le habían buscado otro letrado y que él se seguiría ocupando de los asuntos del estudio, es decir, de los de Pablo, si estaba de acuerdo. Más que preocupado, parecía aliviado de deshacerse de ese tema. Fede había estado comprando terrenos rústicos que, por lo que sea, apuntilló el abogado, sabía que iban a recalificar. El dinero salía del estudio. Después los vendía, reintegraba lo *cogido en préstamo* que nunca aparecía en las cuentas, cumplía con las comisiones y se quedaba las ganancias, hasta que la trama quedó al descubierto. Hay delitos fiscales y penales contra todos ellos. Han quedado terrenos sin pagar y demandas de los propietarios a Soluciones de Arquitectura, S.L.

—Estate tranquilo, Pablo, contra ti no hay nada —parecía seguro—, el juez te considera una víctima más.

—Estaba cansado. Se restregó los ojos con los dedos y suspiró—.

Lo siento, amigo, haré lo que pueda, pero como socio del estudio las deudas que haya son otra cosa, esas sí son tuyas.

La nota vuelve a descargar un peso abrumador sobre sus hombros. Sería tan fácil marcharse, poner algo de ropa en una maleta, meterse en el coche, dejarlo todo, largarse, desaparecer. ¿Por qué lo iban a buscar a él? Es absurdo. Otra solución, que durante un tiempo fugaz ve como lo único real, incluso deseable, es acabar, reunirse con Silvia, compartir la suerte con ella.

Pero está su madre, su tía... y Raúl.

Cuando salieron de la comandancia, el abogado se despidió en la puerta, tenía otros asuntos que tratar. Pablo le propuso a Raúl que fuesen a beber algo.

—Me muero de sed.

Raúl lo cogió por los hombros.

—Pues vamos.

Entraron en el primer bar que encontraron abierto y se sentaron en la barra. Estaba lleno, sobre todo de funcionarios del juzgado que estaba al lado y agentes de uniforme que charlaban animadamente. Pablo pidió güisqui, Raúl una cerveza.

—Pablo, hay una cosa que no se me va de la cabeza, creo que Silvia sabía algo de esto.

—¿Por qué? —preguntó, saliendo del entumecimiento mental en que se había sumido.

—La tarde de la fiesta, cuando estuvimos juntos, me dijo que vigilase a Fede, no le pierdas de vista, me dijo, no me fio de él. Me hizo gracia, me reí, pensé que estaba un poco paranoica, ¿desde cuándo los amigos pijos de tu marido son de fiar?, le contesté. —Hizo un gesto de complicidad—. A mí, ya sabes, tampoco me ha gustado nunca ese tío.

—Tina dijo que Fede parecía tener algo en contra de Silvia: algo pasa entre esos dos, esas fueron sus palabras. ¿Por qué diría

que se llevó el dinero de Tina del Islote si no era cierto?

—Qué sé yo, todo esto, Fede, ese empresario... sobrepasa nuestro control, Pablo. Debería encargarse la Guardia Civil.

* * *

Silvia y Fede se conocieron en Madrid. Pablo lo invitó a cenar para presentárselo cuando llevaban poco tiempo viviendo juntos. A Silvia esa reunión no le apetecía nada; Raúl le había hablado suficiente de ese amigo de Pablo como para que se le quitasen las ganas de conocerlo, pero accedió.

—¿No sería mejor que quedásemos fuera? —sugirió Silvia—, no se me ocurre qué podemos hacer de cena, se me escapan los gustos de tus amigos, tendrás que pensarlo tú. Además, mira cómo está todo, ni tiempo tenemos de arreglar la casa.

—Vamos, Silvia, no digas bobadas. Es solo una cena informal, ya verás como lo pasamos bien. —La besó. Su mujer no era capaz de mantener la tensión por esas cosas banales y siempre creía que con un beso la convencía—. La casa está perfecta.

Vino acompañado de María, su mujer. Desde el primer comentario que hizo sobre el barrio de Aluche donde vivían, Pablo supo que Silvia y él nunca se llevarían bien. Trajo un vino muy caro y se deshizo en explicaciones sobre su origen y su calidad.

—Si comparas, el precio no está nada mal —dijo Fede—. Además, ¡qué puñetas!, nos lo merecemos, ¿no?

Pero se empeñó en destacar el precio y eso irritó aún más a Silvia, como la irritaba su atuendo, su forma de hablar y hasta el ademán que rezumaba impostura con solo cruzar las piernas al sentarse. Sentía su conversación como algo ajeno a ella que apenas soportaba. Así se lo dijo a Pablo cuando se marcharon. María, en cambio, le pareció simpática, no es que tuviesen mucho en común, pero al menos era divertida, sabía bromear y, sobre

todo, tenía una sorprendente facilidad para romper los monólogos de su marido sin que pareciese que lo hacía. Después de aquello, su relación se limitó al grupo; ni Silvia ni Fede propiciaban encuentros entre las dos parejas. Cuando pasado un tiempo Pablo le habló de su intención de asociarse con él, Silvia torció el gesto.

—Tú sabrás lo que haces. Ya sabes lo que pienso de ese amigo tuyo.

A Pablo le disgustaba la actitud de su mujer. Admiraba a Fede, su éxito social, su forma de vida. Quería estar en los sitios que Fede estaba, acceder a las mismas cosas y a las mismas personas que él, por eso, cuando le propuso que se asociasen, no pudo imaginar un futuro mejor. A pesar de las reticencias de Silvia e, incluso, que eso los obligase a vivir separados por un tiempo, siguió adelante.

—No tienes nada que agradecerle —le había dicho ella una noche, cuando su relación se limitaba a esas conversaciones, a veces con una copa de vino de por medio, cada uno en su casa, a cientos de kilómetros de distancia—, Fede es el más beneficiado de los dos con el trato. Por lo que cuentas, deduzco que es más bien vago, te necesita para sacar su negocio adelante.

Silvia criticaba a Federico y Federico a Silvia en cuanto tenían ocasión. Sus posturas parecían irreconciliables y eso desesperaba a Pablo. Aunque mantenía la esperanza de que una vez que su mujer se trasladase a Oldache y se tratasen más, conseguiría al menos que llegasen a tolerarse.

Pero estaba equivocado y ahora lo mata la duda de que Fede, su socio, su amigo, esté también detrás de la amenaza que esconde la nota que tiene en la mano: *¿Tienes algo para nosotros?*, o con lo que le ha pasado a Silvia. No tiene pruebas de que entre su socio y Labián haya alguna relación, pero está la duda. También la culpa, sobre todo la culpa, la desconfianza enfermiza que lo llevó a dejar a Silvia abandonada en la playa. Si

hubiese ido hasta ella, si, con naturalidad, le hubiese preguntado qué hacía allí, si la hubiese abrazado y la hubiese llevado de vuelta a casa, quizá ahora estaría con él. Se marchó, volvió al trabajo, se doblgó a rumiar sus dudas y a no pensar. Cuando Silvia no volvió, ya era tarde.

En la cocina, el contenido de la olla borbotea y termina por derramarse en la placa. Ahora que ya estaba todo limpio. No puede más. El líquido chorrea en el suelo recién fregado. Apaga el fuego, se detiene un momento, suspira, murmura una maldición y aprieta los puños; decide que quizá ya es tiempo de darse por vencido y dejarlo todo en manos de la sargento Medina.

* * *

Ha empezado a llover, el cielo acompaña a Pablo en su estado de ánimo. Todavía es una lluvia débil, apenas un leve chispeo en la luna delantera del coche. Aun así, mientras deambula indeciso, antes de entrar en las dependencias de la Policía Judicial, la ropa se le empapa.

La sargento Medina no está en su despacho.

—Espere un momento, no tardará en volver —le indica la agente uniformada que atiende la recepción.

Pasa más de una hora, la ropa húmeda se le seca sobre la piel. No le importa esperar, se cobija en ese tiempo en el que no tiene que tomar decisiones como en un refugio. La ve llegar por el corredor, caminando con esa cadencia suya de aparente fragilidad. Lleva el pelo y la chaqueta mojados. Antes de llegar a donde él espera sentado, gira por un pasillo lateral sin reparar en su presencia. Todavía tiene que esperar un buen rato hasta que un oficial, también de uniforme, sale a buscarlo.

Ella lo escucha sin interrumpirlo hasta que termina su relato, solo entonces dice:

—¿Por qué no me dijo que había visto a su mujer en la playa esa tarde? —Su tono de voz es duro y Pablo se repliega.

—No lo sé.

—Viene ahora y me cuenta esto. Le confieso que usted me desconcierta. —Lo arrincona con la mirada—. Su socio declaró que esa tarde le había visto en el paseo Marítimo cuando, según usted, no había salido del estudio. No me acababa de gustar su actitud, nunca entendí ese empeño en callar..., por eso mandé que le vigilasen, a usted y a su amigo, a los dos.

—¿Es usted quien me andaba siguiendo?

—Claro.

Se oye la tormenta que se acerca. Primero un trueno y la lluvia que arrecia. Se levanta de la silla, pero una vez en pie no sabe qué hacer, dónde moverse, dónde poner las manos, si quedarse o marcharse.

—¡Joder! —exclama.

—En Oldache nada pasa desapercibido. También sabemos que usted no estuvo en el Islote esa tarde —dice con intención de apaciguarlo. Le indica que vuelva a sentarse con un gesto de la mano. Unas uñas descuidadas al final de unos dedos largos y suaves—. Tengo varios testigos que aseguran que vieron a su mujer nadando sola y que ningún otro bañista hizo el mismo recorrido. A ella la habían visto hacerlo otras veces. En la playa la gente se aburre y observa. Como usted sabe, esa tarde el mar no estaba tranquilo y eso llamó la atención de los que estaban allí.

—Entonces, ¿cómo llegó Ladislao hasta el Islote?

—No puedo saberlo de cierto, solo sé que estaba allí. Quizá alguien lo llevó.

Pablo no llegó a ver a Silvia meterse en el agua porque ya no estaba cuando lo hizo. Sabía que se encontró con un hombre en la Caleta, se lo dice a la sargento y ella asiente. La tormenta se aleja y, aunque todavía llueve, un sol tímido saca los colores del

arcoíris de entre las nubes.

—Hoy va a ser uno de esos días en que veremos las cuatro estaciones, como dicen aquí. Hace un rato me he empapado —todavía tiene el pelo mojado—, a mediodía seguro que nos achicharramos, solo falta que la tarde traiga nieve —bromea—. ¡Pero cálmese, hombre! ¿Quiere un vaso de agua?

La sonrisa de ella lo tranquiliza y también sonríe.

—¿Eso significa que no sabe lo que pasó en el Islote? —pregunta—. Los tipos que me están amenazando, lo de mi socio, ¿qué hay de eso?

—No descarto que Queto Labián esté relacionado con esos *asuntillos* de su socio. No hay negocio turbio en Oldache y alrededores en que no esté metido ese Labián. Le seguimos desde hace tiempo, pero es esquivo. También es posible que su mujer supiese a lo que se dedicaba el señor Montasaz. Sin embargo, este no conocía la relación entre Silvia y Ladislao, la propia Tina Ortiz ha declarado que fue ella quien le puso al tanto cuando le pidió que la acompañase al Islote. Creo que había una tercera persona allí cuando cayeron al agua, ya se lo dije.

—Y todo lo que tiene son los restos inservibles de un cigarrillo —medita Pablo.

Ella se levanta hasta el dispensador de agua y rellena dos vasos, uno de los cuales ofrece a Pablo.

—Labián es un tipo peligroso, pero tonto no. Solo intenta intimidarle, en cuanto comprenda que no tiene nada le dejará en paz, aunque es posible que eso no suceda enseguida, porque... ¿usted no tiene nada?

—Por supuesto que no, qué voy a tener.

—No hay ningún indicio que sitúe a Labián en el Islote aquella tarde —continúa—. Es más, todo indica que entonces todavía creía que Ladislao Zárate estaba muerto, supo que se había ahogado después de que sucediera. —La sargento bebe

agua a sorbos pequeños mientras habla y pasea por la habitación. Pablo la sigue con la mirada. Ella se detiene frente a la ventana —. ¿No le dije?, ya hace un sol de justicia. —Su rostro se relaja un instante para enseguida tensarse de nuevo—. Entonces, se pusieron en marcha. No tardaron en dar con el tatuador, sabían cómo encontrarlo —se detiene frente a Pablo—, usted nos llevó hasta él, pero Labián nos tomó la delantera. Es un traficante, un delincuente al que es difícil acercarse. ¿Por qué sigue detrás de ese botín después de tanto tiempo?, puede que sea más cuantioso de lo que el mismo joyero declaró. ¿Por orgullo?, quién sabe. Puede que su mujer supiera algo, pero si Labián persiste en esto, le traerá más problemas que beneficios, puede que baje la guardia y eso nos favorece. ¿Qué hora es? —pregunta de pronto.

—¿Es que usted siempre tiene prisa? —protesta Pablo—. Me han amenazado, ¿no es eso suficiente para detenerlo?

Ella se encoge de hombros y suspira.

—Hay algo que no comprendo —añade Pablo—: tuve la sensación de que quien me seguía no ponía ningún cuidado en ocultarse, más bien al contrario, parecía querer que notase su presencia.

—Todos ustedes ocultan cosas. Su mujer tenía relaciones... digamos conflictivas. Una vida difícil. Intente relajarse, esto no ha acabado.

—¿Y el tatuador? —insiste Pablo—, dicen que Silvia le sacó del Barrio.

—No era nadie en concreto. Uno más del entorno del Loco. Su amiga, la señora Ortiz, puso en marcha esa fundación en el Barrio Alto, su marido se la regaló, ya sabe. Silvia ayudó al tatuador a través de ella y, después, Ladislao le apoyó con el negocio. Mientras el Loco estaba en la cárcel, Silvia tuvo tratos con él, hacía ciertos trabajos para Zárate y ella, posiblemente, actuaba como mensajera. Ese tatuaje de la mariposa que se hizo

podría ser solo una especie de recuerdo, nada importante. Un recluso que estuvo con él y con Labián en la cárcel dice que dibujó la mariposa para que se la tatuase una mujer. Alardeó de ello. ¿Usted no le preguntó? —No espera a que Pablo responda—. Silvia no se hizo ese tatuaje hasta mucho después de que él se lo pidiera, solo cuando le creyó muerto, ¿no le parece algo así como un homenaje a su memoria?

Se acerca a Pablo y pone la mano sobre su hombro. Siente la presión.

—Cuídese, Pablo. Pondré vigilancia en su casa, no se preocupe. Si alguien le ronda, dígamelo, piense que ya no es por mi causa. —Sonrió—. Volveremos a hablar pronto.

Lo acompaña hasta la puerta.

—Hasta entonces —dice Pablo—, gracias por todo. —Se detiene, piensa y mira al suelo antes de decir—: Elena.

* * *

Los días que siguen son un paréntesis vacío de calma. Sin notas por debajo de la puerta, sin noticias de Fede. Casi sin mensajes ni llamadas. Hasta los amigos más cercanos parecen haberse olvidado de Pablo. El lunes, por fin, llama la madre de Raúl.

—Pablito, hijo, ¿cómo estás? Mira, te llamo por lo que me pediste que hiciera. Aunque, con todo lo que tienes encima, lo mismo esto ya no te importa.

—¡Marce! —Le gustaría expresar cuánto se alegra de oír su voz—. Claro que me importa, sabía que tú lo conseguirías. ¿Qué has averiguado?

—Pues mira, he estado preguntando por ahí, en la calle, en el mercado, pero nadie sabe de esa mujer. El barrio envejece, hijo, la gente cambia. A veces salgo a la calle y no tengo ni con quién hablar. En el bar no se me despintaba nadie, tanto los que

entraban como los que no. Fíjate que me he enterado de que se ha muerto el panadero, que ni lo sabía. Te acordarás de él, ¡cómo os gustaban sus bollos! Me lo ha dicho su hijo, que tampoco sabía nada de lo de Silvia, y...

—Vaya, lo siento —la interrumpe Pablo—, pero ¿y de Concepción?

—Ay, sí, hijo, que me voy por las ramas. Ya estaba perdiendo la esperanza hasta que ayer, por casualidad, cuando volvía del Centro de Salud, una cita con la doctora, por nada, no te preocupes, cosas mías, la tensión, mis achaques, la edad... Bueno, a lo que voy, que me encontré a una que era amiga suya, creo que se llamaba Remedios o algo parecido, igual tú te acuerdas mejor, a veces tomaban café juntas en El Lagar. —La voz del marido se oye al fondo—. ¡Espera, que estoy hablando por teléfono! —grita—. ¡Qué hombre, no hay quien le aguante en casa!, todo lo quiere ya, se cree que una está ahí permanente. —Suspira—. Pues eso, ya no vive en el barrio, pero viene de vez en cuando porque no ha perdido la costumbre de comprar las legumbres en el mercado, en el puesto de siempre que...

—¡Marce!

—¡Vale, vale, voy! Me dijo que Concepción vivía por San Quirce, en la zona del Puerto, pero que hacía mucho que no sabía de ella. Había visto lo de Silvia en el periódico, me preguntó por ti, sabía que os habíais casado. Yo no le dije nada, ni que eras tú quien la buscaba ni nada, ella se lamentó de no haber podido llamar a su amiga para darle el pésame porque había perdido su teléfono. Pobre Conce, dijo, con todo lo que hizo por esa criatura, lo repitió por lo menos tres veces. No es mucho, lo sé.

—Vuelve a suspirar—. Lo siento, Pablo. Encima lo de ese socio tuyo... Desde luego, cuando las cosas se tuercen... No tengo que decírtelo, hijo, ya sabes dónde estamos, esta también es tu casa.

Después, sigue hablando de que el marido se aburre, de que no

hay quien lo aguante en casa, de lo mucho que los dos echan de menos el bar. Quién lo iba a decir: toda la vida deseando dejar de trabajar y ahora... Pablo la escucha y apenas responde con algún monosílabo. La Marce es una máquina de hablar, solía burlarse Raúl, pero no es poco lo que le ha dicho. Allí, al Puerto, justo al barrio de San Quirce, es donde siguió a Silvia cuando pensaba que iba a reunirse con Raúl. Debía de ser a ella, a Concepción, a su madre adoptiva, a quien Silvia iba a visitar. La tiene, recuerda la calle y el edificio, solo queda ir allí y encontrarla.

Esa llamada abre el paréntesis hacia la esperanza. Ha intentado hablar con Fede, pero nadie sabe dónde está. Imagina que oculto hasta que amaine el temporal. No es capaz de dar la cara, si lo conoceré, dijo uno de los pocos amigos comunes que lo ha llamado desde que estalló el escándalo, uno de tantos que le reían las gracias a Fede y que ahora aparentan renegar de él. A mí no me engañaba, afirmó con rotundidad, Federico siempre ha sido oscuro, no me extraña nada de lo que ha hecho.

Tina, en cambio, no había dado señales de vida hasta que la tarde anterior por fin cogió el teléfono y accedió a quedar con él. Se encontraron en el paseo Marítimo, era domingo y estaba a rebosar de gente. Por lo que pueda pasar, Pablo solo elige lugares concurridos para dejarse ver.

—No te he llamado porque estoy deshecha, Pablo, no lo puedo creer —le dijo—. También porque Ramón me ha pedido que sea discreta. Fede... —negó con la cabeza—, pero si es casi mi hermano, cómo ha podido engañarme, cómo ha podido hacer algo así. Y contigo... —volvió a negar—, con el estudio... —No dejaba las manos quietas, las retorcía, las llevaba a la boca y negaba, negaba todo el tiempo—. No lo entiendo, qué necesidad tenía. —Después de cada frase hacía una pausa para intentar recomponerse—. Por más que lo pienso, es que no lo entiendo. Puede terminar en la cárcel, Pablo; Fede, en la cárcel.

Era la primera vez que la veía sin maquillaje en la calle. Ojerosa y con el pelo desarreglado.

—Deja eso —le pidió—, la verdad es que me importa poco lo que le pase. Estoy arruinado por su culpa, lo voy a perder todo, el estudio y hasta mi casa, solo espero que de verdad termine en la cárcel. Aunque supongo que tendrá quien le ampare, los que son como él siempre caen de pie.

Caminaron entre la gente, Tina se relajó un poco y se cogió de su brazo.

—Siempre de pie —repitió Pablo—. Silvia tenía razón, era la única que lo había calado. —Tina bajó la cabeza e intentó decir algo, Pablo la cortó—. No te he llamado por eso, Tina, no quiero que me mientas, por favor, dime la verdad: tú lo tienes que saber. ¿Qué era lo que Fede tenía en contra de Silvia?, ¿es posible que hubiera descubierto lo que se traía entre manos?

Tina se alteró de nuevo. Se separó de Pablo.

—¡Cómo puedes creerlo! No me digas eso, tú no. No sé lo que tenía contra Silvia, no se llevaban bien, pero eso también lo sabes tú. La última vez que quedamos todos en el centro, ¿te acuerdas?, los vi en el pasillo de los baños, creo que en el Babilonia. Discutían, alcancé a oír que ella le decía que tuviese cuidado, entonces me vieron y se callaron.

—Pero ¿por qué mintió en lo del dinero?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé, qué quieres que te diga, Pablo, no lo sé... —Remarcó las sílabas una a una, después dijo que no podía más, que estaba cansada.

—De acuerdo, pero tengo más preguntas para ti, también tienes que hablarme de esa fundación del Barrio Alto.

Puso cara de extrañeza, pero enseguida afirmó con la cabeza.

—Otro día —dijo—, ahora tengo que irme. No puedo más. —Deslizó el reverso de su mano por la mejilla de Pablo a modo de despedida. Lo miró con tristeza y se marchó.

Concepción es el único vínculo real con Silvia que le queda por explorar, Pablo lo siente como una boya a la que agarrarse. Conduce hasta el puerto atravesando el centro de la ciudad. El tráfico es intenso en el paseo Marítimo. No llueve, pero está nublado un día más; no le importa, si no volviese a aparecer el sol sería lo natural. Al salir de casa se ha asegurado de que nadie merodeaba por allí, ni siquiera ha visto al hombre de la sargento Medina. Le cuesta encontrar aparcamiento. Esa zona está imposible, todo el mundo lo comenta; los coches se amontonan encima de las aceras. Esto es la antítesis de ciudad con la que Pablo sueña. Empieza a chispear. Enseguida reconoce el edificio, algunas de las ventanas ya están iluminadas a pesar de que queda mucho para que anochezca. La lluvia le empapa los hombros. No sabe a qué piso llamar, pero la suerte quiere que se abra la puerta del portal. La chica que sale lo mira con desconfianza. Dentro, huele a verduras hervidas y a humedad. A tientas, busca el interruptor de la luz y localiza la hilera de buzones de correo. Los repasa con impaciencia: CONCEPCIÓN RAMÍREZ, 4º C.

Sube despacio, se detiene en cada descansillo porque el corazón le late con fuerza, bum, bum. Cuarto piso. La letra C está silueteada en metal dorado sobre la madera, bum, bum. Se detiene un momento antes de llamar, como cuando escuchaba detrás de las puertas y luego le dolía el estómago toda la noche. Titubea, bum, bum. Se lleva la mano al pecho para aplacar la ansiedad. Al fin, toca el timbre. Solo silencio. Espera lo que considera un tiempo prudente y vuelve a pulsar. Escucha los pasos y, enseguida, la voz: ¡ya va!

* * *

Caminaban por la carretera. Eran las tres de la madrugada y

hacía rato que las otras chicas del grupo habían apresurado el paso. Silvia era la única que no parecía tener prisa. Volvían de la verbena de Santa Eulalia, la más tardía de la temporada. Habían estado allí con los de la recién estrenada clase de COU. Apuraron tanto el tiempo que perdieron todos los medios de transporte disponibles para la vuelta y no les quedó otra que hacer a pie los cinco kilómetros hasta Oldache. Era la primera vez que Pablo y Raúl hablaban tanto con esa chica. Ellas solían tener problemas con la hora de llegada a casa, pero Silvia parecía disfrutar de total libertad en eso. La noche era tibia para ser casi octubre y la luna lo suficientemente crecida como para iluminar la carretera. De vez en cuando, el paso de algún coche los obligaba a caminar en fila india. Al principio, intentaban pararlos, pero como todos iban al completo dejaron de prestarles atención.

—¡Qué noche tan bonita! —Silvia estaba eufórica. Caminaba entre los dos chicos y los miraba alternativamente mientras hablaba—. Nunca había venido a esta verbena, ¡me lo he pasado guay! —dijo entusiasmada—. A pesar de que vosotros, de bailar, veo que poco.

Raúl se le adelantó unos pasos y se puso frente a ella moviendo las caderas. Había bebido algunas cervezas y conservaba la euforia. Cogió las manos de Silvia incitándola a seguirlo. Ella se echó a reír con ganas.

—Sí, ahora, ¡ya te vale!

Pero se dejó llevar, se ajustó a las formas del cuerpo del chico para bailar al ritmo de una melodía que solo ellos escuchaban en medio del asfalto. Pablo los observaba algo incómodo.

—Tened cuidado —alertó—. Deberíamos ir más rápido.

—¿Es que tienes prisa? —La chica detuvo el baile y se separó de Raúl para mirarlo.

—No, yo no, es por ti, por si llegas tarde y tu padre o tu madre se enfadan —justificó.

—¡Ya salió el aguafiestas, el defensor de la legalidad paterna! —exclamó Raúl—, déjale, no le hagas caso, Pablo es de acostarse pronto y a estas horas ya no rige.

Hizo un gesto con las manos insinuando que estaba tonto. Silvia volvió a reír, los dos rieron. Luego, dirigiéndose a Pablo, dijo:

—Yo no tengo padre y la mujer con la que vivo no es mi madre.

El tono de la chica sonó provocador, Pablo hubiese jurado que se ponía a la defensiva. En contraste, el reflejo de la luna daba a su rostro un brillo de porcelana.

—Bueno, yo tampoco vivo con mis padres —dijo Pablo, confuso ante la reacción de la chica y, a la vez, conmovido por la coincidencia.

Raúl protestó y volvió a cogerla por la cintura.

—Venga, dejaos de monsergas, vamos a bailar, la noche es joven. Yo sí que lo tengo chungo. Mañana es sábado y mientras vosotros dos estaréis durmiendo hasta la hora que os dé la gana a mí me toca pringar en el bar.

Desde entonces, Pablo había ajustado el relato de Silvia a su antojo para que se pareciese al suyo. Ese sigue siendo su anhelo cuando Concepción abre la puerta. La mujer lleva una bata floreada que, a fuerza del uso, pinga hacia delante. La vestimenta y las zapatillas en chancla que calza achican su figura.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta nada más verlo. En el tono deja claro que no le acaba de agradar la visita.

—Dijo que me llamaría.

La mujer medita unos segundos antes de dejarlo entrar. La sigue por un pasillo corto hasta una sala de estar pequeña sobrecargada de muebles y adornos, pero ordenada y limpia. Las zapatillas de la anciana amagan con salirse de los pies a cada paso, las arrastra, a veces se tiene que sujetar en el borde de los

muebles para no perder el equilibrio. A pesar de su mandíbula testaruda, la siente frágil. Lo invita a sentarse en el sofá y le ofrece algo de beber que Pablo rechaza. No insiste. Se sienta frente a él en una butaca y acomoda un cojín a sus riñones.

—No te he llamado porque he estado ocupada. —La excusa, escueta, sin explicaciones, se le hace poco creíble, pero irrefutable—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero que me cuente, necesito saber de Silvia.

Ha decidido no andarse por las ramas. La anciana hace una mueca que podría pasar por una sonrisa o por un gesto de fastidio. No parece la misma persona que estuvo en el tanatorio.

—Silvia..., mi niña... —Nota que se desarma. Saca un pañuelo del bolsillo de la bata y se lo lleva a los ojos—. Tan bonita, tan inquieta, como un pajarillo. —Se recompone y recupera la dureza del gesto—. ¿No te parece una demanda muy extraña siendo tú su marido?

Pablo no dice nada. Intenta mantener el tipo, no perder su lugar, pero la mirada de ella lo derrota y la esquiva. Entonces, la habitación se abre ante él. Encima del aparador descubre el retrato de una niña en los brazos de un hombre. En las paredes, en cada recodo de los muebles, la estancia se llena de Silvia niña, Silvia adolescente, Silvia mujer, su mujer..., al alcance de su mano, sobre la mesita, posan juntos el día de su boda. Se levanta y se decide por la fotografía de la niña que desconoce, el hombre señala hacia el frente mientras sonríe; ella, en cambio, está mohína, parece enfadada.

—¿Puedo? —pregunta. La mujer asiente.

—Si Tomás la hubiese visto... —Concepción mueve la cabeza arriba y abajo y suspira—. Si no se hubiese ido tan pronto, nada de esto habría pasado.

—¿Es su padre? —pregunta Pablo mientras acaricia la fotografía con los dedos—. Dígame, ¿cómo era de niña?

—Ahí la tienes, así de bonita —se dulcifica de nuevo—, ¡aunque tenía un mal carácter, la jodía!, en cuanto se le llevaba la contraria, se cogía el canasto de las chufas y no había quien hiciese carrera —sonríe—, pero eso, imagino, ya lo sabrás tú. —Levanta las cejas y vuelve a suspirar—. Le gustaba el colegio, pero sobre todo jugar todo el día en la calle, como una ardilla, siempre corriendo y dando saltos, no paraba.

Pablo mira una a una las fotografías recreándose en cada imagen. Algunas muestran escenas conocidas para él, otras no. Está claro que Conce ha ido siguiendo la vida de Silvia.

—¿Qué pasó con su familia? ¿Por qué la adoptó usted? —Querría ir más despacio, pero la pregunta se le escapa. La anciana se pone tensa—. Su padre murió, pero la madre...

—Sé que has estado hablando con Joaquín —le interrumpe—, no sé lo que te habrá contado ese viejo, quería a Silvia casi tanto como yo, pero siempre ha tenido la lengua muy suelta.

—Sí, estuve en su casa. Me habló del padre de Silvia y, también, de usted. Me dijo que la madre se casó enseguida después de quedarse viuda, también habló de Ladislao, *el Loco*. —Se acerca a ella con el retrato de la niña en la mano; sin querer, eleva el tono de voz—. Sé quién era cada uno, pero eso no es nada, ¿comprende?, lo que quiero saber es lo que eran cada uno para ella, sobre todo usted.

—No me levantes la voz, no soy sorda, no necesito que me grites.

—Lo siento —se disculpa Pablo—. Póngase en mi lugar, Silvia era mi mujer y, de repente, es una desconocida. Compréndame... Es que no me cabe tanto secreto. ¿Por qué no me dijo nada ella y por qué usted se sigue empeñando en callar? ¿Por qué ha pedido al juez que sea información reservada? —Se da cuenta de que vuelve a gritar. Devuelve la fotografía a su sitio e intenta calmarse. No es así como quiere hacer las cosas—. Por favor —

añade.

Concepción se revuelve en la butaca.

A pesar de la obstinación de Pablo, nadie de su familia asistió a su boda. Nunca estaba dispuesta a hablar de ellos, tampoco de Concepción.

—No voy a insistir con lo de tu madre, tú sabrás —Pablo conformaba la lista de invitados mientras ella trabajaba con el ordenador—, pero ¿y tu tía?, esa con la que vivías en el barrio, ¿tampoco tienes trato con ella como para invitarla?

—Conce no es mi tía. Además, no creo que le apetezca venir hasta aquí.

—Pero, entonces, si no es tu tía, ¿quién es?

Suspiró impaciente sin levantar la vista de la pantalla.

—Una amiga de mi padre.

—Vale, pero ¿qué más da?, te acogió en su casa, vivías con ella, por algo sería...

Silvia levantó por fin la cabeza y le cortó:

—¿Me vas a dejar que siga preparando mis clases o quieres que mañana también les cuente a mis alumnos la historia de mi vida?

Nunca se repitió una conversación parecida. Pablo tampoco la propició. Ahora mira ansioso a Concepción, que para él representa la imagen de su propia tía, la persona que lo acogió cuando se lo llevaron del pueblo; era tan sencillo pensar así, era tan fácil refugiarse en esa historia común, única, que pertenecía a los dos, que los unía y los aislaba del resto del mundo... La mujer vuelve a acomodar los cojines en su espalda, se seca las comisuras de los labios con los dedos y, con un hilo de voz, empieza a relatar sobre el tiempo en que la fábrica estuvo en marcha y en el Barrio Alto la gente podía vivir de su trabajo. Tomás, el padre de Silvia, murió y Concepción tuvo que tomarse su tiempo para encajarlo, porque también se había muerto un poco con él. La madre se llevó

a los niños a las casas baratas y casi no los veía. Silvia acababa de cumplir cinco años y Gabriel, el mayor, diez. Entre su pensión, la de los chicos y la indemnización de la fábrica, la madre podía haber salido adelante si hubiese tenido cabeza, pero enseguida se juntó con ese otro que era peor que ella. No sabía qué hicieron con el dinero. Pasaban el día en el bar y los niños tirados en la calle. El hombre también perdió el trabajo y todo fue de mal en peor. Conce no podía soportarlo.

Pablo escucha a la mujer con ansia, con rabia. El mayor cayó en la droga y con solo quince añitos se lo llevó Dios o el diablo, quién sabe, dijo. La niña andaba siempre pegada a él y, cuando no estuvo, lo cambió por Ladislao, su amigo, que, de alguna manera, lo sustituyó.

A Concepción no le gustaba nada esa relación, se lo advirtió a la madre muchas veces: procura que la niña no falte al colegio porque, si no, te voy a denunciar a los servicios sociales. Se obsesionó con llevársela, con sacarla de allí, defendía que cualquier sitio sería mejor para la niña que estar con su madre. Muchas veces discutieron las dos mujeres: la madre le echaba en cara que le había quitado al marido y también quería quedarse con sus hijos. Y así habría sido, ¡por la Virgen!, si la muerte no se hubiese adelantado. No se ocupaba de ninguno, ¿qué más le daba? El caso es que ese Ladislao también era un buen niño hasta que se echó a perder, como el hermano, como tantos. Aunque desde muy pequeño tenía un pronto incontrolable, por eso lo llamaban *el Loco*, era otra víctima de ese lugar, del paro, de la miseria, del sitio sucio y sin esperanza en que se convirtió el barrio. Al Loco lo acusaron de darle una paliza al padrastro de Silvia, dijeron que la niña también estaba envuelta. Era muy pequeña, solo tenía diez años. Además, por si fuera poco, alguien testificó que la habían visto en el asiento de atrás del coche del Loco durante el asalto a una gasolinera.

Conce se levanta del sillón para encender la luz. Pablo mira el reloj. La mujer coge una botella y dos copitas de licor del aparador y las pone encima de la mesa. Llena solo la suya.

—Entonces —continúa—, se los llevaron a los dos a un centro. —Bebe. La luz de la lámpara saca destellos brillantes del cristal finamente labrado—. Yo, por entonces, ya trabajaba en el ayuntamiento y conocía a gente. Conseguí que la niña saliera, con el compromiso de la madre de hacerse responsable de ella.

Apura el contenido de la copa y se sirve otra. Guarda silencio.

—Después, no tuve más remedio que pelear con la madre por su tutela. Era mi obligación, se lo debía a Tomás. Conseguí el régimen de acogimiento. Luego, la madre renunció a ella y la adopté. —Se detiene y lo mira—. Eso es todo. Se ha hecho tarde, es mejor que te vayas.

* * *

El veranillo de San Miguel regala un día cálido. Un sol inesperado que anima a Pablo a salir y subir hasta la Braña. Las hojas de los castaños ya amarillean y presagian el estallido de color que en nada llenará el bosque. Sin tardar, el viento del norte, amante ansioso, desnudará las ramas de los árboles.

La soledad y esa calma bulliciosa del monte le hacen bien. Todavía está confuso. Han pasado dos semanas desde que Raúl lo llevó al pueblo, las imágenes de esos días siguen borrosas en su mente. Necesita la referencia de las pocas cosas que es capaz de situar antes de que el tiempo quedase en suspenso, de todo lo que pasó desde que salió de la casa de Concepción hasta el presente. Poco a poco ha ido ordenando su cabeza, a base de sus propios recuerdos y, sobre todo, de lo que los otros le han ido contando. Sin embargo, sabe que hay imágenes que aún rechaza. Cuando despertó en el hospital no sabía qué le había pasado ni cómo

había llegado allí. La doctora le dijo que era normal: relájese, dese tiempo. Tiempo. Tiempo es lo único que ya le sobra.

Llega arriba cansado. Tiene razón su madre cuando dice que está demasiado flaco: la ropa le baila en el cuerpo y a nada que haga se queda sin fuerzas. Entre su madre y su tía pretenden reconstruirlo a base de potajes. De niño subía corriendo por el mismo sendero empinado con la madre siempre detrás. Al llegar, buscaba con la vista las vacas del padre, podía reconocerlas a todas. Ahora son otras. El vaquero siente su presencia y sale de la cabaña, se ve que el aislamiento le agudiza el oído. No le da importancia y vuelve a su refugio. Pablo se acomoda en un lugar soleado donde la hierba está menos húmeda. Cierra los ojos al sol y al alboroto de los cencerros.

Raúl lo dejó en el pueblo y se fue a Madrid. Dijo que habían surgido problemas en el Gasby y que volvería en cuanto pudiese. Pablo está roto. La historia de Silvia en boca de Concepción es como un purgante que lo remueve todo, también su propia vida. Ha cambiado el concepto de las cosas. Ahora, cuando mira a su madre no puede seguir negando. No puede decirle de frente que sabe por qué lo sacó del pueblo tan temprano, pero ha comprendido, es como una epifanía. Quizá ambos, su madre y él, lo llevan compartiendo con los ojos desde siempre. El dolor de la herida de Silvia le ha llevado a mirar dentro de la suya.

Era una tarde cualquiera y, como tantas, habían salido por ahí. Volvían a casa, Pablo conducía. Silvia se recostó en el asiento y algo hizo que contrajese el rostro. Pablo supuso que sería alguna de sus frecuentes migrañas.

—¿Qué te pasa?, ¿te duele algo?

—No sé, el alma —contestó.

Pablo alargó el brazo para acariciarle el pelo. Sonrió.

—El alma no duele, mujer, será otra cosa.

—Ya lo creo que duele, lo que más.

—¿Y dónde tienes tú el alma? —le preguntó con la indulgencia que usaría con una niña.

—Aquí —dijo, y se puso la mano sobre el vientre.

Desde la casa de Concepción fue directamente a la suya. Recuerda eso, como también recuerda no haber estado nunca tan triste. Necesitaba a Silvia, necesitaba abrazarla, ganarse el derecho a consolarla. Sentía que la vida era un acto cruel e incomprensible por el que pasa-

ba como un autómeta. Ya era noche cerrada, había dejado de llover, pero el cielo seguía oscuro. Al salir del portal, le pareció ver que alguien se escondía entre los pilares de la calle porticada frente al edificio. Ni siquiera se preocupó. Acababa de perder esa capacidad. Puso atención, eso sí, estaba claro que quien fuese se ocul-

taba. Fue hasta su coche y arrancó deprisa. Una vez en la avenida Maldonado, no tuvo duda de que un coche lo seguía. Temió por Concepción.

No sabía qué hacer, cogió la urna con las cenizas de Silvia, se sentó en la cocina y se abrazó a ella. Solo esperaba que el tiempo pasase, que terminase el día. Podía imaginar el resto de su vida así. Minutos, horas, qué más daba; después, llamaron a la puerta y Tina se le echó en los brazos. Tenía la cara desencajada, casi no podía hablar. Intentó que se calmase, él, que no sabía cómo encontrar la calma. Tina lloraba de forma convulsa y, entre espasmos, balbuceó palabras en principio sin sentido para Pablo: Silvia..., Fede..., se lo han llevado, él no..., por favor, Fede no... Cuando Pabló entendió, dejó de sentir el aire en los pulmones y todo se oscureció.

Tumbado boca arriba, sigue con el dedo el movimiento de las nubes. El viento las empuja, aunque a ras de suelo apenas se siente. El sol ya está bajo y empieza a refrescar. Desde que el estómago no marca sus ritmos, nunca sabe qué hora es. Tiene que

pensar en volver, porque los picos se van tiñendo de rosa y en el pueblo las dos mujeres estarán empezando a preocuparse.

Despertó en la habitación del hospital. Tina y Raúl estaban allí. Estaba aturdido, preguntó por Concepción, creía que seguía en su casa. Tina se echó a llorar y Raúl le pidió que si no podía controlarse saliese del cuarto. Pablo necesita estar tranquilo, le dijo de malas formas. Raúl estaba muy inquieto, enfadado, casi violento. Vete a descansar, insistió a Tina, te hace falta. Ella no se resistió más, tuvo otra sacudida de llanto y salió.

Concepción lo quiso echar de su casa. Se sirvió una copa de aguardiente más y se lo exigió: ¡vete! Pero Pablo no se movió de donde estaba sentado, no estaba dispuesto a hacerlo.

—No, por favor, ahora no. Dígame, ¿por qué volvió Silvia con Ladislao?, ¿qué había entre ellos?

—¡Ah, los hombres! —replicó con desprecio—, así que era eso lo que te preocupa, saber si te engañaba. —Se miró las manos, se frotó con fuerza una contra la otra.

—No, no es eso... —titubeó Pablo—, solo quiero paz.

—Entonces, ¿qué es? —Tenía los ojos encendidos, dentro le brillaban las lágrimas contenidas—. ¡Siempre lo mismo! Los hombres no pueden pensar en otra cosa que no sea en ellos. Dices paz, pero qué te importa la de ella, si sufría, si era infeliz, dime: ¿lo sabes?, ¿sabes si sufría? Márchate, anda, no hay nada más.

Pero apuró la copa de un trago, se limpió los labios con la mano y siguió hablando:

—Me da igual si tú estás o no en paz. Cada uno se busca lo suyo. —Se dejó caer en el asiento sin fuerzas—. Silvia quiso quitarse de encima toda esa mierda que llevaba ella sola, era demasiado orgullosa para pedir ayuda. Se equivocó. Quiso escapar y lo hizo por los peores caminos.

Quería hablar, aunque dijese lo contrario, quería hablar. Quizá el licor ayudaba. Concepción también llevaba un peso

dentro que necesitaba soltar.

—Sé que me engañaba —dijo Pablo con humildad—, sé con quién... —le sorprendió oírsele decir en voz alta—, aunque eso ya da igual..., también sé que sufría..., pero no sé por qué, y eso es lo que quiero averiguar —se dobló—, se lo pido por favor, necesito saberlo.

La mujer miró al suelo, se rascó la nuca, parpadeó, luchaba contra el llanto. Tras un momento de indecisión, cedió. Pablo sintió que lo hacía como si él ya no estuviese allí. Me llevé a la niña, era lo que tenía que hacer, dijo con furia. Al principio, todo iba bien, parecía contenta, pero luego la rabia que tenía contenida se desbordó de golpe. Concepción lamentó no haberla llevado al especialista que le recomendaron los servicios sociales. No creía en esas cosas, estaba segura de que el tiempo, el cariño y sus cuidados serían suficiente. Sabía que su amargura no era contra ella, Concepción era solo el espejo donde Silvia proyectaba su rencor, contra su madre, contra todos, porque no la habían creído, porque la habían dejado sola.

La mesa ya está puesta para la cena cuando Pablo llega. Lávate las manos, le dice la madre como si fuese un niño. Es demasiado temprano para cenar, pero no ha comido nada desde el desayuno y tiene hambre. Las mujeres han debido de pensar lo mismo para salirse de sus costumbres. Devora los primeros bocados, pero enseguida se le cierra el estómago y se dedica a esparcir la comida por el plato con desgana. Mientras comen les anuncia que al día siguiente se vuelve a Oldache.

—No sé qué prisa te ha entrado —protesta la madre—, espera por lo menos hasta que te recuperes un poco. Mira, si no has comido nada, no has hecho más que enredar con el plato como cuando eras pequeño.

Mientras estuvo en la casa de Concepción y también el resto del tiempo en su casa, se desentendió del teléfono, por eso no se

enteró de las llamadas de la sargento Medina ni las de Raúl. De la sargento no había vuelto a saber nada hasta el día anterior; le sorprendió que lo llamase un domingo. Había esperado unos días para dejarlo descansar, dijo, sobre todo quería saber cómo se encontraba. La investigación estaba concluida y el caso en el juzgado, ahora sería el juez quien decidiese. Federico es la tercera persona que estuvo en el Islote, él mismo lo admite. La voz de ella sonaba con pesar. Insiste en que no quería hacerle ningún daño a Silvia, que no se lo hizo, que no tuvo nada que ver con lo que le pasó. Sabía que Pablo tenía muchas preguntas y ella estaría en disposición de responderle en unos días. Recupérese, hablaremos tranquilamente cuando esté de vuelta en Oldache.

Lo peor son las noches, cuando la cabeza se le desboca y recupera la sensación de ahogo. Fede, su socio, su amigo. Sus negocios ilegales han dejado de importar, el estudio o los proyectos de miles de hoteles no significan nada para Pablo. Daría cualquier cosa porque hubiese una explicación, por creer a Fede, porque no pasase lo que está pasando.

Siente la vigilancia permanente de su madre, atenta a sus gestos, en busca de cualquier indicio por el que debiera preocuparse. Se levanta de la mesa y los ojos de ella lo siguen.

—Salgo a tomar el aire.

—Ponte algo, que ya refresca.

Se sienta en el banco de piedra junto al zaguán. Acaricia los bordes pulidos por los años. La de manos que se habrán posado allí desde que sus bisabuelos construyeron la casa. El cielo es un mapa de estrellas que solo un mes antes contemplaba con Silvia.

—Mira, ahí, hacia el norte, Casiopea. Esas cinco estrellas brillantes con forma de eme.

—¿Y qué hay en el sur? —preguntó ella.

—Allí —la miró— se vería Centauro.

Se quedó pensativa.

—Centauro, el sur... —dijo.

Su tía sale tras él y lo observa en silencio. Lo mira con cariño maternal y dice:

—¡Qué bien se está aquí, qué buena noche hace!, anda, hazme un sitio.

Charlan. Durante la excursión, Pablo ha notado que el pueblo y los alrededores están muy cambiados. La tía le explica que cada vez quedan menos vacas, que nadie quiere animales ya. En nada, ni gente quedará en el pueblo, se lamenta, algunos están con lo del turismo rural y creen que con eso va a vivir toda la comarca. Se quedan callados.

—Tía —dice sin mirarla—, ¿por qué me llevasteis del pueblo?

La mujer se desconcierta.

—¿Qué pregunta es esa?

—¿Por qué? —insiste.

La tía se recoge los picos de la chaqueta entre las manos y se arropa con ellos. Parece incómoda. Por un momento, se desentiende de él y mira al cielo.

—¡Vaya noche, no hay ni una nube! —Después se calla y, tras un largo silencio en el que solo se oyen los sonidos de la noche que va cayendo sobre el pueblo, sin retirar la vista de arriba, dice—: ¿Por qué preguntas eso ahora?, ya lo sabes, tenías que estudiar.

—Pero ¿tan pronto?

—Pablo —nota un ligero temblor en la mandíbula de la mujer—, no le hagas reproches a tu madre, solo quiso lo mejor para ti, quiso protegerte. Todos lo hicimos. En fin..., tu padre..., déjalo, hijo, es mejor no hablar de eso.

Concepción era una mujer resistente. Pablo había visto muchas como ella, de las que apretaban los dientes y seguían adelante. Hacía rato que mantenía el pañuelo en el puño, pero no lo usaba. Cuando Silvia terminó el curso de COU, siguió narrando, acababa de cumplir dieciocho años y se marchó. Intentó

evitarlo, fue a buscarla al barrio. Aunque la adopción se había demorado, los trámites fueron largos, lo había conseguido, Silvia ya era su hija desde hacía tiempo, pero era mayor de edad y no podía obligarla a volver. Así que le pidió a Joaquín que cuidase de ella. La muchacha buscó a su madre, pero esta no la admitió en su casa. Eres una puta, le dijo, largo de aquí, tú tienes la culpa de que me haya quedado sola. El mismo Joaquín se lo contó tal como Silvia se lo había relatado a él. Se quedó en la casa del viejo un par de noches hasta que se fue con el Loco. El resto ya lo sabes.

—¿Cuándo volvió a tener noticias de ella? —insistió Pablo.

La mujer se levantó, corrigió la posición de la fotografía que Pablo había dejado sobre el aparador y continuó:

—Un tiempo después. Me buscó. Yo había cambiado de casa, pero me encontró. Me pidió perdón y yo la acogí gustosa, aliviada, porque era mi niña, mi hija, y no había dejado de echarla en falta.

—¿Qué le dijo de Ladislao? Silvia se iba a marchar, ¿usted lo sabía?

Sí, Concepción lo sabía. La última vez que se vieron le había prometido que se iba sola, por un tiempo, aseguró. Ladis tenía que desaparecer, no le explicó por qué, tampoco se lo preguntó, no le importaba. Ella quería irse con él, creía que tenía que irse con él. Intenté convencerla, dije todo lo que se me ocurrió para quitarle la idea, la amenacé con contártelo todo, pero fue inútil. No quería perderla otra vez. Unos días después me llamó y me dijo que Ladislao no quería que lo acompañase. Eso era lo importante: que se marchaba sin ella, que, por fin, comprendía el daño que le hacía y se marchaba solo.

Pablo se acercó a la mujer y le cogió las manos. Conce se soltó y, con ternura, le acarició el rostro con los dedos. No puedo decirte más, se lo prometí. No era la clase de relación que te imaginas, no era eso, no por su parte, puedes quedarte tranquilo. Sin embargo, esta vez no le pidió que se fuese. Se apartó de él y le dio la

espalda. Dejó caer los brazos en los costados y la vio apretar los puños. Después de un silencio, sin poder evitar que se le quebrase la voz, dijo: Silvia se iba con él porque creía que estaba obligada a cuidarle. Por eso se tatuó la mariposa, para recordarle cuando le creyó muerto, porque estaba convencida de que le debía todo, porque estaba convencida de que Ladis apuñaló a su padrastro para vengarla. Que estuvo en la cárcel solo por su deseo de cuidar de ella. Hasta que no pudo más y me lo contó a mí, el Loco era el único al que había confesado lo que le había hecho ese grandísimo hijo de puta, por eso, para defenderla, le dio una paliza, por eso, aunque el Loco nunca lo admitió, Silvia sabía que había sido él quien abrió las entrañas a navajazos a ese cabronazo.

PARTE 5

La casa cerrada

Solo queda una línea sin tachar en la lista de Pablo. La última, la más difícil de cumplir, resumida en una palabra, escueta, inapelable. Durante el otoño ha movido la urna con las cenizas de un lado a otro de la casa, hasta dejarla instalada en un rincón de su despacho, junto a una edición especial de *La ciudad del futuro*, de Le Corbusier. Podría seguir allí para siempre y esa última línea quedaría intacta. Pero la casa ya no es suya, en pocos días otras personas vendrán con sus muebles y acomodarán en ella sus costumbres y sus vidas. Otros olores que reemplazarán a los suyos, a los de ella. Aunque, desde la noche en que le golpearon, algo de Silvia permanece irremediablemente entre las juntas de la madera.

Tampoco le pertenece el estudio. Ya no hay nada que lo retenga en Oldache. El hotel, su obra, se construye sin él. A veces se acerca hasta la playa de Godio. Hay un mirador desde donde ni siquiera tiene que bajarse del coche para observar el barullo de camiones entrando y saliendo de la obra. Es un disfrute triste contemplar la cadencia en el movimiento de la maquinaria pesada o de los obreros como hormigas hacendosas. Hasta que no pasen las lluvias no empezarán a cimentar, en el verano estará en pie, pero Pablo no lo verá. Tampoco asistirá a su inauguración. Pablo Soler será un nombre escrito en el borde de una carpeta. Oldache se engalana para una Navidad que se presiente oscura y cargada de agua.

Despedida, la palabra escrita en la última línea. Ni siquiera una frase completa, *despedir a Silvia*; tampoco nada que apele

directamente a él como *despedirme de Silvia*. Una sola palabra difícil de escribir, difícil de leer una vez escrita.

Yeni lo ayuda a desmontar la casa. Antes de dejar Oldache quiere deshacerse de todo lo que no necesita: muebles, objetos, ropa... y empaquetar lo poco que va a conservar. Yeni también se marcha. Se lo dijo por teléfono, a Berto lo habían detenido y eso fue la gota que colmó su vaso.

—Sus negocios, ya sabe de lo que hablo. Ya no aguanto más, señor Pablo —se lamentó—, sé que no tardará en salir, su jefe tiene buenos abogados. —Se deshizo en un suspiro—. Entonces, me buscaría y sé que volvería con él y así, pues, qué, ¿toda la vida? —Había desaliento, pero también determinación en sus palabras—. Por eso me voy, ojos que no ven... —Cogió aire y lo soltó de golpe—. Ya he comprado el billete, me vuelvo a casa.

No puede guardar rencor a esa mujer. Quiso ayudarla, se alegraba de que se decidiese a empezar de nuevo, por eso le ofreció el trabajo, aunque fuese por unos días. Ella aceptó, agradeció la plata extra que le venía muy bien para el viaje.

La Guardia Civil había puesto cerco a Queto Labián, Yeni puso al tanto a Pablo de que un día sí y otro también había redadas en sus negocios, así había caído Berto.

—No está para llamar la atención —dijo convencida—, le dejará en paz, al menos por un tiempito, desaparezca de su vista.

Sabía que si quería, lo encontraría. Había vuelto a ver a Queto Labián en el juzgado, unos días después de regresar del pueblo, cuando fue en busca de la sargento Medina. Desde que Berto lo esperase junto a la casa de Concepción y lo siguiese, no había tenido noticias de ninguno de ellos. Lo reconoció claramente, era él. Se preocupó por Conce; temía que, de alguna manera, también fuesen contra ella. Quizá lo habían hecho, no había dicho nada. Estuvo con la sargento casi una hora; después, ella insistió en acompañarlo hasta la calle. Caminaban por el corredor que daba

al amplio vestíbulo del juzgado cuando vio a Labián parado frente a los ascensores. Pasaron a su lado, había mucha gente alrededor. Se miraron. El gesto fue muy rápido, un guiño, el dedo índice de Labián apuntó hacia el pecho de Pablo, sonrió mientras marcaba en los labios un sonido mudo e innegable. La sargento se puso delante como si buscara cubrirlo con su cuerpo y retó a Labián con los ojos, el hombre le devolvió el reto durante las décimas de segundo que tardaron en abrirse las puertas del ascensor.

Pablo se había presentado sin avisar, pero Elena Medina lo recibió enseguida.

—No le esperaba tan pronto —dijo—, ¿cómo se encuentra? —Iba de uniforme y Pablo pensó que su figura languidecía dentro de él.

—Mejor. Todavía no sé muy bien lo que me pasó, perdí la conciencia, no recordaba nada —explicó Pablo—. En el informe del hospital decía que fue un síncope emocional, una reacción desproporcionada del cuerpo ante la ansiedad.

Se quedó callado, impaciente porque hablase y, a la vez, atemorizado frente a lo que fuese a decir. La sargento lo invitó a sentarse y lo miró afligida, Pablo lo captó y tuvo el efecto de hacerle sentir desvalido. Usaba un tono pausado, se notaba que medía cada palabra antes de pronunciarla. No sabía cómo, quizá por casualidad, o por esos contactos que tenía, Silvia se había enterado de los negocios de Fede. El caso es que fue al estudio y lo amenazó con denunciarlo. Un hombre ha declarado que entró en el estudio, estaba pensando en construirse una casa, los oyó discutir. No encontró a nadie en la recepción, pero vio la puerta de un despacho entreabierta y se disponía a llamar cuando oyó a una mujer decir claramente que iba a ir a la Policía; la puerta se cerró de un portazo y el tono de la discusión aumentó dentro. Pensó que no era el mejor momento para estar allí y se marchó. Federico no ha confirmado la visita de Silvia ni admite que

discutiesen. Aunque no dudo que fuesen ellos, el hombre no les vio las caras.

—El teléfono de su mujer estaba echado a perder entre el agua y el salitre —dijo la sargento—, pero en el laboratorio saben hacer milagros y han podido rescatar lo suficiente como para interpretar mensajes de Montasaz en los que insistía en verla, también los que intercambió con Raúl, las conversaciones con usted y las de otro número que Silvia guardaba en su agenda como X. —Hizo un gesto de impotencia.

—X era Ladislao Zárate —afirmó Pablo.

—No, Ladislao Zárate no estaba en su agenda, el número que coincide con el del aparato que encontramos en el Islote estaba en su relación de llamadas como desconocido.

—¿Entonces?

—Aún no sé, pero durante la mañana del viernes, Silvia llamó a X en tres ocasiones. Quizá de Labián o de alguien de su entorno, todavía no se ha podido comprobar.

También habían podido localizarla en los lugares en los que estuvo durante todo ese día y sabían que, efectivamente, había estado esa mañana en el Barrio Alto.

En la mesa de la sargento se amontonaban carpetas y papeles sin orden aparente que, de cuando en cuando, revolvía para buscar algo y se empeñaba en apilar en un intento vano de poner orden mientras hablaba.

—Federico se enteró de los problemas de Silvia solo cuando la señora Tina Ortiz le pidió que lo acompañase al Islote. Debió de ver su oportunidad. Fueron en su zódiac —continuó narrando la sargento—. Hay que admitir que la forma que eligieron para hacer el intercambio de dinero resulta, cuando menos, estrambótica; ellos insisten en que fue lo que Silvia les pidió que hiciesen. —Se levantó y rodeó la mesa hasta detenerse junto a Pablo, que reaccionó levantando la vista hacia ella.

Según Tina, Silvia necesitaba el dinero porque se iba a marchar con Ladislao. Pensó que eso era bueno; por fin, dejaría en paz a Pablo y quiso ponérselo fácil. En su declaración dijo que se obcecó, que no se le ocurrió pararse a pensar que era una forma muy retorcida de organizar las cosas. ¿Por qué no se llevó Silvia el dinero sin más?, pensó ya tarde, ¿qué pintaba ella en aquel roquedal del demonio? Cayó en la cuenta de que se estaba implicando demasiado, que, en caso de problemas, sería la única que había tenido contacto con el dinero, mientras Silvia ni siquiera lo habría tocado, por eso, a última hora, se asustó y no dejó el paquete.

Elena Medina se paseó por el despacho, estudió la corchera rebosante de papeles y fotografías que prendían de chinchetas de colores. Después se volvió hacia Pablo y continuó:

—Regresaron. Devolvieron la zódiac a su lugar y Tina se marchó enseguida. El señor Montasaz se quedó solo. Supuso que, si Silvia iba a nado hasta el Islote, tal como había dicho Tina que haría, tendría que partir de la Caleta. Por la hora que era, si se daba prisa, podría llegar allí a tiempo de hablar con ella. —Se sentó de nuevo en su sitio. Pablo devolvió la mirada al suelo—. En efecto, allí la encontró, pero también lo vio a usted, aunque luego dijese que fue en el paseo Marítimo. Silvia estaba con un hombre y no se atrevió a acercarse. Esperó a que usted se marchase y volvió en su busca, pero ella estaba ya en el agua. —Hizo una pausa durante la que estudió la reacción de Pablo antes de continuar—. Bajó a la caleta y registró entre sus cosas. Encontró su teléfono dentro del bolso, debió de pensar que eso sí que era un golpe de suerte. Se llevó el bolso. Tenía tiempo de volver al Marítimo, coger la lancha de nuevo y llegar al Islote no mucho después que ella. Usted mismo me dio la referencia de esos tiempos.

El marinero del Marítimo lo terminó admitiendo. La sargento

se quejó de que todos sus testigos mostraban reservas para declarar contra Federico Montasaz. Sin embargo, nadie, excepto el propio Federico, sabía lo que sucedió en el Islote. Según él, pensó que Silvia estaría sola. Quería hacerla entrar en razón, convencerla de que, si hablaba, Pablo también saldría perjudicado, amenazarla con contar lo del dinero, ofrecerle más si era necesario para que se marchase. Estaba dispuesto a hacerle creer que Pablo no era inocente, que también estaba implicado en la estafa. Sin embargo, se encontró con que el hombre que había visto en la playa también estaba allí; no sabía si había llegado antes o después que ella. Estaba vestido, alguien desde la playa dice que vio más de una lancha acercarse al Islote esa tarde. Federico no se fijó si había alguna otra embarcación allí, aunque eso es difícil de creer ya que el atracadero a donde él accedió es el único lugar accesible para desembarcar, según he podido comprobar. Decidió esperar. Le pareció que discutían, estaban tan distraídos que no se dieron cuenta de su presencia. No es extraño, alrededor del Islote siempre hay tránsito de embarcaciones, el ruido de motores es habitual. Se ocultó para observarlos. Vio cómo el hombre la cogía por los brazos y ella intentaba quitárselo de encima. Lo consiguió. No estaba lejos, pero las olas sacudían en las rocas y con el viento era difícil escuchar lo que decían. Después se tranquilizaron, parecía que conversaban con calma, aunque enseguida volvieron a alterarse. El hombre intentó agarrarla de nuevo y ella lo empujó con fuerza, ambos se tambalearon, pero él estaba casi al borde de la roca, se desequilibró, perdió pie y cayó al agua. Silvia intentó ayudarlo, gritó socorro mientras sujetaba su mano, aunque debía saber que nadie la escucharía. El tipo tiró de ella, seguramente por el desasosiego de verse en el agua y, con intención o no, la arrastró. Las olas venían duras. Los vio braceando. Sabía que por ahí tenían muy difícil salir, la marea había ido subiendo y las olas no

daban respiro. Pensó que se les ocurriría alejarse de las rocas y nadar hasta la playa; si eran buenos nadadores lo conseguirían. Buscó el dinero donde lo había dejado Tina un rato antes, pero no estaba. Se asustó. Pensó que si lo encontraban seguirían su pista. Se deshizo del bolso con el teléfono arrojándolo entre las rocas y se marchó. La fortuna o el mar hicieron que quedase enganchado en un saliente puntiagudo de las rocas.

—No hay nada que desmienta su versión —lamentó la sargento—, ninguna prueba que se sostenga, ninguna huella, ningún indicio que demuestre que Federico Montasaz contactase de alguna manera con ellos, que tuviese algo que ver en el desenlace que relata o con otro.

—Habló de un resto de cigarrillo, ¿no hay nada de eso? —preguntó Pablo.

—Nada. Seguramente llevaba tiempo allí.

—Pero ¿y el dinero? —insistió—, ¿por qué dijo que se lo había llevado?

—Según él, eso se le ocurrió después, como una excusa para explicar su presencia allí si era necesario. El marinero del Marítimo le había visto y le pareció que si decía que había ido en busca del dinero para proteger a Tina sería una coartada aceptable. Necesitaba dinero en metálico que no fuese fácil de detectar y quizá pensó que si nadie lo reclamaba le vendría bien. En caso contrario, a Tina le diría que lo había hecho para protegerla. Confiaba en que la señora Ortiz sostendría su versión si era necesario. Aunque tampoco podemos confirmar que ella se llevase el paquete como ha declarado. No ha habido forma de localizar ese dinero. Estamos detrás de eso, pero no hubo ningún movimiento en las cuentas de la señora Ortiz, no sabemos de dónde lo sacó; afirma que eran unos ahorros que tenía en casa y que ya ha gastado. Dígame, ¿quién tiene tres mil euros bajo el colchón y los gasta sin saber en qué? Al no encontrar el paquete

en el escondite, Montasaz estuvo seguro de que lo habrían recogido y que pasase lo que pasase se lo tragaría el mar.

—Los vio caer y los dejó allí —dijo Pablo en un murmullo—, si eso es verdad, ¿por qué no avisó?, ¿por qué no dijo nada?, ¿por qué no buscó ayuda?

Pablo sintió un vahído y temió ir a desvanecerse otra vez. Se apoyó en la mesa. La sargento lo miró preocupada.

—Eso es lo único que hay contra él: no buscó auxilio y en las circunstancias que describe podría ser un delito de omisión de socorro. Eso es todo. —Se frotó los ojos con la mano y le dio la espalda a Pablo—. Lo siento —dijo—, lo siento de verdad. No podemos saber lo que pasó en el Islote. Silvia había decidido no marcharse con Ladislao y es posible que él no lo aceptase.

—Pero Concepción dijo que la idea fue del mismo Ladislao.

—Quién sabe... Quizá fue un accidente o quizá el Loco lo provocase como sostiene su socio... También es posible que Federico mienta... Que la señora Ortiz mienta... Que su mujer mintiese a Concepción... En este momento no hay forma de saberlo...

—Yo se lo preguntaré —dijo Pablo con determinación—, lo miraré a la cara y me lo tendrá que decir.

Después, no pudo más, se le acabaron las fuerzas, se desmoronó y tuvo que sujetarse en la pared. La sargento lo sostuvo y Pablo deseó que lo abrazase. Él, que no sabía abrazar, solo deseaba que esa mujer lo abrazase.

—Habrà juicio, está imputado por varios casos, será duro —dijo ella—, saldrán muchas cosas. Ladislao era un delincuente y el fiscal no perderá la ocasión de relacionar ambos casos.

Cuando se recompuso un poco, lo acompañó hasta la puerta y se cruzaron con Queto Labián en el vestíbulo. Llovía a cántaros.

—Nunca me acostumbraré a este clima —dijo ella.

—Pues ya tendría que estarlo siendo de aquí —respondió

Pablo.

—¡Pero yo no soy de aquí!, ¿de dónde saca eso?, vine por el trabajo.

Pablo hizo un gesto de extrañeza y le tendió la mano.

—En ese caso, quizá volvamos a encontrarnos en otro lugar más cálido...

—Quizá...

Sonrió y, entonces, ella lo abrazó. Le hizo dudar, acababa de desearlo y, sin embargo, se quedó en blanco. Tardó unos segundos en reaccionar antes de cerrar los ojos y estrecharla entre sus brazos.

—A Silvia tampoco le gustaba el mal tiempo —dijo.

* * *

Pablo observó a su tía mientras entraba en la casa. La vio separar la gruesa cortina que cubría la puerta y que solo se usaba durante el verano, volvió la vista hacia él antes de inclinarse hacia delante para empujar el portón. Esa mujer había sido su refugio, en algunos aspectos estaba convencido de que sabía más de él que su propia madre. Sin embargo, nunca había querido sustituirla, al contrario, en ocasiones, sobre todo cuando hacía preguntas, Pablo sentía ansiedad porque interpretaba que ella se echaba a un lado. Eso pregúntaselo a tu madre. Su marido, en cambio, nunca eludía ninguna conversación con él fuese de lo que fuese. Había cosas que Pablo no podía preguntarle a su madre, ni a su tío, por eso dejó de preguntar. La tía era la hermana mayor, todavía conservaba una buena figura y, sobre todo, una armonía en el cuerpo que la rejuvenecía. El día anterior, sentado en ese mismo lugar, una vecina cuyo nombre no recordaba se paró junto a él. Sucedió a menudo, así era el día a día en el pueblo que Pablo redescubría y no dejaba de sorprenderle. En la montaña la gente

es hosca, a veces huraña, pero nunca tiene prisa, arriba hay tiempo para contemplar a los demás y, con pocas palabras, sin grandes discursos, sentenciar sobre lo que sea. La mujer dijo que sentía lo suyo. Pablo bajó los ojos al empedrado y afirmó con la cabeza. Ella esperó unos segundos sin dejar de mirarlo y dijo:

—¿Y tu madre cómo sigue?, hace días que no la veo. Menos mal que ahora, por lo menos, está acompañada.

Después, como sin venir a cuento, añadió:

—Eran bien guapas las dos hermanas, pero la pequeña más. Quién iba a decir que tendría peor suerte..., la vida, hijo, la vida...

Pablo no respondió. Las palabras de la mujer le provocaron un terremoto interior, pero no movió ni un músculo. Ella suspiró sonoramente, asintió y negó casi al mismo tiempo, luego continuó su camino. Le había dado vueltas a esa escena durante todo el día. La gente, las montañas, las nubes, hasta los mugidos de las vacas parecían lanzarle el mismo mensaje: todo el mundo sabe, no hay secretos.

—No hubo denuncias, ninguna, nunca las hubo —le había dicho Elena Medina—. Zárate era la única persona que sabía lo que pasaba en esa casa y, probablemente, lo averiguó sin que la niña dijese nada. También me atrevería a afirmar que la madre estaba al tanto o, por lo menos, lo presentía y no lo evitó. Ladislao se tomó la justicia por su mano y todos dieron el asunto por zanjado.

Decidieron callar, entre todos los caminos eligieron el silencio. Según la sargento era habitual que, en esos casos, nadie se creyese impune y que cada uno intentase esconder su parte de culpa. Silvia también lo hizo, pero sobre ella quedó un peso demasiado grande para los hombros de una niña.

—Mire, Pablo. —La sargento Medina hablaba pausadamente, eligiendo las palabras—. ¿Quiere mi opinión?

Pablo la había mirado con avidez.

—Creo que a Silvia no le importó entonces ni nunca lo que le pasó a su padrastro. Se sintió aliviada al quitárselo de encima y, sobre todo, agradecida. Después, al crecer, le cayó encima la responsabilidad de cuidar de Ladislao. Por él, para que no se viese implicado en el asunto, para protegerle y pagar su deuda, impuso el silencio.

A Pablo le desgarraba la idea de esa alimaña acechando a la niña, cuando se le venía a la cabeza el dolor se hacía insoportable. Le obligaba a encogerse, a sentirse pequeño y, lo más absurdo, le daba rabia no haber estado allí; como si esa hubiese sido la primera vez que alguien, el Loco, se le adelantase. Entonces, estaba seguro de que no merecía pensar que la historia de Silvia le hablaba de la suya, que lo que tenían en común era el dolor de la infancia.

La tía desapareció en la oscuridad del zaguán y se quedó solo. La noche estrellada, la luz amarillenta del farol en el dintel de la puerta, el ladrido de los perros, las voces de alguien que se despedía antes de recogerse. No le hagas reproches a tu madre, acababa de decir. Tampoco en este caso había habido denuncias. Ninguna. Todos en el pueblo y fuera de él sabían y callaron. También Raúl, ahora entendía por qué se pegaba a él, por qué le prestaba el calor de su cuerpo, por qué lo protegía mientras escuchaban detrás de las puertas. Raúl, su amigo, a su lado, siempre el más lúcido de los dos hasta donde alcanzaba la capacidad de un niño. En la calma de esa noche supo que había tenido más suerte que Silvia, que no había visto apenas nada porque su madre lo sacó del pueblo para ponerlo a cubierto. Se lo llevaron. Solo tenía diez años y los adultos decidieron por él. Pero la dejó sola.

A ella también la abandonó.

El destino de la hermana menor se cumplió a rajatabla. La

familia, contenta, porque el vaquero que la cortejó con apenas dieciocho años era un buen partido. La otra, en cambio, la mayor, disgustó a sus padres cuando decidió marcharse del pueblo y probar fortuna como dependienta en Oldache. Le costó encontrar marido. Se murmuraba. Se le estaba pasando el arroz. A las hermanas, siempre tan vanidosas, se les caía el orgullo hasta bien abajo. Ya tenía treinta años cuando se casó y no fue capaz de tener ni un solo hijo.

Se ocupó de Pablo, pero ¿por qué no sacó también a su madre de allí?, ¿por qué no hubo denuncias? Quizá lo intentó. Las relaciones a veces son complicadas, dijo su tía como respuesta a una de sus preguntas. Mira, Pablo, no escuches nada, todo el mundo tiene derecho a tener la mejor imagen de sus padres; la gente habla demasiado. Al otro lado de la puerta era ella quien hablaba.

Concepción rescató a Silvia; sin embargo, parecía cómoda en la ocultación del pasado. Hay cosas que es mejor dejar estar. Todos participaron en tejer esa pantalla detrás de la cual la niña, Silvia, en ningún caso salía indemne.

Había resuelto el puzle. Casi todas las piezas estaban en su sitio, pero quedaba un hueco sin llenar. Silvia, la dueña del juego, se había llevado esos trozos con ella para siempre. Cuanto más cavilaba, cuanto más avanzaba la noche, sus líneas de pensamiento se entremezclaban. Ya no había dos casos, ahora era Silvia, ahora él mismo, una sola historia, la salida del pueblo, la adopción, dos niños perdidos nadando en el mar entre la niebla, el miedo, la oscuridad, la audacia para alcanzar la playa. Y luego estaba el Loco, y ese lazo indeleble de sangre que lo había unido a Silvia, el mismo que a él, a Pablo, lo separaba un poco más de ella.

* * *

Raúl llega cuando están cerrando las últimas cajas. Las llevarán al pueblo para guardarlas en el altillo, no sabe por cuánto tiempo, puede que para siempre. Una vez que termine con lo que tiene que hacer hoy, cumplir con la última línea de su lista, estará unos días, pocos, con su madre y su tía, y luego se marchará a Madrid. De Concepción se ha despedido por teléfono; no hay nadie más de quien tenga que hacerlo. Tina no ha vuelto a dar señales de vida en estos meses. El resto de sus amigos, qué decir, poco a poco se han olvidado de él. Sin el nexo de Fede ya no interesa a nadie. Volverá a empezar en Madrid, con Raúl, que lo acoge hasta que se organice. Solo una maleta con su ropa, después ya verá.

La zódiac salta las olas y el agua salpica. El cielo se confunde con el mar en un gris continuo. No llueve, aunque el frío es intenso. A pesar de las nubes, algunos veleros aprovechan el buen viento que sopla en la bahía. El último temporal se llevó parte de la arena de la playa Chica y, con la marea alta, se ve como una estrecha línea dorada desde donde la figura de Raúl se hace más pequeña a medida que se aleja. Pablo siente que le guarda desde la orilla, lo mismo que sus tíos cuando se metía en el agua en la playa.

—Ve tú solo —le ha dicho—, yo te espero aquí.

Amarra la lancha en la cornamusa del atracadero del Islote. No puede evitar mojarse los bajos del pantalón al desembarcar. Atraviesa la estrecha mole rocosa hasta el lugar en donde supone que Silvia cayó al agua. La bruma desenfoca la costa a lo lejos, también las montañas. Se sienta en las rocas. Se deshace de la mochila y se ajusta el cuello de la parca para protegerse del frío. Comprueba que la urna no ha sufrido daño. Se abraza a ella.

—Vamos, Pablo, ven, el mar está fantástico.

Es verano y Silvia lo llama desde el agua, lleva puesto su bikini de flores rojas y el pelo mojado se le pega en la cara. El sol arranca chispas de plata a su alrededor. Pablo grita para que no

se aleje demasiado. Teme por ella. Pero Silvia se zambulle y se pierde entre las olas y no tiene más remedio que dejarla ir.

De vuelta en la casa, todo está hecho. Yeni ha terminado su tarea y se ha marchado. Raúl espera en la calle. Han cargado todas las cajas entre los dos coches, al final son demasiadas cosas que sabe que no necesita. No puede evitar un momento de nostalgia en el que las piernas flojean. Se ha prometido que no iba a ser así. Ya va a salir cuando suena el timbre. Piensa que es Raúl que se impacienta. ¡Ya voy!, grita mientras va hacia la puerta. Un joven desconocido, un mensajero, pregunta por Silvia. El estómago le da un vuelco. Le sale decir que no está en casa. El joven se encoge de hombros y le entrega un paquete. Firme aquí. Ya está. Gracias. Ve como Raúl revuelve en el maletero del coche intentando ajustar la carga. Cierra la puerta y se apoya en ella. Es un paquete pequeño sin remitente. Lo abre. Dentro hay uno de esos llaveros vulgares de plástico amarillo con una sola llave colgada de la anilla metálica. En la ventana transparente están escritos a mano un número, el 142, y una dirección de Madrid. Enseguida la busca en internet, es de un edificio de trasteros, de esos pintados de naranja que alquila la gente. Lo localiza en el mapa, reconoce el barrio, muy cerca del local de JT, el tatuador.

Se guarda la llave en el bolsillo y, una vez más, la última, recorre las habitaciones para asegurarse de que todas las ventanas queden cerradas, de que la casa quede a salvo de la lluvia.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (www.alreveseditorial.com) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (...) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,
Los días de mercurio

